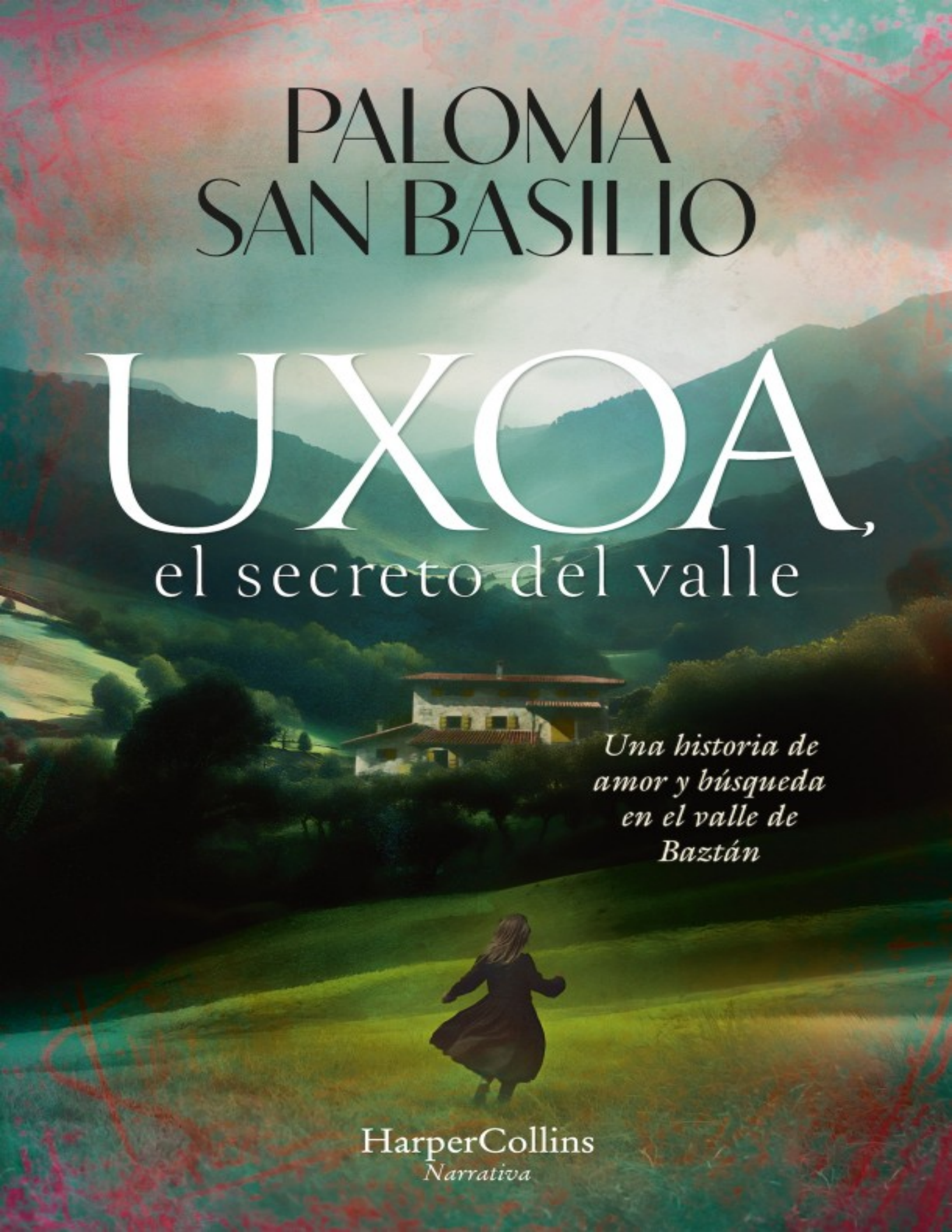
PALOMA SAN BASILIO

UXOA,
el secreto del valle



Una historia de amor y búsqueda en el valle de Baztán

HarperCollins
Narrativa

Portadilla

PALOMA
SAN BASILIO

UXOA,

el secreto del valle

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harpercollinsiberica.com

Uxoa, el secreto del valle
© Paloma San Basilio Martínez, 2025
Autora representada por Albardonedo Agencia Literaria
© 2025, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.
Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®

I.S.B.N.: 9788410643000

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Primera parte
- Baztán
- La boda
- Baztán
- Bozate
- Baztán

Segunda parte
- Camino de Santiago
- Baztán
- Baztán
- Baztán
- Cádiz
- Madrid
- Lima

Tercera parte
- Lhasa
- Bozate
- Lhasa
- Lima
- Madrid
- Bozate
- Baztán

Última parte
- Cuando el río suena…
- Lima
- Baztán
- Baztán
- Baztán

Baztán
Lima
El cartero siempre llama dos veces…
Lima
Pamplona
Lima
Lima
Baztán
Pamplona
Uxoa
Baztán
Ermita de Santiago

Dedicatoria

A mi querida Maite, que siempre supo distinguir las cosas que verdaderamente merecían la pena

Primera parte

Baztán

2020

La llave penetró en la cerradura como una daga en el corazón de un viejo árbol. La puerta se resistió un instante hasta que el lamento de los goznes dio paso a la oscuridad en el vientre profundo de la antigua casa. El aire, asustadizo, se blandió ante la inusual violación de su espacio.

Hacía tanto tiempo que nadie acariciaba las contraventanas, los muebles de noble madera, la piedra de los alféizares… Nada ni nadie profanaba el aire espeso del zaguán con una respiración o un latido.

La casona de piedra y maderas permanecía inalterable, sólida, como si el abandono y el olvido no pudieran hacer mella en su fortaleza de siglos. El suelo de castaño, las vigas, soportando el peso de la vida en las tres plantas por las que tantas personas habían deambulado, amado, soñado y construido mil historias desde hacía tantos años. El antiguo caserío de piedra roja, al igual que el lecho del río que abrazaba los prados de la hacienda, había sido construido en los finales del siglo XVI.

Ágara era la última descendiente de esa familia que una vez anidó en el valle para beneficiarse de su clima algo más templado que el de las montañas. Muchos años atrás, otra familia había decidido instalarse allí al ver las condiciones que los prados reunían para la supervivencia. El agua cercana del río alegraba con su música los corazones de sus habitantes. La proliferación de castaños, hayedos,

helechos y zarzales por todos los caminos hacía del valle un lugar mágico, diseñado por una mano prodigiosa para que quienes recalasen en su seno no dudasen de que el paraíso existe ya en la tierra.

El prado era como la palma de la mano, inmenso y llano, con pasto suficiente para las ovejas y las vacas que procuraban el sustento a sus habitantes. La huerta cercana al río llenaba la despensa de tomates, vainas, lechugas de hoja de roble, calabacines y todo lo que una rica tierra puede regalar para deleite y alimento de quien la cuide y proteja de los vientos y las aves abundantes en los bosques cercanos.

Los inviernos se templaban con la gran chimenea de piedra, hogar y centro de la casa. Los frutos embotados, los deliciosos quesos de leche de ovejas y vacas, así como los embutidos de las matanzas de noviembre, garantizaban a los habitantes de la casona comida y calor para todo el año, no sin trabajo y esfuerzo que ningún miembro de la casa podía soslayar.

Pero nada de esa imagen nublada y lenta a través del paso de los años recibió a Ágara cuando, por fin, sus ojos pudieron ver o adivinar en medio de la oscuridad. El olor a humedad y cerrado podía tocarse con los dedos. Las telarañas, gracias a la infinita capacidad de despliegue de sus tejedoras, cruzaban el zaguán como una red de seda que apenas permitía avanzar sin envolverte y aprisionarte con su suavidad pegajosa.

El interruptor de la luz, junto a la puerta, permitió a Ágara tomar conciencia de en qué se había convertido la casa de su infancia y de sus juegos. No había risas, solo soledad y una luz oscura como una noche sin luna. El calor de las chimeneas había cedido espacio a la humedad y el frío a consecuencia de las lluvias invernales que habían bañado el valle.

Ágara avanzó despacio, queriendo sentir cada paso, cada olor, cada nostalgia arrimada a las paredes. No huiría haciendo honor a su nombre, Ágara en hebreo significa «huida». Recorrería cada rincón, subiría cada peldaño, abriría cada ventana, armario o alacena y de alguna manera devolvería a la casa madre el calor, la vida y el alma que le habían sido negados durante demasiado tiempo.

Volvió al coche, aparcó en la parte trasera de la casa, cogió su bolsa de viaje y el maletín con el ordenador, único compañero que le quedaba después de tantas pérdidas y tantos desencantos de los últimos meses, y comenzó la búsqueda para la que solo necesitaba su origen, su paisaje, un espejo en el que reconocerse y la verdad. Tenía todo el tiempo del mundo para encontrarla.

A medida que sus pasos avanzaron por las grandes estancias, un enjambre de recuerdos y vivencias invadían a Ágara como un aviso de que la respuesta al instinto que había guiado sus pasos hasta allí no iba a ser tan fácil. Flotando en el aire había un presagio de que lo que encontraría sería mil veces más complejo e inesperado que la necesidad de un simple alejamiento emocional.

Recorrió la vieja casona, dejó su mirada posarse en rincones y paredes que de repente se le aparecían nuevas e ignotas, tal era la distancia que el tiempo había impregnado en sus recuerdos. Todo era igual y distinto, viejo y nuevo a la vez, cálido y desapacible al mismo tiempo. Sus ojos habían vagado mil veces por cada habitación, pero ahora esos mismos espacios estaban callados, sordos, diferentes a como Ágara los había visto la última vez.

Fuera, la tarde caía a la velocidad de los días crecientes pero aún demasiado cortos del invierno, tacaño de claridad. Abría ventanas y contraventanas intentando atrapar la tenue luz que aún se escapaba del cielo. El polvo se quedaba suspendido en el aire, pero por fin ese mismo aire se renovaba y vibraba con la brisa que por primera vez en mucho tiempo se colaba.

La casona comenzó a respirar y a desprender esa atmósfera que solo una casa aireada puede recobrar. Las casas son como el alma de las personas, necesitan aire, movimiento y vida fluyendo en sus arterias para no apagarse o desaparecer. Los muebles empezaban a revelarse en su belleza y carácter a pesar del polvo. Las luces que aún funcionaban empezaron a descubrir los espacios queridos y a evocar esas imágenes que los objetos son capaces de rescatar con su sola presencia.

Ágara estaba rendida por el viaje y los acontecimientos de los últimos tiempos. La casa, hostil al principio, empezó a arroparla hasta hacerla sentir parte inequívoca de ella misma.

Subió la gran escalera de madera buscando el dormitorio que siempre había compartido con Ainoa, su hermana mayor y su figura protectora durante toda su vida, con la que ahora ya no podría volver a compartir nada. Los escalones crujientes la advirtieron de que nunca más estaría sola en una casa en la que las maderas siempre tienen algo que contar. El dormitorio era espacioso, con dos camas separadas por una gran mesa. Las colchas de flores azules, verdes y blancas seguían cubriendo los colchones ajenas al silencio y abandono de los últimos tiempos. El enorme armario de tres cuerpos devolvía a Ágara su imagen en el espejo central, esa imagen aún borrosa que los días irían aclarando. En las paredes aún blancas, las acuarelas y dibujos de las hermanas flotaban con desigual encuadre. Pintar era una de las cosas que ambas disfrutaban y compartían en su adolescencia a pesar de los años que las separaban. Nueve años, que convirtieron a Ainoa en la segunda madre de Ágara para el resto de sus vidas.

El gran balcón frontal abría sus puertas y contraventanas a un paisaje verde matizado de grises y naranjas de los árboles frutales, castaños, helechos y robles, enmarcado por unas grandes montañas de distinta profundidad y tonalidades que anunciaban el principio de la cordillera pirenaica que separa España de Francia.

Ágara se inclinó sobre la balaustrada intentando aspirar ese aire puro y denso que tanto necesitaban sus pulmones y su espíritu. Era verdaderamente hermoso aquello, lo había echado tanto de menos sin saberlo y ahora entendía por qué. Asomarse a ese balcón era volar, volar de nuevo, sentirse viva otra vez y libre, intensamente libre.

Bajó corriendo las escaleras, comenzó a dar vueltas por toda la casa como en un baile irreal y empezó a llorar, a llorar y sonreír. Cerró las ventanas, dejó como siempre alguna luz de vigía y subió sus cosas hasta esa habitación que le había devuelto su imagen aún algo lejana. Devoró los restos del bocadillo que había dejado a medias en su mochila y sin quitarse la ropa se tumbó sobre la cama,

ese retal de su infancia, su vieja y querida cama. El balcón estaba abierto, solo las contraventanas entornadas. Los ecos de la noche la hicieron sentirse menos sola, también en el bosque cercano había criaturas intentando sobrevivir cada día. La luz del amanecer atravesaría las ranuras, hasta su cuerpo, para despertarla con su tibia caricia. Como tantas veces.

La mañana apareció fresca y soleada, con algunos retazos de nubes finas y estiradas como pañuelos de seda. Los pájaros alborotaban y, en la lejanía, los cencerros y el mugir de las vacas creaban un abigarrado coro que permitía imaginar las mil formas de vida que el valle era capaz de cobijar. El aire fresco despertó a Ágara. Su ropa de viaje no era suficiente abrigo para soportar la amanecida y, a pesar de todo, su cuerpo se desperezó descansado y ligero como una pluma. Las clases esporádicas de yoga y los baños de mar de sus escapadas al sur también hacían su trabajo. Ágara tenía una vitalidad envidiable y una constitución privilegiada, herencia genética de sus padres. Amaba la naturaleza y solo entre las olas del mar o en medio de las montañas sentía la paz y la armonía que su carácter rebelde e inquieto necesitaban.

Intentando reconocer su cuerpo aún entumecido y sin apenas tomar conciencia de donde se encontraba, estiró los brazos y las piernas, abrazó la luz que entraba a raudales por el balcón y saltó de la cama para sumergirse en el hermoso paisaje que amanecía frente a ella, testigo de su primera noche en esa habitación que la había devuelto a su infancia.

El paisaje era embriagante: olores, pastos verdes bañados de rocío, montañas escalonadas a lo lejos y una miríada de puntos blancos con que las ovejas habían sembrado el valle. Era tan perfecto, tan equilibrado en su espontáneo diseño, tan diverso de matices, que imaginabas a un travieso artesano deleitándose en su minucioso dibujo a través de los siglos. La paz inundaba la casa y el entorno con un sol aún tímido iluminando cada parcela de tierra y cada árbol con distintas intensidades y claroscuros.

Ágara se sintió respirar por primera vez en mucho tiempo, fresca la cara, brillante la mirada, tranquila el alma. Los acontecimientos de los últimos meses habían dejado en ella una pesadumbre seca y vacía que en nada asemejaba a la muchacha llena de vida y bríos, capaz de cualquier aventura o sueño por muy imposibles que parecieran.

La epidemia había mermado sus fuerzas, su energía, además de su cuenta corriente, y sobre todo la había sumido en una profunda y callada depresión tras la muerte de su hermana mayor, auténtico soporte de su vida. Eran muy distintas, física y mentalmente; una alta, otra menuda; esta inquieta e introvertida, aquella sociable y sin búsquedas que siempre le parecieron ajenas. Feliz junto a los suyos y siempre dejándose guiar por la imaginación y movimiento incansables de su hermana pequeña, a la que adoraba sin límite.

La pérdida, demasiado prematura para Ágara, de su madre les había creado una necesidad de apoyo mutuo y una alianza de por vida. La maldita pandemia y un alzhéimer inesperado y galopante habían supuesto el fin de una persona que estaba destinada a disfrutar aún de muchas vivencias. Cuánto sufría Ágara al ver el inocente y paulatino deterioro de su hermana. La sensación de estar con una niña a la que cuidar que se alejaba por momentos de ella misma mientras se iban perdiendo los rasgos de un carácter único y maravilloso. La soledad había inundado sus vidas, aunque una era más consciente que otra de todo lo que estaba pasando.

Ágara dejó su pensamiento vagar durante algún tiempo hasta que, retomando el aire, decidió que era momento de mirar al futuro, de asomarse a ese increíble paisaje que le daba la oportunidad de perderse en él, dejar atrás los últimos tiempos y regenerarse, intentando inventarse de nuevo, como tantas veces antes, al igual que la casona se había reinventado a través de los siglos.

Entró en el cuarto de baño con un frío repentino en el cuerpo esperando que el agua despejase su mente. El frescor del agua y su olor inconfundible a hierro la llevaron a un sitio conocido y amado. Vació su bolsa, el armario tenía espacio para un ajuar entero. Alguna vieja chaqueta y zapatos de campo seguían durmiendo en él a la espera de su rescate para volver a sentirse útiles.

La casa necesitaba una limpieza a fondo, y la chimenea, leña abundante para caldear el ambiente y quitar la humedad. Por supuesto, la alacena estaba casi vacía y lo que aún quedaba en ella no servía para nada, por lo que lo más importante, si quería instalarse allí una temporada, era bajar al pueblo a comprar todo lo necesario, limpiar a fondo y encender la lumbre para hacer de las viejas piedras un espacio habitable. Tendría que llamar a la cooperativa que suministraba el gasóleo y rogaba a Dios que la caldera funcionase a pesar de la falta de mantenimiento.

La leña seguía apilada en la pequeña borda de la parte trasera que servía de almacén y guardaba todos los aperos y utensilios necesarios para mantener la casa en buen estado. En la pared norte, un enorme parterre la recibió con una frondosidad de hortensias preñadas de flores y hojas. El verde se dejaba ganar por el azul y rosa de los pétalos. Se exhibían grandes y tersas gracias a la buena tierra rica en hierro y la abundante lluvia del valle. A su vuelta cortaría algunas para adornar el velador circular del zaguán y la mesa de mármol de la cocina. Poco a poco iba imaginando cómo el viejo caserío recuperaría su espíritu. Estaban los dos en las mismas condiciones, pero ella se encargaría con tiempo y cariño de que las cosas cambiasen. Cogió astillas y grandes troncos de la leñera, que apiló sobre los morillos, e intentó encender la chimenea. Siempre le había llamado la atención el nombre de esas piezas, que proviene al parecer de que antiguamente venían adornados con cabezas de moros en los extremos, una imagen algo desconcertante que afortunadamente había desaparecido con el tiempo. Las cerillas húmedas no ayudaron mucho, estaba claro que tendría que esperar a su vuelta del pueblo para encenderla.

La mañana siguió soleada y templada. No era el valle un lugar de grandes fríos, aunque de vez en cuando la nieve sorprendía a sus habitantes con un manto blanco que le daba un aspecto mágico y silencioso. Siempre sorprende el silencio de la nieve, su irrealidad y ese poder efímero de cambiarlo todo por un tiempo lo suficientemente corto como para que nadie se acostumbre o intente atraparla en el paisaje.

El todoterreno recorrió primero a trompicones y después sin sobresaltos los casi cinco kilómetros que separaban Uxoa, que así se llamaba la casona, del pueblo. El camino inicial serpenteaba entre algunos caseríos grandes y robustos, llenos los balcones de flores y con aspecto de haber sido mejor tratados por sus habitantes. Las vacas mugían en los establos, y las ovejas, pastando felizmente, prometían el placer de saborear los quesos que su leche rica y fresca ofrecería. La gente del valle era discreta y las casas estaban a suficiente distancia para que nadie interfiriera en la vida de los otros. Si los necesitabas, ahí estaban, ya sabían por supuesto que Uxoa había vuelto a abrir sus contraventanas y con tiempo se acercarían para ver si Ágara tenía alguna necesidad que ellos pudieran subsanar. Eran gente generosa y noble. Antiguamente, los baztaneses eran hidalgos por designación real y su sentido del honor los obligaba a cuidar la hacienda y no desprenderse de nada, ya que todo debía pasar de generación en generación, para orgullo y disfrute de las familias y sus miembros, que siempre tendrían acogida en el caserío familiar.

La distancia desde el camino a las casas protegía la privacidad impidiendo que alguien, al pasar, se asomase a sus ventanas a curiosear el interior. Antaño, Uxoa estaba en el camino de peregrinos que, desde Francia a Santiago de Compostela, cruzaba el norte de España. El Camino de Santiago, con sus leyendas e historias de caminantes y buscadores de fe, había pasado por un antiguo ramal bordeando la casa hasta que lo intrincado de los bosques cercanos y la inseguridad lo habían desviado a Saint Jean Pied de Port.

Las señales amarillas, así como el símbolo de la concha de vieira, también llamada venera de Santiago, que se reproducían en distintos soportes a lo largo del camino, despertaban una mezcla de admiración y curiosidad por todo lo que esa ruta representaba y representa para la cristiandad. Cuántos peligros y dificultades debió entrañar en épocas de miseria y enfermedades, sin olvidar los senderos llenos de asaltantes. Para Ágara, saber que la casa formaba parte de una leyenda era un motivo de orgullo y la constatación de que esos muros no eran flor de un día, sino un espacio hecho de vivencias, trabajo, emociones e historia.

El pueblo la recibió como si el tiempo no hubiese pasado. Las casas seguían ahí, sólidas, de piedra roja; las balaustradas en los balcones, la plaza con su quiosco, refugio de caminantes y escenario de los mercados que en fiestas y sábados exhibían toda la riqueza que el valle regalaba a espuertas a sus habitantes. También era lugar de desfiles de gigantes y cabezudos para deleite de los niños que acudían entre asustados y emocionados a su encuentro. Puestos de panes, quesos típicos de la zona, como el de Idiazábal. Frutas y verduras de las huertas cercanas con sus enormes tomates rosados. Embutidos, miel de abejas y flores, cuajadas y requesón, sin olvidar los talos típicos de maíz o trigo, la más antigua forma de pan de los campesinos. Toda su riqueza al alcance de la mano.

También en el mercadillo se podían encontrar utensilios de madera: cucharas, pinzas, cuencos y *kaikus*, los recipientes típicos para servir la cuajada. El mercado siempre es un festín para los sentidos por su colorido, diversidad y animación. Da gusto observar a la gente exprimiendo su día libre de labor y disfrutando de la música que suele acompañar la mañana con canciones de dulces acentos en euskera.

Era sábado y la imagen del mercado devolvió a Ágara la sonrisa y las ganas de comprar todo lo que se le ofrecía para abastecer su precaria despensa. La música, que volvía a su memoria, entraba por los poros de su piel y traía ecos de su madre llamándola para que dejara de corretear entre los puestos. Todo respiraba vida, calidad, tradición y manos hacendosas cuidando esas preciadas joyas que cada vez son más escasas en un mundo globalizado y de contornos difuminados.

En el pequeño supermercado, adquirió los productos básicos de cocina y limpieza, además de una sabrosa chistorra. Llenó dos botellas de cristal de leche fresca del dispensador que un caserío había instalado en la plaza. Adoraba esa leche pura y capaz de hacer una nata exquisita que su madre usaba para bollos y magdalenas. Aún era capaz de recordar su olor inundando toda la casa y

anunciando una merienda deliciosa en torno a la gran mesa de la cocina.

—¡Ágara! —Itziar, la dueña del supermercado, la recibió con una enorme sonrisa y un gran abrazo. Había sido la mejor amiga de Ainoa en el valle y muchas veces la enrabietaba con sus bromas—. ¡Cuánto tiempo! Ya pensábamos que venderíais el caserío, hace mucho que nadie viene por aquí. Ya supimos lo de tu hermana, qué pena, sabes lo amigas que éramos. Lo sentimos mucho. Ella adoraba este valle y de buena gana se habría venido a vivir aquí.

—Sí, Itziar, ha sido muy triste. Creo que todos estamos viviendo tiempos duros, pero hay que levantarse y encontrar sentido a la vida y este valle es el mejor sitio para hacerlo. —Ágara intentó desviar el hilo de la conversación, algo muy difícil con Itziar, que siempre sabía cómo empezar, pero nunca cómo terminar—. Por cierto, no tendrás a nadie que me eche una mano con el caserío, está de telarañas y polvo hasta arriba; si se te ocurre alguien, me lo mandas, por favor, yo voy a estar en casa intentando poner orden y limpieza además de disfrutar de sus vistas y ordenar mis recuerdos.

Itziar acarició a Ágara con la mirada adivinando su tristeza en esos ojos tan vivos en otro tiempo.

—Tranquila, que mañana mismo te mando a una sobrina que está estudiando y unas perras le vendrán de cine.

—*Agur*, y gracias.

—*Agur*, Ágara, y bienvenida al valle. —Ágara se despidió dejando atrás la mirada de cariño de quien la había abrazado y regalado chocolatinas tantas veces a lo largo de los años.

Había sido su primer y gratificante encuentro con el valle y no estaba decepcionada, seguía siendo ese abrazo húmedo y cálido que siempre permanecía inalterable a través del tiempo. El valle la cobijaría y protegería como un gran útero materno. Sabía que no le fallaría como nunca hizo con sus habitantes; algunos emigraban por necesidad, pero siempre volver era un sueño que unos conseguían cumplir y otros muchos jamás lograrían. El valle ya estaba haciendo su trabajo, pero ella día a día tendría que hacer el suyo.

La chimenea chisporroteaba con algunos maderos húmedos que luchaban por arder junto a los más secos que Ágara había encontrado dentro de la casa, en la cocina. El ambiente comenzaba a tomar una temperatura suave y cálida y el reflejo de las llamas iluminaba la gran sala familiar con ese sentimiento protector y ancestral que solo una gran chimenea encendida era capaz de despertar en los habitantes de cualquier hogar en el mundo. El valle siempre había sido un bosque de chimeneas humeantes, bajo las cuales se podían adivinar pucheros cociendo a fuego lento las alubias rojas típicas, los revueltos de setas, o simplemente la rica cuajada quemada con piedra. Los corderos, las truchas y los quesos eran otros de los deliciosos manjares que el valle te ofrecía con generosidad.

Ágara se sentía ya en casa por fin, caliente su cuerpo y su alma. Lo primero que hizo fue adecentar la cocina para prepararse un buen desayuno, no había probado bocado desde la noche anterior.

Vio recuperar su apetito por momentos. Atrás estaban quedando los meses sin ganas de hacer nada, salvo intentar levantar el espíritu después de tanta pérdida, y contemplar un mundo amedrentado, impotente, desconcertado y exhausto, que se empeñaba en creer que todo sería pasajero y la vida recuperaría su hermosa y añorada rutina, junto a la sensación de ser libres de nuevo, con esa libertad condicionada y tramposa con la que vivimos día a día. Esa es la paradoja, nos creemos libres, dueños de nuestras vidas y a salvo de las miserias que han azotado a la humanidad a través de los siglos y súbitamente volvemos a ser niños asustados e indefensos a los que de pronto les dicen que no pueden hacer nada salvo someterse a quienes, con total desconocimiento e incertidumbre, igual que ellos, dictan las reglas que no podemos saltarnos si queremos algo tan básico y elemental como seguir viviendo.

En su iPad, la música fluía inundando cada rincón, era la compañera inseparable. Dependiendo de su estado de ánimo, Ágara se movía entre el *jazz* y las grandes leyendas como Ella Fitzgerald, Mahalia Jackson, Sarah Vaughan, Paquito D'Ribera… eran sus favoritos. Y la música clásica, Grieg, Rajmáninov, Beethoven, Massenet. Su padre, Ramón, era un enamorado de Beethoven y,

cuando escuchaba el segundo movimiento de la *Séptima sinfonía*, que tanto le gustaba, nunca podía evitar las lágrimas. Ramón siempre le decía que «si alguien que no puede escuchar es capaz de componer algo tan bello, está claro que todo lo que merece la pena está dentro de ti, no lo olvides nunca». Cuántas veces esa frase había regresado en los momentos difíciles, buscando en su interior alguna respuesta. Ramón había sido su faro, su referente, siempre curioso, tierno y dispuesto a una charla con sus hijas, sobre todo después de la pérdida de su compañera de vida por un cáncer detectado demasiado tarde.

Como siempre, era una cadena de recuerdos e imágenes que Ágara no intentaba apartar, sino disfrutar como parte de esa identidad, un poco perdida, en una vida que apenas te deja tiempo para pensar.

La mesa de la cocina ya estaba presidida por un precioso ramo de hortensias, aquello empezaba a parecer un hogar, vívido y acogedor. La placa eléctrica despedía un olor increíble a huevos fritos, y el café, con ese aroma intenso y reconfortante que incluso en los anuncios de la tele se puede respirar, ya estaba en la mesa junto con las tostadas de pan de centeno, la mantequilla y la mermelada de moras, productos elaborados por los artesanos de los puestos del pequeño mercado de la plaza. La leche a punto había estado de salirse, la falta de costumbre de mirarla casi provoca un pequeño accidente doméstico, pero Ágara no tenía más tarea en ese instante que disfrutar de su generoso desayuno. Solo faltaba su imprescindible zumo de naranja, no había exprimidor, era evidente que el menaje necesitaba una buena puesta a punto.

Uxoa no había sido habitada desde hacía diez años y solo el casero que alquilaba los pastos daba una vuelta de vez en cuando, para comprobar que la luz y el agua, necesidades básicas, aún estaban en condiciones. Miguelcho era un buen hombre, tenía el caserío más cercano, apenas a doscientos metros, y cuidaba sus ovejas como tesoros. Ellas pastaban felices en los prados de la casa y así se mantenía la hierba a una altura decente y la propiedad limpia y relativamente cuidada. Había sido amigo de Ramón, y

juntos salían a pescar truchas o compartían en la mesa de la cocina un trozo de queso, chistorra y un vaso de *txacoli*, ligero y seco.

La madre de Ágara era oriunda de Pamplona. Por generaciones habían habitado el valle desde abril a septiembre, cuando el clima era suave y los calores no eran tan intensos como en el resto del país. La casona pertenecía a la familia desde finales del XVIII. Al parecer, fue adquirida en estado de semiabandono, aunque seguía siendo imponente y los prados, verdes y espesos, la rodeaban elevándola altiva en medio de la alfombra de hierba. Solo sobrevivían las piedras, los sillares de las esquinas y ventanas, las enormes vigas y la fachada, con el nombre de Uxoa y el escudo del valle de Baztán, el misterioso tablero de ajedrez. El origen de dicho escudo estaba según cuentan en la batalla de las Navas de Tolosa en 1212, otorgado por Sancho VII el Fuerte, en premio al valor demostrado por los baztaneses. El tablero representa la batalla, la lucha honesta y valiente.

A las hermanas les apasionaban las viejas leyendas de esas tierras con toda su carga mitológica. Cuántas veces se miraban al espejo con un trapo enrollado en las piernas para parecerse a las lamias, las criaturas de origen griego habitantes de ríos y pozas, que en el valle se convierten en unas mujeres bellísimas, mitad humanas y mitad peces. Las sirenas en versión baztanesa eran el sueño hecho mujer al que toda niña quería parecerse. Un poco más traumático era el recurso de llamar al *basajaun* —ese ser grande y peludo, señor de los bosques—, si no se portaban bien. Lo cierto es que dicho personaje tenía fama de proteger a las ovejas anunciando las posibles tormentas que obligaban a los campesinos a resguardarlas sin demora en las bordas, pequeñas edificaciones de piedra que proliferaban por el monte. La vida en Uxoa era todo menos monótona y aburrida, con mil cosas que se podían hacer en las distintas épocas del año. Recoger castañas para asar en la chimenea, buscar setas por los bosques entre los helechos o recolectar moras para elaborar la rica mermelada que las caseras embotaban con esmero.

Ágara subió a su habitación con la intención de limpiar y ordenar sus cosas, dejadas de cualquier manera la noche anterior. Tendría que traerse de Madrid más ropa acorde con la temperatura y los típicos paseos por el monte que pensaba añadir a su rutina diaria.

El viaje al principio había sido un impulso, como una llamada que desde alguna parte del universo le decía que hay que intentar, sin miedo, enfrentarse a los fantasmas para que se acostumbren a ti y tú a ellos.

Necesitaba salir, irse y dejar atrás la carga de contradicciones y desconfianzas en la que se había convertido la gran ciudad. Las miradas recelosas de unos y otros. Gente antes valiente y avezada ahora atenazada ante la posibilidad de perder la vida o la zona de confort que en alguna medida nos tiene anestesiados. Qué enriquecedor y qué duro también es, en tiempos de crisis, volver a cuestionarlo todo, poner el cuaderno de bitácora patas arriba y atrevernos a bucear en otras aguas más profundas, quizá con menos luz, pero capaces de mostrarnos el otro lado de la vida, otra mirada. Como cuando éramos niños y nos adentrábamos en cualquier aventura sin temor a lo que pudiéramos encontrar porque nos daba más miedo quedarnos quietos y que no pasase nada.

A Ágara la esperaba un tiempo lento, para leer, oír música, trepar por los montes, escuchar el sonido del bosque y el latido del corazón. Recordar, reconocer, preguntar aunque no haya una respuesta, y dejarse abrazar y alimentar por esas piedras en las que tantas generaciones habían dejado sueños, ausencias, reuniones familiares, pérdidas… ¿Quiénes habrían sido los primeros habitantes de la casa y por qué fue abandonada? Nadie por voluntad propia abandonaría un sitio tan increíble y una casa capaz de dar cobijo y seguridad a quienes no hubiesen encontrado la paz fuera de ella. Cada día que pasaba, cada minuto respirando esas piedras, aumentaba la necesidad acuciante de conocer los secretos escondidos, dormidas señales tristemente ignoradas durante siglos, pero que se mostraban tímidamente ante la mirada de quien las descubre por primera vez. La marca en una piedra erosionada por el viento y la lluvia. Unas iniciales talladas en un arcón desde el amor a los objetos, en otro tiempo importantes y más tarde invisibles. Ágara

sentía una extraña inquietud que aumentaría con el paso de los días, obligándola a algo más que a una huida precipitada. Algo semejante a una deuda, un sentimiento de respeto y pertenencia que la impelería a devolver a Uxoa su historia o historias truncadas. Un sentimiento fuerte y desconocido, pero capaz de convertirse en la razón de su vida. Todo lo opuesto a un tiempo que ella hubiese imaginado lento y vacío.

La boda

1605

Uxoa abrió los ojos, sonrió, se dejó mimar por las sábanas un tiempo y comenzó a desperezarse. No entendía muy bien cómo había podido dormir tan plácidamente en vísperas de un día tan importante, el día de su boda.

La mañana amaneció soleada y fresca, dispuesta a no perderse ni un minuto de los acontecimientos que iban a desarrollarse en el caserío a lo largo de toda la jornada.

El aire aún frío a esas horas no hizo mella en Uxoa, tibia bajo la colcha de lana y arropada por el calor que se desprendía desde la planta de arriba, gracias al grano y la paja almacenados, y también el que se recibía de la planta baja, lugar de refugio de los animales, que siempre contribuían a templar la zona intermedia, con la ayuda de la gran chimenea que a su vez hacía las veces de cocina. El humo del tejado en medio de la niebla, aun sin ser desplazada por el sol, daba al caserío un aspecto mágico. Los olores de los guisos y el horno eran el avance de una jornada rica en celebraciones y abundancia.

El caserío amaneció bullicioso, con pasos veloces y ruidos familiares de utensilios en la cocina. Las risas quedas auguraban a Uxoa emociones nuevas y descubrimientos que cambiarían su vida para siempre. Asier era uno de los mozos más apuestos y trabajadores del valle, vecino de otro barrio cercano y también con

una buena dote. Uxoa, a su vez, sería la heredera de los bienes paternos por donación *propter nuptias*, en el momento de su matrimonio.

En el valle era común que heredasen las mujeres, que siempre garantizaban su presencia y cuidados en la heredad mientras los hombres iban al Ejército o a la Iglesia cuando no emigraban, aprovechando el entramado que tíos y parientes solteros habían desarrollado en las Indias asegurando a los que llegaban trabajo y calidad de vida.

La heredad era de libre designación, no obstante, y se podía legar a quien la familia decidiese, ya que siempre estaba el heredero o heredera obligado a acoger, en la casa madre, a los hermanos solteros que así lo deseasen.

Asier era también hidalgo del valle, daría su apellido a Uxoa y traería una dote que, en caso de no tener hijos, volvería a manos de su familia. Todo se había llevado a cabo bajo las reglas y tradiciones de los habitantes de Baztán. Si no provenían del valle, los pretendientes adventicios deberían probar su hidalguía y honor antes de desposar a una baztanesa. A partir de ese día la casa familiar cambiaría el nombre de la familia por el de Uxoa en honor a la nueva heredera.

La muchacha se levantó, refrescó su cara en la jofaina y descubrió su reflejo en el espejo con un nuevo brillo en los ojos. Estaba emocionada y asustada al mismo tiempo. Conocía a Asier desde niña, pero eran pocas las ocasiones en las que habían podido estar a solas e intercambiar algún gesto o palabra de afecto.

Un precioso pelo del color del trigo cubría sus hombros y espalda con la abundancia de una adolescente de dieciocho años, que hasta el momento solo había conocido la felicidad a través del cariño y cuidados de una familia trabajadora y orgullosa de serlo. Su piel, ligeramente tostada por las jornadas al aire libre, resaltaba aún más el bello color de miel de sus ojos, ese color robado a las abejas era uno de los mayores encantos de Uxoa, expresivos y capaces de la mayor dulzura y también del mayor desafío cuando su dueña se enfadaba o discutía con sus padres por el excesivo celo con que a menudo la intentaban proteger. No era fácil convencerla de lo que

ella no creía o hacerla comulgar con ruedas de molino. A Uxoa le gustaba compartir las tertulias de los hombres y nunca se cohibía a la hora de dar su opinión o defender una causa justa en contra de creencias anquilosadas que ella consideraba había que desterrar.

Era menuda y bien proporcionada, fuerte y ligera, y siempre dispuesta a una broma o una reunión alegre en la que compartir canciones y bailes con los mozos y mozas de su edad. Seguramente, esa vida libre y adolescente tendría que dar paso a otra más sosegada en la que la responsabilidad de la heredad y la pronta maternidad la obligarían a calmar los ánimos y a pensar más en los demás que en ella misma. Esa reflexión enturbió por un instante su mirada en el espejo. Sentía tristeza por la pérdida de la que había sido la época más feliz de su vida. Ya no más trepar a los árboles o bañarse a escondidas en el río con la saya interior, ya no más dejarse arrullar por su madre como cuando era niña y buscaba su protección y ayuda en los momentos difíciles. Ahora sería ella el soporte y apoyo de toda la familia y eso la llenaba de emoción y orgullo, pero, también, el miedo y la duda sobre si estaría preparada para ello presionaban su pecho y atenazaban su mente. Solo el ejemplo de sus padres, el amor por Asier y la belleza de los campos, a través de la ventana, consiguieron calmar su ánimo y devolverle la sonrisa antes de que el desayuno familiar y el posterior ritual de su madre y su tía vistiéndola ocupasen las horas siguientes, sin apenas tiempo para nada más. Por un momento sonrió segura y decidida, era una Uxoa y siempre encontraría la manera de seguir volando.

Sobre el butacón reposaba extendido e inmaculado su traje de novia. Sencillo y cálido, confeccionado con los lienzos fabricados en los «bastantes» de la zona.

Las Cortes de Tudela de 1565 habían prohibido los brocados, las sedas, los acolchados o cualquier otro adorno en plata y oro que exhibiese poder y riqueza frente a un pueblo que no nadaba precisamente en la abundancia. También estaban prohibidas las importaciones para proteger la industria local de tejedores. El traje de novia de Uxoa estaría confeccionado con las once varas de lienzo del ajuar que primorosamente su madre había guardado en el arcón.

Lienzos del más puro lino hilado por las mujeres del valle en un largo y delicado proceso.

El lino se sembraba en octubre y se recogía en agosto. Tras un intenso trabajo de apalear para dejar caer los tallos, se sumergían los haces en el río unos quince días hasta conseguir que la cáscara podrida y luego secada en el horno pudiera desprenderse de la semilla. Después, todo se rastrillaba hasta separar las distintas partes que utilizarían los sogueros y alpargateros. La ceremonia de la hilada se llevaba a cabo por las mujeres reunidas en un caserío, en la candilada, en un espacio reservado para ellas y al que los hombres no podían acceder. Las mujeres aprovechaban para cantar, hablar de sus cosas y escapar un poco de las labores rutinarias del caserío. No solo las mujeres, los pastores también hilaban la lana de sus ovejas. Se decía que una oveja daba dos kilos de lana que, tejida en suaves mantas, aportaban calor en invierno, cubriendo las camas rellenas de paja propias de los habitantes del valle.

A Uxoa no le importaba la sencillez de su atuendo, sería de color natural sin los bonitos tonos que las hilanderías conseguían a base de cáscara de cebolla, raíces, nueces y flores. Ella prefería las cosas frescas y ligeras que le permitiesen moverse a sus anchas por los bosques y prados. Revolotear por todas partes había sido su pasión y lo que la distinguía desde pequeña de sus otros hermanos más tímidos y pausados. El revuelo de sus entradas y salidas había sido el motivo de que su padre le pusiese el apodo de Uxoa, que significa «paloma» en euskera. Una paloma era la que hoy se vestiría con sus galas de novia y saldría en dirección a la pequeña ermita de Santiago, a casi cien metros de la casa, donde sería el enlace. Dicha ermita llevaba el nombre del santo que daría origen a un camino que, en su ramal baztanés, bordeaba el caserío. Un camino que desde el siglo IX servía de búsqueda y conocimiento a gentes que llegadas desde cualquier punto de la cristiandad se afanaban en recorrerlo a pesar de la dificultad y dureza del viaje.

El camino se haría a pie por parte del novio, al que se irían sumando los vecinos e invitados, mientras la novia llegaría en un

carro engalanado para la ocasión y tirado por las vacas del caserío, rubias y limpias.

Eran sus valiosas vacas, a las que tantas veces la futura novia había acariciado y ordeñado.

Sería una ceremonia sencilla, con cánticos en la lengua materna y oraciones llenas de respeto y piedad. Otra familia empezaba su andadura en el valle y ello era motivo de alegría y a su vez la garantía de que esa tierra seguiría criando hijos, hijos que la trabajarían, que cuidarían de los animales y de los bosques, garantizarían la leña y la limpieza de arroyos y ríos, y, a buen seguro, echarían una mano cuando alguien lo necesitase.

Una boda era símbolo de riqueza, de paz, y salvaguardaba la continuidad de una forma de vida. Una forma de vida amada y preservada por sus habitantes a través de los siglos.

El desayuno transcurría entre risas y bromas, la emoción se respiraba en la gran cocina preparada ya para el banquete de nupcias. Uxoa disimulaba sus nervios degustando los talos con queso recién hechos ante un *kaiku* lleno de leche caliente recién ordeñada. Nada conseguía apagar su apetito, y además los talos eran su comida favorita. Intentaba demorar el momento a sabiendas de que sería su último desayuno en familia, soltera y niña aún. Al día siguiente habría un miembro más y todos estarían tímidos y reservados para no alterar la primera mañana de Asier en la que sería su casa. Había gran curiosidad por ver cómo se comportaban los novios después de su primera noche en la intimidad, de sus semblantes se desprendería la expresión que haría imaginar cómo transcurrirían sus próximos años, y todos esperaban semblantes risueños y felices.

Por fin llegó el momento de ir a su cuarto para comenzar el ritual en el que su madre y su tía empezarían a vestirla con habilidad y cuidado. No sería difícil engalanarla, tenía todo el encanto y toda la

belleza que ningún vestido podría ocultar y sí resaltar, por muy humilde que fuera.

Las mujeres entraron en la habitación y tomaron con sus manos las prendas que una a una irían engalanando a la futura novia con el mimo con el que solo se puede envolver el regalo más preciado que una madre puede tener, una hija, criada entre sus brazos, creciendo cada día hasta que, de pronto, sin casi darse cuenta, se despierta convertida en una mujer que se le escapa de las manos.

Uxoa se dejaba hacer, dócil y tierna. Primero la enagua de tela más fina y ajustada a su talle, después la blusa confeccionada por las manos hábiles de su madre, como todo el vestido. El encaje de bolillos, que las mujeres del valle hacían en mil dibujos, adornaba el cuello de la blusa que el corpiño terminaría de ajustar. La falda de lino hasta los tobillos hacía aún más esbelta su figura de niña. Superpuesta, una sobrefalda con una gran doblez se abrochaba en la parte trasera bajo la cintura, con unos diminutos prendedores. Uxoa no dejaba de girar para mirarse una y otra vez al espejo, la sensación era la de ser una princesa vestida por hadas llegadas de los bosques cercanos. El corpiño estaba primorosamente bordado por las manos hábiles de su tía, al igual que la chaquetilla que remataría el traje con un aire más distinguido que la clásica pañoleta cruzada, más útil para los trabajos al aire libre en los campos. También las abarcas de cuero y los zuecos, tan necesarios en las zonas embarradas cercanas al río, habían sido sustituidos por unas alpargatas con cintas trenzadas en las piernas, completando así la imagen prolija y luminosa de todo el conjunto.

La pañoleta anudada a su cabeza, como era costumbre en el valle, apenas dejaba escapar un mechón de su pelo.

Cuando por fin se contempló en el espejo para ajustarse el broche que su madre le prendía, una sencilla joya que había pasado de madres a hijas desde hacía varias generaciones, las lágrimas no pudieron contenerse en los ojos de ambas mujeres.

El amor y la felicidad llenaban la estancia, y madre e hija se fundieron en un abrazo que siempre estaría dispuesto a volver a entrelazarlas si la vida se le hacía difícil en algún momento.

—Madre, estoy asustada, todo esto es tan extraño… No sé si seré capaz de sobrellevar mi nueva vida y todas las responsabilidades que ello conlleva. ¿Y si Asier no está contento conmigo? ¿Y si no soy capaz de engendrarle hijos? —Estos y otros pensamientos salieron a borbotones de los labios de Uxoa.

—Hija, no tengas miedo —su madre sonrió con dulzura—, es natural que estés algo asustada, tu vida va a cambiar y mucho a partir de hoy, pero Asier es un buen muchacho, trabajador y respetuoso, y te adora. Además, si algo saliese mal, nunca olvides que esta es tu casa, heredada como corresponde a tu condición de mujer y primogénita; las mujeres en este valle no solo heredan, sino que son respetadas y tenidas en cuenta para el buen discurrir de la hacienda, nadie podrá apartarte del caserío ni arrebatártelo, y nosotros estaremos junto a ti para vigilar que todo sea acorde con lo que tu padre y yo te hemos transmitido. Sé cariñosa y trabajadora y cuida de tu marido y la herencia, pero no te dejes nunca maltratar ni humillar, nadie en esta casa lo ha sido nunca y tus hijos también deben crecer en el amor y el respeto entre sus padres. Disfruta de tu día de bodas, sonríe segura y tranquila. No hay ni habrá otra novia más bonita en el valle y tu marido se sabe un hombre afortunado al llevarse a la baztanesa más admirada y querida por todos. Y, ahora, vamos a rezar una pequeña plegaria para que la Virgen nos guíe y proteja.

Con estas palabras y después de la oración, las mujeres salieron de la habitación para que el resto de la familia admirase la imagen de Uxoa y sobre todo la luz que iluminaba la expresión de su rostro. Todos se quedaron embelesados al verla, era la misma criatura de siempre, pero, sin duda, ese día, había sido tocada por las hadas.

Solo faltaban las flores del ramo, un puñado de hortensias recién abiertas que su hermana cortó de los abundantes parterres que florecían en la pared norte de la casa.

Todo estaba a punto. En el almacén, los odres almacenaban el aceite y de las paredes colgaban un buen puñado de botas de piel de cabra bañadas en pez y repletas de vino, que esperaban ser escanciadas en las gargantas de los comensales. Los toneles guardaban y protegían el vino abundante de la zona, las herradas

estaban llenas del agua fresca traída del río y las «abatras» y comportas rebosaban de todo lo necesario para abastecer un almuerzo que tendría que alimentar a todos los vecinos de la comarca, ansiosos de celebrar la nueva unión de dos de las más queridas familias de la vecindad.

La hermandad y el todos a una de los habitantes de Baztán les confería un carácter único, solidario, participativo, en el que nadie se sentía ni superior ni inferior a su vecino. Compartían los pastos, los bosques, el agua y la felicidad y la tristeza de sus moradores, que de todo había y más en esos tiempos difíciles. Pero también sabían luchar si había que hacerlo. Eran guerreros reconocidos por su condición de lugar fronterizo con Francia y Castilla, y su fuerza nacía de la unión que desarrollaban como comunidad, y de su arraigado sentido religioso. San Francisco Javier, oriundo de la zona, era un vivo ejemplo de ello; guiado por el mismo espíritu solidario del valle, dedicó su vida a las misiones y a ayudar a los más necesitados, muriendo fuera de su querida tierra navarra.

El carro tirado por vacas esperaba en el camino, a la puerta de Uxoa. Los vecinos se agolpaban para ver salir a la novia, y el *txistu*, confeccionado de madera de boj, junto al ritmo del tambor inundaron el valle con su música alegre y magnética. Estos instrumentos, como el atabal de madera de cerezo, no podían faltar en las celebraciones y fiestas populares. Eran sonidos en los que el atavismo del tambor se fundía con el trino, a semejanza de los pájaros, que desprendía el instrumento de viento y cuya sonoridad aguda podía oírse en kilómetros a la redonda.

Uxoa subió al carro acompañada por su padre, que ejercería de padrino en la boda. Los demás recorrerían andando los metros que los separaban de la ermita.

La comitiva se inició lentamente, era un momento único que había que disfrutar en cada tramo, primero cruzando el río por un paso construido con grandes losas de piedra. Cuántas veces de pequeña había corrido a ver pasar la corriente bajo sus pies o desprendiéndose de sus abarcas y medias se había sentado al borde mientras sus piernas colgadas se dejaban refrescar y acariciar por el agua.

El pequeño riachuelo y su regato cercano habían sido uno de los motivos de que la casa fuese construida en dicho paraje. Abastecía de agua limpia y abundante, servía de lugar perfecto para lavar la ropa, se podían pescar deliciosas truchas y conformaba el bebedero natural para los animales. Con las lluvias, a veces, la crecida anegaba los prados aledaños y había que vigilar que ningún animal fuese arrastrado por la corriente. Era la fuente de la vida de la casa y también algo a lo que había que respetar y temer a partes iguales.

La comitiva llegó a su destino. La ermita había sido levantada por los vecinos en honor a Santiago, en una loma, desde la que se podía contemplar la increíble vista del valle y los montes de Francia, en la línea del horizonte. Los peregrinos hacían una parada para pedir al santo salud y fe en el largo camino que aún les quedaba por recorrer, encendían una vela y seguían con el alma confortada y la fe reforzada.

Ese día era una ermita alegre, engalanada y abiertas sus puertas para que todos los que no tenían cabida en ella pudieran disfrutar de la ceremonia y ser testigos de las promesas que los cónyuges se harían el uno al otro para sellar su alianza.

Al fondo de la capilla, junto al altar iluminado por cientos de cirios que desprendían un olor embriagante, y adornados el altar y los bancos con flores recogidas de los campos cercanos en un despliegue de colores y aromas, estaba el sencillo retablo con una estatua toscamente elaborada del santo. Delante del altar, visiblemente emocionado, apuesto y elegante con su terno de terciopelo, vistiendo sus mejores galas, Asier esperaba impaciente la entrada de su novia. Escuchaba el sonido del *txistu* y a medida que se acercaba su corazón latía con más fuerza.

La había amado desde el primer instante en que sus ojos descubrieron a una niña corriendo por los campos, libre, con su pelo rubio al aire y su risa brillante y sin freno. Sabía que tendría que ser ella o ninguna. Sabía que no sería fácil conquistarla, que era rebelde y algo altiva por momentos. Sabía que tenía un gran corazón y que nunca le traicionaría. Pero estaba convencido de que él tenía las armas para enamorarla, para hacer que se sintiera segura y a salvo a su lado, solo necesitaría que se cruzasen sus ojos y, con paciencia

y ternura, esa misma paloma libre y hermosa se dejaría abrazar por él para el resto de su vida.

Baztán

2020

Egunon!

Un «buenos días» en euskera se oyó en el interior de la casa. El picaporte del portón golpeó varias veces, primero tímidamente y después con contundencia. Estaba claro que Ágara había caído en un profundo sueño después de la actividad y el tiovivo de emociones del primer día.

—*Egunon!* Sí, ya bajo, perdona.

Se puso una sudadera encima y bajó corriendo las escaleras, seguramente sería la sobrina de Itziar que venía como agua de mayo a echarle una mano. La noche anterior intentó leer algo en la cama y había durado minutos, antes de que un profundo sueño la transportase a otra realidad.

Se había olvidado por completo de la promesa de su amiga de mandarle ayuda para la limpieza.

Ágara abrió el portón y se encontró con una chica de unos veinte años, fuerte y con el pelo cortado en distintos niveles y teñido con un par de colores. Era la moda de la gente joven en el pueblo y Leire, que así se llamaba la chica, era una estupenda representante de las nuevas tendencias estéticas de la juventud, no demasiado abundante, de la zona.

—Perdona, pero me quedé anoche como un leño y, cuando duermo, pueden caer bombas sin que me entere. Supongo que eres

la sobrina de Itziar, ¿no?

—Sí, *egunon*, me dijo que necesitabas alguien que te echase una mano con las telarañas y el polvo. La verdad es que el caserío es precioso, qué pena que lo hayáis dejado tanto tiempo sin cuidar.

Leire era de verbo fácil y amigable, lógicamente se hacía eco de los comentarios del pueblo sobre Uxoa. A Ágara se le nubló la vista con el recuerdo de tantas cosas y tantos motivos por los que no habían vuelto Ainoa y ella desde la muerte de Ramón, su padre, diez años atrás.

Nadie sabe qué hay en el corazón de las personas, qué circunstancias o motivos hacen que alguien no quiera mirar atrás con todo lo que eso supone y prefiera alejarse de lugares que hace tiempo fueron escenarios de vivencias felices y el privilegiado refugio de una familia vinculada a ese valle por generaciones.

La forma de vida de la ciudad, la velocidad, la pérdida de referencias de quiénes somos y de dónde venimos nos va, cada vez más, debilitando, convirtiéndonos en volatines de una cultura que nos ha atrapado, tendiéndonos una trampa en la que nos creemos amos de nuestras vidas y en la que todo lo que nos rodea nos crea el espejismo de ser dueños de nuestras decisiones, qué compramos, a quién votamos, qué libro leemos o qué casa debemos tener según nuestro estatus.

Pero realmente estamos inmersos en una tela de araña que nos promete la felicidad y el paraíso, siempre que permanezcamos pegados en ella.

—Leire, empieza por donde quieras, yo he limpiado por encima mi cuarto y la cocina. Si quieres puedes meterte a fondo en la planta de arriba mientras yo sigo en la planta baja y me preparo un desayuno. ¿Quieres tomar algo?, ¿un café antes de empezar? —Ágara sonrió disculpándose—. Aún no tengo mucha intendencia.

—Muchas gracias, yo lo primero que hago al levantarme es prepararme un generoso almuerzo, es mi comida favorita, así que tranquila. Si me dices dónde están las cosas de limpieza, me subo y empiezo ya. ¡Ah!, no sé si mi tía te ha dicho que cobro a doce euros la hora, ¿vale?

—Sí, sin problema, aquí en la despensa está todo, coge lo que necesites y, si falta algo, bajo a comprar cuando me duche con agua fría hasta que me traigan el gasoil esta tarde, he venido para quedarme un tiempo así que sin prisa, tú a tu aire que hay para rato y ya lo iremos poniendo limpio y bonito. Uxoa, este valle único y mi madre se lo merecen.

La casona fue poco a poco recobrando su esplendor. Los muebles relucientes daban fe de su gran calidad. El arcón del zaguán, seguramente el mueble más antiguo, tenía tallado en madera un *lauburu*, cuatro pétalos con apariencia de una flor que representa a las cuatro tribus, *lau*, «cuatro», y *buru*, «cabeza». Estaba dibujado en su parte frontal, junto a una delicada talla con el nombre del caserío. Ágara se dejó llevar por una ensoñación imaginando el contenido de ese arcón al paso de los siglos, desde 1605, fecha de celebración de una boda según constaba en un viejo documento llegado de Indias. Cuántos ajuares, mantas, trajes y preciados tesoros habrían dormido allí, al resguardo del frío y las telarañas.

Ahora el arcón estaba vacío y sin visos de haber contenido nada en mucho tiempo.

Las toallas y sábanas necesitaban un buen lavado y Ágara pensó que lo mejor era llevarlas a la tintorería del pueblo. Quería cuidar y mimar la casa, recuperarla del olvido, intentar no pensar en el motivo de su abandono y sí en por qué había permanecido en la familia durante tanto tiempo.

Primero habría que insuflar calor y luz en su maltrecho espíritu y después intentaría hacer lo mismo con el suyo. Seguramente esto le costaría más tiempo, pero eso precisamente era lo que le sobraba. Intentaría no ceder a los cánticos de sirena que a través de su correo la invitaban a volver. Compañeros de trabajo y amigos no entendían esa decisión de aislarse y volver a un sitio lleno de recuerdos que aún haría más difícil recuperar el ánimo y la objetividad que ella necesitaba para enfocar su vida.

«Todo pasa, y tú volverás a tu rutina con algunos vacíos y otras vivencias que te harán sentir de nuevo viva e ilusionada».

Este era el discurso de todos. El miedo a la soledad está tan arraigado en nuestra sociedad que nadie es consciente de que es

esa soledad de silencios la que te permite oír tu voz interior, esa voz que ha vivido y crecido contigo y a la que pocas veces escuchas.

Nuestra mente tan racional y pragmática nos domina constantemente haciéndonos creer que su control nos da las claves de la vida y que solo ella nos entrega el poder, en contraposición con un instinto que desde lo más profundo de nosotros emite señales que a veces ignoramos. Es la eterna lucha entre la razón y la intuición, entre el pensamiento y la emoción, entre el miedo controlador y la confianza liberadora. Por supuesto, Ágara lo tenía muy claro, ese era su sitio por el momento y quién sabe si para siempre.

La razón no había sabido encontrar respuestas cuando Ainoa se apagó en el hospital agarrada a su mano y aún con una tibia sonrisa. Su piel querida, su pelo antes espeso y sus rasgos familiares y amados se fueron escapando mientras las lágrimas y los gritos de impotencia de su hermana llenaban la habitación fría y lapidaria del hospital. Jamás pensó en una vida sin ella, sin su mirada color uva y sin su fortaleza silenciosa e inmensa. Volver a casa fue verla por todas partes, descubrir su olor, reconocer sus cosas queridas, fotografías, piezas de cerámica, rastros de sus vivencias, viajes, personas imprescindibles en esa galaxia familiar que siempre la acompañaba.

La voz fuerte y segura de Ainoa seguía retumbando en cada rincón, creando el engaño de una presencia que ya nunca volvería. Siempre vendría a su mente el recuerdo de su imagen, guapa, alta y llena de energía, con su perfume característico y su taconear brioso y rítmico. Ya estaba en casa, era inconfundible su presencia tanto como su ausencia ahora. Constantemente se repetía la escena en la que sin pensárselo dos veces subía en brazos su cuerpo de niña para cubrirlo de besos.

Cuando murió su madre de un cáncer silencioso y oculto dieciocho años atrás, Ágara supo que otra madre, Ainoa, estaría allí siempre para cuidarla y protegerla, lo mismo que sintió Ramón cuando perdió a la mujer de su vida. Ainoa, su hija mayor, sería su soporte y con sus ganas de vivir y esa capacidad de crear y conservar vínculos de afecto con la virtud de unirnos a todos nos recordaría que

seguíamos siendo una familia y que nuestra madre jamás se iría del todo mientras siguiéramos recordándola y hablando de ella.

La pequeña agencia de viajes personalizados que las hermanas habían heredado de sus padres se había quedado muda por la pandemia. Por supuesto, nadie viajaba y las circunstancias no aconsejaban hacerlo. Decidieron cerrarla por un tiempo sin pensar que meses más tarde Ainoa caería enferma y nunca volvería a recuperarse.

Era un negocio familiar basado en el amor, el amor a la aventura, al conocimiento, al riesgo de acercarse a la forma de vida de otras culturas. Atreverse a saber y descubrir eran el *leitmotiv* de Ramón. Las experiencias que se proponían nada tenían que ver con una ruta turística al uso. Eran algo más, casi viajes iniciáticos de búsqueda y descubrimiento. Una noche durmiendo bajo el cielo del desierto Blanco en Egipto, mucho más que un viaje de ocio y evasión, era por el contrario un reencuentro con el mágico universo que había sido capaz de crear algo tan bello.

El hombre allí, cobijado por las estrellas, tomaba conciencia de su pequeñez, de su levedad e insignificancia, frente a una naturaleza capaz de esculpir figuras únicas e insólitas en piedra blanca, sin que nadie pudiese adivinar qué mano invisible era capaz de tallarlas.

La ruta favorita de su padre era el recorrido que de Lhasa, en el Tíbet, a través de carretera, te lleva hasta Nepal y su capital, Katmandú. Pasar una noche en Pokhara, junto al lago, después de haber cruzado el país vecino y haber alcanzado más de cinco mil metros, era una experiencia dura y mística a partes iguales. Todas esas vivencias ponían al viajero contra las cuerdas a fuerza de estar en medio de la nada, con el aire faltándote en los pulmones y la sensación de que el cielo, tan cerca, te permitiría tocarlo en cualquier momento.

Esos viajes hacían a quien los disfrutaba no solo descubrir maneras de vivir que parecen imposibles en el siglo XXI, sino también plantearse cuestiones sobre la propia existencia, que solo

lejos del ruido y las zonas de confort asoman sin que el control de la mente pueda intervenir para anularlas. ¿Qué quiero en mi vida?, ¿mis objetivos son reales y auténticos o son patrones impuestos por una cultura que solo nos educa para ganar, para ser reconocidos o para compensar otro tipo de carencias en un vivir agitado y dictado por presiones sociales, económicas o afectivas?

Esos eran algunos de los destinos propuestos por la agencia familiar. «Viajes con alma» era el eslogan de presentación y los buenos resultados del negocio permitieron a Ramón dejarlo en manos de sus hijas para dedicarse a su auténtica pasión, viajar. Había conocido a su mujer en la facultad de Filosofía y Letras, en la rama de Arte. Ágara le llamó la atención no solo por su extraño nombre, sino por su acento navarro, sus ojos color verde grisáceo y su inmensa curiosidad por países y civilizaciones. Pronto se hicieron inseparables y al poco tiempo Ramón visitó Pamplona, tierra de los padres de Ágara, y por supuesto se enamoró de Uxoa, el caserío familiar que los antepasados de su novia poseían en el valle de Baztán.

Ramón y Ágara se casaron cuando él consiguió su plaza de profesor en la facultad. Ágara quiso trabajar en casa, de forma más íntima, y ambos tuvieron la feliz idea de empezar probando suerte con su gran afición, los viajes. Para ello alquilaron una casa en una zona residencial de la capital que albergaría la vivienda y la agencia. Pronto vendría Ainoa y la idea de trabajar en el domicilio familiar permitiría a Ágara cuidar de ella personalmente.

En los veranos, el valle se convirtió en el destino preferido de la familia, allí crecieron las niñas. La pequeña nacería nueve años después, cuando su madre daba por seguro que no tendrían más hijos. Fue un regalo para todos, mimada y consentida por sus padres y su hermana mayor. Las dos disfrutaban atravesando los prados y ordeñando las vacas del caserío más cercano. Se pasaban los días jugando con los niños de los caseríos vecinos y recorriendo los bosques, bañándose en el río lindante con la casa o haciendo un simulacro de trabajos en el campo.

Con los padres, visitaban pueblos cercanos como Arizcun, Bozate, lugar de asentamiento de los agotes. Irurita, una pequeña joya en la

que los Goyeneche ostentaban la casona principal en la plaza.

La escapada favorita de las crías era a las cuevas de Zugarramurdi, cerca de Francia y lugar histórico como asentamiento de brujas y celebración de aquelarres. Al margen de la leyenda, el lugar las fascinaba, con sus cuevas impresionantes por las que podían corretear y oír el eco de sus voces cuando no había nadie visitándolas. Luego continuaban un sendero que cruzaba el río, para llegar a Francia y a la piedra que marcaba la linde entre ambos países. El ritual era siempre el mismo. Ramón hacía que contemplaran el paisaje para finalizar siempre preguntando: «¿Veis alguna diferencia a uno y otro lado de la piedra?». Las niñas se miraban y le respondían que no y Ramón las tomaba de las manos y les recordaba: «Pues esto mismo se repite en todas las fronteras de la tierra. Las montañas, los campos, los ríos no se separan, siguen unidos como siempre a través del tiempo y la erosión, que son los únicos capaces de transformarlos. La frontera es el hombre, el ser humano las creó y poco a poco las irá derribando, aunque yo no lo veré».

Lo cierto era que aquel lugar único en los Pirineos había sido testigo, a lo largo de la historia, del paso de miles de personas que por motivos distintos lo habían cruzado. A veces era la fortuna, el objetivo, otras la fe y a menudo el miedo a la violencia o la represión.

Ágara se propuso la tarea de hacer de cada hora del día algo especial y gratificante. Descubría a cada paso el placer por los detalles: buscar un mantel, colocar la loza distribuida por los muebles sobre ligeros tapetes de bolillos. Jarras con flores y jofainas antiguas sacadas a la luz en rincones que, exhibidas, adoptarían un aspecto más cálido y curvo. La despensa estaba repleta de recipientes de barro que fueron rescatados y repartidos por las repisas, entre los libros, ya libres de polvo. La casona había conservado su ajuar indemne. La vigilancia y cuidado de Miguelcho la habían protegido de la rapiña que por suerte no era muy común en la zona.

Era tierra de gente pacífica, con sus necesidades cubiertas, y los visitantes respetaban ese espíritu y tal vez por ello acudían al valle buscando la paz de su naturaleza. Seguía muy arraigado el sentido de comunidad que desde tantos siglos atrás había dado nombre al río, y ante cualquier eventualidad, pronto corría la voz de alarma si era necesario.

Ágara descubría cada contenido en cajones y armarios como si fuese un viaje al interior de sí misma. Todo evocaba imágenes, vivencias, historias compartidas. Ahora ella sería el único y solitario habitante del caserío, pero convertiría cada desayuno, cada paseo y cada tarde de lectura junto a la chimenea en un ritual como si de esperar a alguien importante se tratase, solo que en ese caso los invitados serían los recuerdos y ella misma, disfrutando de las pequeñas cosas y tomando conciencia de cada acto, cada movimiento y cada guiño de cariño de la casa.

Los días empezaron a discurrir casi sin darse cuenta; había tantas cosas que hacer… La casa funcionaba con la inestimable ayuda de Leire, que seguía acudiendo con su pelo bicolor y su charla natural y distendida. Ambas se reían cada vez que se planteaba una cuestión doméstica que ninguna sabía cómo solucionar. Estaban llenas de buena voluntad y poca experiencia. Las cosas se iban solventando sobre la marcha y, si algo se les resistía, estaba Pachicu, el novio de Leire, que era un manitas, para arreglarlo.

En el pueblo se acostumbraron a ver a Ágara con sus vaqueros, sus jerséis talla XL y sus trajes largos y floreados flotando en el aire. Los sombreros de paja a los que era tan aficionada se adelantaban por las calles como señal inequívoca de que la dueña de Uxoa estaba de nuevo recolectando lo necesario para su supervivencia. Necesitaba manteles individuales, exprimidor, trapos de cocina, alfombrillas de baño y algunos utensilios que antes ni existían casi y ahora eran imprescindibles. Comprar en el pueblo se convirtió en otro de los grandes placeres. La gente saludaba con el *egunon* típico o el *agur* de hola y adiós y poco a poco empezó a recordar palabras

en euskera, como la bella *zorionak*, que significa felicidad, justo lo que hacía tiempo se le había escapado de las manos.

El sonido de esa lengua antigua como el viento es de una extraña belleza y de una fonética imposible de comparar con ninguna conocida. La música es cadenciosa y algo melancólica, como sus gentes. Ágara empezó a sentir una enorme curiosidad por conocer algo más de esa tierra, cómo había comenzado la peculiaridad baztanesa y cuál era la forma de vida de los caseríos en los siglos anteriores a que su familia se hiciese con la casona.

En el pueblo había una biblioteca, junto al río. Los cristales que completaban sus arcos de piedra permitían ver sus aguas al pie del edificio. Seguramente habría sido un antiguo mercado reciclado para biblioteca con respeto a la construcción original, que permanecía intacta.

Ese día Ágara quiso avanzar algo más en su objetivo de búsqueda y decidió acudir a la biblioteca tras las respuestas.

—Buenos días, perdón, *egunon*, aún me cuesta acostumbrarme, pero lo conseguiré.

—No te preocupes, aquí somos bilingües —fue la respuesta algo socarrona del joven al otro lado del mostrador.

—Me llamo Ágara, vivo en Uxoa, en Zuaztoi. Voy a quedarme un tiempo y no sé si tú puedes ayudarme. Me gustaría encontrar información sobre la forma de vida y acontecimientos del valle en los siglos XVI, XVII y XVIII, justo antes de que mi familia se hiciese con el caserío.

—Sí, ya sé que la casa está de nuevo habitada, esto es un pueblo y enseguida corren las noticias. —El chico esbozó una tímida sonrisa —. Encantado, me llamo Íñigo, y si quieres podemos buscar algún libro que te ayude, aunque no hay mucho. Más puedes encontrar en Pamplona, pero de momento algo puede haber. Eso sí, para llevártelo tienes que hacerte el carné, si tienes una foto en tu móvil te lo hago enseguida mientras tú cotilleas un poco. Al fondo, en los anaqueles de la pared, puedes encontrar algo sobre arquitectura baztanesa, artesanías, emigración y también sobre los agotes, una

historia muy interesante que debes conocer para que no creas que este paraíso era totalmente idílico siglos atrás.

—Genial, Íñigo, no sabes cómo te lo agradezco. Lo importante es empezar por algo, tengo todo el tiempo del mundo —sonrió Ágara.

—Mira qué suerte tenemos, yo también.

Ágara salió de la biblioteca como una adolescente recién empezada la carrera. La cesta que colgaba de su hombro había sido invadida por libros sobre costumbres, artesanías y hechos históricos del valle en los siglos anteriores a la adquisición de la casa por los antepasados de la familia. Siete generaciones habían cuidado y habitado el caserío y Ágara estaba dispuesta a bucear en la historia de la familia más allá de lo que su madre y abuelos le habían contado en las tertulias que gustaban compartir alrededor del fuego cada noche. Siempre había un punto en el que la memoria se perdía y nadie sabía muy bien cómo seguir el hilo de casorios, apellidos, herencias y algún que otro drama familiar. También dejaron su impronta años de guerras, contrabando y retumbar de pasos en mitad de la noche de algunos que huían de los alemanes desde Francia o de la dictadura desde España.

El caserío estaba en un punto clave del camino a la frontera y quien conocía esos montes sabía muy bien cómo sortear los controles, aunque había que tener cuidado y refugiarse en las casas que admitían fugitivos y hacían de enlace para llegar a la embajada de Inglaterra en San Sebastián, refugio seguro, durante la Segunda Guerra Mundial. Sobre todo soldados ingleses y gente de la resistencia en Francia, por la que la cadena de apoyo se jugaba el pellejo creando una férrea logística de huida.

Esas y otras historias más lejanas de la guerra civil y de los grupos partidarios de la independencia del País Vasco francés, que se escondían en los bosques intentando sortear la vigilancia de la Guardia Civil. Pero en este momento ella necesitaba ir aún más atrás, a sus orígenes. Saber a quién había pertenecido la casa antes de que el apellido Iturralde figurase en la escritura de propiedad varias generaciones atrás.

Ágara se preparó una ligera comida a base de queso, filete de ternera y ensalada de hojas de roble con tomates rosados y jugosos.

Acompañó el almuerzo con un vaso de *txacoli*, y brindó por la casa, por sus ancestros, cómo no, por Ainoa (lo que más disfrutaba su querida hermana era un buen vino en una buena compañía), y por ella misma. Empezaba una nueva y apasionante etapa en su vida y valía la pena brindar por ello. Con el café humeante y recién hecho se dispuso a empezar con algo de historia sobre la creación del concepto baztanés y su evolución desde que, en 1025, Sancho el Mayor hiciese del reino de Pamplona el lugar hegemónico de los reinos colindantes. Hasta el siglo XV en que el príncipe de Viana concede la hidalguía a todos sus habitantes por su valor en las contiendas con los vecinos franceses, siempre con la excepción de los agotes, el pueblo maldito. Ágara se acordó del comentario que sobre este particular le había hecho Íñigo, el joven encargado de la biblioteca, un personaje curioso, pensó.

El valle creció y prosperó con representantes en todos los estamentos políticos, económicos y eclesiásticos, gracias a su condición de hidalgos. De ello eran muestra en la actualidad las múltiples y vistosas casas torre que fueron sembradas por los barrios y pueblos.

Toda esta información hacían a Ágara entender un poco más el carácter de la gente, la importancia de la familia y también el sentido comunitario que imbuía a todos de un espíritu de responsabilidad sobre el bienestar de los demás.

También los emigrantes estaban obligados, con sus ganancias, a mejorar la hacienda y contribuir a la creación de servicios como escuelas y hospitales, algo que los emigrantes, deseosos de volver a su tierra algún día, hacían con gusto. Una señal de este sentir común lo representaba el hecho de que cuando alguien de la comunidad fallecía, las casas cubrían el escudo del tablero de ajedrez con crespones negros en señal de duelo colectivo. Solo había una nube en ese aparentemente idílico paisaje, la palabra «agote» y todo lo que su sola mención generaba entre los habitantes del valle. En el siglo XXI, en la evolucionada cultura occidental, parecía increíble que alguien sufriese la marginación y repulsa por el mero

hecho de arrastrar una leyenda y en Ágara se despertó una necesidad de conocer más.

Bozate

1770

—Ainara, no tardes mucho en la búsqueda de tus hierbas, hay mucho trabajo en casa. Sé que todo lo haces por ayudar a los demás y seguir investigando sobre pócimas, pero tu padre y hermanos dan mucho trabajo y a mí ya me van pesando los años.

Quien así hablaba era Ane, una mujer rubia y menuda de mirada viva y cálida. Ainara era su única hija, además de los tres varones que formaban la familia Amorena. El padre había conseguido un más que aceptable bienestar para su estirpe gracias a su pericia en el trabajo de la madera. Muchas casas nobles y ricas le reclamaban para arreglos y construcciones, las mismas que en la iglesia los obligaban a acceder por una pequeña puerta lateral que los hacía humillarse para entrar en el recinto sagrado y acomodarse al fondo, tras la verja que separaba, ante los ojos de Dios, a los dignos de los indignos. Pero a la hora de buscar calidad y lujo para sus casas, Mateo era siempre bien recibido y cada día mejor pagado. Las casas del barrio agote eran humildes por fuera, construidas sin lujos, de piedra roja del Bazán, aunque en su interior los habitantes de la comunidad, destacados artesanos y músicos, vivían de manera acorde a sus ingresos.

Ainara era feliz en mitad de su gente. Sabía que fuera de sus callejuelas no sería nunca bien recibida, pero disfrutaba con las otras mozas y los mozos que ya le hacían ojitos, tal era su belleza. En las

fiestas reinaba la alegría y a veces despertaban la envidia de los demás habitantes del valle. Ellos construían sus instrumentos y eran reconocidos músicos y poetas. Los bailes permitían a las *neskas* lucir los sencillos trajes tejidos en sus casas en medio de un sentimiento de hermandad que, al mismo tiempo, los preparaba para aceptar un destino de marginación abolido por el papa León X y denunciado inútilmente en las Cortes por don Pedro de Ursúa. Todo ello no les impedía ser felices y agradecidos por haber corrido mejor suerte que sus antepasados cátaros en Montsegur, al otro lado de los Pirineos. El río Agut, que bañaba las tierras aledañas a la villa, había dado pie a su nominación, maldita y denostada. Algunos vecinos pensaban que gentes con tantos talentos y capaces de despreocupadas celebraciones en medio de su suerte no debían ser tan malditos y sacrílegos. Pero el fanatismo y el miedo se imponían a las mentes racionales y generosas que en su fuero interno pensaban de forma diferente.

—*Ama*, no te preocupes, volveré pronto, es que hay tal variedad de plantas que a veces pierdo la noción del tiempo. Déjame que disfrute ahora de un poco de libertad, dentro de poco querréis que me case y ya no podré revolotear libremente por los prados.

Ainara tenía dieciséis años llenos de sabiduría y vida. Sus ojos color agua encandilaban a quienes solo por un segundo se cruzasen con su mirada. Su pelo color trigo a punto de siega era largo y sedoso. Siempre intentaba ocultarlo bajo una pañoleta, aunque, al igual que ella, su rebeldía le impedía permanecer sujeto y escondido mucho tiempo. Junto a su padre disfrutaba leyendo cuanto caía en su mano, sobre plantas medicinales, historias de amor entre caballeros andantes y damas independientes y dispuestas a defender su propio espacio, como Leonor de Aquitania, esa mujer dos veces reina a la que el tiempo había colmado de leyendas.

Por desgracia, el acceso a los libros le era difícil y eso la obligaba a los mismos una y otra vez hasta aprenderlos de memoria. Su vida transcurría con ese discurrir cotidiano que las labores y el día a día imprime en las vidas de la gente del campo. Tampoco les estaba permitido criar ganado o cultivar verduras y frutos, por lo que sus actividades se reducían al ámbito familiar y de las casas en las que

desarrollar sus habilidades artesanas. Era muy difícil la supervivencia en semejantes condiciones y eso sublevaba a los más jóvenes, que sentían la injusticia, necesitados de lucha y oportunidades para mejorar sus vidas. Ainara no entendía la cerrazón de tantas mentes y la connivencia de la Iglesia al no defender su dignidad ante las normas de Dios. Ese Dios al que rezaban no estaría de acuerdo con las penalidades que sufrían parte de sus fieles, pero estaba claro que los intermediarios eran seres cobardes y ambiciosos que jamás se jugarían sus prebendas y bienestar para defender a unos pocos seres sin nada que ofrecerles. Eso sí, pagando grandes sumas de dinero podían adquirir alguna que otra dispensa.

—Ainara, te estoy cosiendo una falda y una chaquetilla para las próximas fiestas, quiero que te las pruebes. Serás la más bonita *maitea*. Dentro de poco tendrás que empezar a elegir entre tus pretendientes.

—*Ama*, aún soy muy joven y no tengo intención de casarme todavía, así que déjame disfrutar sin preocupaciones de este precioso día de otoño. Traeré castañas para asar y me encantaría que hicieses unos talos para el almuerzo, nadie los hace como tú.

Poco imaginaba la bella y dulce Ainara hasta qué punto su tiempo de paz pronto tocaría a su fin. En dos inviernos su vida daría un vuelco impensable, llenándola de dicha y dolor a partes iguales. Descubriría la felicidad y también todo lo que esa felicidad a veces conlleva…

Baztán

2020

Por primera vez en mucho tiempo y a medida que se sumergía en los libros desperdigados por la mesa de la cocina, Ágara sintió su sentido de pertenencia a algo y a alguien. Era intangible pero respirable. Un vínculo con un ser desconocido, pero cuya sangre también corría por sus venas. Disfrutó enormemente con el libro dedicado a las artesanías y trabajos de los vecinos. Famosos en hierro, alfarería, madera, cuero, cordelería y telares, además de todos los productos de huerta y ganadería únicos en sabor por sus pastos y la calidad del agua y el clima templado.

Todo lo que la casa contenía estaba confeccionado en dichos materiales, algunos de ellos más recientes, pero también adquiridos en las tiendas del pueblo que aún seguían la tradición. Todo y cada objeto adquiría para Ágara un valor que difícilmente se podría comparar con las compras voraces en los grandes almacenes de la capital. Cada jarra, cuenco, cuchara de madera o mantel desprendía alma y arropaba a su dueña desde el silencio de su lugar tranquilo y humilde. Recorrer la casa y los prados se convirtió para ella en un placer nuevo y sorprendente en el que la monotonía y la indiferencia no tenían cabida. Los objetos que la rodeaban abandonaban sus tres dimensiones para flotar en la atmósfera de las vivencias, despertando las voces y olores que los habían envuelto durante años.

Las grandes caminatas por el monte, ayudada por un bastón tallado en madera, despejaban su mente, invitándola a pensar, a conectarse con cada nuevo sentimiento alimentado por el aire puro y limpio. La mirada se perdía sin límites y el sonido de la naturaleza devolvía a sus oídos las vibraciones y los armónicos perdidos en la música urbana, tan reiterativa a veces. Volvía feliz y agotada por el subir y bajar de los caminos y cuestas, orillados de robles, castaños, zarzas y helechos. Se quitaba la ropa de deporte empapada y se permitía un último placer, la gran bañera llena de agua caliente y burbujas, mirando al balcón y con el paisaje como único y cambiante lienzo. Caía la tarde y la maravillosa sensación del cuerpo sumergido y envuelto en espuma devolvió a Ágara la respuesta de por qué un equipaje claramente insuficiente, una improvisada salida a media tarde y un todoterreno habían sido sus aliados en un acto totalmente irracional e instintivo que le pedía a gritos arriesgarse a bucear, sin miedo, libre por fin para viajar hacia su interior más profundo y desconocido. Su cabeza seguía bullendo de información, pasaba de un libro a otro, de un autor a otro, sedienta de saber y averiguar cosas que quizás le costaría encontrar en los libros publicados que manejaban datos generales, aunque no por eso menos interesantes.

—*Egunon*, Íñigo, ya estoy aquí.

—¿No me digas que ya te has leído todos esos tochos, o es que lees en diagonal?

Ágara se reía de los comentarios del bibliotecario, estaba claro que el tiempo del que decía disponer exacerbaba su sentido del humor.

—No, ni hablar, he ido cogiendo información en líneas generales. Este valle desde el punto de vista histórico es apasionante y todo lo relacionado con su estructura social me ha hecho entender más la idiosincrasia de sus gentes y por qué tenéis el carácter tan especial que tenéis.

—¿Nos estás llamando raritos o perros verdes? Estás hablando de historia y cosas que pasaron hace mucho tiempo, aquí la vida ha cambiado mucho, no te creas, y si no mírame a mí, con más de cuarenta tacos y metiendo la nariz entre los libros, ni prados, ni vacas, ni aquelarres.

Ágara se empezó a reír a carcajadas.

—No, hombre, yo no quería decir que sois raritos ni que las mujeres vuelan en escobas, pero sí sois de una forma especial, tranquilos, callados, y da la sensación de que estáis tan a gusto en vuestra piel que no necesitáis nada más que esta forma de vida. Dais la imagen de que lo que pasa ahí fuera no os interesa mucho.

—Bueno, eso es lo que parece, no te fíes de las apariencias, aquí hay historias para no dormir y, si algún día tienes tiempo para tomar un vino, te cuento mi vida y vas a alucinar.

—Hecho, pero ahora dime cómo puedo encontrar material que me remita a mis antepasados y a la familia anterior a la mía que supongo daría nombre al caserío. No sé si en los archivos del Ayuntamiento o en la iglesia, donde estarán registrados nacimientos y defunciones. En algún sitio tiene que haber algo, supongo.

—Se me ocurre que sigas buscando en el material que tenemos aquí, y otra cosa que puedes hacer es ir a la parroquia por si tienen registros. Yo puedo averiguar en Pamplona, tengo un amigo en la biblioteca municipal y de vez en cuando le pido cosas, a ver si hay suerte. Pero tú lo que quieres hacer es un trabajo de investigación bastante complicado, después de tres siglos.

—Bueno, me lo tomaré con paciencia, tampoco tengo nada mejor que hacer salvo trepar por el monte y escuchar música. Este valle te atrapa y la historia de mi caserío ya me está atrapando, voy a buscar material y me voy, gracias, Íñigo.

La visita al templo era algo que podía poner luz en la búsqueda, así que Ágara se fue caminando hasta la pequeña iglesia del pueblo, que tenía adosada la vivienda del párroco. La puerta estaba cerrada y al parecer tenía un horario restringido a misas y algún que otro evento puntual. También se abría por las mañanas para que todos los visitantes pudieran ver su interior. Era de una extraña arquitectura algo alejada del románico habitual en el Camino de Santiago y en nada se parecía a las iglesias de los pueblos del valle. Ágara decidió volver al día siguiente por la mañana.

A su vuelta al caserío dejó los libros en la gran mesa del comedor, se guardó dos manzanas y, después de quitarse la chaqueta de punto, cogió su bastón de paseo dispuesta a caminar por el monte.

Siempre la ayudaba a pensar y a dormir mejor por las noches. Recorrer los caminos a veces intransitables por efecto de las lluvias, sortear los insectos y alejarse de los ladridos de los perros que cuidaban los caseríos vecinos eran tareas más gratificantes que conducir en el tráfico y los atascos de la gran ciudad, llena de gente corriendo de un lado a otro con gesto malhumorado, o ir a comer en los sitios de moda en los que apenas podías escuchar a tu interlocutor gracias a la a menudo deficiente insonorización de dichos locales, algo que no se sabe por qué los interioristas nunca tienen en cuenta.

El valle estaba reluciente y limpio, hacía días que no llovía y a pesar de ello no había ni rastro de contaminación en sus cielos. Solo al fondo, enganchadas a las montañas, unas nubes oscuras amenazaban lluvia. Ágara tendría que haber sido pastora o habitante de la zona para conocer con qué velocidad el cielo azul se podía volver gris oscuro y cubrir el valle con una tormenta de abundante lluvia que refrescaría la temperatura y daría de beber a la tierra. Siguió feliz su caminata de cuestas y giros. Tenía ya tres rutas que había descubierto y alternaba a la espera de descubrir algunas nuevas. Todas tenían sus puntos álgidos y reconocibles. Una te obligaba a atravesar un bosque espeso y un riachuelo por el que, eligiendo piedras de anclaje, se podía cruzar sin problema. La otra, más alta, te llevaba a una borda casi abandonada que seguramente llevaba años sin albergar animal alguno. Esta ruta casi sin arboleda te permitía contemplar el valle en su más amplia panorámica. Era inevitable sucumbir a su inmensidad y belleza. Allí se paraba algunos instantes para disfrutar de la vista y de la generosidad de una naturaleza madre, fecunda y protectora.

Por ese paraje habrían pasado miles de personas a lo largo de la historia, tal vez ahí, en ese mismo montículo en el que ella mordía su manzana, alguien habría parado para recobrar fuerzas con un mendrugo de pan, un trozo de carne seca y unas nueces. Su imaginación se desbordaba inventando historias de caballeros andantes y poemas como la famosa canción de Roldán.

Pero esa tarde, desde la atalaya, fue testigo de cómo el viento acercaba las nubes al valle sin que, en caso de descargar, algo que parecía cada vez más probable, tuviera tiempo de llegar a Uxoa. Ágara cogió su bastón dispuesta a volver lo más rápido posible. No le molestaba la lluvia, al contrario, le encantaba, pero los caminos se convertirían en pistas de patinaje con el barro y las cuestas.

A los pocos minutos y tras una espectacular tormenta de relámpagos y truenos, una lluvia intensa, como ya anunciaba el color de las nubes, empezó a caer sobre los montes y los prados.

Ágara se iba empapando por momentos, lo que no impedía que unas grandes carcajadas de felicidad brotasen libres de su garganta ante esa inesperada y refrescante sensación. El caserío estaba a casi una hora y el barro no ayudaba mucho a facilitar el regreso. Por fin, totalmente empapada y embarrada hasta las rodillas, divisó la casona por su fachada principal, al borde del camino.

A solo unos metros de distancia, le pareció ver a alguien sentado en las escaleras del portón. Una sensación de miedo y desconfianza le hizo pararse en seco y refugiarse bajo las ramas de un enorme castaño. La persona que estaba justo en la puerta de su casa era un hombre de mediana edad y ropa confortable y sencilla. De repente recordó que la casa estaba justo en uno de los muchos ramales que confluían en el Camino de Santiago. Algo más tranquila, se hizo cargo de la cantidad de peregrinos que habrían pasado por la casa sin que ella los hubiera visto ni oído nunca.

Efectivamente, los bastones de campo y la abultada mochila que descansaban junto al visitante calmaron su ánimo y, algo más tranquila, decidió acercarse. Seguramente la lluvia había sido la causa de que hubiese buscado cobijo bajo el tejadillo de la entrada.

—Buenas tardes…, mi nombre es Ágara y soy la dueña de esta casa, ¿le puedo ayudar en algo?

—Perdone la invasión, pero la lluvia es tremenda y al ver las escaleras he pensado esperar aquí un rato, a ver si escampa. Me habían hablado mucho de esta ruta, es verdaderamente preciosa, pero la tormenta me ha trastocado los planes de llegar al pueblo más cercano. ¡Ay! Disculpe, aún no me he presentado. Mi nombre es Jaime García Elizalde y, como podrá ver por mi acento, no soy

navarro, aunque mis antepasados sí lo fueron. Soy nacido en Perú y allí tiene usted su casa cuando guste.

—Muchas gracias; encantada, Jaime. Sí que viene usted de lejos, pero está empapado, igual que yo, si quiere puede entrar un rato y tomar un café mientras se secan un poco sus zapatos. Menos mal que como buen senderista va preparado y al menos el chubasquero le ha protegido un poco, porque mire cómo estoy yo. Aquí cuando dice llueve, es que llueve.

—No, por favor, no quiero causarle ninguna molestia, bastante estoy abusando ya de su tiempo, supongo que tendrá cosas que hacer. No se preocupe por mí.

—Jaime, esta es una tierra de peregrinos y por tanto de acogida. Usted es de origen navarro, no sé de cuántas generaciones, pero para que tenga mayor conocimiento sobre este valle, sus gentes tenían como premisa la solidaridad. Así que, por favor, entre conmigo y acépteme aunque solo sea un café el tiempo necesario para que escampe y luego le dejo libre de seguir su camino, ¿acepta?

—OK, siendo así y si no le causa molestia, acepto encantado, es usted muy amable, ¿Ágara? ¿Me dijo que se llamaba? Es un nombre extraño pero bonito.

—Viene del hebreo y significa «huida», aunque intento que su significado no sea premonitorio.

Ágara y Jaime entraron de buena gana en el caserío. Realmente hacía una tarde de perros. Mientras se limpiaban los pies en el felpudo de la entrada, Jaime contemplaba sorprendido la amplitud del interior. Era notorio que aquella era una casa de familia adinerada, no solo por los muebles, sino también por el rico castaño de suelos y techos, además de las trabajadas paredes de piedra en algunos paños. Realmente no tenía mucha similitud con la barroca arquitectura peruana y sus ricas casas con grandes miradores tallados en caoba. La austeridad y la sobriedad de las habitaciones le llamaron la atención en oposición a los ricos policromados y pan de oro típicos de los cuadros y espejos de estilo colonial, tan representativos en Lima. Una vez en la cocina, Ágara se dispuso a preparar unos buenos tazones de café con leche.

—Voy a encender la chimenea para que por lo menos pueda secarse las botas, aún hay más de cinco kilómetros hasta el pueblo y no parece que la lluvia vaya a parar por un tiempo. Si me disculpa, voy a cambiarme de ropa porque no tengo intención de coger una pulmonía. Ya veo que le llama la atención la construcción de este caserío, mi familia lo adquirió y restauró a principios del siglo XIX y, salvo algunos retoques posteriores, permanece intacto. Los materiales son los originales del siglo XVI, lo cual da idea de cómo construían nuestros antepasados. Solo con ver el grosor de los muros de más de medio metro es evidente que cuando ellos construían, lo hacían para siempre, era su aportación al legado familiar a través de generaciones.

Ágara subió para bajar en poco tiempo con un chándal que tenía toda la pinta de ser cómodo y, sobre todo, caliente.

—Ya estoy aquí y parece que el café está a punto. Aquí tiene una taza, ¿quiere leche? Es de las vacas del valle. ¿Azúcar?

—Con gusto, me encanta la leche de por aquí, tiene un sabor distinto quizás por los prados, dos cucharadas, por favor. Sí, estoy realmente admirado de la fortaleza de esta casa, diríase que construían pequeños castillos seguros contra las inclemencias del tiempo y algún posible visitante no deseado. Me choca la diferencia con nuestras residencias allá en Miraflores, el barrio de Lima en el que vive mi familia. Todas tienen un toque colonial, columnas en la entrada, grandes puertas talladas en caoba, allí la caoba está por todas partes, amplios balcones enriquecidos con celosías y barrotes de madera torneada, espejos con pan de oro. La cultura precolombina de los incas se mezcló con el barroco que llevaron los españoles, creando una estética mestiza que aún se refleja en nuestras casas y haciendas.

—Jaime, perdone, una pregunta algo indiscreta, ¿qué le ha traído a estas tierras algo apartadas del Camino de Santiago habitual y qué le lleva a recorrer esa ruta que como puedo imaginar es de todo menos turística?

Jaime sonrió suavemente. Era un hombre delgado, con el pelo entrecano y la mirada profunda y melancólica. Debía de tener cerca

de sesenta años, aunque su complexión era fuerte y sus movimientos ágiles. Sus manos daban señales de trabajos de despacho y no tenían rastro de dureza.

—Ágara, a veces el destino nos lleva por derroteros inesperados. Yo soy creyente y descendiente de españoles también muy creyentes, como me consta eran los navarros. Mi cultura es algo misteriosa y respetuosa con las tradiciones. Nosotros en Perú tenemos grandes misterios aún sin despejar, como las líneas de Nazca, que solo se ven desde el cielo, la monumental Machu Picchu, lugar en el que los incas ataban el sol en su Intihuatana.[1] La hermosa ciudad de arena de Chan Chan, con cisternas de agua y sus bajorrelieves simulando peces y corrientes marinas, hogar del pueblo chimú de pescadores. La arena era conductora del sonido que los habitantes utilizaban para hablar en la distancia. El hombre crea, transforma, aprende y así evoluciona y pobre del que carezca de la curiosidad para ello. Mi familia nunca pudo volver a España por múltiples razones. Hace un año mi madre estuvo a punto de morir, ya tiene más de ochenta años, la pandemia ha hecho estragos en nuestra tierra al igual que tengo entendido pasó aquí con las fiebres tifoideas de finales del siglo XVIII. Por suerte para la familia mi madre se recuperó, la sangre navarra es fuerte, o eso nos gusta creer. Cuando temíamos perderla solo me pidió una cosa, la promesa de hacer el Camino de Santiago en señal de agradecimiento, y pasar por las tierras de nuestros antepasados para volver a pisar lo que aquellos que emigraron no pudieron. La descripción de mis bisabuelos era tan rica en detalles que pareciera que, mágicamente, habían viajado en el tiempo hasta poder respirar el aire de Baztán, pisar sus prados y bañarse en sus ríos. La tierra no se borra de la memoria, sigue grabada en la piel, alimenta la vida y los sueños y a veces lo que se añora, sin haberlo vivido, desarrolla una fuerza capaz de atravesar generaciones, océanos y culturas, solamente con la imaginación y el deseo. Cuando mi antepasado llegó al Callao, puerto de la Lima del virreinato, dicho puerto era uno de los más importantes del Nuevo Mundo, no solo por su riqueza, sino también por su seguridad. Se protegía acostado en una enorme bahía y al

amparo de los franceses e ingleses que constantemente atacaban las naves españolas. Había mucho por hacer, y mis antepasados tuvieron que partir de cero y trabajarse su fortuna a pulso, aunque consta algún antecedente familiar de apoyo y acogida, algo habitual en la emigración baztanesa. Pero la estoy aburriendo con tanta perorata, espero me disculpe, pero llevo días casi sin hablar con nadie salvo con el viento.

Ágara estaba fascinada. El tono cadencioso de su interlocutor, al igual que la narrativa de una cultura apasionante, contada por vivencia propia, hicieron de la conversación un oasis de humanismo compartido junto al fuego y ante un tazón de café, ya frío, en una inesperada tarde de lluvia íntima y cálida.

—No, por favor, me interesa mucho lo que usted me cuenta porque, en el fondo, somos dos seres humanos buscando respuestas en el pasado. Hace más de diez años que no había pisado esta tierra, y los acontecimientos que en el último año han cambiado mi vida me han hecho volver y buscar entre estas piedras la paz y la esencia, o por lo menos el reencuentro con quién soy y qué quiero hacer con mi futuro.

—Si me permite, le diré que, aunque uno no encuentre respuestas, solo el hecho de buscarlas ya es un acto de valentía y una conquista. Tal vez el recorrido merezca la pena más que el punto de llegada y, sobre todo, en una búsqueda humilde y sin prisa, tratando de encontrar la verdad o las pequeñas verdades, puede que descubramos preguntas nuevas que nos abran otros cauces hasta ahora desconocidos. A veces, dejarse fluir, no esperar nada o no necesitar explicaciones puede ser la mejor forma de caminar y valorar el día a día.

—Sí, Jaime, pero usted es creyente, la fe es una gran compañera de viaje. Es la mayor experta en no hacer preguntas. Para usted, no tener que preguntarse es un antídoto contra la ansiedad y la confusión. Es más fácil andar el camino cuando las grandes preguntas de la humanidad están contestadas de antemano. La creencia da la seguridad que su ausencia nos niega.

—No, querida amiga, no es tan sencillo, la fe no nos hace entupidos o ciegos, nos hace humildes. Cuando uno contempla este

cielo que hay arriba en una noche sin luna, toma conciencia de lo infinitamente pequeños que somos, no intenta abarcar el universo porque sabe que no puede. Esa es la fe, la idea de que no podemos saberlo todo, sin que ello nos provoque angustia o frustración. Creer que hay un orden cósmico del que nosotros formamos parte no importa si eres creacionista o agnóstico, si crees en un dios o no crees en nada; la grandeza sigue estando ahí, la inmensidad sigue estando a nuestro alrededor y la imposibilidad de conocerlo todo es común para cualquier ser humano. Después, cada uno elige la mejor forma de convivir con ello, desde la angustia, el miedo y la ansiedad o desde la paz, la confianza y la humildad. No soy un teólogo o un filósofo, solo soy alguien que cree que la vida es un privilegio y que de todos y cada uno de nosotros depende hacer de este mundo un lugar mejor y habitable o un infierno de luchas y miedos.

—¿Pero cuál es el sentido del recorrido? —Ágara intentaba comprender el punto de vista de Jaime sin conseguirlo—. ¿Qué se puede encontrar pasando vicisitudes que no se puedan hallar en otra parte? Yo creo sinceramente que las respuestas están dentro de nosotros mismos y el diálogo interior es el mejor camino para ello.

—Cada uno decide y siente cómo debe hacer su búsqueda, para mí es como un viaje de iluminación, diríamos que Santiago es nuestra Ítaca espiritual. Ulises regresó de Troya a su isla pequeña y árida después de un largo recorrido y volvió un ser distinto del que se había marchado. Uno no hace el camino para volver igual, sino para que el camino te cambie y te enseñe a ser otro, dejando su huella. Tal vez sin la experiencia mística e individual, en medio del ruido, hubiese sido muy difícil sentir y pensar, ver y escuchar, caminar y detenerse, emocionarse con la increíble experiencia de la soledad. Tú y tus pensamientos andando, fundiéndote en el camino y convirtiéndote en piedra, árbol, agua, aire y poco más. —Después de un silencio reflexivo, Jaime añadió—: Ágara, yo creo que ya mis botas estarán bastante secas y es hora de continuar mi andadura y no seguir abusando de su hospitalidad.

—Se le va a hacer tarde para encontrar la posada, si quiere le puedo acercar con el coche, no me cuesta ningún trabajo.

—Muchas gracias, pero prefiero andar y disfrutar de este hermoso paisaje ahora que la lluvia ha amainado un poco. De cualquier manera, me quedaré dos o tres días en la posada del pueblo. Quiero seguir recorriendo la zona. Mil gracias por su tiempo, ha sido una tarde muy enriquecedora.

—Sí, realmente ha sido muy interesante la conversación, se me ha pasado el tiempo volando. Y me alegro de haberle servido de ayuda, la verdad es que hacía una tarde de mil demonios. Le voy a dejar mi teléfono por si necesita algo o le apetece acercarse a tomar un café o juntarnos para compartir un chocolate en el pueblo, lo hacen riquísimo.

—Estupendo, entonces quedamos así. Sería un gusto volver a conversar con usted antes de dejar el valle. Buenas noches, Ágara, y gracias de nuevo por su amabilidad.

El hombre siguió su sendero y Ágara pensó en lo curiosa que era la vida y en que Jaime tenía razón al sugerir que a veces lo que te encuentras por el camino es mejor que lo que te espera a su término.

Entró en el caserío, la noche estaba limpia de nubes. Los montes se recortaban entre azules y grises y el prado desprendía ese olor inconfundible a hierba mojada que tanto le gustaba.

Partió un poco de queso y se preparó una cuajada con miel mientras el fuego languidecía. Verdaderamente el paisaje esa noche era precioso, y Uxoa, una caja de sorpresas.

A la mañana siguiente, el cielo amaneció despejado y los prados húmedos, seguramente habría vuelto a llover durante la noche. Esa lluvia nocturna tan típica del valle le encantaba, las gotas repiqueteando en el tejado a dos aguas de su dormitorio eran el mejor arrullo para un sueño plácido y tranquilo. Tal vez en la placenta de nuestra madre, el líquido amniótico nos arrulla de igual forma durante el embarazo y por eso el sonido del agua siempre nos produce una sensación protectora y familiar. Había dormido profundamente. La visita del peregrino la tarde anterior había sido sorprendente y al despertarse experimentó una extraña sensación de irrealidad.

¿Habría sido un sueño? ¿O alguien se permitía irrumpir en su idílico mundo para mover sus cimientos y complicarle un poco más la vida? Después de una buena ducha y un desayuno abundante, se dispuso a bajar al pueblo de nuevo e intentar averiguar algo en la iglesia.

La plaza estaba tranquila y la lluvia había refrescado las calles y las fachadas de piedra, que aún brillaban. Las puertas por suerte estaban abiertas y Ágara se aventuró a entrar a pesar de que siempre las iglesias le producían una sensación de claustrofobia y opresión. Solo algunas personas diseminadas rezaban o meditaban frente al altar con un retablo del apóstol Santiago a caballo bastante imponente. Al fondo una puerta tenía todo el aspecto de ser la sacristía y Ágara tocó suavemente con los nudillos a la espera de alguna respuesta.

—Buenos días, soy el párroco de esta iglesia, ¿puedo ayudar en algo? Las confesiones serán algo más tarde. Ahora estoy poniendo en orden mis próximos eventos, aunque, fuera de la época de visitantes, en verano no hay mucha actividad.

El párroco era un hombre joven, amable y tranquilo, con aspecto de hacerse rutas en bicicleta bastante a menudo.

—Muchas gracias, padre; me llamo Ágara y soy vecina del valle y estoy intentando averiguar algo sobre el pasado lejano de mi caserío, Uxoa.

—Veré en qué puedo ayudarte, pero no me llames padre, mi nombre es José Ramón, yo siempre digo que padre universal solo hay uno. Hasta las once que empiezan los oficios puedo atenderte con mucho gusto.

—Es una historia un poco larga, pero trataré de hacérsela corta. Desde hace un mes estoy viviendo en la casa de mi familia materna, en Zuaztoi. Una serie de acontecimientos dolorosos y esta extraña época que estamos viviendo me hicieron dejar Madrid y todo lo que la capital representa para volver a mis raíces. Mi intención era alejarme, tomar distancia y tratar de sanar mis heridas, pero la casa y el valle se han apoderado de mí. El paisaje y los recuerdos de tantos días felices en mi infancia junto a mis padres y hermana, dicen que la nostalgia es la memoria de la tristeza, han despertado

en mí la necesidad de saber más sobre mi casona. Por qué algo tan valioso pasa a ser de mi familia y en qué circunstancia. El arraigado sentimiento de propiedad del valle hace que los caseríos pasen de padres a hijos por generaciones y en mi caso esa tradición se rompe sin causa aparente. Se me ocurre que tal vez en alguna parte pudiese haber archivos o documentos sobre nacimientos, defunciones, etc. No sé si lo que le estoy pidiendo es factible o no, pero me gustaría saber quién fue la familia que construyó la casa antes de que mis antepasados se hiciesen con ella. Quiénes eran sus dueños y cómo llegó a mi familia a principios del siglo XIX, sabiendo la prohibición de vender a extraños las casas y caseríos, una de las reglas más estrictas que regían la vida en la comarca.

—Ya veo, quieres saber, no solo sentir, devolver a la casa algo de lo que ella está haciendo por ti, pero me temo que no podré ayudarte. Cómo ves, esta iglesia de Santiago es de nueva construcción. Las inundaciones del año 1913 prácticamente destruyeron la anterior, bastante más pequeña, y en 1916 empezó la construcción de la que ahora nos ocupa. Por eso hay influencias góticas y barrocas, lejos del románico. Lo único que se conserva de la antigua construcción es la torre del reloj. Parte de los archivos fueron a Pamplona y parte a Arizcun, a la iglesia de San Juan Bautista. Allí incluso está el antiguo cementerio, que en la actualidad es el atrio. Tal vez deberías intentarlo allí. De todas formas, me pondré a buscar por si hubiera algo. ¿Me dices que sería de finales de 1700 y principios de 1800?, largo me lo fías, pero se puede intentar encontrar alguna pista. Las cosas difíciles suelen ser muy interesantes.

—Muchas gracias, se lo agradezco enormemente. Seguiré con mis pesquisas. Seguro que en alguna parte estará el hilo que me ayude a desenredar la madeja. Le dejó mi móvil por si encontrase algo que me pudiese ayudar. *Agur* y que tenga un buen día.

—Gracias, Ágara, qué extraño nombre, buen día para ti también y suerte, *agur*.

Ágara sonrió con el comentario del párroco, ya estaba acostumbrada a la perplejidad que suscitaba su nombre. Más de una

vez había estado a punto de cambiárselo, pero al final el amor propio y el hecho de no querer aceptar las obvias reglas del juego le hicieron cambiar de opinión. Era el nombre de su madre y si no se lo aprendían o recordaban sería porque su dueña no merecería la pena para la persona en cuestión, así que también era una forma de librarse de amistades superficiales y perfectamente prescindibles.

Decidió acercarse a la biblioteca para ver si Íñigo había conseguido alguna información.

—Buenos días. Esta vez no vengo a devolverte nada, he estado con el párroco de la iglesia de Santiago intentando buscar pistas. Es sorprendentemente joven y un encanto, me entran ganas de volver a misa los domingos. ¿Pudiste hablar con tu colega de Pamplona?

—*Egunon*, ¿ya has perdido las buenas costumbres?

Íñigo sonreía con malicia, le resultaba divertido desconcertar a la madrileña. Los prejuicios propios de la gente del pueblo incluían la idea de que la gente de la capital solo venía para buscar cierta atmósfera bucólica, una falsa convivencia con la naturaleza y poco más. Las lluvias, la humedad y las calles poco transitadas terminarían por devolverlos a sus previsibles y confortables vidas.

—Sí, he hablado con él. Me dice que hay libros en los que se recogen los partes de emigración, salidas, autorizaciones, fianzas y causas del viaje. Pero eso te interesaría en el caso de que las personas que tú buscas y habitaron Uxoa hubiesen emigrado, algo que no sabemos. ¿Tienes un rato? En una hora cierro y podríamos tomarnos un vino, quizás la experiencia de mi vida te sirva de ayuda en tu búsqueda, el vino corre de mi cuenta, ¿vale?

A Ágara le hizo gracia el comentario, era evidente que allí la gente no se andaba con rodeos y protocolos.

—Estupendo, si no te importa me quedaré aquí, al fondo, husmeando entre los libros. Me encanta la vista del río tras el cristal.

Íñigo cerró la biblioteca a la una y media como todos los días y ambos se fueron caminando hasta una pequeña taberna junto al río. No había mucha gente y el sonido de la corriente servía de música de fondo en las conversaciones.

—La historia es muy sencilla, pero te puede ilustrar sobre costumbres y acontecimientos habituales de los habitantes del valle.

Ágara e Íñigo estaban sentados en la pequeña taberna junto a una mesa baja, en dos taburetes, compartiendo un vino y un *busti*, una especie de pan empapado en el caldo del guiso de carne, que era una delicia.

—Mi familia es oriunda de Irurita, el pueblo que está más arriba, camino de Pamplona. A finales del XIX, el hermano segundo de la familia emigró a Buenos Aires en busca de fortuna. Ya había parientes instalados allí, por lo que, aparte de la dureza del recorrido y la larga travesía desde Cádiz, mi antepasado llegó sin problema y se instaló en la ciudad de La Plata, incorporándose al negocio que ya había sido su medio de vida en España. Eran panaderos. La casa de Irurita era humilde y tenía en su planta baja la tahona. Hacían un pan exquisito a base de trigo, maíz o centeno. Ya en América trabajaron duro e hicieron una pequeña fortuna. Por supuesto, parte de sus ganancias viajaba de vuelta a la casa materna para mejoras, dotes y también la adquisición de nuevas tierras.

»Con el tiempo, la humilde casa de Irurita se convirtió en una casa palacio, tal fue el rendimiento de la fortuna en Argentina y las rentas aquí en el valle. La comunicación era frecuente, nosotros sabíamos de las novedades de la casa madre, y ellos, de la evolución en la vida de las nuevas generaciones de argentinos.

»Hace veinte años, recibimos la noticia de que el último Zubiri, ese es mi apellido materno, había fallecido dejándonos como únicos herederos al ser soltero y no tener descendencia.

»Imagínate el lío que se organizó en mi casa. Tenemos sangre navarra, pero también argentina y nuestra vida, amigos y lazos de todo tipo están allí, al otro lado del océano.

»La primera idea fue renunciar a la herencia, con todo lo que eso significaba a nivel emocional y económico. La herencia estaba a nombre de mi madre, heredera de los Zubiri por lazos de sangre, así constaba en el testamento y así fue aceptado por el resto de la familia, tíos y primos, que podían haber impugnado el documento y

reclamar su parte. Pero ellos sabían cómo eran las cosas en la tierruca y que seguía rigiendo la libre elección de herederos.

»Yo reconozco que soy un poco atípico, no me interesan los negocios y mi pasión son los libros, leer y escribir, eso es lo que me gusta. Soy bastante lobo solitario y mis aventuras amorosas no han acabado demasiado bien, así que reuní a toda la familia y les planteé la posibilidad de venir a Navarra y hacerme cargo de la herencia, no solo en mi beneficio, sino en beneficio del resto de la familia, que tendría siempre un techo en la casa materna y derecho a parte de las rentas, si las hubiese.

»Después de muchas reuniones y ante la posibilidad de que el patrimonio se perdiera por la falta de cuidado y abandono, recibí el beneplácito de todos y un billete para viajar a Madrid con simplemente una maleta por equipaje. Si todo iba bien pediría que me mandasen mis libros y ropa, aunque el clima aquí me obligó a cambiar mi vestuario rápidamente.

»De todo esto hace ya diez años, y aquí estoy, y me atrevería a decir que de aquí no me moveré. La herencia me da para vivir, la gente que arrendaba los campos sigue siendo la misma y yo solo me ocupo de mis perros, mi desayuno y mi ropa. Una buena mujer limpia la casa de vez en cuando y además me trae huevos y verduras de su huerta, así que dime qué más puedo pedir. La felicidad completa, aunque algo solitaria. Por supuesto, mi madre no quiere venir, le da pánico el avión y allí tiene la vida y la compañía que le gusta y necesita. Esta es mi historia, no tan previsible como tú creías y un ejemplo de con qué facilidad la gente de Baztán se embarcaba con destino a ultramar por cualquier motivo, ya fuera búsqueda o huida.

—Me estás dejando de piedra, cómo alguien tan joven y con un futuro seguro y cómodo se encierra en este valle solo y sin necesidad de nada más, ni familia, ni amigos. Además, creo que Buenos Aires es una ciudad fascinante; no la conozco, pero me han hablado de ella muchos amigos. Yo en cambio no puedo estarme quieta, me apasiona viajar, aún me sorprende verme aquí anclada en estas tierras sin tener en mi cabeza algún viaje a la vista. Debe ser que me estoy haciendo mayor o que muchas veces mis viajes eran

más una huida, como mi nombre, que una búsqueda. Es curioso, pero en dos días he conocido dos historias con viajes de ida y vuelta.

Ágara contó a Íñigo sucintamente su experiencia de la tarde anterior con Jaime García Elizalde.

—Ten cuidado no sea que las lamias y los *basajaun* te estén tendiendo una trampa pegajosa como tela de araña para que te quedes en el valle.

Ágara e Íñigo se despidieron con la promesa de seguir cada uno por su lado investigando, pero algo en su corazón y en su instinto les decía que tarde o temprano llegarían al final de la historia o quién sabe si al principio.

La tarde volvía a ser fresca y, aunque el cielo no parecía muy tranquilo, decidió reanudar el paseo interrumpido del día anterior. La gente del trabajo y amigos no paraban de mandarle mensajes, bromas incluidas, sobre si había caído en brazos de un pastor. Ágara trataba de contestar sin aclarar mucho cuándo volvería y cuál era el nuevo motivo de su permanencia en Uxua *sine die*. Cuánto echaba de menos en esos paseos a su hermana y a su padre. Los tres eran capaces de alargar las excursiones durante horas, siempre había un monte por el que trepar, un río que cruzar y una nueva borda que descubrir.

Su estampa favorita era la de un viejo molino en el camino de Azpilcueta. Era una edificación medio en ruinas y cubierta de vegetación construida sobre el río. El sonido del agua al caer y una puerta semioculta dejaban vagar la imaginación hacia un tiempo en el que la gente acudiría para moler el grano y la casita estaría cuidada y llena de voces entrando y saliendo.

Todo el paisaje estaba sembrado de rincones mágicos, unos cubiertos por la vegetación y otros descubiertos a las miradas del caminante, como los abundantes caños de agua saliendo de la tierra o las fuentes que habían sido canalizadas precariamente, y en las que era un auténtico placer beber o mojarse las muñecas y el cuello, sobre todo cuando el calor arreciaba y el sudor se hacía presente ante la dificultad de un camino lleno de cuestas y recovecos. La naturaleza aún se había quedado acunada por esos montes sin que

nada salvo la lluvia y el viento osasen interrumpir su sueño de siglos a cubierto de la agresión de los seres humanos.

Caminar por los senderos que rodeaban la casa era volver a recuperar la imagen de su padre, risueño y feliz, junto a sus hijas, y sintiendo que en ellas habitaba gran parte del alma de su madre, la mejor compañera de su vida.

Todo se truncó hacía diez años, el día en que una llamada desde el otro lado del mundo les comunicaba que Ramón había tenido un accidente. Ante una noticia así, la primera pregunta instintiva y preñada de miedo es: «Pero ¿está bien?». «Le ha pasado algo?». No, no estaba bien, ni siquiera estaba. El monzón se había adelantado y la furgoneta en la que hacía su amado recorrido de Lhasa a Nepal había derrapado en el barrizal del sinuoso camino, precipitándose al vacío. Eran más de dos mil metros de profundidad en la que apenas se podía divisar la niebla y el abismo. Un final posiblemente imaginado por su padre, pero no por ello menos cruel y dramático. Esas montañas que le habían devuelto la paz y el equilibrio habían sido también su tumba, como si un espíritu desconocido hubiese querido secuestrar a ese maravilloso ser humano, dejando a sus hijas en la más absoluta desolación.

Rescatar su cuerpo fue misión imposible. La profundidad apenas permitía la entrada de un helicóptero y la operación era tremendamente peligrosa y más con el monzón sobre la zona. Ainoa y Ágara decidieron no arriesgar más vidas y aceptar el hecho de que su padre había vuelto una y otra vez a ese viaje porque quizás ahí quería acabar sus días.

Es muy difícil aceptar la falta de un ser querido e imprescindible en tu vida, sin ni siquiera poder despedirte de él o ver su rostro por última vez. Pero peor es la rabia y la rebeldía cuando te preguntas que por qué, por qué él, por qué ahora cuando tanta falta hacía y tanto le quedaba por vivir. A esa pregunta inútil y egoísta podrían contestar los miles de seres que también habían tenido que lidiar con una pérdida. No es una lotería, no es una mano negra y cruel, es el hecho de vivir, de andar, de amar, de moverte en cualquier dirección y la imposibilidad de quedarnos quietos. Lo único que nos garantizaría que las cosas serían distintas.

Esos acontecimientos dieron un vuelco a las vidas de las dos hermanas. Se aferraban la una a la otra en un intento desesperado de salvar algo de un barco que parecía hundirse constantemente y que ellas ya no sabían cómo mantener a flote. El trabajo fue la excusa, la anestesia más a mano que les impediría hacer el duelo y volver la vista atrás, para reencontrarse con el pasado. No volverían al caserío, no había nada allí que tuviera sentido para ellas. Había que mirar al futuro y luchar por ese proyecto que fuera la ilusión de sus padres y había crecido gracias a su cariño y a una filosofía de vida que había dejado su impronta en toda la familia.

Saber, aprender, conocer. No quedarte en lo obvio, moverte por terreno desconocido, seguir arriesgando sin miedo a lo inesperado y mirar el mundo siempre con ojos nuevos y la ilusión por estrenar. Ese era el espíritu que desde niñas habían compartido y ese debía seguir siendo el faro que iluminase su travesía y que buscarían en las noches oscuras.

El teléfono vibró en el bolsillo de la parca.

—Sí, dígame. Ah, es usted, Jaime, me pilla en mitad de mi ruta por el monte, intentando continuar el paseo fallido de ayer. ¿Cómo le está tratando el valle?

—Bien, Ágara, estoy disfrutando mucho, hay tantas cosas que ver. Quiero aprovechar que la lluvia está amenazante para resguardarme algún día más en la posada. Es un lugar muy confortable y el trato muy amable. La molesto para sugerirle si me permite invitarla a comer mañana, me han hablado de un restaurante en el que poder degustar los platos típicos de la zona, aunque supongo que usted ya los conocerá de sobra.

—Muchas gracias, Jaime, será un placer. Si le parece bien podemos quedar en la plaza a eso de la una y media y desde ahí caminar hasta el restaurante. ¿De acuerdo?

—Por mí, perfecto.

—Hasta mañana, Jaime.

La mañana amaneció más tibia de lo habitual y Ágara pensó que era un buen día para acercarse a Arizcun e intentar recabar más

información.

La iglesia de Arizcun era impresionante, barroca en su exterior y de una austeridad enorme en su interior. Había sido edificada a lo largo de los siglos XVI y XVII y tenía una imagen de la Virgen del Rosario, además de dos retablos que aparentaban ser más recientes.

Frente al atrio, había un pequeño jardín con una pila bautismal del siglo XVIII. Ágara estaba fascinada con la historia del edificio, cuya antigüedad alimentaba la esperanza de tener bastante información en sus archivos. Las puertas permanecían abiertas y la distribución de la iglesia en forma de cruz latina le otorgaba un movimiento que junto a las entradas de luz de los grandes ventanales componían un conjunto de aspecto majestuoso y agradable.

Sobre la parte derecha, algunos feligreses esperaban pacientemente su turno para la confesión. Ágara supuso que el párroco quedaría libre después de atender a las dos o tres personas que aguardaban en el banco cercano al confesionario.

Siempre le había llamado la atención el hecho de que los creyentes descargasen sus miedos y culpas en alguien, a veces desconocido, que por el simple hecho de ocultarse tras una celosía ya se presuponía merecedor de la confianza de quienes quieren preservar su intimidad. Lo que no se podía confesar a las personas más cercanas se susurraba en oídos acostumbrados a escuchar sin juzgar. Tal vez el perdón como premisa liberadora hace sentir al afligido que su carga se hará más ligera, al menos por un tiempo.

Ese pequeño diálogo, sustentado en la culpa unas veces y en el dolor otras, servía a muchos de consuelo y apoyo ante situaciones a las que día a día tenían que enfrentarse. Era algo parecido al Muro de las Lamentaciones en el que el hecho de que alguien estuviera al otro lado no tenía demasiada importancia. Vivir es una tarea muy pesada y las distintas religiones y culturas siempre han buscado la forma de hacerla más llevadera.

Por fin la última persona había terminado su confesión y el párroco salió del confesionario sin prisa y sorprendido al ver a Ágara esperándole.

—Perdón, joven, quiere usted confesión, aún está a tiempo si lo desea.

—No, gracias, padre, es usted muy amable, solo quería ver si me puede conceder un minuto para hablarle de un tema personal.

—Sí, por supuesto, venga conmigo, en el atrio no nos molestará nadie y así aprovechamos para tomar un poco de aire, a veces el peso que la buena gente descarga en mis espaldas es demasiado para un humilde servidor de Cristo.

El padre Amadeo era un hombre entrado en años, de andar cansado y mirada triste y amable. Diríase que el paso del tiempo había cargado suficientemente sus hombros y se merecía un buen descanso. Ágara le hizo un breve resumen de su búsqueda y los motivos de ella, a lo que finalmente el párroco, después de pensar durante un buen rato, intentó dar una esperanzadora respuesta.

—Mira, hija, en esta iglesia hay montones de archivos sobre defunciones, nacimientos…, aquí mismo están las losas del antiguo cementerio con algunos nombres esculpidos en ellas. Sería una labor de titanes, casi como buscar una aguja en un pajar. Como tú sabes, no todos los pobladores de la zona podían ser enterrados en este cementerio. Los agotes, por ejemplo, estaban muy marginados y se tenían que enterrar en el campo, desnudos y a cuarenta centímetros del suelo. La superstición en esa época era cruel y dolorosa para los que la padecían. Ni siquiera cuando ellos aceptaron los sacramentos de la santa madre Iglesia les estaba permitido entrar por la misma puerta que el resto y permanecían al fondo, detrás de los barrotes, puestos a propósito para su separación. En esa época los clérigos y los hombres relevantes no tenían tan claro el concepto de «madre» en el seno de la Iglesia católica ni la premisa de que todos somos iguales a los ojos de Dios.

»Eso estaría eliminando a un grupo numeroso de la población, aunque no creo que entre los agotes esté el origen de la familia que buscas. Sí podrías encontrar alguna pista, más sobre nacimientos, si es que te puede interesar, en el convento de las clarisas, el monasterio de Nuestra Señora de Los Ángeles. Está aquí al lado y conozco a la madre abadesa. Tal vez podrías visitarla y hablarle de lo que buscas. Nunca se sabe dónde está la punta del hilo que te lleva

a deshacer el ovillo. De todas formas intentaré echar un vistazo en mis archivos. ¿Me hablas de finales del XVIII y principios del XIX? Bueno, algo encontraremos. Y ahora te dejo, voy a ver si como un poco y así no solo alimento mi espíritu, sino también mi cuerpo.

—Muchas gracias, padre, me ha sido de una gran ayuda, que disfrute de su almuerzo. *Agur*.

—*Agur*, Ágara. Qué nombre tan curioso, es bonito.

Ágara, sonriendo, dejó atrás al padre Amadeo y su pequeño mundo, ya eran más de la una y en media hora tendría que encontrarse con Jaime para un almuerzo que prometía ser entretenido. Jaime estaba en la plaza, sonriente y con su chubasquero del que visto lo visto nunca se desprendía.

—*Egunon*, Ágara; como ve ya me familiaricé con el saludo del valle, me gusta el euskera, tiene musicalidad y un algo de ancestral que te lleva a otros mundos. El restaurante está a la salida, es un caserío convertido en asador y podemos ir andando, si le parece bien.

—Por favor, Jaime, no me llame de usted, ya no soy una niña, pero en mi generación el usted se ha borrado hace tiempo. Ya sé que en Hispanoamérica aún utilizan ciertos formulismos, pero aquí siempre nos produce una sensación de distanciamiento con el interlocutor, a no ser que sea un anciano venerable o alguien absolutamente desconocido. —Jaime sonrió algo cohibido.

—Está bien, si te sientes más cómoda, suprimimos el usted; tendré que acostumbrarme si voy a seguir cruzando el país y alternando con sus gentes.

El restaurante estaba justo a la salida, en una zona algo elevada, con una espléndida vista y rodeado de vegetación. La chimenea estaba encendida y el olor a guisos y asados despertó en Ágara un apetito que hacía tiempo no sentía. Pidieron sus menús y después de una estupenda charla distendida llegaron los postres.

La panchineta y el arroz con leche tenían un aspecto increíble y los potes de *txacoli* habían relajado el ambiente y soltado la lengua. Ágara quiso averiguar algo más de Jaime y su familia. Tenía un extraño presentimiento que le hacía intuir algún otro motivo, además

del puramente religioso, para su viaje y el haberse decidido por una ruta tan poco utilizada por los peregrinos.

—Jaime, sigo sin entender por qué has elegido esta ruta y la razón de permanecer varios días en el pueblo. Supongo que no tienes prisa y que quieres aprovechar la oportunidad para conocer algo más de la tierra de tus antepasados, ¿no? ¿Tienes alguna noticia de que fueran vecinos de este valle o vas sin un propósito concreto, a la aventura, dejándote llevar, simplemente?

—Es un poco de todo, me encanta esta parte de España, creo que este valle me está enganchando como a ti y tendré que dejarlo antes de que me atrape. Ayer hablé con mi familia en Lima; mi mamá está bien, por suerte, y pude oír su voz al teléfono. Me preguntaba emocionada qué me había parecido la tierra de sus antepasados. Le conté algo sobre mis impresiones y también acerca de nuestro encuentro. Le hablé de Uxoa y su belleza. Se quedó callada por un instante y luego me dijo con una voz nostálgica: «Jaime, Uxoa quiere decir "paloma", es un nombre muy común en esas tierras, yo recuerdo haberlo oído en casa como muestra de cariño o halago. Me alegra verte tan ilusionado con nuestro valle. Tú tienes la sangre de sus montes y ríos en tus venas, aunque en una cantidad ya muy pequeña. Cuando vuelvas, te enseñaré todos los libros que tenemos en nuestra biblioteca sobre Baztán. Ahora que conoces esos prados y has visto sus pueblos y hablado con su gente, disfrutarás mucho más recordándolo. Cuídate mucho y llama más a menudo, aquí todos estamos siempre pidiendo por ti y por que tengas un camino tranquilo y seguro». —Jaime dejaba asomar la emoción hablando de su madre y recordando su tierra querida—. Creo que este viaje es un homenaje a ella y a todos los integrantes de la familia que, dejando sus raíces, tejieron un entramado de acentos, mestizaje y afectos hasta convertirlo en lo que es hoy la familia García Elizalde.

—Ahora te entiendo un poco más, es un viaje no solo espiritual el que estás haciendo, sino de lealtad y amor. Prométeme que cuando vuelvas a tu Perú del alma meterás la nariz en esa biblioteca y averiguarás todo lo que puedas sobre el origen de tu familia aquí en el valle. Será importante para ti como lo está siendo para mí ahora.

El Camino de Santiago te dará la sabiduría y distancia suficientes como para remontarte en el tiempo y contemplar a vista de pájaro cómo fueron las generaciones anteriores, cómo sus vidas han ido cambiando, cuáles fueron sus sueños, sus luchas, sus logros y sus pérdidas hasta llegar a ti y lo que tú eres ahora, un resumen de todos ellos. Gracias, Jaime, ha sido una comida fantástica. Te voy a echar de menos, aquí no tengo mucha gente con quien hablar, la verdad, y a veces hablo en voz alta para no olvidar el sonido de mi voz.

—Gracias a ti, amiga, creo que mañana seguiré camino, pero no voy a echar en saco roto la sugerencia que me has hecho, te prometo hurgar en nuestra biblioteca y si encuentro algo que te pueda servir…, nunca se sabe. Mira que si somos parientes, ja, ja, sería divertido.

—No, sería divertido, no; sería fantástico, Jaime.

Los dos se despidieron, sabiendo que posiblemente no volverían a verse nunca más. Hay encuentros breves que pueden dejar una huella mucho más profunda que los de largo tiempo. Y este había sido un encuentro que no olvidaría jamás.

Eran las seis de la tarde y la comida abundante regada de vino y la intensa conversación habían despertado en Ágara la necesidad de volver a casa y echarse una buena siesta. Estaba claro que había perdido la acostumbre de salir y tomar una copa. Se daría una buena ducha y seguiría buscando en los libros de la biblioteca. ¿Cómo irían las pesquisas de Íñigo, habría encontrado algo interesante ?

Dejó que el agua bañase su cabeza y se deslizase con fuerza por su cuerpo. No había nada como una ducha caliente al final del día. Por la ventana aún se veían los pastos llenos de ovejas dándose un festín, y las nubes pintaban el cielo caprichosamente, pero sin malicia. Aún estaba envuelta en el albornoz, cuando la aldaba del portón tocó reiteradamente. Ágara bajó algo asustada con el pelo mojado y los pies descalzos.

—¿Sí? ¿Quién es? Ahora no puedo atenderle, ¿podría venir mañana?, ya es un poco tarde.

—Ágara, soy yo, Íñigo, perdona este atraco, pero no tengo tu teléfono y no sabía cómo ponerme en contacto contigo, hoy no has venido a la biblioteca.

—¡Ay!, ¡vaya susto que me has dado!, ¿siempre te presentas así en las casas sin avisar y sin invitación?, es broma, pasa, pero estoy en albornoz, así que no te asustes.

—Gracias, me asustaría más si no lo tuvieras.

Ágara sonrió por el comentario, cerró la puerta y condujo al inesperado visitante hasta la cocina.

—Si no te importa, subo a vestirme y bajo enseguida. Mientras, podrías ir preparando un café, me has dicho que estás hecho un amito de tu casa, ahí tienes el tarro y la cafetera, ahora bajo.

Íñigo se quedó un rato ligeramente turbado, quizás se había precipitado acudiendo a casa de Ágara sin avisar y ya entrada la tarde. Por otra parte, el comportamiento tranquilo y natural de su nueva amiga le hacía confiar en no haber metido la pata. Tenía noticias interesantes de Pamplona y quería compartirlas con ella. Cogió el tarro del café y llenó el recipiente de la cafetera eléctrica. La verdad era que algo caliente les iría bien a los dos en esa tarde húmeda y con amenaza de lluvia, que ya asomaba por las montañas.

—Ya estoy aquí. —Ágara se había enfundado en un chándal—. Cuéntame cómo te ha dado por hacerme una visita. Te advierto que no me viene mal, esta casa es tan posesiva que no me deja compartirla con nada ni nadie y ya estoy empezando a hablar con las paredes.

—Pues si lo que necesitas es hablar con alguien, soy la persona perfecta. La verdad es que el caserío es precioso, no me extraña que te encuentres aquí tan a gusto. Eso sí, un poco solitario, debe haber más de doscientos metros hasta el más próximo. ¿No te da miedo estar aquí sola por la noche?

—Mira, el miedo es un huésped con el que no pienso compartir mis días. Mi padre no tenía miedo y tal vez por ello perdió la vida en el lugar que más tranquilidad y paz le proporcionaba, pero vivió la vida que quería vivir. La pandemia ha roto todas las seguridades que

dábamos por conquistadas a lo largo de las últimas décadas. El miedo al dolor y la pérdida ya no es una idea o un sentimiento, porque ambos ya se han hecho reales. Aquí me siento más segura que en la mejor y más vigilada urbanización de Madrid, en la que entran los cacos como Pedro por su casa; en la mía entraron dos veces y se llevaron las joyas que mi hermana tenía en su cómoda. No me dan miedo los castaños, ni las ovejas ni las tormentas. Las amo, y sobre todo cuando iluminan mi habitación en el ático con rayos y relámpagos. No, el miedo infundado no sirve más que para atenazarte, no dejarte ser quien eres y tenerte entre sus garras, privándote de libertad.

—Bueno, bueno, no he dicho nada, ya me has convencido y comparto tu filosofía, pero también el aislamiento y la soledad pueden ser una forma de miedo, una excusa para buscar protección de algo o alguien, incluso de ti mismo. —*Touché*, pensó Ágara, ese chico no era ningún superficial simpático—. Aquí está tu café, he cogido las tazas de la alacena, lo tienes todo muy ordenado, ya podías darte una vuelta por mi casa y echarme una mano. Bueno, estarás preguntándote que a qué viene esta visita tan intempestiva.

—Inesperada, sí; intempestiva, no, porque ya te digo que a veces tanta soledad me hace pensar que no existo y simplemente soy un holograma de mis antepasados. Si quieres unas galletas, están en el tarro de la alacena; son caseras, las compro en el mercadillo de los sábados.

—No, gracias, voy al grano. Tengo buenas noticias. Mi amigo Joseba de Pamplona dice que en la biblioteca hay varios volúmenes sobre emigración. En algunos, alguien ha tenido la paciencia de recopilar información sobre salidas, fechas, nombres y autorizaciones que parece ser se exigían para evitar el éxodo masivo de la gente del valle hacia las Américas. No sé hasta qué punto te será útil para lo que estás buscando, pero he pensado que centrándonos en el periodo desde el abandono de Uxoa hasta la compra y restauración por parte de tu familia, tal vez aparezca algún nombre asociado a esta casa que haya abandonado el país por alguna razón. También si miramos en fechas anteriores podemos cotejar si de esta misma casa habrían partido más familiares creando el entramado habitual

que justificaba la salida de parientes en generaciones sucesivas. ¿Cómo lo ves? Yo creo que es un punto de partida, por alguna parte habrá que empezar si no quieres dar vueltas en círculos.

Ágara se quedó pensativa mirando a Íñigo. Sentía que por primera vez en mucho tiempo tenía un amigo en quien confiar. Nunca antes se había dado cuenta, pero de pronto descubrió que tenía unos dulces ojos azules detrás de su montura imposible de pasta marrón.

—Gracias, no sabes de cuánta ayuda me estás siendo. Buscar algo que no sé si existe es bastante difícil, si además tienes que buscar siglos atrás es como encontrar una aguja en un pajar y, si además lo tienes que hacer en solitario, puedes terminar volviéndote loca con tus fantasmas y pensamientos. ¿Cuándo podemos ver esos libros?

—No te preocupes, ya he quedado con él. Mañana cuando cierre la biblioteca me voy a Pamplona, comemos juntos y me traigo unos cuantos archivos para revisarlos contigo por la tarde, ¿te parece bien? Pero te advierto que no me voy a conformar con un café, espero que me lo pagues con una cena deliciosa, el *txacoli* corre de mi cuenta, como siempre. Y ahora te dejo para que descanses tranquila; por cierto, deberías ponerte una alarma. Ya sé lo del miedo y todo eso, pero estarías más segura si te vas a quedar aquí por un tiempo. Piénsatelo. *Agur*.

—Vale, vale, lo pensaré. Buenas noches y gracias; de verdad, muchas gracias. Te parecerá una tontería, pero no sabes lo importante que es esto para mí. Por cierto, apunta mi teléfono para que no te echen fama de asaltacasas.

Ágara se despidió en el portón y vio a Íñigo subir a su coche y marcharse. Qué sensación de tranquilidad daba tener a alguien en casa, aunque solo fuese por un rato, ya se le había olvidado ese sentimiento acogedor y familiar.

Cómo echaba de menos a Ainoa. Unas delatoras lágrimas se deslizaron lentamente por sus mejillas mientras cerraba el portón y daba la doble vuelta a la llave.

Íñigo no volvió al día siguiente, ni al otro. Un contratiempo le había impedido ir a Pamplona por la tarde. Una llamada desde Buenos Aires le avisaba del delicado estado de su madre, así que decidió acudir lo antes posible. Ágara había recibido la noticia con un

mensaje de texto en el que su nuevo amigo le prometía volver en cuanto pudiera para seguir con sus pesquisas. Lamentaba mucho haberse tenido que ir así, sin avisar, pero había viajado a primera hora de la tarde a Madrid para tomar un vuelo nocturno. Le daría noticias desde su país, y le agradecía su hospitalidad del día anterior. El final del mensaje era un «cuídate» que hizo sonreír a Ágara.

Tendría que esperar a su vuelta y ojalá las noticias alarmantes desde Argentina no lo fueran tanto a su llegada. Estaba impaciente por bucear en los archivos sobre emigración de Pamplona, mientras tanto intentaría alternativas de búsqueda en los pueblos del valle. Al día siguiente se acercaría al monasterio para hablar con alguna madre clarisa. Ahora necesitaba dormir y alejar su mente de tantos pensamientos mezclados y difusos.

El balcón ofrecía como cada noche su gran espectáculo de esa belleza inmensa difícil de definir. Ese universo mágico e inagotable que la naturaleza circundante le ofrecía cada día no producía en ella ninguna sensación de temor, al contrario, ante ese prodigio únicamente experimentaba un sentimiento de gratitud por poder formar parte de semejante privilegio.

A la mañana siguiente, Ágara encaminó sus pasos de nuevo a Arizcun con la intención de visitar el monasterio. Era un pueblo algo lóbrego por su ubicación en la ladera norte de la montaña. Las casas señoriales y sus escudos daban cuenta del nivel de sus habitantes en otras épocas, vestigios de aristocracia y familias influyentes en la corte de Carlos II y Felipe V. El monasterio era imponente con su trabajada fachada barroca y sus grandes escudos llenos de simbología, como la cruz de Calatrava y el imprescindible juego de ajedrez, sello de todas las casas del valle. Ágara se aproximó a la puerta, las monjas clarisas eran famosas por haber vivido en clausura durante mucho tiempo con el único sustento de sus trabajos artesanales en repostería, como sus deliciosas yemas, y también gracias a la generosidad de alguna familia benefactora que siempre las abastecía de lo necesario para su supervivencia. De cualquier forma, Ágara pensó en lo costoso que debía ser mantener

el edificio y sus instalaciones en buen estado. Una madre menuda y entrada en años la atendió amablemente.

—Buenos días, madre, perdón por la molestia, ¿podría hablar con la madre superiora o alguna persona que me pudiese informar sobre la historia de este monasterio? No es para nada importante, es un asunto personal.

—*Egunon*, hija, aquí somos todas muy mayores, aunque depende de en qué época estés buscando tus referencias. Pasa, pasa si quieres, preguntaré a la madre abadesa si puede atenderte, espera mejor en esta salita, el zaguán es un poco frío y bastante inhóspito.

—Gracias, madre, no se preocupe, estoy bien aquí.

La monja volvió a los diez minutos y pidió a Ágara que la acompañase. El convento era enorme y contaba además con una iglesia con nave de cruz latina. La construcción era de piedra y cal, salvo la fachada con el gran retablo barroco. La sensación de viajar en el tiempo era absoluta. Qué podía mover a alguien a enclaustrarse de por vida en ese espacio frío y húmedo era la pregunta que cualquier habitante del siglo XXI se haría.

Seguramente siglos atrás las respuestas caerían sobre sus cabezas aplastándolas con su irrefutable contundencia. Hambre, imposibilidad de acceder a la herencia que caería en un solo hijo y, por supuesto, la condición marginal de muchas mujeres, hijas o viudas destinadas a una vida en la que los sentimientos o sueños personales no tenían cabida. Pocas mujeres tenían acceso a estudios superiores y, a veces, casarse era la única opción de conseguir un lugar propio, aunque ese lugar no fuese el más confortable y deseado. No hablemos de aquellas que se saltaron las normas y terminaron siendo la vergüenza de la familia, que rápidamente buscaba un refugio donde apaciguar su rebeldía o esconder, a ojos de los demás, el oprobio de un comportamiento que no estaba permitido en la estructura conservadora y férrea de los habitantes del valle.

Ágara imaginaba también cuántas criaturas no deseadas o mejor dicho no aceptadas habrían buscado asilo entre esas cuatro paredes,

convirtiendo a las monjas en madres de verdad, en este caso sin ser juzgadas ni condenadas.

—Pasa, hija, mi nombre es Amaya y estoy al frente de este monasterio. Estarás pensando que este edificio podría albergar a varias familias necesitadas, ¿verdad?

—Gracias, madre, por atenderme; me llamo Ágara y sí, la verdad es que es un lugar grandioso, aunque no muy acogedor, tal vez por la falta de gente. Supongo que ustedes hacen un buen uso de él y también ayudan a quien lo necesita, por lo que me cuentan, además de tener una buena mano para los dulces, que es también una forma de rezo, creo yo.

—Es una buena observación, ¿Ágara? Nunca había oído ese nombre. El rezo o la meditación, que vienen a ser lo mismo, son un viaje hacia el interior de nuestra esencia. Si haces labores con mimo y atención, estás orando de alguna manera y liberando tu mente de tensión y agravios. Eso calma tu alma y te conecta con tu yo más profundo. Si además tus logros son compartidos con los demás y les pueden servir de alivio, misión doblemente cumplida.

»Sobre la grandiosidad de este edificio, todo tiene su explicación. Cuando se construyó en el año 1736, los monasterios e iglesias estaban ligados al mecenazgo de las familias próceres y también a la influencia que la Iglesia ejercía sobre la corte. Este fue ordenado construir nada menos que por Felipe V y financiado por la familia Iturralde, el que fue ministro a su vez del rey Carlos II y Felipe V. La grandiosidad del monumento era señal también de la importancia de quien lo mandaba construir. De hecho, el escudo de la familia está en la fachada como muestra mundana y orgullosa de la relevancia del ministro y era tan grande el ascendente sobre este monasterio que se construyó en un solar frente a la casa familiar de los Iturralde, hasta el punto de que podían seguir los sacramentos desde su casa sin necesidad de entrar en la iglesia. También se intentaba, con la monumentalidad, rendir un homenaje al Dios eterno y su grandeza y que los humildes mortales admirasen y sintiesen devoción ante imágenes y obras arquitectónicas que casi les permitían tocar el cielo. Pero, bueno, esto es solo un inciso para que entiendas las circunstancias históricas y sociales que sembraron

España de monasterios, catedrales y monumentos que hoy sería impensable construir y que desde la austeridad y laicismo actuales resultan casi obscenos. También es el legado de nuestra historia y nuestros increíbles maestros de obras y artesanos, gremios que durante siglos sobrevivieron gracias al ingente trabajo sustentado por la Iglesia y los nobles. Y, ahora, cuéntame que te trae por aquí.

Ágara se quedó conmocionada ante la humildad e inteligencia que desprendían las palabras de la abadesa y por un momento pensó que estaba ante la única persona, exceptuando a Íñigo, que podría poner algo de luz en su búsqueda.

Intentó resumirle el motivo de su visita sin ahondar en las circunstancias personales que la habían llevado al valle, pero haciendo hincapié en lo importante que era para ella descubrir algo más sobre los acontecimientos acaecidos en el caserío.

—Ya veo, hija mía, estás buscándote a ti misma o persiguiendo un sueño y no voy a ser yo quien te desanime a seguir haciéndolo. No sé exactamente qué puedes encontrar aquí. Tengo almacenes enteros llenos de archivos sobre nacimientos y jóvenes que entraron a este monasterio por una u otra razón. Pero yo creo que lo primero que habría que saber es quiénes eran los moradores originales de tu caserío, tener aunque solo sea un nombre y tratar de encontrar vínculos que ayuden a tejer la historia. Como Penélope antes de la llegada de su amado Ulises, tal vez tendrás que tejer y destejer hasta poder finalizar el tapiz con el que quieres vestir tu casa y devolverle su espíritu perdido. —La abadesa era un ser bastante excepcional, que aunaba prudencia con pensamiento desde una total humildad—. Intentaré mirar algo en torno a esos años, aunque, entre 1790 y 1794, los franceses, con su revolución, hicieron grandes tropelías, destrozando además muchas imágenes. Por suerte, no se interesaron mucho por los archivos. Su objetivo era la simbología y eliminar todo lo que la religión representaba para el pueblo. Curiosamente mucho tiempo atrás, un francés, el rey borbónico, entraría por estas tierras para hacerse cargo del reino de España. Es una historia muy bonita. En el límite o muga fue recibido por una representación de los pueblos de la zona y un *danzari*, un bailarín que ejecutó ante él su típica danza. Maravillado, el rey quiso

regalarle una casa justo en el sitio en el que había sobrevolado su danza, así nace Dancharinea, el pueblo fronterizo, que quiere decir la «casa del bailarín». ¿Verdad que es una bonita historia? Bueno, como ves me voy por las ramas. Déjame tu teléfono y, si encuentro algo que te pudiera ser útil, te mantengo al corriente. Gracias por tu compañía, no nos visita mucha gente, y siempre es gratificante recibir un poco de aire fresco de la vida de ahí fuera.

—Gracias, madre, seguiré buscando alguna pista que pueda ayudarme en otras fuentes de información. La verdad es que no estoy muy esperanzada. Creo que estoy caminando en círculos. Pero no voy a tirar la toalla tan pronto. *Agur*, madre.

—*Agur*, Ágara, otro día si te apetece puedes venir y hablar con más calma del porqué de tu búsqueda y de ese pequeño dolor que anida en el fondo de tu mirada.

Ágara sintió un estremecimiento al oír las palabras de la abadesa. Era evidente que su juventud y aislamiento no habían mermado y sí, tal vez, aumentado su sabiduría y habilidad para penetrar en el alma de las personas.

Los días empezaron a transcurrir sin que nada permitiese seguir avanzando. Íñigo no volvía. Al parecer las cosas en Buenos Aires se estaban complicando. El otoño empezó a desperezarse y los ocres, dorados, naranjas y amarillos pincelaron el paisaje convirtiéndolo en algo deslumbrante y distinto. El bosque que había en la cara este de Uxoa empezó a clarear y al fondo, en una nueva perspectiva, dejaba descubrir desde el balcón una suave ladera que antes permanecía escondida.

Los caminos se llenaron de castañas con su envoltorio peludo. Solo con pisarlas se dejaban al descubierto, brillantes y rojizas. Habían estado protegidas para exhibirse ahora en su absoluta perfección y belleza. Los pequeños caballos de los montes tendrían comida abundante. Los helechos mudaban su piel tierna y verde por otra textura vinosa y dura. La naturaleza empezaba su baile y movimiento hacia el invierno y, mientras los hombres se abrigaban y protegían del frío, los árboles se libraban de sus hojas para

entregarse desnudos al viento y la intemperie. Este y otros eran los misterios que hacían de los campos espacios llenos de vida y armonía transformándose inexorablemente en cada estación con la precisión de un reloj ecológico marcando los tiempos.

Leire seguía acudiendo al caserío tres días a la semana y sus charlas desenfadadas y espontáneas alegraban las mañanas de Ágara y la ayudaban a sentirse algo más conectada con el mundo.

—No sé qué haces con tanto libro, deberías buscarte una cuadrilla y salir a divertirte un poco. Mi tía está deseando que conozcas a más gente del pueblo y no estés aquí tan encerrada. Por cierto, el chico de la biblioteca era muy majo. ¿Es que no va a volver? Esto es un pueblo y ya sabes, te ven un día tomando un vino y ya te emparejan. Es lo que no me gusta de vivir en un sitio tan pequeño, que te cuelgan un sambenito y no hay quien te lo quite. Mira lo que le pasó a esta casa.

—¿A esta casa?, ¿qué quieres decir? Nunca había oído nada y mira que vengo desde que era una niña, además este caserío está en mi familia desde hace más de dos siglos.

—Ah, no sé, eso pregúntaselo a mi tía o si no más bien a la *amona*, tiene noventa y cinco años, pero tiene la cabeza mejor que tú y que yo. La verdad es que yo no sé muy bien qué se decía en el pueblo de Uxoa, debió de ser hace mucho tiempo. Bueno, voy a seguir trabajando, que si no no me va a dar tiempo de acabar a la una.

Ágara se quedó pensativa, nunca había oído nada extraño y su madre jamás le había contado ninguna misteriosa historia sobre la casa. Había sido rehabilitada por su familia a principios del XIX y desde entonces Uxoa solo había sido testigo de la felicidad y vivencias de más de siete generaciones hasta la suya. Bajaría al pueblo y hablaría con Itziar, la conocía desde pequeña y si se sinceraba con ella tal vez podría darle alguna información que hasta el momento se le hubiese escapado.

Itziar estaba tan alegre como siempre, atendiendo a los clientes, que con el ir del verano eran cada vez más escasos.

—¿Por qué no te vienes a comer el domingo a casa? Por lo menos estarás en familia y puedes preguntar a la *amona*, tiene la cabeza como cuando era joven y además le encanta contar historias, no sé cuáles serán ciertas y cuáles no, pero a lo mejor te da una nueva pista, nunca se sabe.

—Gracias, allí estaré, os voy a llevar un arroz con leche, con los meses he conseguido un nivel equiparable al que tenéis en el valle. El único secreto es la leche entera de vuestras vacas y mucho amor y paciencia, como pasa con casi todo, a base de darle vueltas con la cuchara de palo sale una textura exquisita. Eso estoy haciendo yo con mi vida, dar muchas vueltas y poner amor y paciencia hasta que consiga la textura que necesito.

Durante los días restantes hasta la comida del domingo en casa de su amiga, Ágara disfrutó de la recogida de castañas, asadas después en la chimenea, los paseos por el monte y el embotado de la mermelada de moras que había aprendido a hacer.

Las higueras del prado, además de regalar en verano una espléndida sombra, también estaban repletas de higos, muchos caían al suelo o eran picoteados por los pájaros.

La naturaleza en el mes de septiembre era tremendamente generosa en frutos, tonalidades y amables temperaturas. Estaba descubriendo que, así como en la ciudad septiembre siempre le había producido una sensación de tristeza, de pérdida de una libertad abandonada en alguna playa y un olor frío a nostalgia, con los días acortando su luz y las largas e interminables noches acechando, en cambio, en el caserío, posiblemente era el mes que más le gustaba. El mes del reencuentro con los brotes de las bolitas rojas del acebo y los exquisitos manjares, escondidos en verano y ofreciéndose exuberantes con la vuelta al mundo cotidiano tras las vacaciones. No le importaría que hubiese más septiembres en vez de agostos y eneros.

Sus amigos seguían insistiendo en que pusiese fin a su retiro. Qué podía aportar a una chica en toda su plenitud la vida rutinaria y sin alicientes de un pueblo. Esa chata visión de los días en el campo era denominador común en los urbanitas acostumbrados a tanta oferta que elegir se acaba convirtiendo en una tortura. Tampoco sus compañeros de trabajo, gente de aerolíneas y hoteles con los que habitualmente programaba sus viajes a la carta, entendían por qué, incluso desde su paraíso de verdes y lluvias, no seguía atendiendo a clientes habituales que se sentían huérfanos sin sus viajes de otoño e invierno tan especialmente diseñados por ella.

Ágara se estaba planteando seriamente retomar su actividad poco a poco. Podría habilitar la habitación en la planta baja del caserío. Un poco de caja tampoco le vendría nada mal, aunque también le estaba rondando la idea de alquilar o vender su piso en Madrid. No pensaba volver en mucho tiempo y era un piso grande y elegante ubicado en un barrio tranquilo y cercano a todo, como lo era el de Chamberí, uno de los más castizos de la capital, que debía su curioso nombre a la ocupación francesa cuando el regimiento de Chambéry se instaló en esos terrenos. Tendría que pensárselo bien, a lo mejor era una buena idea alejar un poco la mente de sus nuevas obsesiones y tener algo ilusionante entre manos. Seguro que su hermana y sus padres estarían de acuerdo en no dejar morir una actividad que les había dado tantas satisfacciones y una vida a su medida, sin hipotecas ni presiones externas.

Itziar y su familia vivían en las afueras del pueblo, en una casa torre. Eran casas construidas en la Edad Media, de planta cuadrada y mayormente de piedra. En la parte alta, un palomar fabricado en mampostería o madera daba ese aspecto peculiar a la edificación. Las torres habían sido destruidas por orden del cardenal Cisneros en 1516 para evitar su objetivo de atalaya en las luchas por la independencia del reino de Navarra. Algunas habían sido construidas de nuevo y no siempre eran nobles y tenían escudo. Una de las más famosas era la perteneciente al señor de Ursúa, de 1568.

La familia de Itziar tenía también en la planta baja un negocio de antigüedades, con piezas tradicionales de la zona. Camas navarras de un metro de anchura y laterales y frentes de madera trabajada. Eran muy curiosos los bancos largos de respaldo alto con una pequeña mesa en el centro de sube y baja. Se situaban en el zaguán a cubierto que las casas tenían para refugiarse de la lluvia, y servían también para tomar un vino con algún vecino o visitante. En el valle nadie cierra las puertas y puedes acudir a los caseríos sin necesidad de anunciarte, así de hospitalarios son sus habitantes. También se podían encontrar mesillas de noche con tapa de mármol o palanganeros. Ágara disfrutó mucho viendo todo ese mobiliario primorosamente restaurado, semejante a algunas piezas que también habían permanecido dormidas en su caserío.

La familia la recibió con la cordialidad y naturalidad propias de un carácter poco dado a los artificios, pero sinceramente hospitalario. El olor a chistorra inundaba la estancia y la sidra ya se servía en los vasos anchos y chatos. La hogaza de pan troceado presidía el centro de la mesa. A través de las ventanas, las vistas eran espectaculares. Un paisaje más cerrado a esa altura del valle con la cercanía del río acompañando con su melodía las conversaciones familiares. Los padres de Itziar le dieron sus condolencias por la pérdida de su hermana. Ainoa había sido habitual de la casa en sus correrías con su amiga. La hermana y el cuñado, que también habitaban en la casa, se encargaban de las antigüedades y viajaban a Francia con frecuencia para comprar piezas interesantes. Su hija Leire estudiaba y también echaba una mano, además de ganarse unos euros en casa de Ágara. Junto a la ventana, sentada y con una piel envidiable a sus años, estaba la *amona* (sustantivo cariñoso de abuela en euskera). Era una mujer dulce y tranquila con los ojos vivarachos. Estaba feliz rodeada de sus nietos y bisnietos. Se apreciaba tanta ternura en el trato que todos le dispensaban que en algún momento estuvo a punto de que se le saltaran las lágrimas, consciente de que ese mundo, muy pronto, dejaría de formar parte de ella, llena ya de ausencias y heridas aún por cerrar. Por un instante su mirada voló húmeda a través de la ventana, los prados, los árboles y el viento.

—Ágara, ¿qué quieres beber? ¿Te gusta el vino o prefieres una Coca-Cola? Un vinico te vendría bien para alegrar esa cara. Anda, ven y siéntate, hoy has tenido suerte y el *ama* ha cocinado *xuritabeltz*, supongo que ya lo has probado, si te gusta la morcilla te encantará. También hay chuleticas de cordero y setas recién cogidas.

Itziar se deshacía en atenciones con Ágara, podía intuir el dolor y la nostalgia que la invadían en medio de su familia, sintiendo la total ausencia de la suya. La comida transcurrió en un tono alegre y a medida que el vino y los estómagos se fueron hermanando, las bromas e indirectas que hacían reír a todos ayudaron a crear un ambiente cordial y distendido que devolvieron a Ágara la sonrisa y la felicidad por un momento. Todos alabaron el arroz con leche que con tanto mimo había cocinado por la mañana. Ya era una baztanesa de pro si había sido capaz de preparar un arroz tan delicioso.

Definitivamente, sí, había sido una gran suerte tener a Itziar y haber aceptado su invitación sincera y oportuna. Estaba en familia, algo que venía necesitando desde hacía tiempo.

La mirada dulce y penetrante de la abuela le dio la confianza suficiente como para sentarse a su lado en los cafés e intentar conseguir alguna información sutilmente y sin forzar a la anciana más allá de lo necesario.

—*Amona*, me encanta esa palabra. No sabe usted cómo me habría gustado poder disfrutar de mi madre y de mi abuela más tiempo, eran muy importantes para mí y siento un enorme vacío con su ausencia, difícil de llenar. Nuestra casa ha estado sin habitar durante demasiado tiempo y eso ha hecho aún más honda la herida de la pérdida. Estoy intentando devolverle la vida y sobre todo entender qué pasó con ese caserío, por qué llegó a manos de mi familia y cuál es su historia. Sé que es uno de los caseríos más importantes y siempre me llamó la atención su extraño nombre, Uxoa. Quién pudo poner el nombre de paloma a una casa, no es lo habitual.

Los ojos de la anciana se oscurecieron por un instante. Buscó un punto en la lejanía a través de la ventana y luego cogió la mano de Ágara con un gesto de protección de quien ha vivido y escuchado

mucho, de quien guarda historias y leyendas ciertas o inventadas escondidas en los pliegues de sus años.

—Hija, tengo muchos años, como puedes ver, pero no tantos como para saber qué pasó hace más de dos siglos. —Ágara sonrió con el comentario de la anciana—. Sé que de pequeña contaban historias de Uxoa. Nos gustaba ir a rondar por sus prados y tratar de mirar por las ventanas a su interior. En casa nos reñían porque decían que era una falta de respeto, pero eran travesuras de niños. Mi *amona* una vez me dijo: «No vayáis por Uxoa, es una casa que tiene mucha tristeza y os vais a contagiar». Las casas tienen impregnado el espíritu de sus habitantes y permanece a través del tiempo, tanto si fueron felices como desgraciados. Tus antepasados eran muy queridos y la casa estaba llena de vida, reuniones y fiestas, pero antes hubo algo, una tragedia que se quedó colgada de sus paredes y la convertía en misterio. A mí no me importaba porque era tan bonita y rodeada de hortensias. A veces cortábamos algunas para la casa. La gente es muy supersticiosa, ya sabes, y aún más en el valle, les encantan las historias trágicas y de brujería. Es todo lo que te puedo contar. Ya me gustaría a mí saber algo más, pero hace mucho tiempo de todo eso y vete tú a saber si es mentira. A veces son historias de amores no correspondidos y alguien se inventa alguna maldad en venganza. Pero hoy las cosas son distintas y me alegro de que estés en ella y le devuelvas el cariño que estaba necesitando. Aquí somos muy apegados a nuestras cosas y no nos gusta ver que algo se deteriora y muere sin que nadie ponga remedio. Tienes que venir más a vernos. Aquí tienes una familia, ya lo sabes. Y ahora dame un abrazo, yo lo necesito siempre y por lo que veo tú también ahora.

Ágara se despidió de la familia agradeciendo su hospitalidad y prometiéndoles volver cuando sintiese el abrazo invisible de la soledad. La puerta estaría abierta y *amona* siempre en su sillón junto a la ventana, dispuesta a escuchar y a conversar sobre historias y recuerdos de su larga vida y juventud perdida.

Volvería, pasase lo que pasase, aunque solo fuera para poder respirar ese aire trasminado de vivencias, afectos y olores caseros. En definitiva, el olor de la vida de verdad, la que se puede tocar, la

que discurre cuando su fluido no ha sido cortado de cuajo por una tragedia como la que tal vez se vivió en Uxoa hacía tiempo.

---

[1] En quechua, lugar donde se amarra el sol.

Segunda parte

Camino de Santiago

Jaime dejó el valle con una extraña sensación de angustia. Había como un desgarro en su interior, una separación autoimpuesta de esa tierra en la que su espíritu había quedado atrapado. Tenía que irse, era necesario seguir, avanzar y alejarse. Salvarse de la trampa pegajosa de los presentimientos. Todo a su alrededor le impelía a quedarse, a seguir conociendo y grabando en su retina cada calle, puente, camino o piedra hasta descubrir una huella, algo que le remitiese a siglos atrás, cuando alguien de sus antepasados por motivos desconocidos decidió abandonar el valle. Tal vez la búsqueda de Ágara fuese también la suya propia, por qué no investigar juntos. Su viaje era un viaje de fe, de reencuentro con su yo más antiguo y profundo, y para que ello fuese posible sería necesario volver al origen. La sangre no podía llamar con tanta insistencia y su fe era frágil muchas veces. Había intentado en sus conversaciones con Ágara reafirmarse en sus creencias, tratando a un tiempo de convencerse a sí mismo de la verdad de sus motivaciones y razonamientos. A lo largo del camino había experimentado sentimientos encontrados. Grandes monumentos levantados por la mano del hombre en honor a Dios contrastaban con la humildad de algunas viviendas de su entorno. Intentos desesperados de comunicarse con Él, pero Dios no responde, no da señales de vida salvo las que cada uno decida dar por válidas. ¿Por qué ese Dios todopoderoso se había dirigido hacía tanto tiempo a profetas, apóstoles, santos y ahora durante siglos había

permanecido callado? ¿Tan poco le importaban sus criaturas como para no darles de vez en cuando alguna pista esperanzadora? Bastaba con un «Estoy aquí, no os he abandonado, pero como especie tenéis que aprender a caminar por vosotros mismos, para seguir aprendiendo, para llegar a ser mejores». ¿Era esa la idea, dejarnos a nuestro incompetente libre albedrío? ¿Cuál era el sentido de matarnos los unos a los otros?, ¿o de tanta miseria, tanta injusticia y tanta desigualdad? ¿Por qué no se nos permitía tener al menos las mismas oportunidades en la casilla de salida? Pareciese la obra de un mago cruel que se divertía viendo a sus creaciones luchando por sobrevivir, tropezando una y mil veces en la misma piedra. El silencio de Dios, eso era lo que se escuchaba desde hacía demasiado tiempo. Estos y otros pensamientos acudían a su mente en el transcurso de los días. La fe era la única salvación ante la duda, pero ese creador no podía haber dotado al ser humano de capacidad de pensar y luego condenarle a la oscuridad, a la más absoluta ignorancia. Porque esa fe tranquilizadora y amiga era también el cerrojo de la inteligencia, el límite que el pensamiento no debía traspasar si no quería perder el vínculo de unión con el padre. El precio de la fe como bálsamo protector era renunciar al pensamiento siempre incómodo y rebelde.

La ruta era impresionante y él tenía muchas cosas que descubrir aún, dentro y fuera de sí mismo. Desde Bayona, lugar por el que había empezado su camino, había unos setecientos kilómetros de distancia a Santiago. Tenía tiempo, abundante y solitario tiempo, para meditar e incluso preguntarse en voz alta el motivo real de su viaje.

Todo había empezado de manera inocente. Primero fue la necesidad de salir de la rutina, del trabajo y de una vida excesivamente cómoda y garantizada. Ese espacio de confort en el que, con solo un gesto o una llamada, alguien siempre presto solucionaba los pequeños problemas que surgen a diario. También la necesidad de buscar en su pasado. Ahora estaba solo, sin nadie facilitándole el día a día. Había noches de insomnio en albergues

incómodos y ruidosos, otras veces el cansancio le obligaba a pararse sin haber cubierto los kilómetros previstos. Muchos peregrinos como él recorrían, solos o en compañía, vías por parajes insólitos, por calzadas romanas, como la Vía Aquitania o la Vía Trajana, aún en buen estado, cruzando puentes milenarios que increíblemente habían soportado el paso de los siglos.

Paisajes de viñedos en el corazón de La Rioja. Murallas fortificadas abrazando ciudades como Logroño, Burgos o Astorga, ajenas a los flujos de la historia, que hacía tiempo no las necesitaban para la defensa de sus habitantes. Espacios castrenses, hoy atracción turística sin restos de las luchas encarnizadas de otros tiempos.

El camino era un constante descubrimiento para los ojos que se asomaban a él por primera vez. No era de extrañar que en 1993 hubiese sido declarado patrimonio de la humanidad. El arte en monasterios e iglesias, del románico al gótico y barroco, era de tal riqueza y diversidad que a buen seguro ningún recorrido en el mundo gozaba de tantos monumentos en tan poco espacio.

Jaime hacía en solitario la mayor parte de su camino diario, necesitaba pensar, preguntarse, conocer más de sí mismo. Descubrir Uxoa había sido de gran impacto en su ánimo y también, al habérselo mencionado, escuchar la emocionada voz de su madre al otro lado del teléfono. Ágara había despertado en su espíritu una gran ternura, esa criatura perdida, intentando encontrarse, como él, queriendo averiguar el misterio de esas piedras en las que habitaba. ¿Por qué su familia había abandonado el valle siglos atrás? ¿Cómo alguien podía huir de algo tan bello? ¿Por qué no había dilatado su estancia más tiempo? ¿Quién sabe si tal vez habría descubierto algo en referencia a sus orígenes? A veces revolver en el pasado es un ejercicio que requiere valor y fortaleza al mismo tiempo.

Poco a poco el Camino de Santiago se fue enredando en él como las hiedras iban atrapando, a su paso por los pueblos, muros y árboles. Había leído mucho sobre el Camino. Viejas leyendas hablaban de la posibilidad de que no fuese el apóstol el que descansaba en el sepulcro, sino un mártir desterrado por la Iglesia por herejía llamado Prisciliano y cuya señal a lo largo del Camino estaba representada por el signo de varias líneas confluyendo en

una sola y que los canteros habían diseminado por los cenobios e iglesias como símbolo de la verdad.

Oficialmente, Santiago había sido decapitado por Herodes y transportado por sus discípulos Atanasio y Teodoro en una barca, el famoso *traslatio*, siendo amarrada la embarcación a la gran piedra, Pedrón. Padrón se convirtió en centro de peregrinaje por mar, y su riqueza atrajo a maleantes y piratas, motivo por el cual se construyeron las Torres del Oeste como medio de protección. El muelle construido a orillas del río Sar dotó a la villa de una mayor prosperidad, acentuada por la cantidad de peregrinos que acudían a visitar la tumba del santo.

Se sabía que el primer peregrino había sido Alfonso II, rey de Oviedo en el siglo XI, cuando Teodomiro, el obispo de Iria Flavia, lugar al que se supone llegó el apóstol en su primer viaje a la península, le hizo saber el descubrimiento de los restos atribuidos al santo en un túmulo, en mitad de la nada de la Galicia mágica y profunda.

Oviedo era ciudad de peregrinaje obligado de la hermandad templaria como lugar de culto, depositaria de las reliquias del Arca Santa. Se supone que los templarios, huyendo de Jerusalén con las reliquias, las depositan y ocultan en Monsacro, en un templo de planta octogonal, como la primera iglesia construida en Roma. Más tarde, el rey Alfonso II el Casto traslada las reliquias a Oviedo, convirtiendo dicho lugar en visita obligada como primera ruta de peregrinación a Santiago.

También la leyenda de los templarios, presente a lo largo de todo el Camino, y su posterior disolución en Francia tras ser perseguida por la Iglesia de Roma, le había fascinado. Su origen, su misión como guardianes del arca de la alianza y su caída en desgracia posterior le hacían recapacitar sobre el poder de Roma para deshacerse de sus posibles enemigos o competidores, aunque el origen de estos estuviese también en las enseñanzas de Cristo.

La Iglesia había conseguido a lo largo de la historia dominar a monarcas, amedrentar a creyentes y esconder hábilmente sus maniobras y escándalos para perpetuarse en el poder a través de los

siglos. Qué poco tenía que ver su boato y autoritarismo dogmático con las enseñanzas de Jesús el Nazareno, y hasta qué punto se habían utilizado sus principios de amor, igualdad y respeto en aras de una jerarquía piramidal y autoritaria que, entre otras contradicciones con lo que predicaba el maestro, había relegado a la mujer a un papel marginal, de mera comparsa en las sociedades eclesiásticas. Pensar y hacer creer en la infalibilidad del papa, alguien elegido a veces por reyes y conspiraciones de poder al servicio de intereses terrenales, era un insulto a la inteligencia que durante siglos se había aceptado como imbatible, alimentando el miedo y las conspiraciones en el seno de una organización cuyo fin debería haber sido la verdad, el amor, la humildad y la defensa de la igualdad entre todos los seres humanos sin importar condición, raza o cuna.

Estas y otras muchas consideraciones acompañaban a Jaime a lo largo del camino. Era un viaje hacia el interior de su alma el que estaba realizando. Ello implicaba cuestionarse muchas verdades aceptadas como dogmas. Hay que ser muy valiente para caminar sin muletas, desprenderse del entramado espiritual de tantos siglos y no tener miedo al vacío que ello conlleva. Jaime encontraba también en su interior la necesidad de llenar el hueco de su vida tal vez siguiendo la doctrina del maestro: ama al prójimo como a ti mismo.

Había tanto que hacer en su Perú natal, tantas poblaciones viviendo en condiciones miserables, que, por momentos, su vida se le aparecía como una exhibición de excesos y privilegios a años luz de tanta miseria circundante si uno no cegaba sus ojos con la indiferencia. Sí, de este recorrido Jaime sacaría preguntas y respuestas, no solo en el aspecto personal sobre su familia y el valle, sino también sobre cuestiones que muchos hombres se han planteado a lo largo de la historia. También estaban las dudosas verdades que posiblemente nunca se llegarían a descubrir sobre el santo, ¿habría sido un montaje más de la Iglesia para ilusionar a los fieles? ¿Tal vez una manera de alimentar la fe de tanta gente necesitada de creer en algo? ¿Quizás un consuelo para el doliente o el sediento de amor, sin acceso a casi nada?

La grandiosidad de los monumentos. El rastro que tantos peregrinos iban dejando a lo largo de los años y la búsqueda de esperanza en un mundo injusto y cruel habían alimentado, con motivo, la necesidad de un ser superior y bueno, aunque esa bondad apenas se dejase vislumbrar ante acontecimientos y catástrofes que asolaban a la humanidad constantemente.

Los días se iban sucediendo y Jaime se dejaba embriagar por los paisajes, las posadas y los grandes monumentos. El trabajo de los canteros y masones a lo largo de la Edad Media había sido impresionante, auténticas obras de arte llenas de simbología y a menudo con el sello del maestro cantero en algún lugar de la piedra. Trabajo duro que daba alimento a cientos de artesanos que recorrían el Camino de Santiago construyendo casas, ermitas, abadías, cenobios y tantos edificios que soportarían el paso del tiempo, el viento y las lluvias para ser testigos de una forma de vida y una fe capaz de mover montañas. Jaime estaba impresionado por todo lo que iba descubriendo, así como el ir y venir de gente de todas las razas y culturas. La dureza de las tierras áridas y sin apenas un árbol para protegerse de los rayos del sol empezó a ceder espacio a tierras verdes, húmedas y frondosas.

Astorga aparecía como un vergel de ríos, bosques y exquisitas viandas que hacían el camino más llevadero. Jaime soñaba con llegar a Santiago, contemplar por fin la imponente fachada de la catedral y descubrir la diversidad de sus estilos arquitectónicos, cambiantes a lo largo de tantos años de construcción. ¿Sería posible que tanta belleza y tanto trabajo naciesen en honor a una mentira, a una invención? ¿Qué es más importante, el hecho físico de levantar un monumento para afianzar el poder y dominio sobre fieles incautos o el sentimiento que alguien experimenta ante una imagen, una idea o un sueño? ¿Qué son más importantes, las respuestas o tal vez la emoción que somos capaces de experimentar ante una maravilla? La búsqueda, la no conformidad, la duda, cuestionar axiomas y certezas, aunque la falta de ello nos lleve al vacío, son mucho más interesantes. Pero el éxtasis ante la belleza tal vez no necesite preguntas. Ahí está la grandeza del ser humano y lo que

nos hace distintos, con capacidad de evolucionar, avanzar, descubrir, aprender.

Alguien dijo una vez: «Atrévete a saber», y ese es el gran estímulo y el gran secreto para no ser manipulados ni adoctrinados, en definitiva, para ser más libres, aunque eso lleve implícito tu derecho a equivocarte.

Jaime llegó a la provincia de Lugo y se dejó arrullar por las aguas del río Miño, penetró en sus caminos húmedos tapizados de mil formas de verdes distintos. El sol creaba transparencias en las hojas de los árboles y parecía conceder una tregua en sus lluvias orvalladas. Su rostro dejó de cubrirse con las gotas, que caían dulces y constantes, para recibir la caricia de los rayos cálidos y luminosos.

Se sintió protegido y abrazado por los montes y humedales. Experimentó tranquilidad y paz por primera vez en muchos días y decidió descansar en la bella y pequeña ciudad de Sarria. Los ríos regaban los campos, los helechos eran una cama trenzada y blanda por la que caminar, apenas creaba resistencia en las suelas ya cansadas de vías empedradas de una extrema dureza. Los castaños cobijaban de sombra a los caminantes y cada vez con más frecuencia empezaban a unirse peregrinos que llegaban de Extremadura. Más adelante, se sumarían los que recorrían el camino de Portugal. Los *cruceiros* en los cruces de caminos eran una presencia constante. Grandes cruces de piedra señalaban las direcciones.

Los hórreos, las pequeñas construcciones para almacenar los granos a base de piedra, madera y pizarra, daban al paisaje una personalidad única. Galicia tiene un embrujo especial que impregna el espíritu de quien la transita, no solo por la fama de sus meigas y hechizos, atribuidos a veces al cornezuelo, un hongo del pan de centeno típico de la zona y con propiedades alucinógenas, sino también por su luz, su música de gaita con reminiscencias celtas, su acuosidad constante, y el melodioso acento del gallego en sus gentes.

Jaime disfrutó de sus exquisitos manjares regados por el vino de la zona, un buen ribeiro o un buen albariño, caldos con origen en un paraje de belleza única, Peares, lugar donde el río Sil alimenta al

Miño. Todas estas historias iban desgranándose en la memoria de Jaime en su encuentro con gentes diversas, de las que constantemente recibía información y leyendas en forma de relatos que hacían más llevadero el camino. Ya en breves jornadas llegaría a su destino anhelado, Santiago de Compostela.[2]

La austeridad de la etapa anterior le animó a dejarse mimar al menos en algunos momentos por lo que la comarca del Finis Terrae, nombre dado por los romanos a lo que consideraron el fin de la tierra, le ofrecía. Llevaba más de un mes por tierras primero francesas y luego españolas y veía próximo su destino. Sentía una transformación en su interior y ansiaba volver a ver el mar.

Una vez alcanzado su objetivo en la ciudad santa, seguiría hasta el final su recorrido, el lugar legendario del arribo de la humilde barca con los restos del apóstol Santiago, una vez sellado su documento de peregrino. Quería llegar hasta la piedra en la que se supone amarraron la barca que llevó al santo y sus discípulos a tierras de Iria Flavia. Finalmente quería bañarse en las aguas de ese océano que unía las orillas de Europa con las de América en un abrazo húmedo, capaz de fundir dos continentes a la manera en que sentía se habían unido sus sangres en el pasado.

La llegada a Santiago después de días de esfuerzo y soledad, en los que a menudo se preguntaba el motivo de ese viaje duro e incómodo, cubrió con creces todas sus expectativas. Santiago era una de las ciudades más bellas que había conocido nunca. Luminosa en sus calles, sembradas de soportales de piedra. Con ese rocío nocturno que viste los sillares de un brillo casi mágico en el que se reflejaban las luces, junto al caminar rítmico de las pisadas. La visión, en medio de las sombras, del atardecer sobre el cielo excepcionalmente azul de la plaza del Obradoiro, cuyo significado en castellano es «taller», lugar de trabajo y construcción, provocó en Jaime un efecto para el que no estaba preparado. Por mucha imaginación, por muy capaz que alguien sea de visionar una obra monumental entre las brumas de un sueño, la vista de la plaza, amplia y enmarcada por edificios de una belleza ignota, solo eran el preludio de la gran monumentalidad de la construcción central.

La catedral de Santiago de Compostela, origen y fin de la ruta más transitada por la cristiandad en el planeta, y por diversos motivos: fe, búsqueda, meditación, olvido, sanción, aventura, promesa; poco importa el porqué, cuando el recorrido y posterior descubrimiento de algo tan bello y sublime es en sí mismo un motivo suficiente para atravesar el mundo.

Construida a lo largo de más de dos siglos, la catedral recorría con sus estilos arquitectónicos toda la historia del arte y evolución de la humanidad en un tiempo lento y espeso en el que las cosas no eran solo el fin, sino algo mucho más importante: un medio. El hombre se sabía finito y con una vida de jornadas cortas, lo importante no era ver terminada la obra sino contribuir a su creación, ser un eslabón más en la cadena de generaciones que dejarían su impronta y misión a las venideras. No había prisa, solo trabajo, fe y sueños. Los grandes arquitectos de la piedra lo sabían y por eso tallaban el material con mimo y cuidado, sintiendo el placer y el privilegio de acariciar con sus manos y su cincel el noble material que haría historia, y en el que ellos se sentían suficientemente representados con su sudor, amor y esfuerzo, con sus horas de mal dormir en cualquier parte y su precario sueldo, ridículo en comparación con el pecunio que los poderosos y la Iglesia invertían para mayor gloria de Dios y de ellos mismos.

El románico, el gótico y el barroco convivían con absoluta naturalidad, sin invadir territorios los unos a los otros. La catedral era un símbolo de cómo el tiempo diluye las líneas diferenciales para convivir formando un todo único en el que cada espacio encuentra su razón de ser. El Pórtico de la Gloria, construido por el maestro Mateo y sus trabajadores, no deja indiferente a quien posa su mirada en las figuras y esculturas.

Jaime se quedó un tiempo parado, en mitad de la plaza, sin avanzar, disfrutando de la imponente visión y tratando de asimilar el enjambre de emociones que invadían su espíritu. Decidió dejar para la mañana siguiente su encuentro con el santo, en el interior del templo, y la contemplación de esa enorme nave de cruz latina. Por sus venas discurriría ese caudal humano que daba así por finalizado su recorrido.

Algunos se negaban a abandonar el templo y todo lo que él representaba, como si a partir de ese momento, finalizado el camino, la vida ya no tuviera sentido.

La catedral los cobijaba con su cálido abrazo, envolviéndolos con una perfumada neblina que las velas y el incienso creaban en medio de la tenue luz que entraba del exterior.

La iluminación había que buscarla dentro, no solo del templo, sino de cada uno. Era el fin del camino, había que meter los dedos en las llagas de la piedra gastada de tantos siglos y pedir un deseo, o darte golpes contra la cabeza del *santo dos Croques*, autorretrato del maestro Mateo, para intentar comprender, abrir tu mente y dejar que la luz universal y divina iluminase nuestra inteligencia, luchando así con el miedo, la oscuridad y la ignorancia.

Pasaría la noche en el Hostal de los Reyes Católicos para que sus habitaciones grandes y profundas, testigos de tantas vivencias y luchas a lo largo de los siglos, preparasen, con sus *coitadas* voces, su espíritu, para el gran encuentro al día siguiente con la figura del apóstol. Tal vez él haría posible que en adelante su vida estuviese alumbrada por un campo de estrellas.

---

[2] Palabra de origen latino que significa «campo de estrellas».

Baztán

El otoño seguía cayendo lentamente sobre los árboles y los campos. Las tormentas empezaron a ser más persistentes y los carriles de agua de los caminos, que bajaban llenos y rebosando hacia los prados, eran el símbolo de la abundancia y riqueza que solo el agua puede alimentar. A veces la naturaleza y las lluvias, excesivamente generosas, desbordaban el río Baztán, origen de la vida acostada oportunamente en el valle para recibir su preciado maná. Solo entonces las casas y calles del pueblo anegadas hacían maldecir a sus habitantes, sin recordar que, antes de ellos, el río ya estaba allí y solo reclamaba de vez en cuando su derecho de paso y dominio a cambio de alimentarlos el resto del año.

Los días se iban acortando y Ágara presentía que había llegado a un callejón sin salida. Empezó a refugiarse en el trabajo una vez más y volvió a sentir esa extraña sensación de escapismo, que ya conocía y que solo era la señal de que algo dentro de ella no estaba bien. Los paseos por el monte se hacían cada vez más difíciles si no querías que el barro te llegase hasta la rodilla, y en el caserío, las tardes se convertían en soledad, paliada por momentos gracias a la voraz lectura de libros sobre el valle y sus habitantes y alguna actividad doméstica que poco a poco consiguió despertar en ella la curiosidad y el placer de las pequeñas cosas. Ocupaba su tiempo con trabajos manuales: cambiar los muebles de sitio, restaurando esto o aquello en un intento de darle a la casa un aspecto más parecido a

un hogar, algo que poco a poco y casi de manera imperceptible estaba logrando.

En casa ya no hay desgraciadamente nada que yo pueda hacer. Estoy intentando arreglar las cosas lo antes posible. Vuelvo al valle. Íñigo.

Este escueto mensaje de Íñigo en su móvil resumió a Ágara lo que había acontecido en Buenos Aires. Otra pérdida, pensó. Sintió lástima por él y también una culpable sensación de alivio al saber que la única persona que podría ayudarla en su búsqueda atascada estaba a punto de volver.

Eran los últimos días de octubre, con temperaturas aún amables y los árboles ensayando poco a poco su cromática y desnuda coreografía de invierno.

A primeros de noviembre el teléfono vibró en la mesa de trabajo.

—Buenas tardes, baztanesa, ¿cómo has estado? —La voz de Íñigo al otro lado del móvil sonaba cansada y suplicante—. Acabo de llegar después de un viaje largo y con el horario cambiado, pero me niego a quedarme aquí solo alimentando mi tristeza. No sé si es buena idea, pero si no te importa dejo mis bártulos y te hago una visita. No voy a ser el más animado del mundo, pero así me desahogo un poco y me cuentas cómo va todo. ¿Te parece bien?

—Por fin estás aquí. No sabes cómo te he echado de menos. Siento las malas noticias… Supongo que estarás hecho polvo. Como sabes, yo he pasado por ello y, a pesar del tiempo, descubres que son tan grandes los espacios que ocupan los seres queridos que nunca vuelven a llenarse, simplemente aprendes a vivir con ellos vacíos. Lo siento mucho, de verdad. Me parece genial que vengas. Pasaremos un rato juntos y tengo que confesarte que yo tampoco estoy en mi mejor momento. Tal vez podamos aligerar nuestro ánimo charlando y contándonos nuestras cuitas. Te espero.

Íñigo llegó pasadas las nueve de la noche. Su aspecto delataba la dureza de los días y meses pasados. De pronto, esa chispa cínica se había escapado de sus ojos y un terrible cansancio, más emocional que físico, impregnaba su mirada y su forzada sonrisa.

Cuando Ágara abrió el portón no pudo evitar el impulso de abrazarlo. La distancia los había hecho más vulnerables. Sus defensas estaban desarmadas y se encontraban despojados de las corazas que los ayudaban a sobrevivir, aprisionándolos con sus brazos de hielo. De ese acoplamiento de soledades sabían mucho en el país que Íñigo acababa de dejar atrás, quién sabe si para siempre.

Buscaron cobijo junto a la chimenea, la ventana estaba abierta y les seguía ofreciendo el milagro de su atardecer herido. Ellos no miraban hacia el abismo porque el abismo estaba delante de ellos. Por un tiempo no dijeron nada, contemplaban el fuego en su danza telúrica infinita. La luz de las llamas iluminaba sus caras devolviéndoles algunos pequeños soplos de vida. Permanecieron así con el reloj del tiempo parado en el centro del círculo hasta que poco a poco sintieron el calor regresar a sus manos y a sus mejillas.

—Ha sido horrible, Ágara. Se iba apagando, se me iba escurriendo entre las manos a pesar de mis caricias y cuidados. Sabes que tiene que pasar algún día, pero no quieres aceptarlo ni pensar en ello. Ahora siento haber estado tantos años lejos de ella, aquí, sin realmente ser útil a nadie salvo a mi egoísmo. Estar fuera del sistema es muy cómodo, pero irreal cuando en el sistema están tus seres queridos a los que estás dando la espalda y que hacen día a día por ti lo que tú has decidido no hacer ni por ti ni por ellos. Al final, su mirada siempre cálida, ni un solo reproche, ni una sola pregunta, solo amor, amor incondicional y sin límites. Al menos durante este tiempo pude estar con ella y devolverle algo de todo lo que le debía. Hablarle del valle, de la casa madre, del color de los prados, de la luz del amanecer con la neblina envolviendo los montes. Si vieras cómo se le iluminaba la cara, yo creo que lo veía, eran imágenes vívidas para ella, nunca entenderé por qué no quiso venir nunca. Cómo se puede añorar tanto algo que no has conocido y no tener el impulso rebelde de cruzar el charco y pisar esa tierra, tocarla con tus manos y respirar el aire que una vez, hace mucho tiempo, respiraron ellos, aquellos que te dieron tu apellido y mezclaron tu sangre.

Ágara no sabía qué decirle, le miraba con una inmensa ternura, sabía que nada podía alterar su ánimo vencido en ese momento, lo

sabía por experiencia, solo podía escuchar, dejarle hablar y vomitar toda su tristeza y su complejo de culpa. ¿Quién no se siente culpable ante una pérdida importante?, ¿por qué no estuve ahí aquel día?, ¿por qué me faltó paciencia algunas veces?, ¿por qué no supe darme cuenta de cuán importante era y cómo la echaría de menos al partir?, ¿cómo no detuve el tiempo para mirarla, para registrar cada rasgo, cada expresión de esa cara amada, cada miedo o duda? Y ¿cómo no fui capaz de decirle una y otra vez cuánto la quería? Un infinito e inútil desfile de reproches que solo añaden dolor a la tristeza y que seguramente son injustos porque la ausencia del ser querido, en su pena, distorsiona la natural realidad de los hechos. No podríamos, no soportaríamos vivir así, con la sensación constante del último minuto, de la última oportunidad. Sería una tortura y posiblemente nos desgastaría innecesariamente.

Vivir como si fuésemos eternos y nada nos fuese a pasar nunca es la única manera de que la amenaza, la ansiedad y el miedo no nos atenacen, marcándonos el paso día a día.

—¿Qué te apetece tomar, quieres un vino o prefieres un café con leche caliente? Tengo galletas caseras por si tienes hambre —preguntó Ágara por fin.

—Gracias, quiero otra cabeza y otra vida, pero eso es bastante complicado. Creo que un vino, y si tienes algo de queso me vendrá bien, no he comido en todo el día. Pero soy de nuevo un egoísta, ¿cómo llevas tus pesquisas? ¿Has averiguado algo? He estado dando muchas vueltas al tema, creo que hay que buscar movimientos de los habitantes de Uxoa antes de la llegada de tu familia. Solo así podremos tirar del hilo hacia alguna parte. Mañana, cuando me recupere y vuelva a mi cueva solitaria y a mi rutina, llamaré a mi amigo de Pamplona para retomar el punto en el que estábamos cuando tuve que viajar.

Los dos amigos compartieron el sabroso queso, higos, nueces y unos buenos zuritos de vino. El ambiente caldeado, los estómagos reconfortados y la larga y liberadora charla mejoraron el ánimo de Ágara e Íñigo. No estaban tan solos, de manera sorprendente y por los avatares del destino se habían encontrado. Ninguno buscaba a nadie, ni siquiera se buscaron el uno al otro, pero estaban ahí frente

a frente compartiendo, ¿su soledad?, ¿su tristeza?, ¿su huida? Lo mismo daba, por un momento no necesitaron nada más, la noche caía por la ventana escondiéndose entre las montañas que los rodeaban. Los cencerros desplegaban su sinfonía de acordes huecos y brillantes, el aire frío entraba sigilosamente para recordarles la proximidad del invierno, pero el fuego ardía con su fuerza y belleza acostumbradas y no tenían prisa, ya sabían los dos que tiempo era lo que les sobraba, se lo habían confesado mutuamente el día que se conocieron, solo que ahora sabían en qué emplearlo.

—¿Sabes una cosa? He pensado mucho en ti, quiero decir que te he echado mucho de menos. No me digas por qué, yo tampoco lo entiendo muy bien. Somos dos circunferencias que solo se tocan de vez en cuando por tangentes, explícame cómo se puede añorar una relación así. Pero me gusta cómo eres, cómo no eres, tu libertad, tu valentía, tu curiosidad, tu pelo rizado e indómito y ese sentido del humor ácido con el que terminas los encuentros cuando empiezas a tener miedo de que te aten demasiado. Esto te parecerá insólito y tal vez fuera de lugar, pero creo que eras lo único que ponía un poco de luz en mi vida cuando todo se estaba desmoronando a mi alrededor.

Ágara no dijo nada, había escuchado esta declaración inesperada en silencio y jugando con un rizo entre las manos. No sabía si se arrepentiría de lo que iba a hacer al instante de hacerlo, pero se levantó, se acercó a Íñigo, le despojó de sus gafas de pasta imposibles y, mirando a sus azules ojos de niño desvalido, empezó a besarle. Primero despacio, reconociendo, tanteando, acariciando, y después sin miedo, entregándose, abrazándose a ese ser mágico que se había colado en su camino. Con un abrazo desesperado, necesitado y doliente. Un abrazo de días de lluvia, de noches de lunas rotas, de cuerpos fríos en mitad de la niebla, de amaneceres ciegos buscando la luz. Un intento de llenarlo todo, de recuperar el calor en los huesos y el alma. Una búsqueda desesperada de ayuda de dos seres que habitan un mundo que no les gusta, como esas figuras flexibles que se entrelazan y enredan en un tango sin querer saber dónde empieza una o termina otra.

Íñigo se derrumbó, la abrazó, lloró y encontró en sus labios el consuelo y el aliento que estaba necesitando desde hacía tiempo. El fuego seguía crepitando en la chimenea, algunos pájaros se oían aletear a lo lejos. La noche sonrió a través de la ventana y allí, junto al fuego, desnudos, dos seres se acoplaban y fundían, pero esta vez no era la desesperación el motivo, sino un sentimiento más antiguo que el mundo. La caricia, el placer, la entrega, el descubrimiento y ese abrazo cálido como un rescoldo que consigue mitigar el frío interior y convertir la vida en un espacio inesperadamente hermoso y habitable.

Ese primer espontáneo y mágico encuentro marcó un antes y un después en sus vidas.

El velo de la soledad y la pérdida se fue poco a poco disolviendo a su alrededor dejándoles al descubierto un paisaje en el que la luz iba iluminando los días y matizando con tonos más amables los contornos.

Se despertaron juntos y abrazados aún en el suelo, con el olor a chimenea, los leños humeantes y casi apagados y un amanecer tímido con el que el día había desplazado a la noche, sin dejar de observarlos. Se miraron, se volvieron a reconocer, a descubrir, a tocar, hasta estar seguros de que todo no había sido un sueño que se les escaparía entre los dedos al despertar.

Prepararon un ligero desayuno, hablaron y bromearon felices y confiados. Era algo nuevo para ellos y tenían que acostumbrarse a la idea de que dos lobos solitarios ya no serían ni tan lobos ni tan solitarios. Había algo de miedo entre los pliegues del incipiente sentimiento, a perder la libertad, a depender, a sufrir y a no saber cómo manejar ese escenario de estreno con el que no contaban. Pero esa mañana todo era maravilloso y había que cuidarlo y disfrutarlo como un regalo de cumpleaños.

Cuando Íñigo se fue de Uxoa dejando a Ágara con una preciosa sonrisa, supo que la vieja casona le había tendido también a él una trampa y que ya nunca más podría escapar a su misterioso hechizo. Volvería, lo haría siempre a partir de ahora. Entraría y saldría libre

como los pájaros que no avisan cuando deciden hacer nido en un alero seguro, con la orientación perfecta, al resguardo de los vientos y sabiendo que nadie les hará daño.

Íñigo volvió a la biblioteca. En el pueblo ya se corría la voz de su historia con la dueña de Uxoa, nadie decía nada, pero miraban de soslayo sonrientes. En el fondo les encantaba que dos hijos del valle uniesen sus vidas y garantizasen la continuidad de sus familias y casas.

Habló con su amigo en Pamplona y sugirió acercarse por la tarde para buscar los libros de salidas convencido de que solo allí podrían encontrar alguna pista.

A su vuelta de Pamplona y con cuatro enormes volúmenes, se dirigió a casa de Ágara con el propósito de empezar la búsqueda. Tenían mucha tarea por delante, pero la idea de pasar más tiempo con ella y ayudarla en su investigación llenaba su espíritu de ilusión y ganas de llegar por fin a algún punto de partida.

El fuego amigo calentando la estancia y una apetecible cena a base de judías verdes y chistorra esperaban a Íñigo, mientras Ágara ultimaba en su ordenador algunas cosas pendientes de la jornada.

—Madre mía, con eso que traes no acabaremos en un año. Supongo que las salidas estarán seleccionadas por fechas, nos tendríamos que centrar entre los años 1750 a 1820 aproximadamente, que es cuando se supone que algo pasa con los habitantes de la casa para que esté abandonada y sea adquirida por mi familia —le comentó Ágara al verlo entrar tan cargado.

—No te preocupes, si quieres por las tardes, cuando tú termines tu jornada a eso de las seis, me acerco y te ayudo, entre los dos creo que podremos avanzar bastante. Como verás, es una relación muy escueta en la que viene la fecha, el nombre y familia o casa a la que pertenece el emigrante, quién es el fiador y cuál es el motivo del viaje, nada más. Es de lo más curioso porque a veces el permiso lo firma el padre, otras veces la esposa o hermanos y tíos. Era

imprescindible el permiso familiar y también el fiador. Eran prestamistas que fiaban una cantidad a devolver en un año, fundamentalmente para el pasaje. El interés que cobraban era el tres por ciento, lo cual indica que no eran préstamos basados en la usura, sino en la colaboración entre vecinos. Por supuesto, siempre que el viajero no podía hacer frente a las deudas, era la familia quien se comprometía a hacerlo, de manera que estaban todos los flancos cubiertos. También había documentos para que quien estuviese en América pudiera hacerse cargo de una herencia en el valle y también en sentido contrario, alguien aquí podía heredar propiedades de parientes fallecidos en tierras americanas.

»Me sorprende la pulcritud de los registros y ese sentido de solidaridad que demuestra que, al menos por estos parajes, la emigración no era una aventura al albur de espíritus aventureros sin oficio ni beneficio, sino que, por el contrario, nacía de la necesidad de mejorar la calidad de vida, poder sufragar las dotes en los matrimonios y acrecentar la hacienda familiar contando siempre con el apoyo de sus miembros dentro y fuera de Navarra. Por eso es tan extraño el caso de Uxoa. Creo que no hay otro en los pueblos de alrededor en el que una casa madre de este calibre haya sido semiabandonada y, en esas circunstancias, comprada por alguien a sabiendas de todo lo que habría que invertir para restaurarla, más aún careciendo de cualquier vínculo familiar o sentimental con el valle.

»Me llama la atención el bajo número de mujeres que se desplazaban, y los motivos, con respecto a los varones, cambiaban diametralmente. En su caso era bien por un matrimonio por poderes, o bien para cuidar a algún familiar que lo necesitase, nunca en busca de fortuna o trabajo. También, salvo excepciones, los varones emigraban siendo muy jóvenes, desde los dieciocho a los veinticinco generalmente, lo cual demuestra que el arraigo en América derivado de vínculos matrimoniales con hijas de familias locales hacían más complicado el regreso a España a pesar de la añoranza, los envíos de capital y la fuerte conexión que se desprende de la correspondencia constante.

—Una vez más —Ágara pensaba en voz alta—, las mujeres tenían poca elección, siempre al servicio de las necesidades familiares. Pero el que emigrasen tantos varones puede ser indicio de esa costumbre baztanesa de nombrar herederas a las mujeres, quienes aseguraban la descendencia de la heredad. Estoy segura de que más de una hubiera disfrutado lanzándose a la aventura para descubrir todas esas oportunidades que el nuevo mundo parecía ofrecer.

—La verdad es que, visto desde nuestro cómodo mundo, lleno de posibilidades, resulta doloroso imaginar lo que supondría para gente tan joven y que solo habría conocido los pueblos y aldeas cercanos la separación de la familia y la sensación al partir de que tal vez nunca volverían a ver el paisaje de su infancia.

—Sí, pero también podía darse el caso de que la falta de oportunidades y una cierta claustrofobia vital alentasen en los más aventureros y emprendedores el espejismo del nuevo mundo y sus múltiples bondades y riquezas. El camino era largo y difícil; o bien viajar a Cádiz y embarcar o bien desplazarse a Barcelona y desde allí tomar el barco. Las travesías podían durar de dos a tres meses y supongo que no siempre el dinero daba para camarotes cómodos y en clase de lujo.

Ágara e Íñigo continuaron su búsqueda durante los días siguientes. Era una buena excusa para estar juntos y comprobar hasta qué punto disfrutaban con la compañía el uno del otro y las mil cosas que tenían en común. Dos almas solitarias que estaban encontrando acomodo en un espacio compartido, cada vez más estrechamente unidos.

El caserío empezó a convertirse en ese lugar cálido y hospitalario que hacía tiempo había dejado de ser. A veces se unían amigos, como la familia de Itziar, que disfrutaba viendo reverdecer la vida en la vieja casa y a la hermana de su amiga con otro semblante y nuevas ilusiones. El optimismo sobre la búsqueda, por el contrario, empezaba a decaer. Eran volúmenes enormes que tenían mucha información abigarrada e inútil. La sensación cada día que pasaba

era de pérdida de tiempo y de estar buscando en el lugar equivocado.

—Ágara, mira, aquí hay algo —Íñigo dejó la taza de café humeante ante el asombro de lo que estaba leyendo—, creo que he encontrado lo que estábamos buscando. Mira, habla de Uxoa. Asier García Elizalde, hijo de Juan Francisco García Echeguia y Uxoa Elizalde.

Enero 5 de 1774. Juan Francisco García Echeguia vecino de Zuaztoi, de casa Uxoa, otorga consentimiento a su hijo Asier García Elizalde de 29 años de edad para que embarque con destino a Perú en busca de fortuna. Da 200 pesos de fianza y el resto del pasaje a pagar en un año.

La cara de Ágara se iluminó sin poder disimular la emoción del hallazgo. Por fin algo, una pista y qué clase de pista, nada menos que el nombre del dueño y posiblemente heredero del caserío y bienes de la familia, quien a una edad madura decide abandonar su tierra y hacienda para embarcarse a un destino desconocido.

Ahí empezaba todo, quiénes quedaron en la casa, hasta cuándo, qué pasó para que la casona fuese abandonada. Por qué partir la víspera de Reyes antes de terminar la celebración de las fiestas navideñas. Un cúmulo de preguntas se agolpaban en su cabeza a punto de estallar, pero había algo aún más llamativo que como una chispa abrió un abismo en la realidad inminente.

—Cariño, el peregrino de Santiago que pasó este final de verano por el valle se llamaba… Jaime García Elizalde. Ya sé que es bastante inverosímil después de tantas generaciones mantener ese apellido, tal vez decidieron convertirlo en uno en el Nuevo Mundo.

»Lo que sí tengo claro ahora es que Jaime no pasó por aquí solo por curiosidad y sí por motivos más importantes que conocer el valle de sus ancestros. Ahora entiendo que se refugiase en los escalones de la entrada y su reticencia a dejar el pueblo. Buscaba algo más, tal vez lo mismo que nosotros: saber qué pasó en Uxoa para que dejase de pertenecer a su familia y alguien, completamente ajeno,

estuviese en la actualidad en posesión de lo que evidentemente era la casa madre familiar.

Ágara estaba emocionada e inquieta ante el descubrimiento y la extraña coincidencia de los apellidos. ¿Tendría buenas intenciones? O quizás algún deseo oculto de alterar el orden de las cosas.

—Tenemos que localizarle, no sé si aún tengo su teléfono en el móvil, pero necesito hablar con él y contarle lo que hemos encontrado. ¿No lo entiendes? Esta casa era su casa, la de su familia, y él la miraba y admiraba sus muros como si quisiera grabárselos en la retina y llevar las imágenes de vuelta a Lima, a su madre.

—Espera un momento, no te precipites, tal vez sea una casualidad y él ni siquiera tenga conocimiento de ello. Tendría que tener documentos o registros en Lima para demostrarlo y estamos hablando de hace más de doscientos años. Si no hemos sido capaces de encontrar nada aquí, salvo este apunte, no creo que él tenga más información. De cualquier manera, la casa ahora es tuya, tú tienes las escrituras y el registro de la propiedad y no hay nada más que pueda hacer.

—No lo entiendes, no temo por la casa y espero que ese no sea el objetivo de Jaime a la hora de emprender el Camino de Santiago. Lo que quiero es que nos ayude a encontrar respuestas, creo que lo necesitamos los dos y él tiene tanto derecho o más que yo a tenerlas. Fue su antepasado, con su mismo apellido y su misma sangre, quien emigró a Perú y creó allí una familia, su familia. Es su sangre y su origen, aunque seguramente Asier entroncó con una familia limeña y él tenga una ascendencia mestiza. Tengo que encontrarlo, no sería justo dejarlos fuera de esto a él y a su madre, que espera ansiosa noticias y sensaciones del paso de su hijo por la tierra de sus antepasados.

«El teléfono que ha marcado no pertenece a ningún cliente». Ágara recuperó el móvil de Jaime, pero lamentablemente no encontró ninguna respuesta. Jaime habría contratado una línea

temporal a su paso por España, por lo cual resultaba imposible su localización.

La decepción nubló el ánimo de Ágara. Intentar encontrar a Jaime era prácticamente imposible y localizarle en Perú aún más complicado, no tenía referencias de dónde vivía, aunque si creía recordar el barrio de Miraflores, cuyo nombre le había llamado la atención. Tendría que intentarlo, conseguiría dar con Jaime y también llegar al fondo de esta historia que ya había empezado a tener nombres, fechas y seres de carne y hueso. Ya habían encontrado a Asier y podían imaginar su soledad al embarcar dejando atrás su tierra, tal vez sin mujer ni hijos y con la verde sombra del mar susurrándole al oído que sería un largo viaje de ida, pero no de vuelta.

Baztán

1772

El domingo había amanecido lluvioso, algo normal en esa época del año. La Navidad estaba cerca y los árboles desnudos no podían sujetar la lluvia que bañaba el valle e impregnaba de una humedad brumosa los montes. Asier amaba esa tierra bendita, la amaba más de lo imaginable, cada recodo de un camino, cada ramal de un río. Los bosques, las piedras rosadas y brillantes, el humear de las chimeneas en cada caserío, las paredes de sillares de su preciosa casona y todo lo que ella representaba para su familia desde hacía más de un siglo. Se sentía orgulloso de su estirpe, del trabajo diario junto a los animales que tanto beneficio les aportaban. Amaba el momento duro y largo de segar la hierba con su ondear femenino, alta, fresca y verde como un océano mecido por el viento. Todos los trabajos, de un esfuerzo extremo, le parecían un privilegio viendo crecer la hacienda familiar y devolviendo a sus padres tanto amor y cuidados recibidos.

Su hermana pequeña, Amaya, era el mejor regalo que Asier pudo imaginar cuando ya contaba con ocho traviesos y ágiles años. Ella vislumbraría desde muy temprana edad la fuerza y el magnetismo de ese chaval de mirada profunda como un lago, hasta convertirlo en su héroe de cuento, su caballero andante, que siempre la protegería del dragón de la vida y de sus llamas insaciables.

Asier era alto y su fortaleza le permitía abordar trabajos que a otros habrían parecido imposibles. La hacienda necesitaba dedicación constante. Un pastor, hijo de unos vecinos del *bazarre*, les echaba una mano, sobre todo con las ovejas. El ordeño, la cría de cerdos alimentados primero con leche rebajada y más tarde con nabos y peladuras de patata exigía mucha dedicación. Después se vendería el ganado sobrante y se conservarían las crías y algún gorrino para sacrificarlo en San Martín para la familia.

La casa era rica y tenía abundancia para repartir también entre los más necesitados de la parroquia. La huerta cercana abastecía a la familia de maíz, alubias, peras, castañas, nabos y manzanas que servirían, estas últimas, para fabricar sidra en el lagar familiar. Los toneles y las barricas con sus cellos o aros de hierro que las abrazaban impidiendo el derrame y dándole el sabor único de la madera llenaban la bodega augurando abastecimiento suficiente para las celebraciones.

Las mujeres se afanaban con los quesos, la mantequilla y los embotados para el invierno, además de la costura. En el campo la ropa sufre de maltrato y es frecuente que haya algo que arreglar o zurcir. Asier se levantaba temprano y siempre estaba dispuesto a ayudar a su padre en los trabajos más duros. La energía que desde muy pequeño alumbraba su espíritu le hacía buscar y preguntar a la vida cómo poder servirse de ella para ser mejor hijo y hermano y sobre todo mejor persona. Trabajar, disfrutar, tomar unos vinos con los amigos, acudir a las romerías o fiestas locales y llevar esa personalidad y alegría arrolladoras a todas partes era algo natural en él.

Todos respetaban y querían a ese muchacho con los ojos del color de las castañas en otoño y con su mismo brillo. Con sus veintisiete años nadie entendía que aún no hubiese encontrado novia entre las bonitas *neskas* del valle. Cualquiera habría aceptado entroncar con su familia y dejarse abrazar y envolver por uno de los más apuestos solteros que, entregado a sus quehaceres como heredero y a sus muchas aficiones, no encontraba hueco para el amor de alianza.

Había salido con algunas muchachas en cuadrilla y por supuesto la compañía de una mujer le encendía la sangre, pero quizás aún no se

había mirado en unos ojos el tiempo suficiente para quedarse colgado de ellos.

—*Ama*, el domingo iremos a Arizcun para la santa misa, va a ser cantada y quiero dar muchas gracias a Dios por tantas cosas buenas que nos ha concedido. La Navidad está cerca y es tiempo de celebración y también de rezo y caridad con el que no tiene tanto como nosotros. —Estas palabras de Asier hicieron sonreír a Uxoa, su madre. Ese hijo le daba tanta felicidad que bien podía sumarse a los agradecimientos al altísimo.

Desde muy pequeño había demostrado coraje, amor propio y un respeto infinito por ella y su padre. Cuando nació, siendo aún una cría de diecinueve años, sintió miedo, por no saber cuidarlo y no ser capaz de soportar la carga que la casa, el campo y la maternidad iban a representar para ella, pero en cuanto Asier abrió los ojos mirando con una fijeza impropia de un crío tan pequeño y sonrió contemplando a su madre desde su cuna, supo que ese hijo le haría parte del trabajo y la enseñaría a ser madre desde el amor y la calma igual que ella había enseñado a la suya. Supo que la maternidad es un camino que dos almas recorren juntas para aprender y cuidar la una de la otra en una comunión tan fuerte que ya jamás podrán separarse o sentirse solas el resto de su vida. Y así fue, día a día y año tras año mientras crecía, fuerte, apuesto y con una sonrisa capaz de iluminar la casa como el mejor día de verano solo con su presencia.

Era alegre, pero también disfrutaba quedándose pensativo junto al fuego o leyendo algún libro que después intentaba transmitir a Amaya, su hermana adorada. Las horas pasadas en la escuela habían sembrado en él un profundo amor por la lectura y el conocimiento, que también intentaba transferir a la pequeña. La niña le seguía como un perrillo faldero por los campos, sintiendo que no podía haber un hermano más bueno y apuesto bajo la capa del cielo. Sabía que algún día sería de otra mujer y deseaba que ese momento se distanciase en el tiempo lo más posible, pero, mientras tanto, seguiría siendo su faro, su guardián y su maestro en tantas pequeñas cosas como el ordeño, las órdenes a los perros pastores que tanto le divertían o las zambullidas en el río para peleas y risas

en verano. Amaya crecía rápido y la basquiña se le quedaba pequeña por momentos, sería tan buena moza como su madre, aunque ella intentaba retrasar su desarrollo, inconscientemente, para poder así estar más cerca de su hermano querido. Con él todo era posible y el miedo era un huésped que nunca tocaba a las puertas de su caserío o de su corazón.

El domingo, que despertó lluvioso, iba a cubrir con algo más que lluvia las vidas de los moradores de Uxoa. Ellos pedirían a la Virgen con el Niño protección para la familia y para todos los vecinos del valle, y también darían gracias por todo lo que la vida les había dado. Desde el altar mayor, la Virgen los miraría con la ternura y la bondad de una madre consciente de la impotencia que a veces se puede llegar a sentir cuando, por mucho que se quiera, la vida de sus hijos escapará un día de sus manos sin poder allanar el camino para que las piedras no hagan su andar más difícil. Nadie en la casa imaginaba cómo esa misa en la iglesia de San Juan en Arizcun, con sus bellas voces resonando entre sus viejas paredes, y el cuerpo de Cristo alimentando las almas ayunas, iba a cambiar el curso de la apacible y previsible vida de la familia García Elizalde.

Asier entró con sus padres y hermana en el templo. Siempre admiraba la solidez de sus muros, la grandeza del interior y el claustro con la pila bautismal instalada no hacía tantos años. Solo la puerta pequeña a la izquierda le hacía removerse en su piel. Era la puerta reservada para los agotes, esa raza maldita que representaba, según las creencias, lo peor de la especie humana. Los llamaban leprosos espirituales y no les estaba permitido mezclarse con los demás vecinos, mirarlos siquiera a la cara y menos tocar la misma pila de agua bendita. Vivían en Bozate, una pequeña agrupación más abajo de Arizcun, y nadie sabía muy bien su origen porque nadie podía hablar con ellos y menos negociar o casarse con miembros de su especie.

Asier sabía todo eso y las mil historias verdaderas o falsas que circulaban en torno a su brujería, promiscuidad… Había oído leyendas sobre ellos, pero su marginación y maltrato por parte de

los demás habitantes del valle le removían la sangre. No era de buenos cristianos tratar así al prójimo y no podía evitar ponerse en sus zapatos imaginando su miserable vida, al margen de los demás.

No poder ni siquiera tocar música o bailar, aunque eran buenos músicos según decían. ¿Qué les quedaba a los pobres para disfrutar de algo en esta vida? ¿Por qué el Señor permitía ese trato vejatorio y tanto dolor si eran cristianos y asistían a los oficios igual que ellos? Había discutido muchas veces sobre ese tema con amigos y parientes y nadie entendía su defensa de gentes innobles e impuras.

Ya dentro del templo, Asier se dejó inundar por el olor a incienso y la majestuosidad de la nave. Las velas iluminaban los retablos de la Inmaculada y el Sagrado Corazón y la gente empezó a llenar los brazos en cruz de la iglesia. Las caras húmedas y frías agradecieron el calor que desprendían los cirios y pronto el silencio y el fervor hicieron olvidar el tiempo desapacible y la lluvia del exterior, a la espera de que la santa misa diera comienzo. Asier contemplaba emocionado la humildad y belleza de la Virgen del Rosario con la sensación de que su mirada se encontraba con la suya. Las voces empezaron a inundar cada rincón de la iglesia. Voces fuertes y templadas de un pueblo que entendía la religión como forma de vida, impregnándolo todo, con su visión de un Dios bueno y todopoderoso que ama a sus hijos, aunque ellos a veces no pudieran entender en qué punto empiezan y terminan la magnanimidad y la indiferencia.

Cantar era una forma de llegar al cielo, a ese cielo que la voz humana en solitario y queda no puede alcanzar. Era un intento de hacerse oír entre el fervor y la desesperación, entre la plegaria y la pregunta, la fe y la duda, en medio de la soledad y el miedo, de la gratitud y la incomprensión. En definitiva, alzar la voz con fuerza para vencer al silencio del mundo y su apatía, para saber que no estamos solos y despertar los oídos adormecidos del altísimo con un murmullo constante y ajeno.

La misa transcurría entre el fervor de los rezos, la timbrada voz del sacerdote, las oraciones en latín y los cánticos del coro. En el momento de la consagración, el silencio se hizo tan profundo que solo cortaba el aire la luz que entraba por las vidrieras superiores.

Justo en ese instante, la tos de un niño hizo removerse en los reclinatorios a los asistentes.

El padre continuaba estoico su ritual y el pequeño no cejaba en sus toses al filo del llanto. Fue entonces cuando Asier, incómodo, se volvió hacia el punto del que la voz del niño parecía salir. Nadie se movía, todos intuían que el lugar donde el pequeño se encontraba era un lugar maldito al que nadie podría acercarse. En ese instante, tras descubrir al niño, una muchacha junto a él hizo que el tiempo se detuviera para Asier, la vio, la miró, vio sus ojos verdes y dulces llenos de amor hacia ese ser indefenso, que osaba importunar la piedad de los puros y dignos.

Vio su pelo rubio recogido pudorosamente y cubierto por el pañuelo, vio cómo intentaba calmar con palabras al pequeño, que se agarraba a las faldas de su madre en un intento de encontrar la protección que tanta falta le estaba haciendo. Ainara, ese era su nombre, le acariciaba con ternura intentando calmar su tos y desviando la mirada con preocupación hacia el resto de la iglesia, más allá de la verja. No quería que un niño enfermo fuese excusa para mayor discriminación y desprecio del que ya recibían. El niño pareció tranquilizarse y su madre lo tomó en brazos intentando dormirle. La misa seguía su liturgia como si nada hubiese pasado, la gente volvió a la piedad, la celebración y el olvido.

Pero Asier ya no pudo sosegar su alma el resto de la misa. Algo se había clavado en su corazón y la visión de esa criatura intentando calmar al pequeño le despertaba más amor y piedad que todas las imágenes juntas del templo. Se agolpaban las emociones con un concierto de sentimientos que aún no acertaba a entender y menos aceptar. Se moría de ganas de volverse otra vez para cerciorarse de si lo que habían visto sus ojos había sido verdad o solo un espejismo, pero sabía que no era prudente y decidió esperar al final de la misa y tal vez buscarla de nuevo a la salida de la iglesia.

Los agotes salieron por la puerta que les era destinada, *agoten athea*, la llamaban, y se agruparon a una cierta distancia para saludarse y conversar entre ellos.

Algunas mujeres se acercaban a la madre para interesarse por la salud del niño. Nadie osaba mirar ni dirigirse al resto de los vecinos

que salían por la puerta principal, ajenos a su presencia y como mucho con alguna que otra mirada de desprecio en dirección a los parias e impúdicos seres que habían osado interrumpir el recogimiento del momento cumbre de la misa, la consagración.

Asier esperó para salir el último, acompañando a su madre, y su mirada fue directa y sin miedo en dirección al grupo del que había salido la voz del niño. Ainara estaba junto a otras muchachas de su edad conversando alegremente. Una de ellas, al darse cuenta de la insistencia con que Asier miraba, le hizo un gesto para que se volviese. En ese instante su mirada se cruzó con la de un muchacho moreno, alto y fuerte. El entorno se difuminó por un momento para crear una nueva realidad en relieve, inundada por esos ojos castaños y dulces que no se apartaban de ella.

Asier sonrió con respeto y Ainara pensó que el cielo, además de la lluvia, caía sobre ella aplastándola y paralizándola, sin saber muy bien interpretar esa mirada y esa sonrisa que jamás debieron venir de alguien inalcanzable para los de su raza. Giró la cara con las mejillas encendidas como ascuas para que nadie fuese consciente de su desconcierto. Las amigas la miraban con una mezcla de miedo y picardía. Todas sabían que era un juego peligroso al que precisamente Ainara no estaría dispuesta a jugar. Jamás se le pasaría por la cabeza poner sus sentimientos en el lugar y la persona equivocados.

A sus dieciocho años había tenido ya más de un pretendiente, pero su naturaleza romántica y los quehaceres domésticos para ayudar a su familia ocupaban la mayor parte de su tiempo. Soñar no estaba prohibido, y vaya si soñaba, con una sociedad más justa en la que los suyos pudieran vivir en paz y justicia y no siendo tratados como leprosos. Soñaba con un mundo donde las mujeres de su *barridiak* pudieran lavar junto a las demás mujeres, y los hombres moler en los molinos en donde el resto molía su grano.

Soñaba con no tener que llevar una marca roja en la ropa en referencia a la pata de oca que desde su destierro de Languedoc los obligaban a llevar. Soñaba con que la Iglesia los acogiese como

hermanos y no con discursos amenazantes sobre la condena al infierno, eso sí, liberándolos a cambio de una buena suma. En definitiva, Ainara solo quería ser libre para elegir su felicidad y le costaba mucho aceptar la sumisión impuesta a los suyos y esa vida de humillaciones y miedo a la que su rebeldía le impedía acomodarse. Algún día saldría de esa prisión, no sabía cómo, pero la vida de su familia y la suya propia cambiarían en un futuro. Ella encontraría su oportunidad, lo sabía y lucharía por ello.

Hasta entonces conocía muy bien cuál era su sitio, y su objetivo era hacer lo posible para que las tareas de la casa fueran más llevaderas para su madre y no atar su destino a nadie que se conformase con esa vida sin luchar por un espacio justo y digno para ella y sus hijos.

Asier volvió a casa con la mirada perdida y una sombra amenazante sobre su tranquila y casi perfecta vida. La lluvia intensificó su fuerza. Los buitres leonados escondían su plumaje en el bosque, junto al río. Los animales estaban a resguardo o bien en las bordas o en los bajos de los caseríos, calentando con su presencia y aliento los muros. Los árboles se batían con el viento en medio del temporal y la oscuridad empezó a cubrir las montañas hasta casi ocultarlas en el horizonte.

De regreso a Uxoa, el silencio caía a plomo sobre la familia. El *ama* notó una rara sensación en su hijo que no estaba antes de la misa. A veces se ensimismaba y era difícil penetrar en la espesura de sus pensamientos, ella lo sabía y respetaba su derecho a la intimidad sin una sola palabra.

—Ha sido una misa preciosa ¿verdad, hijos? Es tan bonito oír al coro resonando en la iglesia… Estaba llena de gente, creo que no ha faltado nadie del valle, y ¡tanto fervor! Lástima de esa pobre criatura enferma, el invierno está siendo muy húmedo y vete a saber en qué condiciones viven esas gentes, ya que solo les permiten talar un árbol al año, con eso no se puede mantener una casa caliente y no me extraña que enfermen los más pequeños. No debían llevar a un niño en ese estado al templo, pero a lo mejor no tienen con quién

dejarlo. Menos mal que ellos saben mucho de medicinas y plantas. Son gente muy rara, pero creo que son trabajadores y hacen cosas con la madera que no saben hacer los demás. También dicen que les gusta la música, tan brutos no serán. Lástima que sean herejes y promiscuos, o eso cuentan en el pueblo.

—Madre, cuando la gente habla será por algo. A mí me dijeron que al niño de Ana María le entraron fiebres cuando un agote le miró y le quiso dar unas castañas. Si no los quieren en ninguna parte habrá algún motivo. Por eso no pueden ser sacerdotes, porque son impuros, y por el mismo motivo sus ofrendas se ponen aparte, *ama*. Dicen que vinieron de Francia y que allí los perseguían por no creer en los sacramentos ni en las ordenanzas de la santa madre Iglesia y practicar la brujería. Yo no quisiera tenerlos cerca, además son de tez muy pálida, como enfermos, y tienen la oreja pegada, por eso son tan feos.

—Amaya, eso son habladurías sin fundamento. —Asier no podía tolerar esos comentarios en su querida hermana—. Algunas mozas son bien parecidas y eso que visten con ropas usadas y humildes. No es de buenos cristianos levantar calumnias y marginar a personas tan dignas de piedad como nosotros. En el año 1515, las Cortes de Navarra decretaron un edicto a favor de ellos, está prohibido marginarlos y mira el caso que hacemos en el valle. Algún día eso tendrá que cambiar. Dios no querría ver cómo a sus hijos se los separa en el templo con rejas, como apestados, eso no está en los mandamientos, amarás al prójimo como a ti mismo, así rezan las ordenanzas de la Iglesia y así tendríamos que obrar las gentes de bien. He mirado a los ojos de ese niño y a los de su madre y solo había pobreza y miedo. Nadie debería sentir miedo en una iglesia y nosotros, que tenemos la suerte de ser una familia con hacienda y una vida digna, deberíamos compadecernos de los que no han tenido tanta fortuna.

—Está bien, hijo mío. —El padre intentó detener tanta vehemencia por parte de su hijo, no le gustaba que los hermanos discutieran entre sí—. Creo que ambos tenéis razón, cuando se cuentan tantas cosas, algo de verdad habrá en ello, pero es verdad, Asier, no es de buenos cristianos humillar y maltratar al prójimo. Vamos a casa, que

hace una noche de perros y con la cena y el calor de la chimenea seguro que templaremos los ánimos.

Los días fueron transcurriendo entre la cercanía de las fiestas de Navidad y los quehaceres del campo y la casa. Asier seguía atento a sus labores y trabajaba con ahínco. Siempre había cosas que hacer, aunque también sacaba tiempo para celebraciones con amigos y vecinos, eran días alegres a pesar del frío que estaba arreciando; las chimeneas se tragaban los troncos con voracidad, calentando los caseríos de grandes dimensiones y los muros de piedra fría y húmeda. Había que reponer las reservas de leña y Asier se preparó para hacerlo al día siguiente, lo antes posible para llegar a fin de año sobrantes de alimento para el fuego tan necesario en esas fechas. Habría comidas familiares y también con vecinos del barrio que siempre ayudaban en la matanza y la preparación de los manjares y postres típicos de la Navidad, a base de castañas, cuajadas, arroz con leche y tartas de higos y queso.

La mañana se levantó entre nieblas, aunque la lluvia estaba dando un respiro y el sol, aún dormido, asomaba tímidamente entre los montes. Los árboles a los que tenían derecho para cubrir las necesidades de leña durante el invierno le llevaron a los bosques del otro lado del río.

Siempre era una labor dura, y los vecinos, como en todos los menesteres, ayudaban en la tala de los árboles y el acarreo de la leña. Todos respetaban sus cuotas y nadie osaba cortar más de lo necesario para las necesidades del hogar y algunas reservas para los días más duros del invierno.

Asier se había levantado muy temprano y, después de un buen almuerzo a base de talos y leche caliente, se metió algunas castañas en el bolsillo, una bota de vino y se dirigió con la carreta al bosque, no sin antes recoger a algunos de su cuadrilla a su paso.

La luz se filtraba entre las ramas creando una atmósfera mágica que el rocío de la mañana convertía en pequeñas hilachas de seda. Los paisajes de Baztán eran únicos, y aunque sus habitantes apenas sabían qué había más allá del puerto de Belate, sentían una emoción

casi religiosa al recorrerlos. No habría en el mundo un lugar más bello y ellos eran afortunados de nacer, crecer, amar y morir en ese lugar privilegiado creado por la mano de Dios.

El caballo relinchó y se movió inquieto, algún ruido junto al camino pareció alterarlo. Asier tiró de las riendas para controlar la carreta. El animal se tranquilizó a la voz de su amo. Más calmado el equino y disfrutando del momento, los mozos descendieron en el punto preciso en el que los árboles de Uxoa podían talarse. Cerca, el ramal del río dejaba escapar un agua fresca y cristalina en la que los animales bebían y los juncos y plantas crecían abundantes y verdes. Asier decidió calmar la sed en una fuente natural que el quiebro del terreno ofrecía generosamente.

Bebió tranquilamente, dejándose humedecer el rostro y disfrutando del frescor transparente y limpio del agua. Le sorprendió un movimiento cercano que, supuso, habría sido el origen de la desazón del caballo.

Se adentró en el bosque despacio, tal vez un animal acechara el paso del carro o quizá sería simplemente el viento moviendo las ramas. Una luz filtrándose entre los árboles le permitió ver una silueta junto a los helechos, estaba de espaldas, era una muchacha, a juzgar por su atuendo y complexión. La figura se volvió inquieta al oír la cercanía de algo desconocido. A poco más de cien metros, Asier descubrió de nuevo esa mirada que, desde el día anterior en la misa de Arizcun, jamás había desaparecido de sus recuerdos.

Ainara se quedó sorprendida y asustada. Esta vez estaba sola, había salido a recolectar hierbas para las infusiones y cataplasmas y echó en falta la cercanía de sus amigas para protegerla y ocultar su desasosiego. No podía ser él de nuevo, no en ese lugar alejado y sin escapatoria.

Asier la miró detenidamente intentando transmitirle tranquilidad y respeto, no podía imaginar una criatura más hermosa en la faz de la tierra. No, esa niña no podía ser impura o bruja y si algo de brujería había en ella solo podía ser para crear amor y curar, con su extraño arte, a todos los seres que tuvieran el privilegio de su cercanía.

Ainara se quedó quieta, sujetando su cesta con ambas manos. De repente, su miedo empezó a ceder dando paso a una quietud en la

que pocas veces había habitado. Él la contemplaba y su mirada era tan dulce y él tan apuesto, pensó la muchacha. Jamás sería capaz de hacer daño a nadie, de eso estaba segura.

—*Egunon*, perdona que te interrumpa. Ya veo que estás ocupada recolectando plantas, no quería asustarte. Mi nombre es Asier y ayer te vi en la iglesia cuando el niño tosía, ¿está mejor?, vi cómo intentabas calmarle. ¿Cómo te llamas?

—Sí, bueno, no deberíamos hablar aquí, no está permitido y si alguien me ve tal vez se lo cuente a mi padre. No quiero disgustarlos. Sí, Miguel ya está mejor, para él estoy cogiendo hierbas… Y mi nombre es Ainara.

—Que nombre tan bonito, ¿sabes que significa «golondrina»? —Asier intentaba suavizar el azoramiento de la muchacha—. Me alegro de que el pequeño esté mejor, parecía muy enfermo. Sería muy difícil que alguien no mejorase si quien le cuida eres tú. —Ainara sonrió ante el inesperado cumplido—. No quiero hacerte sentir mal, pero nunca he visto un ángel en la tierra hasta que tú has aparecido.

—Creo que es mejor que me vaya, se me está haciendo tarde y hay mucho trabajo que hacer. Adiós, Asier, te ruego que no le cuentes a nadie nuestro encuentro. Será mejor así. *Agur*.

—*Agur*…, Ainara. ¿Vienes siempre aquí a por tus hierbas?

—*Agur*, Asier.

Ainara se fue corriendo sin volver la vista atrás. No quería, no podía volver a mirar a ese mozo capaz de abrir el cielo con su sola sonrisa y de convertir, con su voz, cualquier desvarío en una bendición.

Tendría que borrar de su memoria su imagen, sus suaves palabras. La había llamado ángel, un ángel desterrado a vivir en la pobreza y la marginación constantes y al que cualquier sueño adolescente de amor estaba vedado fuera de sus calles embarradas y las cuatro casas de su vecindad. Esa visión en la hermosa mañana del bosque había sido un espejismo en el que no volvería a caer. Ser engañada y sufrir por alguien ajeno a su familia no estaba en sus planes y así se lo repitió mil veces en su camino de regreso a casa.

Asier se quedó un rato contemplando a Ainara mientras recorría el camino de regreso con más celeridad de la acostumbrada. Había podido adivinar su miedo y también su desconcierto ante la actitud caballerosa de él. No había querido asustarla, no, por nada en la vida quisiera invadir su pequeño mundo con emociones que no estaban al alcance de sus deseos, pero no podía evitar mirarla, mejor dicho, admirarla.

Todo en ella respiraba ternura, inteligencia y una extraña seguridad que probablemente nacía de una idea firme sobre cómo administrar su vida y los pobres recursos con los que contaba. No era humillación lo que desprendía su mirada ni su negativa a seguir conversando, era la certeza absoluta de conocer sus límites y la voluntad férrea de no cruzarlos.

Asier percibió que su presencia le inundaba de paz e iluminaba el bosque como si de un hada se tratase. Las lamias del río tendrían que tenerla como espejo porque la vida con ella respirando era un lugar mucho mejor y más justo. Sabía que volver a verla era casi imposible y, en caso de encontrarla de nuevo, sería muy difícil ya renunciar a su continua presencia. La disyuntiva era alejarse o intentar perderse en su reflejo. Vivir con su ausencia o decidir no apartarla nunca más de su vida. Estas y otras consideraciones invadían la mente de Asier hasta hacerle olvidar dónde estaba y por qué había llegado a ese paraje.

Los mozos empezaron a llamarle, bromeando con la idea de que el dueño de los árboles hubiese optado por haraganear junto al río mientras ellos hacían el trabajo. No era habitual esa parsimonia en su amigo, así que se tranquilizaron al verle regresar de la foresta con la mirada perdida o colgada quizás de un sueño.

Trabajaron duro todo el día, parando solo para saborear unos talos con la deliciosa chistorra que el *ama* había preparado, unas castañas y unos buenos tragos de vino de la bota común. Por un momento se olvidaron de la leña para entonar algunas canciones populares en euskera con mayor o menor fortuna. Estaban alegres, era época de celebraciones y no faltaría la juerga. Eran jóvenes, sabían que la

amistad que los unía desde los tiempos de la escuela jamás se rompería y por mal que les fuesen las cosas en la vida siempre estarían los demás para levantar al que fuese cayendo por el camino.

El carro con sus ruedas de acacia volvió abundantemente cargado y el caballo, al notar el peso añadido, enfiló el camino a paso tranquilo. También a él le habían tocado unas castañas, que había devorado en un santiamén. Los animales de la casa eran parte vital para sus amos y cuidarlos era garantía de que las labores del campo siempre contasen con su preciada ayuda.

Asier no dijo nada a nadie de su encuentro con Ainara, sabía que era un tema prohibido en su casa y no quería contrariar a su familia. Le atormentaba la idea de no volver a verla y al mismo tiempo intentaba distraerse con las mil cosas que había que hacer para tener todo a punto en la Navidad y dejar los trabajos más duros, que no necesitaban atención diaria, para después de Reyes, ya cambiada la fecha en el calendario. Había sido un buen año y esperaba seguir con la misma racha. Buenas cosechas, animales sanos para la venta y la lluvia suficiente para engordar los pastos y los ríos.

La víspera de Nochebuena decidió acudir a la iglesia para rezar por su familia y los vecinos del valle. Ese año el tifus y las epidemias habían sido escasas y gracias a ello no habían llevado mucho dolor a los caseríos. Le gustaba ir a la iglesia de vez en cuando, practicaba la religión a su manera, cumplía con los ritos que la santa madre imponía, pero a veces no dejaba de preguntarse muchas cosas. Era en esos momentos, y cuando suponía la iglesia casi vacía, cuando gustaba de acercarse y hablar con Dios. De frente y sin intermediarios, preguntar por las dudas que le invadían a menudo. Tratar de entender cuál sería su misión en esta vida. Cómo ayudar a su padre en los trabajos sin que él se diese cuenta, notando cómo cada vez al *aita* le faltaban más las fuerzas sin causa aparente. También por qué aún no había encontrado su compañera de vida para poder así llenar la casa de hijos y nietos, algo que su madre deseaba y le reprochaba a menudo.

Se santiguó piadosamente después de su conversación con ese Dios al que sentía a veces tan cerca y a veces tan lejos. Dio las

gracias de corazón. La reja obscena y fría seguía allí como testigo inmisericorde de que no todo era piedad en el seno de los hijos del Padre. Asier miró con tristeza y con rabia y una vez más sintió vergüenza como cristiano. Algunos feligreses permanecían en la penumbra, bajo el coro, tras la verja. Oraban en silencio pidiendo a ese Dios un poco de esperanza que los ayudase a sobrellevar sus míseras vidas.

Entre ellos, en un discreto plano, Asier descubrió de nuevo el rostro de Ainara. La penumbra y la distancia no eran suficientes para apagar su luz capaz de atravesar los barrotes. Era imposible sustraerse a su hechizo y en mitad de las sombras de la noche más oscura habría brillado como esas pequeñas luciérnagas que pespunteaban los caminos y que atrapadas en una mano siguen desprendiendo su luz verde y suave.

Ainara vio a Asier y de nuevo sus mejillas se encendieron. Asier intentó acercarse, pero la cara de estupor de los otros agotes le hizo retroceder. A la salida del templo los pocos fieles se fueron dispersando. Asier se quedó quieto buscando a Ainara, pero no pudo encontrarla. Decidió regresar a casa sin la esperanza de tenerla cerca al menos un instante. Bajó por la cuesta y, casi al llegar al puente, la vio. Oculta en un recodo y con gesto temeroso esperó a que Asier llegase a su altura para lanzar una piedra a sus pies. Cuando Asier se volvió, vio una preciosa sonrisa que desde unos cincuenta metros le animaba a acercarse.

El muchacho pensó por un momento que estaba soñando, que era imposible estar allí apenas a unos metros de su ángel, en un universo aislado que solo ellos habitaban, sin miedo ni tiempo para nada más que acercarse, conocerse, mirarse.

—Ainara, no sabes las ganas que tenía de verte, no he dejado de pensar en ti ni un momento y no sabes lo feliz que me haces al permitir que me acerque a ti. Eso quiere decir que no tienes miedo, jamás te haría daño, Ainara, jamás me lo perdonaría. Dime, por favor, que podré volver a verte, aquí alguien puede descubrirnos y no quiero que nadie hable de ti en el valle.

—Asier, no sé por qué estoy haciendo esto, debo haberme vuelto loca, pero confío en ti y sé desde el primer día que tu corazón es

generoso y noble. Ahora debo irme, iré por las mañanas a recoger plantas y si quieres podemos encontrarnos allí y hablar durante más tiempo. *Agur*, Asier, te esperaré cada mañana en el bosque, se lo he preguntado a la Virgen y me ha sonreído, ella también confía en ti.

Asier y Ainara se alejaron uno del otro. Flotaban en una nube y lo único que sentían era una inmensa felicidad y el deseo de poder bañarse en el agua limpia de los ojos del otro por el resto de sus vidas. Lo que no sospechaban en ese único y telúrico momento era el precio que tendrían que pagar por ello.

Asier y Ainara se volvieron a ver en el bosque una mañana y muchas más en los meses siguientes. Su vida había cambiado y lo peor es que todos en su entorno eran conscientes de que no eran los mismos. Soñaban, sonreían cuando nadie los veía y rehusaban las compañías habituales con los mozos y mozas que antes formaban parte de sus rutinas, tan separadas, pero en el fondo tan iguales. Asier pasaba las noches soñando con las mañanas y, con esa inconsciencia que aporta el amor cuando está en eclosión, todo lo demás carecía de sentido para él.

Pero Ainara tenía un pequeño secreto que una mañana de primavera compartió con su amado.

—Asier, hoy voy a enseñarte algo, pero prométeme que no se lo contarás a nadie, ven conmigo.

Ainara tomó a Asier de la mano y le condujo a un calvero del bosque en una leve hondonada. En medio del calvero, oculta por helechos y arbustos, había una pequeña borda. Su aspecto era de abandono, tal vez en algún tiempo fuera refugio de ovejas, pero la maleza que abrigaba sus muros daba constancia de que había dejado de usarse años atrás. Ainara entró y pidió a Asier que la siguiera. Este entró con precaución, sin saber si el estado de sus muros hacían de ella un lugar seguro.

Siguiendo a Ainara —la habría seguido al fin del mundo—, penetró en el habitáculo por una pequeña y destartalada puerta de madera, y ahí apareció el milagro. Sus ojos contemplaron maravillados todo lo que esa humilde borda contenía. Por el tejado había partes al

descubierto que bañaban la estancia con una luz irreal y tenue, la arboleda alrededor no dejaba al sol penetrar con toda su fuerza, pero ese tamiz creaba unos contornos asombrosos, de una gran belleza bajo la suave luz de la mañana.

Había mesas de rústica y gruesa madera de castaño, y las paredes de piedra estaban adornadas con cientos de manojos de hierbas, ramas, raíces y hojas. Los recipientes de cristal, frascos, damajuanas, redomas y botellas componían un bodegón diverso y transparente desplegando un acorde de reflejos verdes y azules que, entremezclados con la luz de los huecos del tejado, creaban una sinfonía de tonos incapaz de ser imitada por el pintor más experto.

Era la naturaleza en estado puro y los materiales nobles como la piedra, el cristal o la madera quienes creaban esa armonía inusual y ese baile de imágenes oníricas. En una esquina, sobre unas piedras, algunos calderos colgaban en lo que sería un hogar para calentar, cocer y mezclar los ingredientes curativos. Tan solo el humo saliendo por un pequeño resquicio en el desgastado tejado de viejas tejas podría delatar que alguien estuviese dentro atizando la lumbre, aunque nunca nadie podría adivinar la belleza de ese interior humilde pero único en reflejos, rayos y tonalidades. No siempre el exterior de las cosas se corresponde con su interior, es por ello por lo que no debemos juzgar a la ligera lo que contemplamos. El bosque y Ainara estaban dando a Asier una profunda lección que le hacía ahondar más en sus creencias.

—Ainara, ¿qué es esto?, nunca pude imaginar algo así en una edificación tan pobre. ¿Todo lo has creado tú? No me extraña que te tomen por bruja, tú eres en realidad un hada, solo los necios y mal pensantes podrían ver un atisbo de maldad en este lugar. Por eso eres tan especial y única, Ainara. Por eso tu luz traspasa cualquier limitación o espacio por mucho que intentes ocultarte. ¿Y si alguna vez te descubren? No quiero pensar qué harían por superstición e ignorancia.

Ainara sonreía emocionada, jamás nadie había entrado en esa borda, nadie conocía su secreto, su espacio de búsqueda y sabiduría, ni cuánta variedad de tisanas y ungüentos era capaz de preparar para toda clase de males.

—Nadie va a descubrirme, este lugar está aislado de todo y lleva años sin que ni siquiera un animal haya pisado estos helechos. Solo quiero ayudar, hacer el bien y aprender, mi gente lleva siglos trabajando las hierbas y usándolas, es la medicina natural. Todo está en la naturaleza, ella sabe mucho más que nosotros y nos lo pone todo al alcance de la mano. Mira, aquí tengo albahaca, que es buena para el estómago y los nervios, y además tiene un olor delicioso. El almendro es bueno para las calenturas y los oídos. El romero que ves en esos manojos es bueno para levantar el espíritu. —La felicidad y energía de la muchacha eran contagiosas y Asier se sentía flotar en una nueva dimensión—. Esas son hojas de llantén y curan de los males de bronquios. La infusión de acanto es para las heridas y quemaduras. El cardo estrellado es para el hígado y los tumores. —Ainara iba entusiasmada desgranando su sabiduría—. El apio es para los nervios y también para la digestión, y eso que ves ahí es berro, crece junto a los arroyos y sirve para las flemas y resfriados. También dicen los sabios que a veces las plantas tienen la forma de la parte de nuestro cuerpo que es capaz de curar, como la nuez y nuestro cerebro rugoso, ¿no es increíble?

»Esto es caléndula y es buena para el hígado y las venas grandes que salen en las piernas. La canela me encanta, su olor y lo buena que es para la fiebre y los catarros. Podría estar toda la vida explicándote para qué sirven todas estas hierbas, es un universo tan rico como desconocido. —Ainara iba ilustrando a Asier con pasión y entusiasmo.

»Pero cada parte de las flores y arbustos se utilizan en distintas épocas. Las flores las tengo que recolectar antes de que se abran del todo. Los tallos, cuando han brotado las hojas y la savia está en ellas. Las raíces, en otoño, que es cuando se alimentan del suelo; y las cortezas en primavera, justo ahora, antes de que nazcan las flores. Imagínate cuánta sabiduría hay en la naturaleza. Pero no quiero aburrirte más con mi pequeño mundo…

—Ainara, no sé qué decir, me he quedado sin palabras. ¿Dónde has aprendido todo esto y por qué la gente del valle no utiliza tu sabiduría para curar sus enfermedades? Muchos mueren seguramente por desconocimiento y estúpidos prejuicios. Eres una

criatura admirable y me podría pasar toda la vida escuchándote y aprendiendo. —Asier no pudo reprimir el impulso y abrazó a Ainara para fundirse en un apasionado y largo beso.

—Asier, yo también podría pasarme la vida solo mirándome en tus ojos y oyéndote decir mi nombre. Todo lo he aprendido en los libros y con los curanderos de mi gente. Desde tiempo inmemorial hemos aprendido a conocer, respetar y amar la naturaleza. Somos un colectivo pacífico y humilde, pero no somos herejes, ni leprosos, ni promiscuos. Eso son leyendas que inventaron para desprestigiarnos solamente porque no nos gusta la forma que el papa de Roma y los obispos tienen de predicar las enseñanzas de Jesucristo. Muchos de ellos son sacrílegos y ambiciosos, sedientos de poder y riqueza. Un hombre sabio llamado Erasmo de Róterdam ya dijo hace dos siglos que «el bautismo introduce al hombre en un espacio de paz y amor». ¿Cuál es ese espacio, Asier? Las altas jerarquías eclesiásticas se han olvidado de ello, ponen y quitan reyes y ordenan cruzadas y guerras para luchar contra los que tienen creencias o costumbre distintas y atemorizan a las pobres gentes con castigos y el infierno con el único propósito de apoderarse también de su miedo.

»No, Asier, no somos peores que los demás y sí víctimas de la persecución y el destierro. La Inquisición en Francia persiguió a los nuestros hace cinco siglos hasta casi exterminarnos. Tuvieron que refugiarse en Francia junto al río Nivelle, de donde también fueron expulsados, y los que sobrevivieron, gracias a la protección del señor de Ursúa, pudieron instalarse en estas tierras, aunque vivimos en condiciones inhumanas, sufriendo humillaciones y un trato discriminatorio constantes.

Las palabras de Ainara caían en el corazón de Asier como piedras heladas, jamás había oído a alguien hablar con esa profundidad y coherencia de cosas vitales pero que nadie se atrevía a cuestionar. Ni siquiera en la escuela, su maestro, que era un hombre comprensivo y sabio, había criticado con tanta solvencia la estructura social y religiosa de la forma en que Ainara lo hacía. Su vehemencia al defender sus ideas la revestía de un poderoso encanto y Asier solo pensaba en estar con esa criatura amándola y respetándola el resto de su vida.

La borda se convirtió a partir de aquel día en su lugar de encuentro y refugio, lejos de miradas extrañas. Pasaban horas hablando, soñando y riendo ajenos a todo lo que los rodeaba y cada día más confiados en esa libertad íntima y oculta que les permitía vivir su amor en plenitud, sin que nadie osase importunarlos. En su entorno empezaban las murmuraciones, y los corrillos a sus espaldas hacían presagiar lo inevitable, que alguien con más maldad que virtud descubriera sus encuentros y su secreto oculto y prohibido.

En otoño, Asier estaba totalmente decidido a plantear a sus padres su situación, con la esperanza de encontrar comprensión y cariño. No quería seguir por más tiempo ocultando sus sentimientos y sí, por el contrario, devolver a Ainara la dignidad injustamente robada, convirtiéndola en su esposa y futura señora de Uxoa.

El mes de noviembre asomaba lento y lluvioso por el horizonte. Estaba a punto de cumplirse un año desde el primer encuentro de los amantes. Asier quería dejar zanjada la cuestión antes de la llegada de la Navidad, por lo que pidió a sus padres y hermana reunirse en torno a la chimenea con la excusa de la venta de unos corderos para las fiestas.

Cuando se reunió con ellos, los rostros del *ama* y el *aita* no hablaban de felicidad ni de asuntos comerciales. Amaya intentaba no cruzar su mirada con la de aquel hermano que siempre había sido su luz y su brújula desde muy niña. Asier empezó lentamente a exponer el tema de la venta, pero ya en el semblante de su familia había una sombra que no podía augurar nada bueno.

En un momento determinado, cuando se atrevió a iniciar su exposición, el padre levantó la mano para hacer callar al hijo. El aire se podía cortar con una leve pluma que entrase por la ventana y el fuego nunca se sintió más frío que en ese instante en esa casa pétrea, que siempre había sido para Asier un hogar cálido y seguro y ahora se convertía en una celda oscura y perdida en mitad de los montes.

—Asier, dinos ya qué vienes a contarnos. En los últimos tiempos hemos oído rumores a los que por supuesto no hemos atendido.

Jamás pensaría que un hijo mío traicionaría de una manera tan ligera nuestro amor y confianza. Solo esperábamos a que tú nos dieses alguna explicación si es que hay algo de verdad en lo que se dice, o simplemente que tú mismo pusieras fin a los comentarios desmintiendo los hechos. Sabes cuánto te queremos tú madre, tu hermana y yo mismo. Eres el mejor hijo que un padre puede soñar y siempre nos hemos sentido orgullosos de ti. La gente te admira en el valle y eres un ejemplo para todos. Solo con que tú niegues las habladurías esta conversación habrá terminado y volveremos a respirar y defender tu honra y buen nombre ante quien haga falta, hijo mío. —El silencio invadió la estancia como una mala hierba—. ¿Tienes algo que decir? Si no quieres hablar de ello daremos por buena tu callada y no se hable más.

Asier estaba sin vida, nunca habría imaginado esa inesperada situación y se preguntaba una y mil veces quién los habría delatado. Qué mente sucia y retorcida habría sembrado los rumores mancillando así su buen nombre y el de Ainara con el único objetivo de hacer daño y separarlos. Su mundo idílico los había mantenido a salvo en su propia burbuja sin sospechar que la felicidad de unos era el dolor y la envidia para otros.

Alguien no estaba dispuesto a admitir que uno de los más codiciados varones y heredero de hacienda fuese a caer en los brazos de una bruja, repudiada socialmente y marginada por la Iglesia, los dos grandes pilares de ese pequeño y estancado mundo que era el valle de Baztán.

Asier tenía que dar una explicación a sus padres y hermana y convencerlos de lo equivocados que estaban. Tenía que contarles quién y cómo era Ainara, enseñarles a quererla y respetarla. Él sería capaz de conseguir que cambiasen de opinión. Y de lo que sí estaba seguro era de que jamás renunciaría a Ainara, porque sin ella el aire necesario para respirar faltaría en sus pulmones. La vida sin su ángel no tendría sentido y ese era el único asidero al que agarrarse para mantenerse firme, ahora que le estaban abandonando las fuerzas.

—*Aita*, *ama*, querida hermana. Siempre he sentido que esta casa era un espacio de amor y tolerancia. Jamás me he sentido intimidado y sí libre, libre para crecer, para trabajar duro si hacía

falta y para pensar. Siempre he actuado desde el corazón y siguiendo los mandamientos de la santa madre Iglesia. Esos mandamientos hablan de amor al prójimo, de respeto a los tuyos y a los demás y en ese espíritu he crecido y vivido desde hace veintiocho años.

»Mi intención era comunicaros yo mismo lo importante que es para mí lo que estoy sintiendo, explicaros con detalle las circunstancias y esperar vuestro apoyo y comprensión. No sé cuáles son las habladurías ni me interesan, pero podéis estar seguros de que vuestro hijo jamás ha obrado con ligereza ni afán de aprovecharme de nadie ni deshonrar el buen nombre de mi casa. Si conocierais a la criatura que ha cambiado mi vida, lo entenderíais. Sí, estoy enamorado de un ángel. De la criatura más hermosa, buena y sabia que se podría encontrar en mil kilómetros a la redonda. Ainara, porque así se llama, me ha enseñado en este tiempo algo que no está en los libros ni en las iglesias. Me ha enseñado a preguntar, a dudar, a perdonar y apreciar lo distinto; me ha hablado de su historia y la de los suyos, una historia de calumnias, injusticias y supervivencia. Me ha enseñado el caudal que la naturaleza nos ofrece y nosotros rechazamos y la felicidad que da una vida dedicada a ayudar a los más necesitados. Esa es Ainara, y precisamente hoy me disponía a pediros el consentimiento para hacerla mi esposa, honrarla y recuperar para ella la dignidad que tantos siglos de persecución han intentado robarle. Esa y no otra ha de ser nuestra conversación. No puedo negar parte de los hechos. De la mentira y la suciedad no solo reniego, sino que me siento ofendido, por mí y por Ainara. Es una agote, sí, pero no tiene rabo ni orejas puntiagudas y solo se diferencia de las demás muchachas del barrio en que es mucho más pura, más sabia e infinitamente más bella. Ahora estoy a vuestra disposición para escuchar lo que tengáis que decirme y obrar en consecuencia. Jamás desearía haceros daño, pero tampoco nadie tiene derecho a pedirme que renuncie a mi felicidad por ignorancia y egoísmo.

El padre miraba a su hijo con una mezcla de admiración y tristeza. Sabía que Asier era incapaz de cualquier indignidad y las murmuraciones estaban cargadas de odio y envidia hacia aquel

muchacho único y deseado. Sabía que su hijo no cejaría en su empeño, lo conocía demasiado bien para estar seguro, pero también era consciente de la imposibilidad de lo que les estaba pidiendo. Nadie en el valle aceptaría a una agote como parte de ellos, no lo permitían las ordenanzas y sería el fin de Uxoa. Nadie acogería a sus futuros hijos, que sufrirían las burlas y escarnio constantes. No, esa unión no era posible y así debería hacérselo ver a Asier antes de que fuese demasiado tarde. Habría que buscar una solución, una salida para hacerle desistir de su empeño y acallar las voces, al menos por un tiempo. Él lo entendería y renunciaría a ello por su madre, por su hermana y por él mismo. Encontrarían una solución y él tendría que renunciar a sus sueños románticos en un mundo en el que los soñadores tenían poca cabida. Ni siquiera albergaba ningún interés de conocer a Ainara, mejor así, esa criatura había hechizado a su hijo y quién sabe si también haría lo mismo con él y el resto de la familia. Durante generaciones habían sido una familia querida y respetada y él, como cabeza de familia, haría lo posible porque así continuara siendo.

—Hijo mío, lo siento mucho, no sabes cómo me apena escucharte. Por momentos quise pensar que era un rumor y que nada de esto nos estaba sucediendo a nosotros, a la familia García Elizalde. No sé cómo ni cuándo empezó vuestra aventura, de haberlo sabido hubiese impedido por todos los medios que siguieses en tu empeño, pero no sé por qué extraña razón durante los últimos meses no has querido hablar con nosotros. Has mantenido escondido tu desvelo y ya es muy tarde para poder ayudarte. Sabes que, si por mi fuera, te daría todo lo que tengo al alcance de mi mano para conseguir tu felicidad, incluso mi propia vida si la tuya estuviese en peligro. Pero con todo mi pesar no puedo darte la bendición que me pides. No me perdonaría nunca la infelicidad a la que te abocaría a ti, a tu esposa y a tus hijos si aprobase tu matrimonio. No solo contraviene las normas de la comunidad, sino que seríamos una casa maldita y tus hijos sufrirían las vejaciones en sus mismas carnes. Somos una familia de hidalgos por designación real desde hace siglos y no se nos perdonaría semejante traición a los nuestros. Asier, hijo, no es posible lo que me pides y no voy a seguir dándote argumentos que

tú como hombre inteligente y cabal conoces de sobra. Aquí no te puedes quedar si insistes en tu amor por esa muchacha. —El padre se quedó un momento pensativo—. Solo se me ocurre una solución. Aunque nunca quise creer los rumores, mi cabeza lleva un tiempo dando vueltas para encontrar una salida en caso de que estos fueran ciertos.

»Tendrías que embarcar para las Indias. Tu tío Francisco, hermano de tu madre, está afincado en Perú y allí te puede ayudar a salir adelante, lleva más de veinte años en aquellas tierras. Allí ha encontrado fortuna y ha formado una familia y te ayudará a abrirte camino, y si en la distancia no consigues calmar tus sentimientos, veremos qué se puede hacer, nadie tiene por qué saber nada y no daremos explicaciones. Vas en busca de fortuna para unirte con parientes que partieron hace tiempo. Nadie sabrá la verdad y si decides volver cuando hayas curado tus heridas, cosa que espero suceda pronto, aquí estaremos con los brazos abiertos. Perderte es el castigo más cruel que podría soportar, saberte lejos, pero a salvo, al menos, calmaría mi alma, si no mi tristeza. Piénsalo, hijo, o dejas a Ainara o tendrás que embarcar a las Américas.

El *ama* lloraba en silencio y Amaya, consternada, la rodeó con sus brazos, no podía concebir la vida sin Asier y el caserío estaría mudo sin su presencia. Los días serían grises y la soledad, a la que la partida de Asier los condenaba, inabarcable.

Asier no daba crédito a las palabras de su padre, no estaba dispuesto a dejar familia y hacienda. Había crecido en un lugar que él creía un paraíso, pero ahora era consciente de las trampas que ese aparente edén escondía y del precio que cualquier hijo de esas montañas tendría que pagar si quería, por un momento, cambiar el paisaje humano. No era un valle, era una cárcel verde, húmeda y engañosa. Amaba y respetaba a sus padres, pero jamás pensó que tendría que someterlos a una decisión tan cruel de tener que elegir entre su felicidad y los convencionalismos totalmente anacrónicos de una sociedad endogámica y temerosa.

—Padre, sé que lo que os pido es difícil para vosotros, pero no podéis obligarme a dejaros, a dejar mi vida y todo lo que soy para no perturbar el orden establecido. Ainara es una mujer maravillosa,

sé que la amaréis igual que yo, en cuanto la conozcáis, y el resto de los vecinos harán lo mismo. Ni quiero ni puedo abandonarla, no puedo entender la vida sin ella. Ahora sé por qué no había nadie en el valle que me atrajera lo suficiente. Dios había de ponerla en mi camino, es un regalo del cielo y no sería justo rechazar ese privilegio. Tiene que haber una forma de que Ainara sea mi esposa y me duele pensar que no estáis dispuestos a ayudarme a encontrarla. Siempre os he respetado y querido, he visto vuestros cuidados y desvelos desde que era un niño y pensaba que mi felicidad, así como la de Amaya, era lo más importante para vosotros y contaríamos con vuestro apoyo en cualquier decisión que tomásemos para conseguirla. Me siento decepcionado tanto como supongo que vosotros lo estaréis conmigo. Ambos fallamos, yo por no obedecer como un buen hijo, renunciando y sacrificando el derecho a decidir sobre mi vida, y vosotros porque dais así prioridad a nuestra reputación por encima de la felicidad de quien lleva vuestra sangre. Ahora he de irme. No hablaré de este tema con nadie ni le comentaré a Ainara vuestra negativa a apoyar nuestra unión. Ojalá reconsideréis vuestra postura, confío en ello, padre. De cualquier manera, pase lo que pase, no olvidéis que os quiero y daría mi vida porque todo esto no fuera cierto y poder devolveros la tranquilidad y la paz que os estoy robando. *Agur*, no vendré a la hora de la cena, necesito estar solo.

Asier partió lleno de tristeza y sabiendo en qué estado de desolación dejaba a sus seres queridos. La expresión de profundo dolor y las lágrimas de Amaya se le clavaban en el alma. Qué injusta era la vida y cuánto habría que cambiar en la sociedad para que las personas pudieran elegir en libertad su camino y con quién recorrerlo. El suyo estaba decidido, y si para eso tenía que embarcar y pasar un tiempo lejos de su amada no le importaba, volvería y demostraría a Ainara y a todo el mundo la autenticidad de sus sentimientos y que la fuerza del amor es la más sólida que existe, un tesoro al que, cuando llega a tus manos, nada ni nadie debe obligarte a renunciar.

Los días transcurrían en Uxoa con una inmensa sensación de pérdida. Ya algo se había roto en la vida de sus moradores y nunca se volverían a unir los trozos, ni cerrar las heridas. El padre de Asier, aun en contra de su mujer y su hija, decidió que no había más alternativa que la partida. Asier se iría a las Américas sin mancha y pronto los rumores se callarían al comprobar que nada era cierto y solo habladurías. Su hijo encontraría una nueva vida, tal vez más acorde con su espíritu rebelde, o por el contrario reconsideraría la situación para regresar y formar una familia con una muchacha de su entorno. Uxoa no podía perder su posición en el valle ni ser marginados sus habitantes. Amaya, tan dulce y bonita, no se merecía ser apartada de su hábitat y condenada a la soltería o a tomar los hábitos por culpa del egoísmo de un hermano al que adoraba.

Asier, por su parte, seguía encontrándose con Ainara, no les quedaba mucho tiempo, su partida estaba programada para el cinco de enero, justo el día en que cumpliría veintinueve años. Tendría que viajar al sur para tomar en Cádiz un barco con destino a Lima, Perú. Decían que era una tierra maravillosa con muchas oportunidades para gente valiosa y trabajadora, y Asier lo era. También era una parte menos concurrida por los baztaneses, más proclives a embarcar hacia Buenos Aires, México o Cuba. Pasase lo que pasase, con el apoyo de su tío Francisco, tendría tiempo y tranquilidad para tomar sus decisiones y seguramente su familia siempre le esperaría con los brazos abiertos. Los días y las horas se les hacían cortos a Ainara y Asier en su necesidad de estar juntos y amarse.

El año estaba a punto de despedirse y con él toda esperanza de que las cosas cambiasen. En el valle nadie hablaba de otra cosa que de la partida de Asier hacia las Américas. Unos y otros deducían distintas explicaciones, pero nadie se atrevía a pronunciar una palabra. El respeto por una familia tan querida se había impuesto a cualquier habladuría.

En Uxoa, el dolor por la partida inundaba cada rincón de ese hogar otrora alegre y frecuentado por los vecinos con cualquier excusa. Los días fríos se habían adueñado de los corazones y la tristeza de las miradas. Era un viaje largo y no exento de peligros.

Los trámites estaban cerrados y el dinero de fianza entregado. Asier contaría con parte de su herencia para abrirse camino en el Nuevo Mundo, solo quedaba asimilar la pérdida y esa imagen del hijo atravesando un país en busca de un océano que le alejaría de todo lo que él amaba para depositarlo en la otra orilla, la orilla de la soledad, la aventura, la incertidumbre y tal vez el olvido.

Se encaminó al bosque por última vez. Nunca un paisaje le había parecido tan hermoso y a la vez tan desolado, ni las ramas de los robles más desnudas.

Se podía ver a través de ese bosque de espectros, en otro momento verde y frondoso, mientras el agua sin freno anegaba pastos y desbordaba orillas. La borda aparecía sin su cálido ropaje, desabrigada como el alma de sus habituales moradores. Solo un soplo de aire consiguió dirigir la ondulante columna de humo hacia Asier. Ainara estaba allí, calentando la borda para los dos, intentando que el frío de la separación no dejase sus cuerpos ateridos de ausencia. Al menos el fuego los calentaría por última vez, calentaría sus caricias y sus lágrimas y podrían así alargar ese instante hasta que la tímida luz de la madrugada decidiese romper el hechizo, expulsándolos de su pequeño paraíso.

Asier entró en la borda y sus defensas se vinieron abajo al ver los verdes ojos de Ainara anegados en lágrimas.

—No llores, amor mío, hoy no nos despediremos, ni hoy ni nunca. Volveré a por ti y si no es posible tú vendrás a mi lado. Haré lo que sea necesario para que estemos juntos. Tal vez aquí nuestros hijos no serían felices sintiéndose rechazados por todos, pero en otra tierra sí. Las cosas en América son distintas, las leyes también y sobre todo las costumbres que rigen la vida de las gentes. Allí todo el mundo es extranjero y nadie sabe realmente el origen de nadie, ni el color de su piel y su sangre son un impedimento para salir adelante y hacer fortuna. Solo quiero que sepas cuánto te amo; te amo, Ainara, y jamás podré entender mi vida sin tenerte a mi lado. Solo espérame, te lo pido de rodillas, espérame y confía en mí. Pronto, muy pronto, estaremos juntos de nuevo, y ahora déjame que te abrace para llevarme en la piel la marca de tu cuerpo, déjame

que te mire para borrar mis ojos si te olvidan y déjame oler tu pelo a espliego y lavanda. Te quiero tanto…

Ainara y Asier se fundieron el uno en el otro. El fuego calentaba su dolor y templaba el temblor de sus manos al acariciarse y convertirse en una sola cosa. Sus besos y caricias eran una promesa de eternidad sin importar cuál era el límite del tiempo. Ellos recorrerían los caminos hasta encontrar el suyo y encontrarse sin importar la dificultad y esfuerzo que fueran necesarios. Pero ahora se amaban, desesperadamente, y con solo el recuerdo de ese instante sabrían que jamás estarían solos y carentes el uno del otro mientras quedase un soplo de aliento en sus vidas. La noche los protegía y cuidaba alargándose como un manto en el cielo. Era su última noche, pero esa noche serían millones en el infinito estrellado de sus cielos, tan lejos, pero siempre tan cerca. Sabían que su felicidad de hoy sería el dolor de mañana, pero el futuro aún estaba por escribirse y ellos podrían crear su narrativa.

—Asier, mi vida, no te atormentes más. Todo es posible si alguien cree verdaderamente en ello, y yo confío en ti, lo hice desde el primer minuto de nuestro primer encuentro. Sé que harás lo posible para que podamos reunirnos de nuevo, pero si no es así, no me importa, porque he tenido la historia de amor más maravillosa entre mis días y nadie me la podrá arrebatar nunca. Te quiero ahora y te querré mañana, no importa donde estés. Siempre búscame en las noches de luna llena, los dos veremos la misma luna y ella será nuestro punto de encuentro, aunque estemos en las dos orillas del mundo. Y ahora no llores, solo ámame con todas tus fuerzas. Abraza mi cuerpo hasta que se fundan nuestras almas, antes de que se apague el fuego de la noche y tengas que irte.

Los amantes apuraron hasta el último minuto su despedida llena de promesas, sintiendo el desgarro por dentro que solo cuando te arrancan una parte de ti eres capaz de sentir. Se amaron, se fundieron el uno en el otro hasta licuar sus cuerpos y el frío jamás encontró mayor enemigo para combatir sus garras. Los dos serían a partir de ahora seres incompletos, vacíos por dentro, lleno el hueco de recuerdos, nostalgia, añoranzas y con un profundo sentimiento

de injusticia al ser arrojados de la luz sin saber cómo deambular por las tinieblas.

El día 5 de enero de 1774, Asier García Elizalde embarcaría con destino al puerto del Callao sin saber si algún día volvería a ver a los suyos, su tierra querida, sus montañas amigas y el amor de su vida, Ainara.

Ainara le vio alejarse por el camino solitario y triste del bosque. Sus lágrimas se deslizaban por su dulce rostro y, a pesar de todo, una sonrisa dibujada en sus labios hacía sospechar que, además de su borda mágica, Ainara ya guardaba otro secreto que nadie le arrebataría, o por lo menos eso creía.

Baztán

2020

Ágara e Íñigo siguieron su búsqueda después del sorprendente hallazgo sobre el momento y día en el que Asier García Elizalde había embarcado con destino a Perú.

Las Navidades dieron un respiro a la pareja. Eran las primeras que pasarían juntos, perdidos en mitad de los montes y con dos terribles ausencias en sus recuerdos y en sus vidas. El tiempo decidió facilitarles las cosas y transcurría apacible y tibio. Las lluvias eran nocturnas y dejaban los prados frescos y brillantes al amanecer.

Ágara experimentaba una tremenda nostalgia, era la época favorita de Ainoa, cuando más le brillaban los ojos y su sonrisa se hacía infinita al preparar reuniones familiares y repartir regalos que buscaba con minuciosidad y cariño tratando siempre de encontrar ese objeto especial de dueño único, para lo que dedicaba horas revolviendo en tiendas y grandes almacenes.

Durante dos meses —los adornos se ponían en noviembre— la casa parecía el mejor anuncio de felicidad, solo comparable a los del turrón que vemos en televisión pensando siempre que es pura publicidad, que desaparecerá y quedará viejo al minuto de finalizar el rodaje. En casa todo era verdad y nunca había un rincón en el que no hubiese un portavelas, flores escarchadas y por supuesto el árbol y el nacimiento. Ainoa compraba figuras nuevas de aire veneciano con bellos ropajes que tenían que convivir con las antiguas, de

menor tamaño y color perdido, pero que habían formado parte de la infancia y siempre, al final del periodo, se guardaban con delicadeza y sobreprotección, como si de seres reales se tratase a los que había que desear una tranquila y acogedora estancia hasta el año siguiente. No importaba si la oveja o el burro estaban chuecos o eran demasiado pequeños o grandes, eran los suyos y no había en el mundo nada que valiese tanto y despertase tanta ternura cada vez que los desenvolvíamos al año siguiente.

La especialidad de Ágara era el belén, esa diminuta representación de un pueblo y sus habitantes nada menos que dos mil años antes; lo irrelevante era que no hubiese invierno en Jerusalén, la nieve era tan importante como el serrín, el musgo y el corcho, y las posibilidades, infinitas. Dejar por la noche las pequeñas luces encendidas era sinónimo de paz, de dormir tranquilos, de estar todos juntos y saber que se querían, aunque no tuviesen garantizada la eternidad de esos sentimientos. Ainoa era feliz con el árbol, su lugar mágico, que cada año se vestía de un color, rojo y verde, blanco y nevado, cristales violetas que irisaban en la oscuridad toda la noche reflejándose en los objetos hasta entonces en penumbra. Tantas y tantas imágenes, tantos recuerdos. No la volvería a ver entrar en casa, pertrechada de polvorones, turrones y su manjar navideño favorito, el mazapán. Después, habría dulces el resto del año hasta que poco a poco iban desapareciendo de la bandeja de plata con pequeñas patas que ocupaba el centro de la mesa del café.

Ágara sentía una opresión en el pecho mientras, asomada al verdor de los campos a través de la ventana de la cocina, la ausencia de ese ser querido se agrandaba hasta ocupar la estancia y su vida entera. Siempre había sucumbido contagiada por Ainoa a todos los tópicos y celebraciones que tanta gente odia por considerarlos meras imposiciones de los publicistas, pero que en ella eran sinónimo de afecto, amistad, encuentros y motivos para celebrarla vida.

Este año la música de fondo serían el crepitar del fuego en la chimenea y el crujir de las maderas en los techos del caserío. Se consideraba incapaz de escuchar las canciones navideñas que tantas

veces habían cantado juntas, divertidas y a voz en grito hasta desgañitarse. No, definitivamente no serían unas alegres Navidades y aún no sabía bien cómo transitar por ellas. Podría disfrutar del precioso acebo de la entrada, con sus hojas brillantes y sus pequeñas bolas rojas. Compraría unas flores de Pascua, siempre le habían fascinado con sus hojas rojas en forma de corazón, poinsetia era su nombre, al parecer en homenaje al embajador y botánico americano Poinsett, que las había descubierto en los campos de México. Más tarde las plantaría a la sombra y dejaría pasar el tiempo, lento y triste, acunando el dolor y dejándolo transcurrir sin borrar la huella indeleble de esas vivencias y la imagen de Ainoa con su mejor sonrisa.

Íñigo estaría con ella y ambos tendrían tiempo para hablar, recordar y tapizar de amor las paredes de piedra que habían estado tan carentes de él. Después seguirían indagando y buscando respuestas que aún se les resistían.

Los días siguieron su curso, la gente se saludaba en el valle deseándose lo mejor para esas fiestas y el año a punto de llegar. El día de Nochebuena se reunieron con Itziar y su familia. La vieja amiga había insistido en que se sumasen a ellos y pasaran la velada en un hogar. Suponía que sería más llevadero para ambos no estar solos y dejarse contagiar por la algarabía, y además disfrutar de una maravillosa cena a base de cordero recién asado y otras delicias culinarias que cada uno había preparado e incorporado a la cena familiar.

La *amona* contemplaba la escena feliz y con esa mirada de distancia de los que ya están en otro sitio, aunque se resistan a abandonar el que ha sido su espacio vital durante más de noventa años. Qué maravillosa sensación saber que todos esos seres que se abrazan y disfrutan del hecho familiar nacieron de ti, en algún momento, para multiplicarse y dar un increíble sentido a tu existencia. A buen seguro, la anciana tendría la sensación del deber cumplido y de que la inminente partida no sería necesariamente un final, adivinando en los rasgos de sus hijos y nietos su inequívoca huella.

Por un instante su imaginación voló a esa otra escena familiar, mucho tiempo atrás. El frío madrileño, el vaho saliendo de los labios y el pasamontañas calentito y protector cubriendo casi por completo la cara de una niña cuya pequeña mano una madre agarraba con fuerza. Los cortos pasos incapaces de seguir el ritmo de los adultos y la inconsciencia de no tener miedo a nada porque esa mano segura y un pasamontañas era lo único que una niña necesitaba para sentirse feliz y a salvo. Las castañas asadas y los boniatos deliciosos y dulces hacían el resto. La casa, cercana al parque del Retiro, esperaba caliente y luminosa, la cocina regalaba aromas y olores inolvidables, no hay mejor aliado de la memoria que un olor.

El olor es un recuerdo atrapado en el aire. La lombarda con bechamel, el pastel de merluza, las perdices escabechadas, los langostinos rosados y brillantes o la magistral sopa de pescado, especialidad de María, la cocinera, preparada a base de tiempo, ingredientes traídos del mercado y todo el cariño que solo alguien como ella sabía imprimir a las cosas más sencillas y aparentemente menos importantes del discurrir diario. María, punto y aparte, alguien mágico, un ángel que un día llegaría a su casa para no irse jamás. Su capacidad de entrega hacia todos y también hacia su familia, marido e hijos, su generosidad sin límites. Cuando Ainoa y Ágara se quedaron solas había una frase que María repetía con una sonrisa, «Yo las cuido», y vamos que si lo hacía, hasta el infinito. Los padres sentían adoración por esa mujer extremeña de origen humilde, que con apenas ocho años cogía espárragos en el campo. Alta, elegante y dotada de una inteligencia natural difícil de encontrar en gente más ilustrada.

Todas esas imágenes venían a su memoria, haciéndola volar por unos momentos lejos del valle, de la familia de Itziar y del mismo Íñigo. Aquella vida le parecía tan lejana que a veces dudaba de ser ella misma la protagonista de esa historia. Después empezaron a pasar muchas cosas, algunas buenas y otras no tanto, suponía que como en las vidas de tanta gente, pero las pérdidas en una familia pequeña se hacían tan notables como el abismo que separa esas montañas que alguna vez estuvieron unidas.

Espacios irreemplazables que van sembrando carencias, aumentando distancias, borrando rostros y la sensación a veces de que esos momentos detenidos en un álbum de fotos nunca existieron. ¿Era ella aquella chica despreocupada y alegre de la imagen? ¿Realmente alguna vez había viajado a ese país exótico en compañía de personas reales o era una simulación? ¿Detrás de aquellas sonrisas y gestos congelados en el tiempo habría la más mínima sospecha de que esa felicidad se esfumaría al cabo de unos años?

¿Qué pasaría si decidiésemos y pudiésemos quedarnos parados en una fotografía, la más luminosa y con la mejor de nuestras imágenes posibles? ¿Lo haríamos sin parpadear? ¿Renunciaríamos a todo lo que quedaba por llegar, conocer, al estímulo del descubrimiento y el crecimiento a cambio de una instantánea feliz sin vida? Seguramente no, concluiríamos que el hecho de vivir es eso: ganancia, pérdida, dolor, emoción, disfrute, ausencia, la soledad conquistada con el paso de los años, la humildad para aceptar que no podemos controlar al cien por cien nuestra vida y la satisfacción que experimentamos cuando en la parte que sí nos corresponde ponemos y sacamos lo mejor de nosotros mismos. Los pensamientos sobre la vida y la muerte sobrevolaban en la cabeza de Ágara ante la fragilidad del tiempo.

La ciencia se debatía ante la idea de la no muerte. La muerte, dicen los científicos, es un error, un fallo de nuestro organismo, no estamos programados para morir y sí para vivir. Esa lucha científica por hacernos inmortales se basa en la presunción de que vivir merece la pena, a pesar de todo, y de que además nadie ni nada nos garantiza un más allá.

Solo algunos, cansados de vivir, quieren escapar de este mundo, descansar de una vez sin importarles el más allá; tienen bastante con el más acá para estar seguros de que no les merece la pena seguir. Ágara tenía claro que no estaba entre ellos. Pero el dolor de esos llamados «errores» de nuestro cuerpo puede despertar en quienes lo sufren con la desesperación suficiente como para querer desaparecer, mientras los investigadores siguen buscando el Santo Grial de la vida eterna.

El sonido de unas copas la devolvieron a la realidad, alguien pedía un brindis por todo lo bueno y por el privilegio de estar juntos. Ágara levantó la suya tímidamente y sin mucha convicción. En ese momento la *amona*, con su tiempo suspendido, pidió con un hilo de voz brindar por los que ya no estaban en la cena, pero sí en el corazón y la memoria de alguno de los presentes. Ágara agradeció con la mirada el gesto de la abuela y dejó escapar unas lágrimas que se mezclaron con la rubia textura de la sidra. Íñigo le apretó la mano con fuerza, casi con aquella fuerza que sentía de niña agarrada a su madre. Ambos se miraron, sabían lo que cada uno estaba sintiendo, pero en el fondo anidaba esa tranquilidad templada y profunda de saber que ninguno de los dos estaría solo esas Navidades.

Fue una deliciosa cena familiar que reconfortó a esos dos seres tan necesitados de cariño y consuelo. Ambos se despidieron agradeciendo a la familia su acogida y prometiendo repetir la visita más a menudo. La generosidad de las gentes del valle tenía en la familia de Itziar su más clara representación. El resto de las fiestas tendrían que pasarlo en compañía el uno del otro, estrenando su nueva relación y desarrollando juntos la capacidad de llenar espacios e inventar otros sorprendentemente nuevos. No sería tarea difícil para dos seres que se aman y tienen toda la vida por delante.

El día 31 amaneció en lluvias que se negaban a abandonar el valle y dar tregua al paso de lo viejo a lo nuevo. Íñigo apareció a las siete de la tarde. Arreciaba y su pelo mojado le hacía aún más atractivo, con cara de niño saltándose la escuela. Cuando Ágara abrió la puerta se encontró con una especie de rey mago lleno de paquetes enarbolados por una enorme sonrisa.

—¿Te importaría dejarme entrar? Deja de mirarme como si fuera un fantasma. ¿Qué creías que el fin de año iba a ser una noche más a base de judías verdes y queso? Has subestimado mi parte de sangre argentina. Vamos a la cocina y te enseño el espléndido menú que he preparado para nuestro primer e importante fin de año juntos. Y no quiero una lágrima si no es de felicidad, ni una nube de

tristeza. Estamos juntos, nos amamos y es lo mejor que nos ha pasado en mucho tiempo, al menos para mí.

Ágara no daba crédito y reía de buena gana, verdaderamente ese chico era increíble y ella había tenido la suerte de encontrarlo allí, perdido en mitad de la nada. Para que luego haya gente que no crea en el destino.

—¿Te has vuelto loco o qué?, cómo vamos a comernos todas estas cosas, tenemos comida para una semana; menos mal, porque si te soy sincera yo no había preparado nada y me sentía incapaz de bajar al pueblo a comprar algo. Cuéntame qué es todo esto y no me digas que has estado todo el día cocinando porque tu cotización en el valle va a ganar muchos puntos y no quiero tener que pelearme con ninguna *neska* del pueblo.

—Qué tonta eres, qué te creías, ¿que el bonaerense que llevo dentro se había quedado en el avión? Mira, para empezar, he traído una lasaña con la pasta hecha por mí y te vas a chupar los dedos. He conseguido cortes argentinos de carne para hacer en la barbacoa o si sigue lloviendo en la chimenea. De postre voy a preparar unos crepes con dulce de leche, ese sí venía en mi maleta. Y de aperitivo, un queso provolone que voy a fundir para tomarlo con chorizo tierno, es decir, chistorra. Ja, ja, no podía faltar la chistorra en esta mesa y vamos a brindar con sidra fresca de las manzanas del barrio y por supuesto las uvas, voy a comerme tres docenas por estos tristes últimos años y lo mejor estará después, cuando hagamos un café de puchero con un orujo quemado. Sin contar con la sobremesa —los ojos de Íñigo brillaron con un punto malicioso—. No tengo nada que hacer los próximos veinte años más que estar contigo haciendo el amor y durmiendo la curda que voy a coger. Prometo no pasarme y portarme como un chico educado y decente, pero esto tiene que ser el principio de algo, Ágara, por lo menos de algo bueno en nuestras vidas. Después, cuando pasen unos días, te ayudaré de nuevo a buscar tus respuestas y terminar de descubrir la historia de esta casa. Tengo la sensación de que hasta que no sepas qué pasó no vas a tener paz en tu vida, pero ahora dame un tiempo, solo un tiempo para los dos, para ti y para mí sin interferencias ni presencias invisibles. El pasado no puede pesarnos más que el

presente y para mí el presente y el futuro eres tú y esta casa y mi huerto y la biblioteca y escribir de nuevo y este precioso valle del que dudo exista un escenario mejor para nuestra felicidad. Ven, déjame que te abrace, así me ayudas a secarme un poco. —Ágara se dejó abrazar por un momento—. No, no te separes aún, quiero sentir tu calor, disolver tu tristeza, derretir tu miedo y despertar a esa niña que tienes dentro y que lleva tanto tiempo sin jugar y sin dejarse querer de nuevo.

Ágara se dejó abrazar sin prisa, dúctil y pequeña, acoplada a ese hombre fuerte que escondía una delicadeza casi intangible y que la estaba devolviendo a la vida, a las ganas de reír, a ese lugar luminoso del que se había ausentado hacía ya demasiado tiempo. Cómo había echado de menos esa sensación, qué árida y dura era la existencia fuera de ella y qué matices se perdían cuando la mirada fría recorría la vida sin poder detenerse en colores que en ese momento solo saben herirte.

La noche transcurrió entre caricias, risas y habilidades culinarias desplegadas por Íñigo. La lasaña estaba increíble, el provolone se quemó ligeramente mientras los anfitriones se dedicaban a mirarse. A pesar de todo, estaba delicioso. El asado fue la prueba de oro de un argentino alejado de su tierra demasiado tiempo, pero el punto de la carne y el corte entusiasmaron a Ágara, que aplaudía y reía estrepitosamente. Íñigo nunca la había visto tan feliz, era otra persona, una criatura que había permanecido escondida y cautiva, contra su voluntad, en algún rincón de su alma, a la espera de que algo o alguien abriese la puerta para liberarla de esa prisión indeseada. Y ese alguien estaba allí, lleno de vida, con el pelo revuelto, olor a lumbre y todo el amor del mundo para dar.

Ágara aprendió a hacer los crepes y terminó degustando el dulce de leche a cucharadas.

—Ummm, qué cosa más rica. —Ya nunca podría vivir sin ese delicioso manjar que en España se sustituía por leche condensada al baño maría desde hacía decenas de años.

Casi eran las doce, el viejo reloj de la entrada estaba dispuesto a hacer su gran aparición, nunca había sido tan importante en la vida de alguien.

Las uvas esperaban en dos grandes copas y la sidra hacía ya mucho tiempo que había regado las gargantas y calentado los ánimos. Se miraron, de pie, uno frente al otro, como si fuera la primera vez. Todas las barreras habían desaparecido y sentían que verdaderamente empezaba una nueva vida para ellos, esa vida que hasta hacía poco tiempo no imaginaban que existiese, aunque en el fondo de sus corazones lo necesitasen. Esa vida estaba en todas partes y no había motivo para pensar que ellos no la merecían.

El viejo reloj empezó su sinfonía de campanadas con un sonido antiguo y metálico. Comenzaron con las uvas, mirándose, sonriéndose, emocionados e incrédulos. El reloj solo sonaba para ellos y por ellos, las campanadas terminaron y siguieron apurando las uvas, no eran doce, eran veinte o treinta, qué más daba. Por los seres queridos que ya no estaban, por su recuerdo, por una noche mágica, por ese caserío de piedra que agradecía tanta felicidad entrando por sus poros, por todo lo que aún les quedaba por vivir, por los años de soledad e incertidumbre que de pronto habían encontrado su razón de ser. Brindaron mil veces, llenaron sus copas una y otra vez. Finalmente paladearon el café con el orujo quemado en la chimenea y se dejaron calentar primero por el fuego de la leña preñada de llamas y luego por sus propios abrazos. Se amaron toda la noche recorriendo cada uno el paisaje aún inexplorado del otro y se hicieron mil promesas que cumplirían. Tenían toda la existencia por delante, un lugar en el que estar juntos, una chimenea para ahuyentar el frío del invierno, un viejo reloj que los esperaría cada treinta y uno de diciembre y quién sabe si algún día alguien más vendría a llenar los rincones, vacíos aún, de ese lugar misterioso llamado Uxoa.

Ágara e Íñigo entraron en el nuevo año saltando al vacío, pero cogidos de la mano. Empezaba una nueva etapa en sus vidas, la esperanza se había aliado con ellos y su relación se estaba convirtiendo en algo sólido y enriquecedor. La tristeza estaba dejando paso a la ilusión y la luz empezaba a ocupar el lugar de las tinieblas.

El día de Reyes, tal vez en honor a Asier, decidieron hacer una excursión a Saint Jean Pied de Port, una pequeña localidad fronteriza del camino francés a Santiago de Compostela, cuya estética medieval transportaba a la época de peregrinación durante el Medievo, en la que tantas gentes llegaban de Francia para transitar el duro e iniciático recorrido.

La calle principal, empinada y estrecha, estaba festonada de pequeñas posadas anunciando precios y menús. También había tiendas de recuerdos y todo un abanico de artículos provenzales como manteles, utensilios de cocina, vajillas y un montón de cosas atractivas y bastante caras.

Había una pequeña muralla rodeando la villa por la que se podía caminar y contemplar la privilegiada ubicación del precioso recinto amurallado. A la entrada norte, una inscripción en piedra daba la bienvenida a los peregrinos deseándoles un viaje fructífero y seguro, más abajo, la famosa vieira en bronce ya marcaba el distintivo que el viajero encontraría a lo largo de todo el camino. La concha era la prueba de las etapas cumplidas, bendecida a la llegada del peregrino a Santiago. Un símbolo importante para la cristiandad.

El pueblo estaba lleno de curiosos y gente que, aprovechando la festividad, adquirían los últimos regalos o disfrutaban de un almuerzo en alguno de los pintorescos restaurantes dentro y fuera de las murallas. Era un paseo delicioso y los enamorados se sentían identificados con ese paisaje de cuento y ese ambiente festivo de felicidad que desprendían todos los transeúntes.

La vuelta también era espectacular, por una carretera llena de curvas, pero con una panorámica impresionante de montañas y valles. Los Pirineos mostraban su grandeza con alturas imponentes y laderas verdes y frondosas en las que montones de especies encontraban refugio. Fue un día precioso que nunca olvidarían. Al día siguiente volvería la rutina de cada uno en su mundo y en su ordenador, pero el vínculo entre ellos los mantendría unidos sin importar la distancia física o las horas que sus trabajos los mantuvieran separados.

Ambos habían decidido que su regalo de Reyes sería un viaje, de esos a la carta que Ágara era especialista en diseñar, tal vez a África,

Egipto, no importaba, la idea era perderse solos en otra cultura y otros paisajes, viajarían al menos una vez al año y tratarían de que sus álbumes de fotos siempre mostrasen imágenes que reflejasen su vida actual. Pero Íñigo sabía que antes habría que completar el rompecabezas del que apenas tenían una pieza. El viaje por tanto tendría que esperar.

El teléfono de Ágara empezó a vibrar en su mesa de trabajo.

—¿Ágara? Perdone que la moleste, soy Amaya, la madre abadesa de Santa María de los Ángeles, espero que haya pasado unas buenas fiestas. No sé si sigue interesada en averiguar algo sobre Uxoa, no crea que me he olvidado. He estado buscando en medio del caos de documentos y he encontrado algo que quizás tenga relación. Sería conveniente que usted se acercase para ver hasta qué punto puede tener utilidad, quién sabe. Si quiere la espero esta tarde sobre las cinco, antes del rosario. ¿Le parece bien?

Ágara sintió cómo se le aceleraba el corazón, estaba segura de que fuese lo que fuese que hubiera descubierto la madre abadesa debía ser importante para pedirle que acudiese. Ya no pudo dejar de darle vueltas a su cabeza el resto del día, se lo contaría a Íñigo, pero prefería acudir sola a la cita para no invadir la privacidad del monasterio y de la madre abadesa. Le había parecido una mujer extraordinaria e inteligente, no podía tener mejor aliada en su búsqueda.

Se entretuvo poniendo orden en la casa y después decidió dar un pequeño paseo aprovechando que el día estaba despejado y templado. Aún le quedaban algunos flecos por cerrar de una ruta que estaba preparando, así que, después del paseo, se metió de nuevo en su ordenador mientras daba cuenta de un plato combinado de restos como almuerzo. No tenía mucho apetito, la ansiedad le había cerrado el estómago y solo deseaba que pasase el tiempo rápido para acercarse a Arizcun.

Íñigo le rogó que fuera a la biblioteca en cuanto saliese del monasterio, estaba intranquilo y la curiosidad le había dejado

cavilando sobre qué información podría haber descubierto la madre abadesa.

Por fin, a las cuatro y media de la tarde, Ágara se subió al todoterreno de camino al pueblo vecino. Era impresionante y majestuosa la fachada y una vez más se dejó sorprender por su belleza. La misma hermana que la había recibido la primera vez la hizo pasar amablemente.

—Pase, joven, la madre abadesa la espera en su despacho, feliz año. Al menos hemos empezado con clima templado, menos mal, porque aquí hace un frío, con tanta piedra, de mil demonios, Dios me perdone.

Ágara sonreía, cuánta ternura y bondad desprendía aquella monjita, se la veía tan feliz en medio de esos inmensos pasillos a pesar del frío. El corazón del hombre encuentra acomodo en los sitios más insospechados y estaba claro que la felicidad o es interior o se esfuma con el roce de cualquier viento. La felicidad, pensaba Ágara, es en el fondo una forma de ser, quizá algo tan sencillo como una actitud ante la vida.

—Buenas tardes, Ágara, ¿no te importa que te tutee, verdad? Eres aún muy joven. ¿Cómo estás? Veo que tu cara ha cambiado en estos meses. El valle te ha sentado bien y ha atenuado la tristeza que traías cuando viniste a verme por primera vez. Eso es bueno. El pasado ya forma parte de ti sin que tú le des más espacio del necesario y la vida es un libro del que hay que saber pasar páginas para seguir escribiendo otras nuevas. Las páginas anteriores siempre formarán parte de ese libro, pero hay muchas en blanco que están esperando por ti para que las escribas.

—Gracias, madre, sí, estoy mucho mejor, han pasado algunas cosas estupendas en mi vida y encaro el año con nuevas ilusiones. A pesar de todo, no puedo dejar de pensar en el pasado de mi casa, creo que se lo debo a mis padres y me sentiré tranquila cuando pueda tener la historia completa.

—Saldar cuentas con el pasado es un ejercicio que si se hace con humildad nos enriquece y ayuda a cerrar heridas, pero si se convierte en una obsesión nos puede enfermar y dejarnos atrapados

en un tiempo que no siempre sabremos cómo fue en realidad y que puede condicionar de manera injusta nuestro presente y futuro.

La madre abadesa hablaba desde la experiencia y distancia que, el estar apartada de la vida en la calle, le permitían. Tantas personas a lo largo de los años habían buscado refugio en su sabiduría y discreción… Cuántas historias alegres y trágicas se habrían vertido en sus oídos buscando, en su limpia mirada, complicidad o comprensión.

—Hablando de historia, mira lo que he encontrado. No fue tarea fácil, he buscado y revisado todo lo que aún está en buen estado, la mitad de los archivos están comidos por las ratas o por la humedad, pero aquí hay algo que me llamó la atención por el nombre de Uxoa.

Ágara experimentó un sobresalto al oír ese nombre y sintió cómo el latido de su corazón se aceleraba ante lo que prometía ser alguna pista.

—Aquí, en esta página, figura la reseña de un nacimiento, es el 7 de agosto del año 1774. *Nacimiento en este Día de Gracia de una niña, la madre Ainara pertenece al poblado Agote de Bozate, no está registrado el nombre del padre. Al no poder la madre hacerse cargo, la niña se da en adopción a una familia de Pamplona, con consentimiento de la madre, la familia Iturralde. Por expreso deseo de la madre biológica, a la recién nacida se la bautiza con el nombre de Uxoa. La niña goza de buena salud, es rubia, con ojos verdes, aunque es muy pequeña aún para ver sus características*. Eso es todo. Me temo que la criatura es fruto de un amor prohibido. Cuidar de ella en un ambiente hostil y amenazante era imposible sin que la pequeña sufriese. En esos casos se aconsejaba a las madres darlas en adopción, cuando no eran arrebatadas de sus brazos sin explicación alguna. Se ve que este no es el caso y que la madre renuncia a su hija para protegerla.

La madre notó cómo la cara de Ágara palidecía presa de un repentino malestar.

—¿Te encuentras bien, hija? No sé si esto es lo que buscabas y te aclara algo o si no tiene relación alguna con nada. No sé, me llamó la atención el nombre. Estás pálida, ¿quieres un café y un dulce? Le digo a la madre que te traiga algo.

—No, gracias, madre, estoy bien, creo que he comido deprisa y algo me ha sentado mal, pero ya se me pasará. Muchísimas gracias, no sabe lo importante que es esta información para mí. Cuando tenga toda la historia completa vendré y se la contaré, espero poder hacerlo algún día. Y ahora me voy, no me encuentro bien y creo que necesito un poco de aire. Solo otra cosa. ¿Hay en el cementerio alguien enterrado con el nombre de Ainara?

—No lo sé, pero si es la madre de la niña no podría estar enterrada aquí. Los agotes no tenían permitido recibir sepultura donde los habitantes del valle, eran apestados, como aún lo son ahora los «intocables» en la India, gente maldita e inferior. No podían casarse con nadie que no fuese agote si no querían ser repudiados y desheredados. La humanidad ha estado, está y estará llena de injusticias y discriminaciones sin fundamento. El fanatismo es uno de los grandes males de este mundo y es difícil de erradicar. Espero que te mejores y ven a verme de vez en cuando, si te apetece hablar sobre las cosas de este y otros mundos y degustar los ricos dulces que hacemos. Buenas tardes, Ágara; como ves, ya me he aprendido tu nombre.

Ágara apenas podía meter la llave en la cerradura del coche, las lágrimas bañaban su cara, silentes y tibias. Necesitaba ver a Íñigo, necesitaba refugiarse en sus brazos. Lo llamó por teléfono.

—Íñigo, por favor, cuando puedas ven a casa; tengo que contarte algo que no puedo entender y me está matando.

—Enseguida voy, tranquila, casi no hay nadie y creo que en quince minutos podré cerrar, me tienes en ascuas.

Ágara llegó al caserío con un ataque de ansiedad. Si la información de la madre abadesa era cierta, su vida y la de sus antepasados eran víctimas de una carambola del destino que posiblemente unía a las dos familias y justificaba el hecho de que el caserío estuviese hoy en sus manos. Seguía sin entender el alcance de las últimas pesquisas y miles de ideas y cabos sueltos se agolpaban en su cabeza tratando de poner orden y encontrar sentido a todo lo que estaba descubriendo a su alrededor.

La casa le pareció fría y hostil por un momento, algo en contraste con el precioso y soleado día con el que se había despertado.

Decidió encender la chimenea y prepararse un café caliente. El frío de su alma era aún más intenso que el de la casona al caer la tarde. Miraba a su entorno sintiéndose ajena a todo, tenía la sensación de que los muebles y objetos antes cálidos y amigables la miraban como a una extraña, intrusa y oportunista a la que la vida había colocado en medio de todos ellos sin ser merecedora. Las manos le temblaban y las lágrimas no dejaban de brotar de sus ojos con una congoja irrefrenable. Una niña, una pobre niña alejada de su madre por el mero hecho de pertenecer a una comunidad maldita.

Una joven y seguramente preciosa madre, abandonada a su suerte, repudiada y privada de la más mínima parcela de felicidad, quién sabe a causa de qué sentimientos prohibidos.

Ni siquiera la posibilidad de volver a ver a su bebé: Ainara sola, Ainara expulsada de sí misma, Ainara condenada al olvido y con sus entrañas rotas de dolor por la pérdida. El amor de esa madre estaba resumido en solo un detalle, nimio, pero tremendamente relevante: «Por expreso deseo de la madre biológica, a la recién nacida se la bautiza con el nombre de Uxoa».

Qué miserable compensación ante tamaña pérdida. Con qué poco se conforma una madre a la que le arrancan a su hija de los brazos bajo la cínica e hipócrita promesa de que estará en mejores manos, sin que nada le falte, con una familia de bien y no con una apestada. ¿Cómo alguien se puede arrogar el derecho a decidir si una criatura estará mejor en un hogar caliente, abundante y desconocido o en el regazo de su madre, la que decidió cuidarla durante nueve meses, la que renuncia a ella para evitarle agravios y marginación? Ainara no pudo elegir, no se le permitió elegir, solo se le exigía renuncia y agradecimiento por la suerte de haber encontrado una familia dispuesta a compensar su pecado dándole al fruto de su alma una vida mejor, en un hogar extraño, pero mejor, lejos, pero protegida, y con unos padres a los que la naturaleza privó de hija propia y ahora concede el milagro de una hija ajena.

Ellos no son los culpables, harán lo mejor que puedan su nuevo papel de padres. La sociedad premia a unos mientras castiga

cruelmente a otros. Uxoa crecerá feliz, querida e ignorando su auténtica realidad mientras una madre se desgarra de tristeza quién sabe dónde.

Íñigo llegó lo antes que pudo. Al final, una jubilada había decidido leer un libro en las mesas del fondo, junto la cristalera, disfrutando del espectáculo del río con sus aguas llenas y brillantes. Íñigo se acercó para disculparse por tener que cerrar antes la biblioteca debido a una emergencia.

Cuando entró en la casa descubrió a Ágara acurrucada, junto al fuego, con un café entre las manos al que más que sostener se agarraba para sujetarse a algo que le diese fuerzas hasta que encontrase la manera de tranquilizarse y analizar con objetividad los últimos acontecimientos.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha contado la madre abadesa? ¿Por qué estás así?

—Hay una niña nacida en 1774. Su madre era una agote y deciden entregar a la niña en adopción a una familia de Pamplona.

—Bueno, y eso qué tiene que ver con lo que estamos buscando, ha tenido que haber montones de casos en esas circunstancias. En esa época los nacimientos al margen de la legalidad estaban a la orden del día. Ten en cuenta que, a pesar de la posición participativa de las mujeres en el valle, seguía siendo una sociedad patriarcal. El hombre no se hacía cargo de sus devaneos extramatrimoniales. Las mujeres tenían que cargar con las criaturas o darlas en adopción. Son famosos los tornos de los conventos en los que las madres solteras depositaban a sus niños con la esperanza de que las monjas se ocuparan de su cuidado, algo que ellas no podían hacer sobre todo por falta de medios y el rechazo social. Solo los reyes tenían bastardos a diestro y siniestro que en muchos casos eran aceptados y protegidos, aunque fuese en la distancia, ahí tienes a don Juan de Austria. Pero para eso tenían que ser hijos de un rey.

—No es eso, la niña fue bautizada con el nombre de Uxoa como única súplica de la madre, y la familia de acogida era de Pamplona y su nombre era… Iturralde. ¿Te das cuenta, Íñigo, de lo que eso significa? En casa hay una fotografía de mi hermana y yo, aún pequeñas frente a una casa antigua en Pamplona, en el anverso de

la foto está escrito «Casa Iturralde». Podría ser que los antepasados de mi madre tuvieran algo que ver con esa casa. El apellido se pudo perder después de dos siglos. Uxoa Iturralde empieza una rama familiar que tal vez llega hasta mí, pero que en origen nada tiene que ver con Pamplona y sí con este valle y casi seguro con este caserío. Por eso la leyenda de que esta casa estaba maldita y semiabandonada durante algún tiempo.

—Tranquilízate, tal vez se trate solo de una coincidencia, al parecer el nombre de Uxoa era bastante común incluso como apodo, hasta Jaime te lo corroboró cuando habló con su madre. Estamos hablando de hace más de dos siglos y es difícil indagar en tu árbol genealógico en un periodo tan largo. Tal vez los Iturralde adoptaron esa niña, pero pudieron tener más hijos. No sería el primer caso de que, tras una adopción y la felicidad de tener una criatura, fuesen posibles embarazos que hasta el momento se resistían. Solo hay una manera de saberlo y es tratar de buscar en Pamplona la historia de tus antepasados. ¿Estás segura de que entre las cosas de tus padres no hay ningún documento o algo que nos pudiera acercar al origen de tu familia materna?, no sé, alguna carta o más fotografías antiguas, en todas las casas siempre hay un álbum o una caja de fotos familiares. Podemos viajar a Madrid y averiguar si hay algo. ¿Quieres?

—Gracias, no sabes cómo me tranquiliza tenerte a mi lado, imagínate el impacto de saber que detrás de una historia de renuncia y soledad está el origen de mi familia y la razón de que este caserío haya pasado de unas manos que lo amaban y cuidaban a las de mis antepasados y no precisamente de forma natural y tranquila, sino tal vez traumática y con una parte oscura que me haría culpable de estar aquí disfrutando de sus piedras y sus prados. Necesito saber si alguien arrebató Uxoa a quienes deberían haber seguido habitando sus rincones y llenándolos de vida, como antes habían hecho tantas generaciones en paz y armonía.

—Lo que no tiene sentido es que tus antepasados se hiciesen con la heredad si realmente había una ruptura con los habitantes originales de Uxoa. ¿Sería tal vez alguien de este caserío, el padre desconocido de esa niña? ¿Por qué el empeño de la madre en

ponerle un nombre tan directamente relacionado con esta casa? Tal vez el padre, que por supuesto no era agote y sí uno de los habitantes del valle, y seguramente de una familia de prestigio, no tenía intención de reconocer a la criatura. Eso no excluye a todos los demás varones, que en esa época serían unos cuantos en todo el vecindario. No veo ninguna relación entre la adopción y el hecho de que este caserío llegase a las manos de vuestra familia, por lo que sabemos estaba prácticamente abandonado y seguramente lo compraron por una cantidad bastante inferior a su valor.

—Sí, Íñigo, pero creo que de momento podemos tener dos certezas: la niña tal vez fue adoptada por mis antepasados y ellos compraron este caserío cuyo nombre coincidía con el de su hija adoptiva. Eso es todo lo que tenemos, además de que los antepasados de Jaime, nuestro peregrino, tienen el mismo apellido que los antiguos dueños de Uxoa, eso no es una casualidad en absoluto. También hay algo que pudiera tener relación, el hijo de Uxoa se embarca ese mismo año en un día tan extraño como la víspera de Reyes, ¿no te parece mucha coincidencia? Solo quiero saber si hay algún vínculo entre las dos familias y si es Ainara, la madre agote, el lazo que lo uniría todo. Creo que tenemos mucho trabajo por delante en Pamplona y en Madrid, te confieso que no tengo ningunas ganas de volver a mi antigua casa, estará llena de recuerdos, pero sí quiero saber la verdad, y ahora lo necesito más que nunca, tendré que enfrentarme a ella de una vez por todas, gracias, cariño, te quiero.

Cádiz

20 de febrero de 1774

Mi amada Ainara: ya por fin en Cádiz, disfrutando de la hospitalidad de mis tíos. No puedes imaginar lo duro y arriesgado del viaje, pensé en más de una ocasión si tal vez debí haber luchado por nosotros y no embarcarme en una aventura con final desconocido, además de correr el riesgo de perderte. Esta ciudad es maravillosa y muy abierta y distinta a nuestros pueblos. La gente es alegre, se ríen por todo y hay música y canciones por todas partes. Mi tío se prendó de una gaditana y es muy feliz aquí sin tantos condicionamientos sociales. Ya sé que nuestra vida en el valle es muy dura y tal vez por ello la gente sea más seria e introvertida. Aquí tú y yo podríamos vivir felices, disfrutando nuestro amor sin que nadie nos lo impidiera. Mi tío me dice que me quede a trabajar con él, pero yo quiero buscar un lugar en el Nuevo Mundo, para ti, para mí y para nuestros hijos, creciendo en libertad y sin que ello suponga deshonra para mi familia. Yo la sigo queriendo a pesar de lo que nos ha hecho y me acuerdo mucho de mis padres y hermana, a la que supongo muy triste sin mi apoyo constante, pero ellos no han querido luchar a nuestro lado. Yo sé que si te conocieran se enamorarían de ti como yo lo estoy desde el primer día que te vi. Esta ciudad está llena de luz, de sol y de vida. Sé que te encantaría y espero algún día viajar contigo para que la conozcas. Mis pensamientos siguen estando a tu lado

y no hay un minuto en el que no sueñe con volver a mirarme en tus ojos y poder abrazarte de nuevo. Aún recuerdo nuestro último encuentro, estabas más bonita que nunca y con un nuevo brillo en la mirada, eso es porque sabes que algún día volveremos a estar juntos, te lo prometo. En un par de días partiré con destino a Perú y no descansaré hasta que puedas reunirte conmigo en las Américas. Confía en mí y no me olvides nunca. Hoy intentaré descansar por primera vez en muchos días y será tu imagen la que me acompañe en mis sueños. Te amo siempre.

Tuyo,
Asier

Esta carta era la primera que Ainara había recibido de su amado. No habría semana en la que Ainara no recibiría, a través del párroco de la iglesia, única persona capaz de apiadarse de ella, cartas de Asier.

El viaje largo y complicado a través de distintas comarcas y paisajes le había obligado a sortear muchas dificultades. Al mal estado de los caminos por las frecuentes lluvias y el hielo en mitad del duro invierno, había que añadir lo que suponía para un joven campesino, que apenas había salido de su idílica comarca, bregar con la picaresca de los dueños de fondas y coches de tiro hasta llegar a Cádiz, su destino final en la península. Era frecuente el abuso que los maleantes y maleados personajes desperdigados por todo el camino ejercían sobre alguien claramente novato en andanzas y con vestimenta de buen paño. En más de una ocasión tuvo que echar mano de los dineros ocultos en sus ropas, con el fin de acomodarse en los primeros tiempos en Lima, para compensar precios abusivos y algún que otro hurto por parte de rateros de poca monta. A su llegada a Sevilla, a duras penas le quedaba lo necesario para la larga travesía que tenía por delante y pedía a Dios que alguien, en el Nuevo Mundo, le ayudase a encontrar una forma de subsistencia digna. Estaba dispuesto a trabajar de lo que hiciera falta para salir adelante y poder llevar a Ainara consigo. La idea de

volver a reunirse con ella y la rabia contenida por una situación terriblemente injusta le daban ímpetu y fuerza para seguir luchando.

A su llegada a Cádiz, por fin pudo encontrar un rostro amigo en la figura de su tío paterno. Manuel estaba al tanto de la llegada de su sobrino, aunque desconocía los pormenores de su improvisado viaje.

Su tío vio inmediatamente, además de su lamentable aspecto, el pesar que atenazaba el corazón del chico, lejos de los demás mozos emigrantes que llegaban a Cádiz con la emoción y las ansias de aventura reflejadas en el rostro. No era ese el caso de Asier. Manuel apenas conocía a su sobrino, pero tenía de él las mejores referencias, por eso al instante fue consciente de que algo tenía el muchacho en su corazón que le hacía estar cabizbajo y triste sin apenas emitir palabra. Manuel no quería entrar en averiguaciones que no le correspondían, pero intentaba que, por lo menos hasta el momento del embarque, Asier pudiese disfrutar de la bella ciudad gaditana, sus murallas, su buen pescado y la alegría de sus gentes y su música.

—Mira, sobrino, estas murallas protegían la ciudad de los múltiples ataques de los ingleses empezando por el famoso pirata Drake, que con la patente de corso de la reina de Inglaterra atacaba una y otra vez la capital para hacerse con el botín de las riquezas llegadas de las Américas. En una ocasión prendió fuego a la ciudad, pero cuenta la leyenda que los ingleses empezaron a beber con tal fruición los caldos de la tierra que, borrachos como cubas, fueron expulsados por los gaditanos. La ciudad es inexpugnable y nunca se entregó al enemigo. La antigua Gadir es una ciudad fundada por los fenicios y es posiblemente la más antigua del continente, dicen que del siglo XI o XII antes de Cristo. Además de fenicios, fue también tierra de cartagineses y romanos, que le cambiaron el nombre por Gades, y por supuesto, árabes, durante la dominación de casi ocho siglos. Sus bellas casas tienen la caoba de Cuba y Perú y sus torres en las azoteas permiten a los comerciantes divisar la llegada de sus barcos.

El amor de Manuel por su ciudad de acogida se reflejaba en cada gesto o comentario.

—Como ves, es una ciudad única, tanto es así que yo llegué para embarcar y me quedé a vivir aquí. Bueno, también una gaditana de ojos pardos tuvo la culpa. Me gustaría que disfrutases de nuestra hospitalidad más tiempo. No sé cuál es el motivo de tu viaje a Lima, dejando una tierra y herencia ricas y abundantes, pero leo en tus ojos que no ha sido totalmente voluntaria tu salida. Solo quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que quieras y, ahora, ¡anima esa cara!, que vamos a degustar un caldo de los buenos de esta tierra bendecida por los dioses y con todos los vientos a favor. Probarás un vino blanco y fresco del Puerto de Santa María, una localidad cercana que junto con Jerez y Sanlúcar tiene las mejores bodegas.

—Gracias, tío Manuel, no sabe usted cómo agradezco su cordial bienvenida, ha sido un viaje duro y lleno de sobresaltos. Hay que estar muy entrenado para moverse con soltura por nuestras tierras y lo que está claro es que la miseria que no conocemos en Baztán obliga a muchos a recorrer caminos equivocados tratando de conseguir algo que llevarse a la boca. Estoy verdaderamente admirado de la belleza de España y especialmente de este sur. Desde Sevilla con su puerto en el río lleno de gentes, su catedral y su preciosa giralda, hasta esta península gaditana que te deslumbra con su luz en mitad de un océano de plata. Qué poco tienen que ver sus casas señoriales con nuestros caseríos de piedra tan sólidos, pero también tan austeros, por no hablar del carácter de sus gentes siempre alegres y comunicativas, al revés que los habitantes de nuestro precioso valle tan parcos en palabras y tímidos, viviendo siempre de puertas para adentro, cuidando del ganado y trabajando los campos sin descanso.

»Qué distinta debe ser la vida con tanta luz y libertad, y seguramente sin tantos prejuicios sociales. Me da la sensación de que aquí todo el mundo es bien recibido y encuentra su sitio. Es evidente que esta tierra no tiene miedo de los extraños, ya sean de piel o acento, sino que por el contrario acoge a todo el mundo por igual. Qué fáciles podrían ser las cosas en el valle si los baztaneses tuviésemos ese espíritu. Pero, tío, le estoy aburriendo con mis

consideraciones, le agradezco la idea de probar un buen vino de la tierra, tal vez así pueda levantar el ánimo.

—Vamos a ello, sobrino, pero, por favor, no me trates de usted, somos parientes y además me haces más viejo. —La coquetería de su tío hizo sonreír a Asier por primera vez en muchos días.

Tío y sobrino disfrutaron de una cordial velada en la que el relato de los acontecimientos del valle por parte de Asier alimentaba la sed nostálgica de quien ama su tierra, aunque haya encontrado la felicidad lejos de ella. La jornada transcurrió emocionante y amena. Asier estaba realmente agotado después de tan largo recorrido, pero agradeció el afecto y entusiasmo de Manuel, en quien el reencuentro con su joven sobrino había reverdecido recuerdos y añoranzas de sus tierras navarras.

Cádiz era un hervidero de gentes. Se consideraba el puerto más importante de su época en el continente. La llegada y salida de más de mil barcos anuales la convertía en destino codiciado de comerciantes y banqueros venidos de Francia, Italia y Países Bajos.

El dinero corría abundantemente por sus venas y eso se notaba en la proliferación de cafés y tabernas abarrotados en los que los distintos gremios y clases sociales se reunían para debatir, comerciar o simplemente disfrutar de buenas compañías regadas con los vinos brillantes y dorados de la zona.

Asier estaba asombrado por el enorme contraste de su vida en Baztán en comparación con ese ajetreo de aventureros, burgueses y gentes de todo origen y catadura. Era sin duda la ciudad más cosmopolita de Europa y su vitalidad y diversidad se derramaban por el interior de sus murallas protectoras, a punto de desbordarse. Su morfología de pequeña península unida a tierra firme por un estrecho brazo de mar hacía aún más difícil su dispersión y crecimiento.

—Mira, sobrino, estas casas con doble puerta y fachada en mármoles y caobas son de los comerciantes que han hecho fortuna con las Américas. Esta ciudad es el puerto obligado de entrada y salida de todas las mercancías. Hasta esta dársena llegan naves cargadas de azúcar, tabaco, cacao, café, especias, cochinilla y añil. Sin contar los cargamentos de estaño, cobre y caudales como oro y

plata de las minas del Potosí, en Perú, el país al que tú vas buscando fortuna.

»Tenemos tres teatros incluyendo el de la ópera. La cultura es muy importante aquí y los intelectuales se codean con los comerciantes haciendo mecenazgo para crear centros de entretenimiento y arte. La maravillosa catedral empezada en este siglo quieren que sea una de las más hermosas de España. Los Borbones han dado un gran impulso a esta ciudad privilegiada y la Armada Real tiene en la Carraca los astilleros en los que se reparan y construyen los barcos de la escuadra real. Como ves, todo lo que hay de magnífico en nuestros días puedes hallarlo aquí en Cádiz con gran envidia de las otras capitales de Europa. Desde este puerto salen para el Nuevo Mundo paños de Flandes y vinos y aceite de nuestra tierra andaluza.

»Quiero enseñarte una de las maravillas de esta ciudad tocada por los dioses. Daremos un paseo antes de llegar a casa, supongo que estarás muy cansado, pero quiero que veas cómo América ha echado sus raíces en esta tierra, y nunca mejor ejemplo, a través de su vegetación traída y plantada en nuestros jardines. Podrás contemplar dragos, ombúes, jacarandás y ficus inmensos, todas ellas, especies traídas de las Indias al igual que su música, que ya se ha mixturado con nuestros ritmos y cadencias del sur. Estiraremos un poco las piernas y después iremos a mi casa, he dispuesto todo para que los días que tengas que pasar con nosotros antes de embarcar puedas disfrutar de la comodidad y hospitalidad que te ha faltado desde hace tiempo. Conocerás a mi esposa, Elvira, y a mis hijas, aún adolescentes, pero apuntando ya con su belleza y distinción a ser unas preciosas y solicitadas damitas casaderas.

La casa de Manuel era bellísima, en plena plaza de la Candelaria. Su estilo barroco le daba un aire señorial y sus balcones de hierro asomados a la plaza prometían un suave frescor en las noches y despertares, acariciados por el arrullo de las aves en los muchos árboles cercanos, al asomarse la mañana. Asier se quedó maravillado de los materiales luminosos que adornaban la construcción en el interior de la gran casa, como mármoles y mosaicos. Una gran escalinata presidía la planta baja que albergaba

el patio interior flanqueado por pilistras, las bellas macetas de cintas verdes y brillantes típicas de las casas del sur. La montera de cristal permitía la entrada de la luz filtrada al recinto, suavizando la atmósfera y evitando el calor y exceso de luminosidad tan frecuente en las azoteas blancas, receptoras de los más fieros y refractantes rayos de sol. Asier se quedó admirado del enorme contraste entre esa lujosa calidad de vida en comparación con su sobrio y compacto caserío. Dos mundos no tan lejanos y sin embargo tan distantes.

Elvira estaba avisada de la llegada de su esposo y sobrino y acudió solícita para ofrecer a Asier su hospitalidad y arrancarle la promesa de que cualquier cosa que necesitase le fuera comunicada sin recato. Realmente era una mujer preciosa, no le extrañaba que su tío hubiera quedado prendado solo con mirarla. Desprendía una enorme calidez y su sonrisa brillaba mostrando la blancura de sus dientes en liza con la del luminoso mármol que se encontraba por doquier.

Asier agradeció el ofrecimiento intentando disimular su cansancio y la tristeza que de pronto le había invadido, al recordar el rostro de la mujer que hubiera deseado a su lado. La envidia sana que el matrimonio de su tío le despertaba acrecentaba en él la idea de hasta qué punto Manuel había sido enormemente valiente para soltar amarras con su tierra y luchar por una vida sin prejuicios y una mujer que le colmaba de dicha y a la que no habría podido llevar al valle.

El padre de Elvira era un banquero que enseguida había descubierto en su futuro yerno la mente despierta que, unida a su capacidad de trabajo y honestidad, le convertían en el hijo que él no había tenido y tanto necesitaba para la continuidad del negocio familiar. A ello se unía su religiosidad y amor incondicional hacia Elvira, lo que le convertía en un marido, amante y fiel, capaz de hacer feliz y cuidar a su única y adorada hija.

—Bienvenido, Asier, a esta tu casa. No sabes lo feliz que estoy de tener a un sobrino de Manuel entre nosotros, y aún más tu tío. He de decirte que desde que tuvo conocimiento de tu llegada no ha parado de organizar todo para agasajarte. Ha estado tan nervioso y contento que yo más bien creía que su única intención era

convencerte de que te quedaras a vivir en Cádiz, como él. Como sabes, tenemos dos hijas y mi marido echa de menos la ayuda de un varón en el que legar el futuro de nuestra fortuna. Pero ya te estoy privando de un merecido descanso. Si te parece te acompaño a tu habitación para que te refresques y acomodes tus cosas. Un buen baño te vendrá bien y podemos reunirnos de nuevo a las diez, para cenar algo ligero antes de acostarte, así podrás conocer a nuestras hijas, que están en las monjas haciendo estudios de enfermería. Quieren tener una vida propia y no depender solo de su marido. Han salido rebeldes como su padre —Elvira sonreía con admiración y ternura al pronunciar estas palabras—, y yo las aplaudo. Ven, que te acompaño a tu dormitorio.

—Muchas gracias, Elvira, ahora entiendo por qué mi tío no solo no embarcó, sino que nunca pensó en regresar a Navarra, es muy difícil renunciar a una mujer tan cálida y bella como usted. No quiero servir de estorbo, pondré mis cosas en orden, aunque la mayoría están para recibir una buena paliza de jabón y agua. Me aseará y tumbaré un rato y con mucho gusto bajaré a compartir con ustedes y sus hijas la velada. Es una casa preciosa y acogedora que te hace pensar que el mundo ahí fuera es un lugar hermoso y seguro para que un hogar así sea posible.

Asier se instaló en su acogedor cuarto con balcones a la plaza. Ya casi había oscurecido en el exterior, aunque una tímida luz aún se filtraba por los visillos. Sí, realmente ese era un hogar lleno de amor y armonía, el que él soñaba poder tener algún día junto a Ainara. Esos eran sus pensamientos, que apenas duraron unos segundos, ya que el sueño nubló su mente en cuanto se recostó en la mullida cama. Una bandeja con jazmines embriagaba con su aroma la estancia. Estaba realmente agotado.

Los golpes discretos en la puerta despertaron a Asier de un profundo sueño en el que la imagen de Ainara, y sus encuentros en la pequeña borda del bosque, eran recurrentes una y otra vez.

—Asier, perdona que te moleste, solo quería decirte que en unos minutos bajaremos a cenar.

La cálida voz de Elvira le había rescatado de sus ensoñaciones. El tiempo había volado y el cansancio le pesaba aún. Hizo un esfuerzo

por incorporarse, tendría que adecentarse un poco si no quería causar mala impresión y faltar al respeto a sus anfitriones.

—Gracias, Elvira, enseguida me reuniré con ustedes, me he quedado profundamente dormido.

—No te preocupes, tómate tu tiempo, te esperamos en el comedor.

Asier se miró en el espejo y tuvo la sensación de estar ante un total desconocido, tal era el cambio que su aspecto y ánimo habían experimentado desde su salida de Uxoa. No quería dar muestras de preocupación o ingratitud a sus tíos y, por supuesto, jamás desvelaría la causa principal de su viaje a Perú, eran cuestiones familiares muy personales y en ningún caso quería poner a su tío Manuel en la disyuntiva de tomar partido. Sí estaba seguro de que para él sería más fácil entender su situación, dado el carácter valiente que había demostrado tener anteponiendo su amor por Elvira a cualquier otra consideración, pero prefería disfrutar de su hospitalidad ante la incierta aventura que le esperaba al otro lado del océano.

Manuel acudió solícito a recibir a su sobrino. Las damas ya estaban sentadas en torno a la mesa y era fácil reconocer la cara de embeleso de sus primas al descubrir la gallardía y atractivo que su primo desplegaba con su sola presencia.

—Querido sobrino, te presento a tus primas, Clara y Elvira, como ves son dos criaturas preciosas y espero que no te agobien con su curiosidad. Tener un primo del valle en casa es para nosotros un acontecimiento, no siempre hay novedades que animen la vida social de una ciudad cosmopolita, pero algo cerrada en sus costumbres y relaciones sociales. Aquí las jóvenes casaderas solo pueden aspirar a encontrar un buen marido posicionado y solícito, mientras ellas ven pasar ante sus ojos a jóvenes llenos de vida e ilusiones que se embarcan con destinos que estarían deseosas también de descubrir.

—Padre, no ponga tantos paños calientes. La realidad es que es un sociedad muy taimada y en la que solo las clases humildes gozan de libertad, eso sí, a cambio de pasar penalidades y tener que trabajar día y noche para alimentar a los hijos. Pero no quiero que nuestro primo se lleve una impresión equivocada de las jóvenes

gaditanas. Muchas tratamos de encontrar un espacio propio, aunque eso signifique sentir el rechazo de las familias más tradicionales y la posibilidad, nada desdeñable, de quedarnos para vestir santos.

Elvira, la mayor de las primas, mostraba un carácter rebelde y determinado no exento de dulzura. Sus ojos del color de las olivas brillaban de pasión en defensa de una forma de vida más allá de la casapuerta y las rejas de los balcones. Era morena, de piel canela. Vestía con sencillez y recogía su pelo con una lazada sobre la nuca que dejaba escapar algún que otro mechón travieso. Asier pensó que no sería fácil conquistarla, pero sí admirarla y amarla.

Lástima que su corazón ya estuviese ocupado para el resto de su vida. Clara, la pequeña, sonreía mirando a su hermana con auténtica devoción.

Era evidente que Elvira era su modelo a seguir, sin duda alguna, un buen modelo.

La cena transcurrió con cordialidad y la mesa se vio repleta de manjares exquisitos, como langostinos de Sanlúcar, cañaíllas de la bahía, jamón ibérico de los cerdos de las dehesas andaluzas y un delicioso pudin de pescado, todo ello regado con los caldos de la zona. Asier se asombraba del nivel de sibaritismo y riqueza de sabores del que las familias gaditanas de buena posición disfrutaban.

La velada se cerró con un Pedro Ximénez, con el que brindaron llenos de buenos deseos para todos, y especialmente para la aventura que en breve le llevaría al otro lado del mundo. No faltaron los piononos, los dulces típicos gaditanos. Tras agradecer a los anfitriones la estupenda velada, Asier se retiró a su habitación pidiendo disculpas por el cansancio que ya apenas podía disimular.

Manuel deseó a su sobrino un descanso merecido con la promesa de que al día siguiente continuarían con la visita turística a Cádiz y a las dependencias del negocio familiar situado en una céntrica plaza de la Tacita de Plata, como era conocida popularmente Cádiz por el resplandor de su luz, potenciado por un mar que la abrazaba e iluminaba como un buen amante.

Al llegar a su habitación, Asier abrió de par en par el balcón, necesitaba respirar y dejarse acariciar por la noche fresca y llena de

aromas que inundaban cada rincón de esa ciudad mágica y única. No pudo evitar la emoción al recordar en qué tristes circunstancias había dejado su valle y sobre todo pensando en Ainara y cómo estaría viviendo, sola y con un ambiente hostil, la separación de su amado. En un escritorio de caoba con una pequeña superficie de piel color burdeos, pudo encontrar papel, tinta y pluma y decidió escribir su primera carta de amor de las muchas que escribiría a lo largo de los siguientes meses.

Los días pasaron velozmente en el hogar de la familia que, momentáneamente, había devuelto a Asier un poco de ánimo y un aspecto bastante mejor que el que presentaba tras el largo camino a su llegada a Cádiz.

Finalmente, el día de la partida había llegado. Se despidió de sus tíos agradeciéndoles la hospitalidad y prometiendo noticias de su viaje y situación en el nuevo continente. Los ojos de Elvira se humedecieron con la partida de su primo. Sin lugar a dudas era un hombre del que resultaba difícil no sentirse atraída, y su discreción y seriedad, tan alejados de los comportamientos habituales de los jóvenes partidos gaditanos, habían despertado en la bella joven una especial admiración por lo que ella intuía era habitual en el carácter navarro, parte del cual corría por sus venas.

El barco zarpó a primera hora de la mañana. El cielo estaba limpio como un bello sueño, aunque una suave bruma restaba visibilidad al horizonte. La mar estaba tranquila y nada hacía presagiar dificultades en la travesía. Serían unos días en el limbo del tiempo en los que Asier podría entregarse a la lectura, su refugio y vía de escape en la soledad de sus días. Sentía que leer era como asomarse al otro lado de la vida, esa vida generalmente inalcanzable para la mayoría. Ocuparía su tiempo con la escritura de cartas a Ainara, siempre en el recuerdo, y también en ocasiones contarles a sus padres de su acogedora estancia en la casa familiar gaditana. No les guardaba rencor, sabía que detrás de su negativa a aceptar su relación con Ainara había un deseo de protegerlos a ellos y su posible descendencia, más allá de las férreas costumbres del valle.

Su imaginación le llevaba a considerar su aventura americana como una fuente, tanto de tribulaciones como, en el mejor de los casos, solución a sus problemas y la posibilidad de volver a tener a su amada junto a él.

Los días en alta mar se hicieron emocionantes al principio, tediosos más tarde y se convirtieron en costumbre en la última etapa. El pasaje era de lo más variopinto, en su mayoría gente humilde en busca de oportunidades para alejar la miseria. Estos últimos ocupaban el vientre de la nave, debajo de los alcázares, justo encima de las bodegas. Eran grandes espacios con hamacas colgantes como únicos lechos y algún que otro camastro desvencijado, en caso de enfermedad.

En la zona inmediatamente superior se ubicaban camarotes modestos, pero algo más acogedores, en ellos se instalaban parejas jóvenes recién casadas, comerciantes y algún que otro buscavidas.

Solo unos cuantos privilegiados, así como el capitán y los oficiales, disfrutaban de buenos camarotes en proa. Asier se acostumbró pronto a la incomodidad del barco, estaba habituado a trabajar duro, aunque disfrutaba de un buen caserío, buenos paños y mejor comida.

La alimentación a bordo era escasa en prevención a algún contratiempo habitual en travesías de más de setenta días, como falta de viento, alguna tormenta típica del océano y más en esas fechas, o alguna necesidad urgente de tocar algún puerto intermedio buscando solución a contratiempos de gravedad.

Las vituallas se componían de huevos, pescado, aceite de oliva, aceitunas, cecina, carnes y vino, cuyo excedente al llegar a puerto se vendía. En el navío trabajaba todo un contingente de gente de los más diversos oficios: grumetes, marineros, cocineros, carpinteros, médicos, sin contar el elevado número de polizones que convertían una tripulación de más de sesenta en casi cien. No había que presentar un gran historial para enrolarse en una travesía y era lugar propicio para menesterosos y gentes con necesidad de poner pies en polvorosa por alguna deuda pendiente, ya fuera de dinero o con la justicia. El comercio era uno de los objetivos principales en la carrera de Indias y la gente veía posibilidades de enriquecimiento rápido,

aunque el contrabando generaba bastantes más ganancias que el comercio legal.

Durante los más de dos meses que Asier tardó en divisar tierras americanas se sucedieron toda clase de tribulaciones a bordo. Era una larga travesía y los peligros acechaban constantemente, sin previo aviso en muchos casos. El enemigo no siempre tenía rostro humano, se presentaba en forma de barcos piratas dispuestos a asaltar el botín al más mínimo descuido, o elementos naturales, desde tormentas con olas capaces de levantar muros de agua frente al mascarón de proa, hasta la rotura de algún mástil a causa de vientos que de pronto rugían en medio del océano y a los que parecía imposible sobrevivir.

Asier se admiraba de la pericia de la tripulación para luchar contra las dificultades. Era una vida que nunca elegiría para sí, mucho más dura que ninguna de las que había conocido. En muchos casos el hambre y la desesperación eran la causa del enrolamiento en un barco, pero había marineros y oficiales que amaban ese oficio más que a su vida y jamás podrían soportar una existencia sedentaria y cómoda en tierra firme.

Durante los días, que avanzaban lenta y tediosamente, pudo entablar amistad con algún pasajero que al igual que él viajaba en busca de nuevas oportunidades. Le ofrecieron apoyo en caso de que no encontrara a nadie para guiarle en su nuevo destino. Eran conocidos los centros regionales que en las nuevas ciudades congregaban a viajeros de la misma comarca y en los que siempre se podía encontrar a algún paisano que proveyese de empleo e incluso, en caso de necesidad, acogida en sus hogares. Asier no tenía miedo, estaba seguro de que con su experiencia y buena disposición para el trabajo no tardaría en ubicarse. También las iglesias, las cofradías y hermandades eran lugar de refugio para los navarros, muy creyentes, que buscaban orientación.

Su idea era desarrollar sus conocimientos en agricultura en alguna zona propicia para los cultivos del valle. Se haría traer semillas y plantas que garantizasen la calidad de los productos navarros. Le habían hablado de grandes extensiones de terreno sin cultivar y de una ciudad muy española dedicada eminentemente a la agricultura

llamada Trujillo, se supone que en honor a la ciudad homónima de los extremeños descubridores de dichas tierras.

La llegada a Lima llenó de asombro a los viajeros. Tras tantos días de travesía dura y peligrosa, la visión del puerto del Callao en la ciudad fundada por Pizarro con apenas setenta hombres era espectacular. Lima era la ciudad más importante del continente. En aquellos finales del siglo XVIII contaba con una población censada de sesenta mil habitantes, aunque la falta de empadronamientos hacía suponer casi el doble de gentes entre indígenas, españoles, mestizos, mulatos, cuarterones, chinos…

El español se mezclaba con el guaraní, el quechua o el aimara. El virreinato de Perú era el centro comercial del continente, especialmente rico gracias a las minas de Potosí de oro, plata y cobre. A pesar de sus murallas y la estricta vigilancia por parte de la Corona española, que imponía a dichos metales el llamado quinto real, así como la alcabala por compra y venta y las derramas o donativos para cubrir las necesidades de la Corona, el contrabando estaba a la orden del día por parte de holandeses, franceses e ingleses.

Asier sabía que los españoles habían introducido la agricultura utilizando la mano de obra indígena, especialmente hábil para el trabajo en el campo y los cultivos. El trigo, la cebada, lentejas, garbanzos, lechugas, zanahorias, apio, espárragos, plátanos, limones y naranjas eran algunos de los productos traídos de España que estaban expandiéndose y haciendo rico a más de un emigrante.

Perú era a su vez la ciudad que albergaba la universidad más antigua del Nuevo Mundo, la Real y Pontificia Universidad Mayor de San Marcos, fundada en 1551 por la Real Cédula firmada por el rey Carlos V. También contaba ya con periódicos como *La Gaceta de Lima*. Las noticias de la península llegaban con cierto retraso, pero la correspondencia particular mantenía en contacto a las familias con sus haciendas de origen y familiares.

Sus monumentos eran de una riqueza arquitectónica en la que se mezclaban el barroco con el churrigueresco. La pintura, casi siempre con motivos religiosos, tenía una gran influencia italiana. Las casas

eran amplias y lujosas, de estilo andaluz con zaguán abierto, dos plantas y ricos balcones y celosías que daban a las fachadas un aire señorial y distinto. Las familias nobles se hacían traer mobiliario y vajillas de Europa y las damas ricas vestían a la última moda en las múltiples oportunidades que la sociedad limeña buscaba esparcimiento.

La abundancia de caoba facilitaba trabajos y filigranas en madera que despertaban el asombro de los visitantes del viejo continente. Eran famosos sus balcones de madera tallada. La cultura y enseñanza fomentada por los jesuitas antes de su expulsión en 1768 había dejado huella. Todas estas maravillas y muchas más fueron las que pronto descubriría Asier a su llegada a Lima, la ciudad más rica y sorprendente de América.

La emoción nubló su mirada. La arboleda de mástiles en el puerto del Callao le hizo presagiar fortuna y junto a ella la libertad de ser y de amar. Solo dependía de su juventud y arrojo y no tenía dudas respecto a su capacidad de crear sueños, lejos de Uxoa, en tierras remotas y llenas de peligros, pero también de oportunidades.

Asier García Elizalde dejaría su impronta en la que sería su nueva patria, haría sentirse orgullosos a sus padres, hermana y amigos. Dependería solo de sí mismo para escribir su historia y en esa historia solo una persona sería necesaria a su lado para darle aliento y luz en los días oscuros: Ainara, su bella y dulce Ainara, y haría todo lo que estuviera en su mano para recuperarla y darle el lugar merecido. Lejos de miradas aviesas y prejuicios capaces de afirmar que un ser humano es inferior a otro por el mero hecho de ser distinto, otorgando a alguien potestad y derecho a marginarlo. En esta tierra construirían su casa y nacerían sus hijos, orgullosos de tener una madre sabia y un padre digno, que un día decidieron amarse por encima de las dificultades y las limitaciones del tiempo y la distancia. Lima sería su nueva Uxoa y Perú su tierra prometida y de acogida, y él sabría agradecérselo de por vida.

Madrid

2021

Ágara e Íñigo viajaron a la capital. Había muchas preguntas aún por contestar, pero ya tenían algunos cabos consistentes para desarrollar la historia. No había vuelto al piso familiar desde su huida tras la muerte de su querida hermana Ainoa en plena pandemia a principio del año 2020. Sabía que abrir esa puerta y volver a recorrer las habitaciones, sintiendo su ausencia, sería una experiencia dolorosa y aún no tenía claro si estaba preparada para ello. Tener a Íñigo a su lado era lo único que le permitía controlar sus emociones.

Los últimos descubrimientos sobre la pequeña, dada en adopción a sus posibles antepasados, la mantenían inmersa en un limbo confuso del que no sabía cómo salir. Era cierto que el apellido Iturralde no era tan difícil de encontrar en Navarra, pero había una serie de casualidades que no se podían ignorar: el nombre de Uxoa, el apellido de Jaime y, ahora era capaz de asociarlo, la salida del heredero de Uxoa en enero, un mes no muy propicio para navegar, con destino a Perú, dejando la heredad en manos de sus padres y hermana. Había algo que atormentaba su cabeza constantemente. Jaime era descendiente de la familia García Elizalde, seguramente de Asier, el heredero embarcado con destino al puerto peruano del Callao, y, por tanto, tenía legítimo derecho sobre el caserío y sus tierras, salvo que tras la salida de Asier alguien hubiese decidido vender el caserío a la familia de Pamplona, ¿pero quién?, y ¿por qué

algo tan inusual entre los habitantes del valle? Esta y otras respuestas necesitaban ser contestadas para que el caserío de piedra que ya tanto amaba y formaba parte de ella misma le perteneciese sin que historias oscuras, de dolor y misterio, empañasen sus muros y enturbiasen su atmósfera.

El viaje transcurrió lento en medio de fuertes nevadas. Al llegar a Madrid descubrió un ciudad extraña y fría con la que no se identificaba. Los recuerdos se agolpaban en su memoria, tantos años recorriendo sus calles feliz y tranquila, con una familia maravillosa… Los paseos por el Retiro o la Castellana, con sus padres y Ainoa siempre cuidándola y protegiéndola como un tesoro… Los árboles perdían sus hojas en otoño y los inviernos eran duros hasta el punto de tener que ir al colegio, situado en pleno corazón de Chamberí, pertrechada de guantes, bufanda y pasamontañas. Entonces el frío no hacia mella en su espíritu. Madrid era una ciudad bonita y acogedora en la que nadie se sentía extraño. Y al llegar a su casa, la templada temperatura y el afecto familiar anulaban cualquier atisbo de soledad y tristeza. Era un niña con mucha suerte. Su infancia había sido descaradamente feliz en comparación con la de otros niños y jamás habría presagiado el vacío y la desolación en que tantas pérdidas la sumirían con el paso de los años. No, Madrid ya no era una ciudad cálida y acogedora, al menos para ella. No compraría castañas asadas para calentarse las manos a su vuelta del colegio en la antigua calle Cisne, ni su madre la recibiría con el más tierno y envolvente abrazo nada más traspasar el umbral de la puerta. María no estaría en la cocina preparando suculentos platos y esas pequeñas sorpresas culinarias de las que tanto disfrutaban las hermanas. Se había jubilado años atrás después de una vida dedicada a cuidar y amar sin límites a la familia que la había acogido siendo aún una adolescente. Se había casado, y tenía dos hijos a los que adoraba, pero su capacidad inabordable de entrega y trabajo le permitían cuidar de las dos familias revoloteando como una paloma de una a otra con esa ligereza y facilidad que solo el amor y la inteligencia natural de aquella criatura conseguían desplegar.

Nada era como antes y solo la compañía de Íñigo paliaba un poco la sensación de vacío y soledad. El barrio seguía siendo tan íntimo y

familiar como siempre. El tiempo no había hecho mella en su arquitectura urbana y seguía desprendiendo esa sensación señorial y cotidiana de otros tiempos. La nieve arreciaba cada vez con más fuerza y empezaba a cubrir con su blancura de nubes y frío las calzadas y aceras.

Decidieron hacer algo de compra en el pequeño supermercado de la calle paralela en previsión de que la nieve siguiera desplegando sus silenciosas y blancas plumas durante el resto del día.

Ágara introdujo la llave en la puerta de su piso familiar. No era la puerta en la que, casi un año atrás, el mismo gesto había despertado un sonido doliente en la madera del portón del caserío. La casa estaba caliente y oscura. Apenas los objetos familiares podían vislumbrarse en la penumbra a la que poco a poco sus ojos se iban acostumbrando. Su casa conocida y amada. Lugar de tantas vivencias compartidas, maderas en el suelo enceradas y brillantes desprendiendo ese olor familiar y único. Cuántos recuerdos, cuántas carreras por el largo y amplio pasillo, su primer triciclo, su primer cochecito de muñecas y María, riéndose de los rayones del suelo ante el estupor de su madre y afirmando que ella lo puliría después cuantas veces hiciera falta. Era una casa de libertad en la que las niñas nunca se sentían prisioneras. La disciplina era una asignatura que sus padres matizaban con su particular criterio sobre cómo educar a un hijo, guiándolas sobre todo para ayudarlas a encontrar su propio camino. Pero el respeto y atención hacia las necesidades de cada uno marcaban sin duda una forma natural de conducta y convivencia. Siempre se preguntaba desde muy pequeña el porqué de las cosas y esa era tarea difícil para unos padres que no podían tener toda las respuestas.

«Pregunta, Ágara, pregunta —le decía su padre—, tal vez nunca encuentres las respuestas, pero tendrás un motivo más para levantarte cada día y tratar de buscarlas».

Sus padres, con una paciencia infinita, aceptaban el reto de la curiosidad constante de su hija pequeña. Por eso ahora le resultaba tan difícil recorrer las habitaciones de la casa desierta teniendo como única contestación el eco de sus pensamientos. Encendió las luces, lentamente. Íñigo esperaba con respeto y alguna distancia a que su

novia pudiese manejar sus emociones. Podía imaginar todo lo que se estaba moviendo en su interior al recuperar imágenes, objetos y rincones familiares queridos aunque heridos por los acontecimientos. Los miradores a la calle permitían la entrada de esa tenue luz que la nieve consigue imprimir en todo. Una luz de piedra, fría y algo azulada, alimentada por una luminosidad extraña que no es otra cosa que el reflejo de sí misma. La casa era preciosa y seguía conservando esa mezcla de pasado y presente que la convertía en algo fluido y vivo.

La nieve caía cada vez con más fuerza, ocultando coches y mobiliario urbano con su manto esponjoso y acogedoramente frío cuando se observaba a través de un cristal templado. Era de una belleza irrenunciable. Te aislaba del mundo, pero tú querrías seguir viviendo en ella eternamente porque te llevaba a un espacio único sin tiempo ni contornos ni amenazas.

Ágara se tragó las lágrimas y se abrazó a Íñigo. En ese instante era su anclaje, su lugar en el mundo para no desfallecer del todo. Poco a poco la casa se dejó hacer, iluminar y alimentar de voces y pasos que la noble madera se encargaba de acompasar. Llevaron a la cocina las compras y comprobaron el estado de las cosas que, abandonadas con prisa, habían quedado en la despensa. Esa escena que se repetía en la vida de Ágara en dos tiempos fue rescatándola de su nostalgia. Era otro momento, ella era seguramente otra persona y su vida había dado un giro de ciento ochenta grados, pero sobre todo no estaba sola, al menos tan sola como la última vez que había apagado las luces y dado vuelta a la llave sin tener claro su destino y si aquello era una buena idea: huir, escapar, negar. Las circunstancias le habían devuelto la necesidad de enfrentarse a sus propios fantasmas y era tiempo de hacerlo. Ya estaba preparada, aunque la motivación no fuera la necesidad en sí misma de reconocer el dolor, sino la búsqueda de otra historia mucho más antigua que también le pertenecía y que había dejado de emanar y tal vez estaría dormida en algún rincón de la casa.

Fuera, los copos seguían cayendo sin descanso. La televisión anunciaba una larga y copiosa tormenta de nieve, por lo que

recomendaba a los ciudadanos hacer acopio de víveres y primeros auxilios y solo salir en caso de necesidad.

Era como vivir en un sueño, no podían dar crédito a que, justo cuando habían decidido viajar a Madrid, la climatología los obligase a permanecer aislados y sin posibilidad, por el momento, de volver al valle. Al parecer, todo el norte de España estaba sufriendo las consecuencias del temporal, pero Madrid parecía el epicentro de una tormenta que se anunciaba como la más intensa en un siglo.

Se refugiaron en el suelo con almohadones y mantas frente a los miradores, con su primera taza de café humeante entre las manos. Sería también su primera noche juntos en la antigua casa familiar de Ágara. El espectáculo a través de los cristales era mágico. Estaban juntos, rodeados de paz y silencio y se amaban. Lo demás vendría por descontado. Pero si de algo estaba seguro Íñigo era de que con su ayuda todo sería más fácil para Ágara.

Entre los dos conseguirían que la casa les entregase generosamente sus secretos, y que alguna luz despejase las tinieblas acumuladas durante años por indiferencia y olvido.

—Cariño, gracias por estar aquí, sin ti hubiera sido muy difícil por no decir imposible todo eso. La casa está devolviéndome la imagen familiar que había olvidado y eso es gracias a tu apoyo en una búsqueda que a veces no sé si entiendes, pero que secundas con tu paciencia.

—Para mí está siendo una oportunidad única de compartir tu vida y tu pasado. —Íñigo la miraba con una inmensa ternura—. Todos tenemos alguno y a veces nos falta alguien con quien poder revisarlo hasta encontrar los colores reales que con el paso del tiempo somos incapaces de recordar. Estoy aquí, en nuestro presente, para que juntos encontremos la forma de liberar nuestro futuro.

—Eres lo mejor que me ha pasado en mi vida. —Ágara le besó tiernamente—. Ahora creo que después de este largo e intenso día nos merecemos un buen descanso. Espero que mi cama no te resulte muy fría y pequeña. Yo me encargaré de que eso no pase. Te quiero, creo que hace mucho tiempo que no te lo digo.

—Sí, por lo menos tres horas. —Íñigo se reía mientras cogía a Ágara en brazos.

La ciudad amaneció blanca y silenciosa, un Madrid fantasma. Nada era reconocible porque todo estaba escondido y borrado por la nieve que había continuado cayendo persistentemente durante toda la noche con su inocente sigilo. Todo dormía bajo la mullida frialdad de los copos. El espectáculo tenía algo de sobrecogedor. Ágara no recordaba haber visto nunca la ciudad bajo ese aspecto, ni siquiera en sueños. Realmente producía fascinación y asombro. La actividad cotidiana paralizada ante la excepcionalidad del entorno. Nada se podía hacer. Los coches estaban cubiertos y apenas esbozaban sus formas originales bajo el manto de nieve. La imagen de las carreteras y autopistas paradas y atestadas de coches atrapados era demoledora. La gente los dejaba e intentaba llegar a sus casas andando, lo cual era prácticamente imposible. En la Castellana y la Puerta de Alcalá, muchos habían sacado sus esquíes y trineos improvisando una original y urbana estación de esquí. La vida congelada convertía a algunos, los más, en prisioneros, y a otros muchos los devolvía a la niñez. Lamentablemente los árboles, algunos muy ancianos, no podían aguantar el peso de la nieve sobre sus ramas desnudas, y muchos tejados, que no estaban calculados para soportar tanto peso, se venían abajo por una carga excesiva. Las situaciones límites devolvían una vez más a los ciudadanos, ya largamente golpeados por el virus invisible, esa sensación de fragilidad e impotencia ante elementos imprevistos y para los que países desarrollados y llenos de recursos no estaban preparados.

Todo remitía una vez más a reconocer hasta qué punto tu vida, cómoda y más o menos garantizada y segura, puede cambiar en segundos dejándote desnudo, abatido y sin capacidad de reacción. Porque la respuesta ante la adversidad no se estudia en los colegios ni se ofrece en ningún máster. Es algo que aprendemos sobre la marcha cuando esta nos golpea y acorrala sin escapatoria posible. Un accidente jamás imaginado o la pérdida de un ser querido, sin el que vivir se hace difícil, cuya ausencia transforma tu paisaje conocido en algo extraño, hostil y yermo.

Un temporal de nieve inesperado puede convertir tu vida en un infierno o situarte en ese lugar mágico que solo vemos en las películas. Ante una situación tan extraordinaria, los niños, hechos de

otra materia, se sienten como pez en el agua. Para ellos lo excepcional siempre es recibido con entusiasmo. Se rompe la rutina, no hay colegio y la casa es el palacio encantado en el que siempre hay algo maravilloso que hacer, disfrutar de una tranquila merienda con los adultos, jugar sin prisa o ver en la televisión tus dibujos favoritos hasta que los mayores encuentren una solución a un problema que a ellos no les preocupa en absoluto. La nieve es mágica, no tienen frío y solo piden por favor que les dejen jugar con ella, tirarse bolas y hacer el consabido muñeco de nieve con la bufanda del abuelo y la zanahoria en la nariz. Así es de diferente la mirada de unos y otros ante un mismo acontecimiento, frente al que las autoridades y ciudadanos solo pueden armarse de paciencia o echarse los trastos a la cabeza por la falta de previsión, el temporal había sido anunciado con antelación, y el coste laboral y humano de tener paralizada toda una ciudad durante varios días.

Porque eso fue lo que realmente pasó. La nieve siguió cayendo y nadie era capaz de atisbar cómo y cuándo acabaría y menos cuándo se podrían despejar las calles y carreteras para que la vida volviese a circular por las venas ahora soterradas de la gran ciudad.

Ágara e Íñigo estaban viviendo lo más parecido a una luna de miel. Solos en un amplio piso, contemplando la nieve a través de los miradores y con suficientes alimentos para un largo fin de semana. No podrían regresar al valle de momento y esa ociosidad obligada les daba todo el tiempo del mundo para buscar en muebles, armarios y, sobre todo, en la biblioteca y todas sus esquinas posibles, alguna pista que remitiese a los antepasados maternos de Ágara en Pamplona. También rebuscarían en las escrituras del caserío. Nunca había sentido ninguna necesidad de mirar en ellas. A la muerte de su padre, Ainoa había asumido toda la pesada carga de la herencia y el papeleo consiguiente. Y con la muerte de Ainoa todo había sido muy sencillo. Ella era la única heredera de su hermana, y Fernando Aguado, el abogado y amigo de la familia, se había encargado de todo liberándola de engorrosas situaciones en medio del intenso dolor por la pérdida de la que fuera como una segunda madre para ella.

—Ágara, ven aquí, siéntate a mi lado, es una maravilla ver la nieve caer a través de los cristales, nunca había vivido una experiencia tan hermosa, una ciudad blanca y nosotros aquí dentro con el calor y la madera abrigándonos. Supongo que también influye que es nuestro primer viaje juntos y aunque el objetivo es bastante más importante que contemplar una nevada, esta situación imprevista está convirtiéndolo todo en algo increíble que no voy a olvidar nunca.

A Íñigo le brillaban los ojos con la emoción y felicidad de un niño. La chimenea del salón ofrecía su vientre oscuro y vacío a la espera de unos buenos troncos que intentarían conseguir a la mañana siguiente en las tiendas del barrio que se negaban a cerrar a pesar de que casi nadie se arriesgaba a salir.

El fin de semana transcurrió tranquilo en el barrio de Chamberí. Ágara e Íñigo decidieron tomárselo con calma. Cocinaban, disfrutaban de una buena copa de vino e Íñigo presumía de su especialidad, hacer una buena carne al atardecer, el uno frente al otro, para seguir compartiendo, en una sincera y liberadora charla, recuerdos de sus vidas anteriores.

Por fin, la leña empezó a arder en la pequeña chimenea enmarcada en mármol verde de Macael y madera. Habían conseguido algunos troncos prensados y el calor del fuego con sus llamas bailando en la oscuridad trajo a la memoria de Ágara tantas jornadas compartidas en esa misma habitación con sus padres y hermana…

Entrar el día de su llegada en la habitación de Ainoa fue como penetrar en un túnel del tiempo doloroso y cruel en el que los objetos del presente se vestían de una distancia sin memoria, ajena a todo lo que Ágara tenía a su alrededor y significaba para ella. Cada rincón, cada detalle, cada color, libros, marcos con fotografías, trajes colgados en el vestidor, ropa interior en la cómoda de caoba de la abuela heredada de la casa de Pamplona, telas en cortinas y colcha, regalos repartidos por la habitación con cariño, cajones repletos, huellas de toda una vida que por unos instantes la transportaban a escenas vívidas y presentes con los olores y los sonidos intactos. Es increíble el poder de evocación de la memoria, capaz, en un ceremonial casi cuántico, de simultanear pasado y presente hasta

convertirlos en una misma cosa. Todo estaba allí, pero inerte, sin la sonrisa de su dueña, sin que ella volviera a cambiar de sitio los objetos con el paso de los días. Ágara se sentó en la cama con un marco entre las manos en el que las dos hermanas reían felices en mitad de unos montes, seguramente navarros, en plena luz del día. El sol se escapaba de la fotografía para iluminar los recuerdos y casi acariciar las lágrimas.

Necesitó mucho tiempo para abandonar la habitación y recuperar la calma, no quería desmoronarse delante de Íñigo. Era un profundo sentimiento de soledad y en soledad debía dejarlo fluir. Es la ventaja que tienen los sentimientos, no están hechos de materia y pueden anidar en cualquier parte mientras alguien sea capaz de sentirlos.

Decidieron empezar la búsqueda en el dormitorio que había pertenecido a sus padres. En el armario, además de recuerdos y cosas que las dos hermanas se habían negado a regalar, había cajas, llenas de fotografías y objetos guardados con cariño durante años. Cartas, billetes de viajes, folletos de lugares de ensueño y pequeñas cosas que en algún momento representaron algo para después formar parte de ese universo de seres inútiles y maravillosos que te recuerdan quién fuiste en algún minuto de tu vida.

Recorrer los rincones de la antigua casa, descubriendo y reconociendo lo que ya la memoria había descargado de su archivo, fue una tarea dura, pero sanadora. Somos, también, lo que hemos olvidado y, aunque parezca increíble, recuperar esos olvidos a veces dolorosos es como volver a vivir de nuevo, porque eso es recordar, vivir de nuevo, casi poder respirar el mismo aire dos veces. Lo importante es dejar que fluya ese reencuentro, no quedarnos prisioneros en él. Las imágenes, en un marco o una pared, los tejidos, los libros y todo lo que nos rodea pueden atraparnos sin que nos demos cuenta, por eso vivir rodeados del pasado puede hacer mucho más difícil transitar por el presente. ¿Cómo no quedarse enganchado en una mirada que desde una fotografía te devuelve la tuya? Cuántas veces oír una melodía o abrir un libro se convierten en un viaje a otro tiempo que ahora nos parece idílico precisamente porque ha sido maquillado por la distancia. Estos y otros muchos

pensamientos se agolpaban en la mente de Ágara con el reencuentro de su mundo pretérito.

Resolvieron empezar por la caja de las fotografías.

—¿Sabes? Es una pena que el mundo digital nos esté privando de esa ceremonia de abrir y repasar una y otra vez las fotografías familiares a solas o en compañía. Volver a comprobar cómo éramos cuando ese objetivo nos apuntaba, cómo eran nuestros padres y conocidos. Algunos amigos íntimos que fueron desapareciendo de nuestras vidas y en esas instantáneas parecían estar ligados a nosotros para siempre. Mira esto, las fotos pintadas de los abuelos con paisajes renacentistas desplegados en el estudio del fotógrafo. Es increíble. —Disfrutaba enseñando a Íñigo sus caras en el día de la boda, niños asustados disfrazados de adultos gracias al bigote y el carmín rojo en los labios. La foto familiar en una playa con bañadores de faldas y flores. Caras felices en mitad de un viaje soñado y sobre todo un tsunami de nostalgia, mitigado por una sonrisa.

En la mesa del comedor montaron su cuartel general, mientras la nieve seguía dando a la vida una tregua. Alguna mañana intentaron la difícil misión de dar un paseo hasta la Castellana, que siempre terminaba con caídas sin mayores consecuencias y risas.

—Mira, este era mi colegio de monjas francesas, liberales y bastante abiertas para lo que era el común denominador de los colegios religiosos en la época de mi madre. Ese edificio de enfrente era un colegio de chicos, que a veces se ponían algo pesados cuando coincidíamos en la salida. Ahora que veo la nieve, una de sus aficiones era tirarnos bolas en cuanto asomábamos por la puerta. Gracias a esas monjas, alguna de las cuales se salieron e iniciaron una nueva vida, mi francés es más que aceptable y mi cultura cinéfila también porque nos ponían una película todas las semanas para después debatir en lo que ellas llamaban cinefórum. Tengo muy buenos recuerdos, aunque los colegios en general me ponían muy nerviosa en su afán de adoctrinamiento. Creo que mi madre nos

llevó a este más por cariño y nostalgia de su mismo colegio en Pamplona que por convencimiento.

El paseo, a pesar de la dificultad que la nieve entrañaba, los ayudaba a despejar la mente y a aclarar las ideas. Disfrutaron de unas ensaimadas en la pastelería de la calle Santa Engracia, solo el olor desde el exterior ya prometía el cúmulo de placeres que esas pequeñas joyas son capaces de provocar.

Al caer la tarde se refugiaban de nuevo junto a la chimenea. Las noticias en los informativos no auguraban una pronta recuperación de la normalidad en calles y carreteras que permitiese la vuelta de la circulación sin problemas.

El café caliente y las ensaimadas eran una buena compañía para seguir hurgando en la enorme caja de fotografías familiares. Solo un álbum forrado con una tela de flores permitía verlas ordenadas, aunque resbalándose continuamente.

—Mira, aquí estamos en el parque del Retiro con mi madre, yo debía tener cinco años y Ainoa catorce; me encanta la moda de finales de los setenta con sus jerséis de rayas y los pantalones anchos como los que lleva mi hermana. Mamá era muy informal vistiendo, pero era tan guapa que todo le sentaba bien. Debe ser en primavera porque no llevamos abrigos y ya hay hojas en los árboles. Aquí estamos en el aeropuerto de camino a Disney, yo debía tener diez años y estaba tan emocionada que no podía parar quieta. Me acuerdo de lo difícil que fue hacer una foto de familia, gracias a un voluntario, porque yo no paraba de moverme. —Reía recordando la escena—. Esta es la foto de boda de mis padres, en Pamplona, a principios de los setenta. Mamá parece una cría, pero era tan madura que no ves un atisbo de duda en su cara. Había conocido a mi padre en la facultad y fue un amor a primera vista. Esta imagen es en la fachada de la iglesia de San Nicolás de Bari, una de las más antiguas de la ciudad, de estilo gótico, con un claustro y vitrales maravillosos. Cuando volvamos a Baztán recuérdame que hagamos una visita a la capital para visitar la iglesia, es una auténtica joya.

—Desde luego, no puedes negar que eres hija de quien eres, tienes la misma cara que tu madre, aunque tu pelo negro y rizado remite más a tu padre. No sabes cómo me alegro de compartir

contigo esta experiencia de reencontrarte con tantas cosas de tu pasado. Me ayuda a conocerte y a quererte más aún, si es posible. —Íñigo se acercó a Ágara y, rodeándola con sus brazos, se fundió con ella en un prolongado y apasionado beso.

—Está claro que nuestro próximo viaje juntos tendrá que ser a Buenos Aires, no pensarás que voy a dejarte entrar en los recovecos de mi vida sin que yo me adentre en los tuyos. No sería justo, ¿prometido?

—Prometido, cualquiera te lleva la contraria. Me encantará que conozcas mi país, alquilaremos un coche y recorreremos kilómetros hasta que te canses de viajar por extensiones enormes, llenas de contrastes y formas de vida diferentes. Argentina no es Buenos Aires, quizás la capital es lo menos Argentina de todo el país, refugio de emigrantes de todas las partes del mundo que buscaban en su riqueza una oportunidad de hacer fortuna, como mis antepasados. Ha sido un país muy golpeado políticamente y con dictaduras militares que lo sacaron del mapa o lo señalaron peyorativamente durante mucho tiempo. Pero es un país lleno de vida, de gente con talento, en música, teatro y literatura. En definitiva, un gran país que me encantará recorrer contigo y tu maravillosa capacidad de asombro. Tú, viajera incansable, entenderás este poema de Borges, nuestro gran escritor:

Cuentan que Ulises, harto de prodigios,
lloró de amor al divisar su Ítaca
verde y humilde. El arte es esa Ítaca
de verde eternidad, no de prodigios.

»Y esto qué te parece:

Alto en la cumbre
todo el jardín es luna,
luna de oro.
Más precioso es el roce
de tu boca en la sombra.

»¿Has visto cuánto talento hay en mi tierra para juntar palabras?

Ágara le miraba callada con esa mirada que solo el amor, la admiración y el asombro pueden despertar. Íñigo, pensaba, sí que era un prodigio, un ser tan lleno de magia, sensibilidad y generosidad innatas, sin el menor esfuerzo por desplegar dichas cualidades. Todo en él era tan fácil, sin dramatismo, con una inmensa ternura y un gran sentido del humor.

Mientras, la nieve seguía protegiéndolos del entorno, aunque ya empezaba a vislumbrarse la posibilidad de reanudar el tránsito por carreteras y autopistas.

—Mira esta foto, supongo que sois tu hermana y tú junto a tus padres y en el dorso pone algo como «Casa Iturralde». Esta es la foto a la que te referías, evidentemente hay una curiosa coincidencia en los apellidos. Se puede ver el número en la fachada, era una casa preciosa y al fondo parece haber una iglesia. ¿Recuerdas esta casa? —Íñigo enseñó la fotografía a Ágara, debía de ser muy antigua, ella, una niña pequeña, estaba en brazos de su madre.

—Déjame ver, sí, esa es la fotografía de la que te hablé, siempre me pareció muy tierna, mis padres tan jóvenes y tan felices, Ainoa tan formal cogiéndome de la mano, y yo con ese gorrito y tan abrigada, era casi un bebé, tendría dos años, así que sería en el 75 más o menos y debía hacer un frío tremendo, típico de Pamplona en invierno. En esa época la casa de los abuelos era un piso moderno, con mucha luz, junto a un parque al que bajábamos a jugar mi hermana y yo, pero esta casa no me dice nada. Tal vez era la casa original de la familia de mamá. Son casas muy frías y oscuras y la gente cuando empieza a ser mayor prefiere venderlas y mudarse a barrios más nuevos y mejor acondicionados. Pero creo que ahí puede estar la respuesta a todo. Tal vez logremos localizar la casa y averiguar algo de los antiguos habitantes, no sé, es una corazonada, pero quizás nos puede ayudar a avanzar en la historia de esa niña y su relación con el caserío que lleva su nombre. En cuanto despejen las autovías, nos volvemos al valle e intentamos encontrar esa antigua casa de mi familia. Eres un tesoro, no sé qué haría sin tu ayuda.

—Pues buscarme por todas partes hasta encontrarme, seguramente yo estaría en algún lugar esperándote. ¿Qué romántico, verdad? Cuando me esfuerzo un poco puedo ser casi un aprendiz de Borges. —Íñigo se reía de los comentarios de su chica y los usaba como excusa para abrazarla con todas sus fuerzas.

La búsqueda continuó en el despacho en el que Ramón guardaba documentos y papeles. Ainoa había estado ordenando las cosas necesarias después de recopilarlas para los temas de la herencia y seguramente la escritura del caserío estaría en alguna parte. Ágara estaba sentada en el sofá de piel color avellana frente a la mesa de su padre. Las lágrimas le caían por la cara pensando en cada momento, en cada escena de la vida de sus seres queridos.

Íñigo había decidido bajar para hacer una pequeña compra y dejar a su chica un momento de intimidad junto a sus recuerdos.

Ágara se repuso, sacó fuerzas y empezó a buscar por armarios, estanterías y cajoneras de la mesa de despacho. Su mirada recorrió los espacios, almacenados por el tiempo. Esa habitación desprendía el olor de Ramón aún latente en el aire. Allí también estaban sus palabras de afecto cada vez que su pequeña se empeñaba en interrumpir sus horas de trabajo con mil historias. En un pequeño cajón estarían los caramelos de violetas que su padre compraba en el centro de Madrid para ver la más feliz de las sonrisas en sus hijas. Ser padre sin la ayuda de una madre era tarea bastante difícil y él intentaba paliar la ausencia de Amaya con mimos y planes a los que los tres se entregaban con entusiasmo. Todas esas imágenes se desprendían de cada cuadro, mueble u objeto en un baile de recuerdos agridulces de los que Ágara no podía escapar. Abrió las cortinas del gran ventanal y la luz suavizó los rasgos y avivó los colores de los lomos de tantos libros durmientes y olvidados en los anaqueles de la *boiserie* que cubría una pared entera.

La biblioteca era un auténtico tesoro en el que se apiñaban libros de historia y culturas antiguas. Sobre los sumerios, esa antigua civilización que luego sería Mesopotamia, país entre ríos. Sobre los egipcios, griegos, incas, aztecas… Verdaderamente sus padres habían recorrido el mundo con sus múltiples viajes o a través de los libros. Ágara recordaba lo útiles que habían sido esos volúmenes en

sus épocas de estudiante. Había un apartado especial para todas las culturas orientales: budismo, hinduismo, y el gran país del río amarillo, China. La fascinación de su padre por esa cultura ancestral le había llevado en sus viajes anuales al Tíbet, país en el que lamentablemente había encontrado la muerte.

Su primer viaje había sido junto a Amaya, su mujer. Juntos habían descubierto un mundo al otro lado de la luna que los había fascinado. Ágara sentía agolparse los recuerdos y las referencias constantes a tantas formas de entender la vida, todas ellas válidas y susceptibles de aprecio cuando se las conocía de cerca pisando sus calles. Solo cuando te adentras en algo, libre de prejuicios y dispuesto a comprender, puedes aceptar, respetar y también amar lo distinto, lo que desde la distancia te parecía inconcebible y hasta repudiable.

Había un gran libro, *El río Amarillo*, que te llevaba de la mano líquida de su recorrido por ese inmenso país del sol naciente. Sus imágenes eran fascinantes y de una enorme calidad y a las hermanas les encantaba repasar una y otra vez sus páginas. Volvió a sacarlo del estante para una vez más acariciarlo con sus manos, lentamente. Las lágrimas aún cubrían su rostro e intentó sacar un clínex del bolsillo antes de que Íñigo regresara de su pequeña excursión a las tiendas del barrio. El libro, bastante pesado, resbaló al suelo sin que Ágara pudiera sostenerlo. El envoltorio protector se separó de las cubiertas duras y, cuando Ágara intentó volver a ordenarlo, fue cuando descubrió algo escrito en el interior, que en ninguna ocasión anterior le había llamado la atención. No recordaba la última vez que Ainoa y ella habían estado hurgando en los estantes. Reconoció de inmediato la escritura de su padre. Seguramente notas sobre algún viaje proyectado o algún detalle que no quería olvidar. Pero no, el libro se convirtió en el emisario cómplice de algún extraño secreto. Era una nota dirigida a ellas, llena de enigmáticas palabras.

Queridas hijas: Sé que cuando leáis estas líneas habrá muchas cosas que no entendáis o quizás por el contrario os ayudarán a saber más sobre quién es vuestro padre y el porqué de mis viajes

periódicos al Tíbet durante los últimos años. Sé que posiblemente no regrese de alguno de esos viajes por motivos que escapan a mi voluntad, pero quiero que sepáis que siempre fui un hombre honesto y honrado que os amó a vosotras, Ainoa y Ágara, así como a vuestra madre más allá de mi vida. Las cosas nunca son lo que parecen y nunca hay que tener miedo a buscar a través del espejo. Os quiero con todo mi corazón. Vuestro padre: Ramón

Así, con esa sencilla firma que lo abarcaba todo, terminaba la nota que dejó a Ágara en estado de *shock*. De repente el mundo se le vino abajo y una sensación de irrealidad inundó la habitación. El grueso y delator libro volvió a escurrirse entre sus manos sin que en esta ocasión hiciera algo por detenerlo en su caída. Estaba a punto de gritar, cuando Íñigo entró y la encontró en tal estado que corrió a abrazarla y calmarla.

—¿Qué pasa, por qué estas así, cariño, has visto algo, has encontrado algo?, dime qué tienes, por lo que más quieras. No puedo verte así.

Ágara se abrazó a Íñigo temblando, sin poder articular palabra. Volvió a tomar la cubierta del libro, que ahora le resultaba amenazador y hostil, y mostró a Íñigo la dedicatoria. Era una declaración de mínimos sobre algún peligro que acechaba a Ramón y que sus hijas desconocían por completo. Había una parte oculta y oscura en la vida de su padre que jamás habrían sospechado. Consiguió tranquilizarse, aunque su cabeza daba mil vueltas por segundo. El libro le mostraba un camino hacia la parte más desconocida de su padre y quién sabe si la explicación, insospechada en otro momento, de su muerte, en el abismo del Himalaya.

—Está claro que había muchas cosas que desconocíamos de mi padre, pero nunca pensé que sería capaz de ocultarnos algo importante sobre sus idas y venidas a Lhasa. Este libro está maldito y lo odio con todas mis fuerzas. Lo quemaré en la chimenea ahora mismo.

—Ágara, no hagas cosas de las que te arrepientas después, déjame ver si el libro esconde alguna pista. Hay una señalización. Es

el inicio de una parte descriptiva del recorrido del famoso río. No parece que tenga un significado especial. ¿Has mirado en los cajones de la mesa de despacho de tu padre? Tal vez ahí encontremos algo más, algún billete o fecha cercana a su último viaje. Déjame buscar a mí, tranquilízate; si hay algo que podamos averiguar, lo averiguaremos.

Íñigo se acercó al escritorio, en el que no encontró más que alguna factura, papeles sin importancia, una Moleskine con algunas notas de viajes y poco más.

—Tiene que haber algo en alguna parte, ¿teníais caja fuerte en la casa?, déjame ver, tal vez yo pueda encontrar alguna carta o documento relacionado con sus viajes.

Ágara le mostró la caja fuerte, que permanecía cerrada desde la muerte de Ainoa.

—Efectivamente, no veo nada de interés que nos pueda aclarar el mensaje de tu padre en la solapa del libro. Hay unas fichas sujetas con una goma que supongo ya habréis visto.

—Sí, son un poco extrañas, no sé si es algún idioma que no conozco, nunca las habíamos visto antes, las descubrí cuando tuve que buscar los documentos por la herencia de mi hermana.

—Cariño —Íñigo estaba paralizado—, esto no es ningún idioma, esto son mensajes encriptados, yo he tenido que estudiar criptografía cuando estudié en la universidad literatura, y más en concreto literatura medieval, códices, etc. Estas fichas son mensajes encriptados para que nadie pueda tener acceso a alguna información importante. Tu padre se comunicaba con alguien a través de estos mensajes.

—No tengo ni idea de qué me hablas, ¿y cómo sabes que es criptografía, en qué consiste exactamente?

—Hay muchas clases de encriptación, algunas muy complicadas con algoritmos, pero por ponerte un ejemplo sencillo, utilizas un alfabeto al que cambias el significado de las letras, cada letra del alfabeto tendrá un símbolo distinto previamente asignado, pueden ser letras o números o una combinación de ambos, a veces se corresponde con el párrafo de un texto que utilizas como modelo para luego usar las letras sustituyéndolas por otro alfabeto creado

sobre el texto base. La criptología existe desde hace más de dos mil años. Todas las civilizaciones han tenido alguna forma de cifrado. La Segunda Guerra Mundial se ganó en parte gracias a que Turing descifró el contenido de Enigma, la máquina que utilizaban los nazis. Julio Verne era un enamorado de la criptografía y la utilizaba en sus novelas incluso para jugar con los nombres de sus protagonistas. Déjame ver si hay alguna pista de cuál es la forma de encriptación que usaba tu padre.

—Todo esto es absurdo, no tiene ningún sentido. Mi padre era un hombre afable y normal, nunca nos habló de estos temas. Era un erudito y le gustaba saber. Siempre estaba leyendo, pero jamás nos ocultaría nada a mi hermana y a mí, y menos a mi madre. Tiene que haber otra forma de descifrar qué nos quería decir con el mensaje del libro.

—Esa es la clave, el libro amarillo debe ser parte de la respuesta, por eso os dejó el texto, para que buscaseis en él. Vamos a ver si hay algo más que no hayamos visto en las páginas del libro.

Ágara no podía reaccionar, no comprendía nada. El mundo y su vida estaban una vez más patas arriba y su huida al valle no había servido para enderezarla, solo para retrasar el momento de encarar la realidad que estaba oculta entre la paredes de la querida casa familiar. Había ido en busca del pasado. Se había dejado atrapar por las piedras húmedas y las historias lejanas de los habitantes de Uxoa. Se había dejado abatir por la historia de una pobre niña extraña y desconocida, cuando su más reciente presente estaba sembrado de acontecimientos que quizás habían acabado con la vida de su padre.

Íñigo tomó el libro sobre el río Amarillo entre sus manos, tenía que haber una señal, algo que indicase cuál era el párrafo de referencia para la nueva escritura. La cinta marcadora estaba en la página justo a la izquierda de una preciosa fotografía de la Pagoda de Hierro de Kaifeng, un edificio sagrado de trece plantas del siglo XI. Su revestimiento de azulejos vitrificados desprendía una tonalidad roja semejante al óxido. Por supuesto, Aldo Pavan, autor del maravilloso libro sobre esa vena amarilla que cruza China hasta el

mar, no había numerado las páginas, por lo que era fácil perderse en ellas de no ser por la oportuna señal de la cinta de seda que hacía las veces de marcador.

—Mira, la cinta está en esta página por alguna razón. Tal vez este párrafo es el que tu padre usaba como plantilla para crear un nuevo abecedario con el que encriptar los mensajes de las fichas. Déjame ver si soy capaz de relacionar ambas cosas.

Ágara le miraba expectante, lo que menos podía imaginar en su viaje de búsqueda a Madrid era que el motivo inicial quedaría repentinamente arrinconado ante la perspectiva de descubrir algo oculto en relación a la muerte de su padre. Ramón era una persona clara y honesta y jamás habría dejado esa extraña nota sin un motivo importante y sí, seguramente, con el objetivo de que en caso de que le pasase algo, como así fue, pudiesen sus hijas tener acceso a la verdad de lo que hubiese acaecido.

Qué lejos quedaban Uxoa y el valle. Qué distante su paz, su verdor, su autenticidad sin engaños y qué poca importancia tenía ahora la historia del caserío y sus gentes.

Sintió cómo su vida giraba de pronto. Una pirueta inesperada del destino la obligaba a mirar hacia otro lugar que creía archivado. Un espacio de dolor seguramente, de impotencia y añoranza, pero al que tenía que acudir si quería seguir adelante con su vida y su nueva felicidad que temía que se le escapase entre las manos.

—No sé si voy a poder digerir lo que está pasando. Siempre me sentí culpable por no averiguar, por conformarme cobardemente con lo que nos comunicaron sobre la muerte de papá, el accidente, la llegada anticipada del monzón, la enorme dificultad de rescatar su cuerpo del abismo. Todo este tiempo he tenido la sensación de que deberíamos haber viajado Ainoa y yo a Lhasa para intentar averiguar algo más sobre ese nefasto accidente.

»Desde el Ministerio de Asuntos Exteriores nos confirmaron la veracidad de los hechos que desde el consulado español nos habían comunicado, pero creo que el dolor por la pérdida atenazó nuestros reflejos, nos anestesió, mientras nos refugiábamos la una en la otra con la desesperación de un náufrago a punto de ahogarse, intentando continuar con nuestro pesar y nuestras vidas. Hoy sé que

no estuvo bien, que fue una cobardía y que si tengo la oportunidad de rectificar, once años después, voy a hacerlo.

—Tranquila, cariño, vamos a intentar averiguar cualquier cosa que nos remita a tu padre, sus viajes, con quién se relacionaba cuando iba… No es tan fácil que desaparezca la pista de un hombre que había hecho ese recorrido muchas veces. Hay que averiguar en qué hotel se hospedaba y, si hace falta, busco a alguien que me sustituya en la biblioteca y viajamos al Tíbet. No puedes seguir viviendo rodeada de preguntas, dudas y culpas por todo. Tienes derecho a recuperar tu vida sin deber nada a nadie, aceptando lo que haya a tus espaldas, pero sin tener que soportar constantemente un peso que no te pertenece y no mereces. —Íñigo abrazó a Ágara con fortaleza y ternura. Imaginaba por todo lo que estaba pasando, pero quería que supiera que él estaría allí, a su lado, para insuflarle el valor y la seguridad que a veces le faltaba—. Vamos a empezar por las fichas y tratar de encontrar algún folleto o anotación que nos diga en qué hotel se hospedaba tu padre en sus viajes al Tíbet.

Continuaron buscando con más ahínco en el despacho de Ramón, entre sus papeles, en los diversos cajones. Todo estaba muy ordenado, por temas y objetivos. Cartas, referencias sobre viajes y países, facturas, publicidad y folletos sobre lugares interesantes como museos, restos arqueológicos, etc. En una carpeta dedicada a fotografías, se podían contemplar paisajes y monumentos únicos que seguramente Ramón había registrado a lo largo de sus innumerables viajes. En medio de esas fotografías, el inmenso y majestuoso Potala, en Lhasa, capital del Tíbet, deslumbraba en su albo esplendor. El maravilloso Palacio Blanco tenía su origen en el año 631, aunque había sufrido diferentes reformas. Era el lugar en el que se hospedaba el dalái lama, jefe espiritual de los tibetanos. A Íñigo siempre le había atraído la historia de ese pequeño país invadido y dominado por China. La instantánea estaba tomada desde la distancia. Detrás del palacio, las montañas constituían un fondo pedrizo de una imponente altura y belleza. Eran parte de la cordillera del Himalaya y parecían proteger con su grandiosidad el palacio que se acostaba a sus pies dominando la ciudad y el valle. La sensación

era que la fotografía se había tomado desde una ventana, lo que podía apuntar a que el hotel estaba cerca, en esa dirección justa del objetivo. No parecía lógico que una ciudad tan antigua albergara muchos hoteles en el corazón de sus calles.

—Mira, esta fotografía está tomada desde una ventana, posiblemente de un hotel. Es preciosa y no me extraña la fascinación de tu padre por ese país y esa ciudad, es imponente la imagen del Potala, majestuoso y blanco contra el gris de las montañas. Vamos a buscar hoteles que puedan tener esa ubicación y tal vez podamos empezar por ahí. Después me pondré con la encriptación, pero ten la seguridad de que en cuanto podamos circular por Madrid viajaremos a Lhasa, y esta vez sin excusas ni miedos para no hacerlo. ¿Entendido? Y ahora vamos a prepararnos algo de comer porque estoy muerto de hambre.

Tras un ligero almuerzo junto a la chimenea, Íñigo contemplaba ensimismado las fichas y su extraño lenguaje. Comenzó a leer el texto intentando encontrar algún nexo entre él y las notas escuetas e ininteligibles, pero no había ni un solo párrafo que tuviera relación, ni enteras ni mutilando las palabras. De pronto, volvió a recordar una de las formas más sencillas y habituales de encriptación. Comenzó el texto adjudicando a cada letra el valor equivalente a las letras de nuestro alfabeto. Siguiendo el párrafo y tomando la primera letra como referencia, construyó un alfabeto paralelo en el que las letras se componían de la siguiente manera:

A B C D E F G H I J K L M N Ñ O P Q R S T U V X Y Z
Nueva opción:

C U A N D O E L G R I T P V H S M Y B Q F J Ñ K X Z

La línea inferior extraída del texto serviría posiblemente para construir las nuevas frases de forma totalmente ilegible, aunque solo con ser sustituidas por el alfabeto auténtico encontrarían su sentido.

Ágara estaba refugiada junto a la chimenea, intentando asimilar, a su abrigo, la explicación de lo que le estaba pasando. Su casa familiar tan querida y cercana en otro tiempo se había convertido en

una caricatura de lo que fue. Recordaba la canción de Vetusta Morla, *Cuarteles de invierno*, y esa pérdida de identidad, esa sensación de que ya nada era recuperable y ya no servía de amparo con el transcurso de los años, se le hacía ahora aún más evidente. No sabía muy bien en qué dirección dirigiría sus pasos a partir de ese momento, pero sí sentía que, pasase lo que pasase, esa casa ya no tendría sentido en su vida, no quería más espejismos con olor a maderas enceradas. Echaba tanto de menos el caserío, sus piedras, sus caricias de lluvia y esos prados verdes y húmedos que nunca mentían… La llamada excitada de Íñigo consiguió sacarla de sus oscuros pensamientos.

—Ágara, creo que he descubierto algo que podría ser una forma de descifrar las fichas si hay suerte, y ya he encontrado el lenguaje. Ven, tienes que ayudarme a descifrar los mensajes, puede ser más fácil de lo que parecía *a priori*. Tal vez solo sean fechas y direcciones.

Durante toda la tarde estuvieron buscando respuestas, las fichas eran muchas y algunas estaban tachadas o con partes desdibujadas por el tiempo y la mala calidad del papel. Debieron escribirse sin mucho cuidado por parte de Ramón y solo con el objetivo de ser útiles puntualmente.

—Mira en esta ficha el texto, sustituyendo las letras por nuestro alfabeto dice lo siguiente: *El próximo encuentro será el trece de junio*. Y en la cartulina se puede ver cómo han sido sustituidas las letras por el nuevo alfabeto, mira: *DLMBSKGPS GVAJDVFBS QDBC DT FBDAD - DTSYHÑGPH DVAFDVQYHBDYCDTQYDAD NDRFVGH*.

»Solo son fechas que seguramente coinciden con los viajes que hizo tu padre. Las letras fueron sacadas, como imaginé desde un principio, del texto señalado en el libro, solo había que anotar el momento del encuentro con alguien, que por lo que veo usaba un nombre ficticio, Nadie, que se repite en casi todas las fichas. El lugar de encuentro era Lhasa, la capital, y las horas variaban supongo que para no crear un patrón fácil de detectar. En algunas ocasiones el lugar de encuentro es lo que podría ser un hotel o un templo y el nombre es TASHITAKGE, ¿te suena de algo? Es importante porque

en ese lugar tiene que haber alguna pista que indique si tu padre estaba allí y con quién se encontraba.

—No sé, estoy muy confusa. Mi padre nos contaba muchas cosas del Tíbet, estaba enamorado de ese país, nos hablaba de cómo era la gente, humilde y tranquila, las comidas, los rezos y los templos que visitaba. Nos trajo a mi hermana y a mí unos preciosos collares trabajados en plata, la mayor parte de los artesanos habían huido a Nepal tras la invasión china, pero seguían trabajando la plata, el oro y las piedras semipreciosas con una calidad increíble. Sé que él odiaba las grandes cadenas de hoteles, decía que no tenían alma y no respiraban el aire de los países, limitándose a ser una copia de sí mismos, estuviesen donde estuviesen. Buscaba siempre hoteles con carácter, con una atmósfera y una estética acorde con el lugar que visitaba. Seguramente esa fotografía estaba hecha desde la ventana de un hotel de esas características. Pero es muy fácil saberlo, vamos a buscar en la lista de hoteles de la ciudad y tal vez encontremos alguno con ese nombre. Por suerte, Internet nos pone el mundo en la mano con solo una búsqueda. Déjame intentarlo. —Ágara tecleó rápidamente en su portátil y tras unos minutos de búsqueda encontró una imagen que tenía increíble parecido con la fotografía encontrada en el despacho de Ramón—. Aquí hay un hotel con ese nombre. Tiene toda la pinta de ser el mismo de la foto, íntimo y con una decoración totalmente tibetana y no muy caro. Ese tiene que ser el lugar en el que mi padre se alojaba, estoy segura, casi puedo verlo feliz en esas habitaciones contemplando de noche la majestuosidad del Potala. Seguramente se alojaría en ese mismo lugar con mi madre en sus múltiples viajes en los que se adentraban en las entrañas del país oriental. Íñigo, tenemos que ir allí, quiero ir, necesito ir, saber qué pasó, pisar por las mismas calles que él pisaba, sentir qué fuerza sobrenatural le atraía hasta el punto de perder la vida. Tengo que hacerlo por él, por mi madre, por Ainoa y por mí, si no, nunca encontraré la paz y seguiré atrapada en el pasado. El recuerdo se puede convertir en una pegajosa y protectora tela de araña, cobijándote, devolviéndote las imágenes que tú quieres recuperar e incluso las que te gustaría que hubieran existido. Ya sé que forma parte de nosotros, que nos remite muchas veces a

quiénes somos y de dónde venimos, pero también fueron una elección entre otras muchas posibles y de las que no sabemos su recorrido. Yo quise aceptar la idea de unos padres maravillosos sin preguntarme qué habitaba en ellos realmente. Pudimos preguntar, averiguar, cuestionar y no lo hicimos porque estábamos más cómodas en ese espacio amable y seguro. Quiero devolver a mis padres su verdadera historia desde mi aceptación de que en parte fuimos engañadas. Decirles que ellos tenían todo el derecho a ser como eran y a guardar silencios. Yo solo quiero liberarlos de ese espacio oculto y esa sensación de estar traicionando a lo que más querían en el mundo, a mi hermana y a mí. También es una forma de liberación, soy responsable de mí misma y poco más, y no quiero tener que pedir perdón o pedirme perdón por lo que dejé de hacer, aunque no era mi responsabilidad. Sé que estoy haciendo un discurso un tanto extraño y circular, pero al final solo quiero que tomemos lo antes posible un avión para Lhasa, si no te importa venir conmigo.

Lima

marzo de 1774

Mi querida y adorada Ainara. Por fin pude llegar a mi destino. Ha sido un largo y duro viaje en el que las dudas sobre la conveniencia de dejar el valle me asaltaban constantemente. A veces pienso que fui un cobarde y debiera haberme enfrentado a mi padre y a todos para defender nuestro amor y tu honra, pero las miradas de mi madre y mi querida hermana me impelían a protegerlas de habladurías y garantizarles una vida tranquila sin el rechazo de los vecinos. Solo veo el momento de reunirme contigo. Han pasado más de dos meses desde que nos separamos y aún no sé nada de ti. Por fin tengo una dirección a la que puedes escribirme, yo continuaré mandando las cartas a la parroquia. Nunca agradeceremos lo suficiente a don José Ramón, nuestro párroco, aceptar ser el discreto intermediario de nuestra correspondencia. Como te contaba, el viaje por mar es duro y peligroso; no sé cómo esas pobres gentes pueden encontrar solución en una forma de vida llena de calamidades y riesgos, pero algunos lo llevan en la sangre. Cualquier cosa es mejor para ellos que una miserable vida en tierra sin futuro ni esperanza de mejora. Mi estancia en Cádiz, como te mencioné en mis cartas anteriores, fue maravillosa y reparadora, pero también supe que no era el sitio para nosotros. Esta tierra es fascinante, te encantaría. No sé cómo describirla de tan distinta a nuestra patria.

Hay gente de todos los tonos de piel imaginables y se hablan muchas lenguas que no entiendo, la gente trabaja en lo que sea para hacer fortuna. Dicen que es El Dorado, y sí, hay oro por todas partes, en las iglesias y en las casas de gente elegante. Por suerte, mi tío Francisco me recibió en cuanto pisé el puerto. No sé cómo pudo reconocerme porque aquello era un hervidero de gente y muchos barcos vaciaban su mercancía y también a pasajeros llegados de todas partes. Mi tío vive en el campo, en una hacienda grande y con muchos trabajadores. Aquí la comunidad navarra sirve de apoyo a todos los que venimos en busca de fortuna y eso hace que no me sienta tan solo. Hay gente con atuendos muy pintorescos y con mucho colorido, depende de la región del país a la que pertenezcan. Yo ya estoy trabajando a destajo para ahorrar lo suficiente para tu pasaje. Espero que pronto pueda mandarte buenas noticias. Ya verás cómo en poco tiempo volvemos a estar juntos y no dudes de mi amor por ti, porque nunca habrá otra mirada en la que perderme que no sea la tuya.

Te amo, Ainara, no lo olvides. Estaré ansioso por recibir tus noticias, aún no he recibido ninguna carta y estoy impaciente por saber cómo estás y si aún confías en mí.

Tuyo siempre,
Asier

Tercera parte

Lhasa

2021

El tiempo en Madrid pareció recuperar el pulso de la vida. Empezaba a reanudarse el tráfico. Ágara e Íñigo decidieron volar sin tardanza al Tíbet y sus misterios.

Tras una larga travesía con diversas escalas, el avión descendía sobre Lhasa despertando en los pasajeros murmullos de asombro ante tanta belleza.

La ciudad resplandecía con una luminosidad hiriente. Las montañas, desnudas de vida, rodeaban la pequeña urbe en un abrazo protector que aún hacía más pequeño y humilde el núcleo de población acostado en la ladera del valle. Solo el Potala, el palacio de invierno del dalái lama, con su grandiosidad de paredes blancas en su base y ladrillo rojo en sus zonas más elevadas, rompía esa estética tranquila y sencilla del resto de las edificaciones. Majestuoso, bellísimo y con una grandiosidad que lograba empequeñecer aún más a las criaturas que se movían por la ciudad girando constantemente, mientras hacían rotar sus molinillos de meditación con la mano, en un ritual hipnótico y mareante cuyo único fin al parecer es el contacto con la divinidad y la superioridad moral sobre las vicisitudes de la vida cotidiana.

No se podía evitar de alguna manera establecer un parangón con los grandes monumentos de la cristiandad. El dios inmenso y sus criaturas pequeñas e indefensas con la fe y las creencias como única

vía de salvación y consuelo. En el caso del budismo no hay un dios o autoridad suprema reconocida y el fin es la iluminación espiritual evitando el sufrimiento en lo posible. La paz, la armonía y el equilibrio son algunos de los axiomas de esta filosofía-religión, que es de las de mayor implantación en el mundo. La conmoción que produce la primera visión de las montañas, la ciudad y esa luz cegadora eran increíbles. Ambos estaban impresionados por el espectáculo. La sensación de haber aterrizado en otro planeta era comparable a un paseo adentrándote en los mundos de las películas de ciencia ficción. Aterrizar mientras el Himalaya impone su fuerza, su verticalidad rugosa y esa impresión de estar a punto de tocar el cielo y descubrir por fin sus secretos es un sentimiento de una fuerza desconocida. Solo la recogida de maletas y el taxi que tomaron para llegar a su hotel los conectó ligera y pasajeramente con la realidad. Mirar, mirar, querer devorar todo con los ojos y la respiración entrecortada. Asombro, admiración, eso es lo que sientes cada vez que viajas a algún rincón perdido del mundo.

Consiguieron llegar al pequeño hotel en el que se habían hospedado sus padres, primero, y Ramón más tarde, en solitario. Efectivamente era pequeño, acogedor y con una atmósfera que de un plumazo los trasladó a un lugar en el que las coordenadas tanto distaban de las suyas. Una sensación de libertad los invadió sin poder reprimir la emoción al pensar que entre esas paredes había pasado Ramón los últimos días de su existencia. Su amor por el país, su cultura y sus gentes le habían atrapado hasta el punto de perder la vida en un abismo. Aunque egoístamente la pérdida de su padre fuese un duro golpe paro Ainoa y para ella, la idea de que ese mundo extraño y querido hubiese sido su hogar en sus últimas horas la sumía en una sensación de paz y respeto por una elección que, a pesar de todo, habría sido sin duda la preferida por su padre.

Contemplando la ciudad desde la misma ventana del saloncito en el que se recibía a los visitantes, y con un té caliente entre las manos, las lágrimas comenzaron a resbalar silenciosas y frías. No quiso distraerlas, eran el más profundo y dulce homenaje a un gran hombre que había tenido la suerte de amar y compartir durante tal vez los mejores años de su vida. Íñigo callaba a su lado, sabía la

amalgama de emociones que en ese momento la invadía y no quería interferir en ello.

Realmente, Ágara no tenía muy claro el objetivo de ese viaje y tampoco le importaba. El hecho de estar allí, en el mismo lugar, contemplando el paisaje a través de la misma ventana y casi pudiendo respirar su mismo aire, era suficiente, sin más motivo. Solo intentaba a veces imaginar sus sentimientos, viajando en solitario, añorando la presencia de su madre, su compañera de sueños. Cómo le hubiera gustado acompañarlo, ser su cómplice y descubrir junto a él, desde su mirada, este desconocido y fascinante mundo. ¿Qué motivo importante le obligaba al secretismo, a no contar nada, a dejar unas imposibles pistas para descubrir razones cuando ya era demasiado tarde, cuando ya no servirían para devolverlo a la vida? La impotencia hacía más profunda su rabia.

Optaron por dejar las cosas en la habitación y adentrarse en las populosas calles, buscando el olor, el latido y el sentido de una vida tan distinta a la suya y a todas las conocidas con anterioridad. Solo podían observar, oler, respetar y tratar de no comportarse como intrusos en un mundo que seguía girando pacíficamente ante las miradas de los pocos visitantes que lo contemplaban con idénticos ojos de asombro. Solo intentaban respirar ese aire espeso, como una copa de vino frío, a dicha altura. Más de tres mil seiscientos metros no eran fáciles de sobrellevar, aunque las infusiones que les ofrecían constantemente, hechas de hierbas tibetanas, aliviaban bastante y ayudaban a digerir la comida que les recomendaron comer en pequeñas cantidades.

«La ciudad de los dioses», que sería la traducción de Lhasa, se ofrecía ligera y virgen, con esa atmósfera fría y limpia, y con el Himalaya invitándolos a adentrarse en sus venas y caminos hasta perder la sensación de quiénes eran y dudar de si verdaderamente es posible otra vida fuera de esas increíbles montañas.

Una suerte de sobrecogimiento los invadió al ver lo que esa ciudad emanaba y la ausencia de tensión o prisa en sus gentes. Desde que aterrizaron contemplando el lago Turquesa en medio de las montañas hasta que amablemente los guiaron al hotel, una sensación de paz, de voces pequeñas, de gente pequeña y mundos

pequeños los iba llevando a otra dimensión, inconcebible en el mismo planeta. Qué lejos de aquella imagen a miles de kilómetros de distancia en la que unas calles de nieves grises y licuadas contemplaban la impotencia y ansiedad de unos ciudadanos impacientes, acostumbrados al control y con miedo a perder una forma de vida que ahora, como por arte de magia, un hada blanca había hecho desaparecer.

Las mujeres menudas y con rasgos orientales marcados por sus pómulos altos y sus pieles tersas del tono del lino dorado deambulaban con pasos cortos, adornadas sus cabezas con tocados de colores y cubiertas con faldas gruesas y mantones para protegerse del frío seco. Algunas exhibían sus collares de cuentas, engarzados en plata, con turquesas y corales, lo que les daba un aire coqueto y enseñaba que esas piedras semipreciosas están al alcance de su mano y tienen un significado que la tradición ha mimado y conservado a lo largo del tiempo. Para los tibetanos hay cinco colores que se representan en sus banderas y en sus joyas artesanales: el azul (cielo), el blanco (agua), el rojo (fuego), el verde (aire) y el amarillo (tierra).

Los cilindros de oración que las gentes giran en círculos constantes llevan grabado el mantra *om mani padme hum*, que quiere decir «la joya que nace en el loto». OM es meditación; MA, paciencia; NI, disciplina; PAD, sabiduría; ME, generosidad; HUM, diligencia. Sencillos y reveladores principios que bien nos vendría adoptar —pensaba Ágara— de vez en cuando en nuestras pretenciosas culturas.

Si hay algo que llama la atención en el Tíbet es el hecho de que todo tiene un significado, nada es gratuito ni superfluo y tanto la arquitectura como las joyas o la vida misma tienen un propósito de búsqueda de paz, equilibrio, iluminación y la conquista de la libertad a través del desapego, la no dependencia y la eliminación del sufrimiento por medio del nirvana.

Ágara reflexionaba sobre la enorme diferencia con nuestra forma de vida. Resulta impensable esa necesidad de buscar sentido a nuestros actos, conversaciones o modas. El desapego del yo, que tantas malas pasadas nos juega en nuestro día a día, libera a esa

gente de luchas y dramas que forman el denominador común de la cultura occidental.

Aquí, en dirección opuesta, le venía a la memoria su querida Ayn Rand, con su magnífica obra *El manantial*, en la que la autora defiende a rajatabla la necesidad del «ego» como fuente de creatividad, individualidad y no dependencia del otro. El ego como conciencia individual, como forma de dignidad ante la contaminación y la invasión de los otros, como forma de independencia y soledad frente a la masa homogénea. ¿Cómo dos caminos tan opuestos pueden intentar llegar al mismo sitio?, la no contaminación en sociedades opresivas y en las que la oferta de felicidad siempre supone un precio que muchas veces se reduce a ponerla en manos de otros, aunque renunciemos para conseguirla a nosotros mismos. En ambas formas de pensamiento el factor dominante es la ausencia de búsqueda de reconocimiento social y público. Es una defensa de la individualidad desde la mismidad o desde la fusión con el universo en un viaje común de no dependencia y sometimiento.

El pensamiento de Ágara volaba y saltaba de una idea a otra, de un recuerdo a otro y de un sentimiento a otros tantos acumulados y escondidos en su interior en los últimos años.

Cómo contemplando esta ciudad y estas gentes humildes se pueden encontrar similitudes con las gentes de Baztán y sus caseríos, limpios y rotundos, con la pureza y virginidad del paisaje en el valle, allí verde y preñado de vida, con casas de piedras rojas, aquí árido y pedregoso, pero también cobijados y protegidos por la altura de sus montañas milenarias…

La montaña como madre, como barrera protectora, recordando que fueron creadas por la también madre tierra hace miles de años y que siguen estando vivas y en movimiento hasta que de nuevo se aprieten o abran en un baile telúrico acompasado y eterno. Ágara fue consciente de cuánto sabía sobre ese país y sus gentes. Tantas cosas les había contado Ramón a lo largo de sus idas y venidas que casi tenía la sensación de haber estado allí antes, quizás en sueños o en otra vida.

Después de deambular por calles y placitas contemplando las estupas o monumentos dedicados a Buda, les recomendaron un

pequeño y autóctono restaurante en el que pudieron degustar las comidas típicas tibetanas como el *thenthuk*, una sopa deliciosa con verduras y fideos, y los famosos y deliciosos momos, una masa de harina rellena y cocida al vapor, todo ello acompañado del Chang, una cerveza elaborada con cebada. La comida era suave y ligera, algo que sus estómagos estaban necesitando. Al final los obsequiaron con su genuino té de mantequilla y leche de yak. El yak, por lo que su padre les había dicho, es el animal que acompaña la vida de las gentes tibetanas en todas su dimensiones. Se elabora mantequilla, se bebe su leche, se usa su carne, y además el yak tiene algo muy valioso como es su abundante pelo, que se utiliza para tejer piezas que los nómadas emplean en sus pequeños campamentos móviles. Más tarde descubrirían cómo el yak también ofrece sus excrementos secados al aire, sobre las paredes de las casas, como aislante para calentar el interior. El frío es el dueño de la vida y todo gira en torno a él como un dios protector y a la vez tirano.

La gente en el pequeño restaurante era muy amable y obsequiosa, intentaban entablar conversación con un inglés precario y suficiente. Antes de despedirlos, les rogaron que volviesen recomendándoles cosas interesantes para visitar como el famoso palacio de verano del dalái lama, lugar al que se desplazaba en algunos meses del año y del que consiguió huir antes de que el ejército chino arrasara el lugar y masacrara a sus habitantes. Ellos correspondieron a su hospitalidad agradecidos y sin dejar la más mínima sospecha del auténtico motivo de su visita. Eran una pareja feliz y curiosa en búsqueda de aventuras y conocimiento, y nada más.

De vuelta al hotel, se refugiaron en la habitación intentando poner en orden sus ideas y embridar las emociones. Realmente era un país fascinante y Ágara comprendía perfectamente cómo su padre se había quedado enganchado a esas montañas, a su luz, a su paz y a ese frío seco que te tersa la piel y el alma.

—Cariño, estoy totalmente conmocionada por esta experiencia. Es un país insólito que no me produce ninguna sensación de temor o extrañeza. Pero al mismo tiempo veo todo tan compacto, tan

inalterable, que no sé por dónde podemos empezar a averiguar algo, es como buscar una piedra en el océano, y además no tenemos ningún contacto, ni tenemos referencia alguna sobre quién es Nadie y cómo podemos encontrar una pista sobre la muerte de mi padre. Tenemos que intentar un plan y no sé cuál.

—Vamos a ver —Íñigo siempre intentaba relajar las cosas para encontrar una solución—, ya sabíamos que esta era una idea un poco disparatada, no tenemos más pistas que este hotel y una postal desde una ventana que ya hemos encontrado, algo es algo. Tal vez si hubieras hablado con vuestro abogado en Madrid antes de decidir venir aquí por las buenas, él era muy amigo de tu padre por lo que me cuentas, y quizás estaba al corriente de por qué tu padre tenía que encontrarse aquí con Nadie una y otra vez. Pero has preferido no hablar de este viaje y yo te apoyo. Vamos a darle una vuelta, mientras tanto haremos turismo y nos pasearemos como una pareja más. Por algún lado aparecerá una señal o un indicio que nos lleve a alguna parte.

»Estoy pensando empezar primero por este hotel, es la única pista que tenemos y por lo que he leído en la historia de su fundación, creo que el dueño es el mismo desde hace tiempo y a juzgar por la edad del hombre que nos ha atendido a la llegada tampoco debe ser nuevo aquí. Déjame hablar con él y tal vez saquemos algo en claro. Esta tarde bajaremos inocentemente a tomar un té y trataremos de entablar conversación, por lo menos habla inglés y algo podremos entendernos.

La pareja acusó el cambio de horario y el interminable viaje y se quedó dormida más de dos horas. Unos golpes en la puerta los sobresaltaron. Era el tipo de la recepción para invitarlos a un té y un tentempié por parte de la casa antes de que se echara la noche. Ágara agradeció el detalle, aunque le pareció un poco extraño que llamaran a la puerta en vez de usar el teléfono de la habitación. Pensó que serían formas peculiares de hospitalidad. El caso es que después de una ducha rápida, los dos estaban en el salón de la entrada dispuestos a degustar por segunda vez otro de los deliciosos tés típicos tibetanos, esta vez con el inconfundible aroma del jazmín. El hombre de la recepción les hizo los honores, mientras una

empleada ataviada con la ropa tradicional les servía el té con unas galletas *khabse* y un cuenco con *lassi*, un delicioso yogur hecho con leche de yak y miel. La mujer, menuda y silenciosa, sonreía mientras los veía comentar y disfrutar. Al cabo de un momento el anfitrión se les acercó, mirando a Ágara atentamente.

—Señorita, usted me recuerda mucho a su padre, porque el señor Ramón era su padre, ¿verdad? —Su cara de asombro pareció sorprenderle porque con una tímida sonrisa les aclaró—: He visto su nombre en el registro y desde el principio, cuando anoté la reserva, supuse que el apellido tenía algo que ver. Su padre era una persona exquisita y educada, difícil de olvidar. Sentimos mucho el fatídico accidente que acabó con su vida y la de su guía y amigo. Esperamos que este viaje pueda acercarlos más a sus últimos días y a comprender el inmenso amor que su padre sentía por nuestro país. No quiero molestarlos más, espero que disfruten de nuestra hospitalidad. Buenas tardes.

—Un momento, por favor. —Ágara vio la oportunidad—. Por lo que veo mi padre estableció lazos de afecto con esta ciudad y sus habitantes. El motivo de nuestra visita es conocer de cerca este mundo que tanto le fascinaba. No sé si usted podría darnos alguna pista sobre su vida aquí en Lhasa y qué personas frecuentaba. Como puede imaginar, su perdida fue muy dolorosa para mi hermana y para mí y nos gustaría conocer algo más sobre esa otra vida que le mantenía alejado de nosotras.

—Señorita Ágara, su padre era una persona excepcional y por ello mismo se ganó el respeto y el afecto de la gente que como yo tenía el privilegio de tratarlo en sus sucesivas venidas a Lhasa, pero también era una persona sumamente discreta en lo personal y nunca hablaba de sus asuntos privados con nosotros. Había un hombre que solía acompañarlo, un guía turístico, suponemos, pero lamentablemente falleció en el mismo accidente, en la travesía hacia la frontera de Nepal. Fue una mala suerte que el monzón se adelantara dificultando la bajada por esa carretera abismal y peligrosa. Créame si le digo que nosotros también lamentamos enormemente su pérdida, pero creemos que su padre eligió cómo vivir y no debemos violar su intimidad intentando conocer cosas y

circunstancias que ya no conseguirán devolverle a la vida. Y ahora, si me disculpan, tengo que atender a los clientes. Gracias por aceptar este pequeño refrigerio y espero que disfruten de la ciudad y su gente hospitalaria.

Ágara iba atando cabos y comentó, nada más irse el hombre:

—¿Te das cuenta? Nada es casual y está visto que mi padre estableció lazos de afecto en sus sucesivas visitas con esta gente. No creo que haya nada oscuro en su ofrecimiento de hospitalidad, pero tal vez si conseguimos seguir el hilo podamos, con insistencia, conocer algo más de esta historia. Hay una cierta reticencia por su parte a hablar en profundidad sobre la vida de mi padre en sus múltiples visitas. No sé, pero es extraño. No sabría decirte si en sus palabras he notado respeto o una advertencia sutilmente deslizada. Lo que está claro es que de aquí no vamos a sacar nada más en limpio. Ellos dan por hecho que fue un accidente y nosotros no tenemos por qué dudar de que así sea, pero tal vez nos pueden poner en contacto con alguien más que haya tenido relación con mi padre en sus sucesivas visitas. Creo que de momento no tenemos por dónde empezar, y eso no me tranquiliza. Ahora vamos a dar un paseo por la ciudad, quiero ver su luz al atardecer. Tal vez al difuminarse la luminosidad encontremos el misterio que Lhasa debe desprender en su viaje nocturno. Y ese mismo misterio nos abra por fin alguna pista que ahora se nos escapa.

La ciudad era fascinante en sus últimos retazos de luz. Emanaba una sensación de no intromisión ni violencia. Solo el magnífico Potala, sobre la ladera, resplandecía con su lienzo blanco vertical y su preciosa estupa dorada intentando tocar el manto de estrellas en un despertar espiritual. Parecía crecer aún más hacia la inmensidad del llamado techo del mundo. Verdaderamente la búsqueda está dentro de cada uno y tal vez las respuestas también, pero hay lugares en la tierra que te acompañan y ayudan a ahondar en ella, a no tener miedo y a pensar que tocar el cielo no es tan difícil si dejas a tus dedos y a tu imaginación volar sin intermediarios ni piedras en los bolsillos.

Había sido un gran día lleno de sensaciones, de imágenes, de olores, con un aire que te quemaba los pulmones, pero que

realmente te purificaba, descubriendo un mundo en el que la oscuridad parecía no tener cabida.

Ágara sentía que tener a Íñigo a su lado era la mejor opción para no querer irse nunca más de allí, al menos hasta descubrir la verdad sobre una de las personas más importantes de su vida.

Durante los dos días siguientes ambos disfrutaron recorriendo la ciudad, los puestos de los artesanos que aún quedaban en el Tíbet, las estupas y el maravilloso palacio de verano en el que un jovencísimo y curioso dalái lama gustaba pasar grandes temporadas dedicado no solo a su trabajo espiritual, sino a sus aficiones sobre descubrimientos y artefactos. En 1953 la entrada del ejército chino le obligó a huir y desde entonces habitaba fuera del país.

El palacio Norbulingka es un lugar hermoso, lleno de jardines y creado para el descanso y la meditación. Uno puede imaginarse habitando esa llamada «Joya del parque» construida en 1780. Con sus preciosos y frondosos jardines, su lago como un gran y generoso corazón y la rica policromía de sus cornisas rematando tejados apergolados. Llamaba la atención la utilización del color en sus fachadas, la proliferación de figuras mitológicas y el pan de oro que constantemente aporta una luminiscencia distinta, como la de los rayos del sol. Los dos se quedaron cautivados por tanta belleza y equilibrio. Al tercer día, la sensación de impotencia y pérdida de tiempo empezó a hacer mella en Ágara.

—No sé, Íñigo, pero este lugar único empieza a parecerme una ratonera, siento que me falta el aire, no solo el real, sino el psíquico. No sabemos por dónde empezar, todo está idílicamente parado y no tenemos a nadie a quien preguntar porque no sabemos nada sobre la vida de mi padre aquí. Supongo que alguien debe haber notado que estamos de visita, no es una ciudad tan grande y tú y yo no tenemos precisamente aspecto de tibetanos. Vamos a intentar averiguar cuál era su restaurante favorito, supongo que no tendrán inconveniente en el hotel en recomendárnoslo.

—Me parece muy bien, pero antes me gustaría que te olvidases un poco del tema. No me has hecho ni caso desde que llegamos y tengo necesidad de saber cómo puedo respirar este aire tan espeso mientras te beso o si tendrás que hacerme respiración asistida.

—Jaja. —Ágara no tuvo más remedio que abandonar el ceño fruncido y soltar una enorme carcajada—. Eres un demonio, pero tienes razón, será romántico y excitante hacer el amor en estas alturas y comprobar después que continuamos vivos. Bromas aparte, no quiero dejar de agradecerte que hayas venido conmigo a este rincón apartado del mundo, aunque ahora acabo de descubrir tu verdadero motivo…

La pareja pasó toda la mañana disfrutando el uno del otro y combatiendo el frío con caricias que poco a poco consiguieron calmar la ansiedad y decepción por los pobres resultados obtenidos hasta ese momento.

El mismo hombre de la recepción, que casi actuaba como el dueño del hotel, les recomendó un restaurante al que por lo visto Ramón era asiduo. Se llamaba Jiqu y estaba en una calle cerca del centro, la calle Beijín.

Era famoso por su comida autóctona y también por su ubicación discreta dentro del hotel Kyichu. Les garantizaba la calidad y autenticidad de una cocina rica en platos tibetanos y nepalíes.

Después de dar muchas vueltas encontraron el dichoso hotel. En su interior, estaba el restaurante, que además les sorprendió con unos preciosos jardines y mesas al aire libre. Inmediatamente, Ágara entendió por qué era el restaurante favorito de su padre. La atmósfera era de ensueño, con una rica vegetación y el arrullo y frescor del agua que manaba de una fuente central. La decoración era típicamente tibetana con la cromaticidad que los adornos imprimían a los edificios por todas partes. Los cuatro colores fundamentales componían cenefas en los frisos del cuadrado en el que se ubicaban los jardines. Las tres plantas debían contener las habitaciones y una galería en la zona inferior abrazaba con sus pilares rojos todo el espacio cálido y acogedor del recinto. Por varias esquinas se veían las típicas pantallas metálicas en el suelo, que atrapaban la luz del sol y ayudaban a caldear el espacio.

—Esto es una maravilla, no me extraña que mi padre viniese con asiduidad. Además, el lugar es tremendamente discreto y oculto desde el exterior. Un sitio perfecto para reunirse con su enlace y pasar desapercibidos. Lo que no se me ocurre es a quién abordar

para preguntarle si recuerdan a alguien con su nombre, espero que hablen inglés y podamos entendernos.

Después de pedir las bebidas, el encargado les trajo unos menús, cortos pero perfectamente ilustrados con descripciones, fotografías y precios. Ágara estuvo a punto de ponerse a gritar, esa carta había estado en sus manos en uno de los viajes en los que su padre, a su vuelta, intentaba hacerles partícipes de sus vivencias en Lhasa.

—No puede ser, este menú estaba en nuestra casa, era uno de los muchos recuerdos que papá nos traía mientras nos explicaba entusiasmado cada detalle o anécdota relevante de su viaje. Es obvio que aquí venía no solo para degustar una buena cocina. Vamos a pedir e intentaré sonsacar algo al encargado.

La comida era un absoluto disfrute, todo estaba riquísimo y era fácil entenderse con el servicio en un inglés un tanto básico pero apto. La carne de yak era deliciosa y Ágara aprovechó un momento entre plato y plato para inocentemente tocar el tema.

—Es delicioso —el *maître* les había preguntado sobre el sabor del yak—, teníamos muchas ganas de probarlo. Sabe, mi padre era un enamorado de esta tierra y siempre nos habló de este restaurante y la calidad de su cocina, tal vez usted se acuerde, se llamaba Ramón, era alto y muy amable. Teníamos una agencia de viajes y esta era una de sus rutas favoritas. Lamentablemente perdió la vida aquí, en uno de sus viajes, hace ya diez años.

La expresión del *maître* cambió radicalmente, pasando de la amabilidad a la preocupación. Ágara no sabía muy bien cómo interpretar su cambio de actitud, pero algo estaba pasando por la mente de un hombre cuyos rasgos orientales habían abandonado esa expresión risueña y apacible.

—Lo siento, lo siento mucho, señorita; don Ramón era una persona muy querida por nosotros, él nos recomendaba siempre a sus clientes. Por supuesto que lo recuerdo. Fue muy triste, para todos, cuando nos enteramos de la tragedia. Nunca entendimos por qué quiso hacer esa ruta tan peligrosa y ya con el monzón amenazando, pero supongo que su amor por las montañas le hizo arriesgarse hasta el punto de perder la vida junto con el guía que siempre le acompañaba y con el que almorzaba aquí muy a menudo.

Y ahora, si ustedes me disculpan, tengo que seguir atendiendo las mesas.

—Disculpe que le moleste, ¿usted no podría facilitarnos más información sobre sus últimos días, algo en particular que recuerde o si hay alguien con quien él se reunía además del guía? Se lo agradeceríamos eternamente.

—Lo siento mucho, pero lamentablemente no tengo más información que la que le he dado. Él era muy discreto, venía a comer solo o acompañado a veces, y se iba tranquilamente después de dejar una buena propina. Siento no ser de más utilidad. Espero que sigan disfrutando de la comida, les obsequiare con un té de jazmín si me lo permiten.

El *maître* se alejó, aún con la expresión taciturna, y desapareció en el interior del restaurante durante un buen rato. Las mesas y los camareros seguían su rutina sin él.

—No sé, te repito que hay algo extraño en el comportamiento de la gente en cuanto les pregunto por mi padre y sus últimos días con vida. Creo que todos le apreciaban, pero, por alguna razón, no quieren tocar el tema. Supongo que no es muy agradable ni da buena prensa que alguien acostumbrado a viajar pierda la vida de manera tan imprudente. También es extraño que no haya pruebas de dicho accidente. Creo que el carácter discreto e introvertido de las gentes de esta tierra no va a ayudarnos a encontrar lo que estamos buscando, pero presiento que hay algo que se nos escapa. Desde luego, no pienso tirar la toalla porque ahora estoy convencida de que las venidas de mi padre tenían algún objetivo, más allá del turístico, y quién sabe si su muerte no está relacionada con ello.

»Tomaremos el té, es mano de santo para la altura, y mañana seguiremos intentándolo. Vamos a dar un paseo tranquilo de vuelta al hotel. ¡Esta ciudad me atrapa cuando cae la tarde y su luz la hace aún más pequeña y humilde! Me encanta la sobriedad de una iluminación tan tenue en contraste con nuestras ciudades atestadas de contaminación lumínica y mostrando siempre esa excesiva imagen de abundancia. Dos absolutamente diferentes formas de vida y ambas conviviendo en el mismo universo. Una que cambia a la velocidad del hombre, en Occidente, y otra que ha decidido

quedarse parada en el tiempo, sin prisa, sin ambiciones más allá de la mera supervivencia, en un limbo eterno y en el respeto por unas creencias que para ellos son suficientes y no los obligan a la lucha diaria que a nosotros nos asfixia, más incluso que este aire denso y cortante.

Dejaron el restaurante acompañados del *maître*, que amablemente había salido a despedirlos deseando verlos de nuevo.

La cara del hombre había recuperado su hierática sonrisa y nada parecía alterarle. Cómo la fisonomía de ciertas razas nos hace indescifrables sus emociones y nos crea una especie de desierto empático…

Las calles seguían su movimiento circular y la luz iba cubriendo los contornos con un velo sedoso y tranquilo. Se sentían extraños en medio de gente tan distinta, pero no abrigaban ninguna inquietud sabiéndose a tanta distancia de sus espacios conocidos. Viajar es eso, ser capaz de fundirte y fluir en otro paisaje como si lo que dejas atrás nunca hubiese existido.

—Cariño, no quería interrumpir tu soliloquio, pero hay una mujer que estaba en el restaurante y viene siguiéndonos desde que lo dejamos. No es de aquí, porque va vestida a la europea. ¿Quieres que paremos y la dejemos pasar o quieres que entremos en algún lugar para estar seguros de que no somos un objetivo?

—No tiene ningún sentido, nadie nos conoce aquí. Son imaginaciones tuyas. Supongo que, si alguien quiere comunicarse con nosotros por algún motivo, es mucho más fácil hacernos llegar un mensaje al hotel, porque es indudable que estamos bajo vigilancia desde que hemos pisado suelo tibetano. Siempre he tenido la sensación de que nos estaban esperando, tanto en el hotel como en el restaurante, y eso no parece casualidad. De todas formas, es fácil saber si nos está siguiendo o son fantasmas que nos imaginamos desde que salimos de España. Hay una joyería de artesanías un poco más adelante, la vi cuando veníamos, vamos a entrar para ver los collares de plata, son preciosos y verás cómo nuestra centinela pasa de largo, tranquilo.

Efectivamente, al final de la manzana, una tienda pequeña con una puerta antigua tallada en madera exhibía en sus escaparates

collares de una gran belleza, hechos de cuentas en forma alargada y entrelazadas entre sí por eslabones preciosamente trabajados en plata. Ágara quiso probarse uno y, cuando se vio en el espejo, se quedó hipnotizada por su brillo y delicadeza, sintió el frío metal acariciando su cuello e irradiando esa luz que solo la plata sabe robar a la luna.

—Es precioso y le queda estupendamente. Ese tipo de trabajo solo lo pueden hacer los artesanos tibetanos, lástima que casi todos hayan emigrado a Nepal para no estar bajo el yugo del Gobierno chino. —Quien así hablaba era una mujer de edad indefinida, buenos modales y vestida con sencillez a la europea, con cierta elegancia natural—. Perdone que me presente, me llamo Nicole Aubert, soy francesa, pero llegué a esta tierra y me enamoré, de eso hace más de treinta años. Ahora ya no podría vivir en otra parte. Le repito que el collar le sienta maravillosamente bien, yo no me lo pensaría mucho.

Ágara se vio sorprendida por los comentarios, su fascinación por las joyas de plata le hicieron pasar por alto la figura de la mujer, acercándose sutilmente a ella. Íñigo estaba expectante, sus sospechas se habían materializado y era obvio que la extranjera los había seguido desde una cierta distancia con la intención de entablar conversación con ellos a la primera ocasión. La discreta tienda parecía el lugar más idóneo.

—Muchas gracias —Ágara se giró bruscamente hasta enfrentar a la mujer, sin agresividad, pero con bastante cara de pocos amigos. Empezaba a no gustarle todo lo que estaba pasando a su alrededor y comenzó a sentir la sensación de peligro tras analizar tranquilamente los acontecimientos—, es usted muy amable, pero no entiendo muy bien el motivo de que nos siguiera desde el restaurante, como es evidente. No conocemos a nadie en la ciudad y nos gustaría saber el porqué de su interés en que compre este collar.

—Tranquila, Ágara, porque ese es su nombre, ¿verdad? No tiene por qué desconfiar de mí, nada más lejos de mi intención que perturbar su estancia en Lhasa y más tras los tristes acontecimientos que provocaron la enorme pérdida de su padre. —La mujer sacó una tarjeta de su *clutch* de mano y se la tendió a Ágara con gesto

amable—. Esta es mi dirección, me encantaría invitarlos a un té, cuando les venga bien. Creo que podemos hablar de muchas cosas que tal vez le interesen. Pero, por favor, intenten venir a una hora discreta, cuando puedan ubicarlos en su habitación, descansando. Aquí todo se sabe, no olviden que el país está bajo un régimen comunista, aunque hayan querido disfrazarlo de autonomía y aparente libertad, lo cual les permite seguir ingresando en sus arcas los beneficios que el turismo deja anualmente. Aquí todos estamos sutilmente vigilados y bajo sospecha, en cuanto se detectan movimientos no puramente turísticos. Las paredes hablan y las personas no son tan discretas como aparentan. Les aconsejo que sigan haciendo turismo tranquilamente y no pregunten a nadie cosas que no les van a poder contestar y en cambio les pondrían en la diana de gente no tan pacífica como podría suponerse en esta tierra tranquila de meditación y eternidad. Si no lo encuentran necesario, no se sientan obligados a visitarme. Es un gran y único país en el que hay mucho que ver y mucho que aprender. Viajar al Tíbet es como viajar al centro de uno mismo, sin filtros, enfrentando la dureza de las montañas, sus piedras grises, que nos devuelven una imagen de lo que somos como seres humanos, solitarios y perdidos, sin nada que disimule o palíe esa soledad existencial. Cruzar las montañas es emprender un viaje iniciático en el que el único equipaje que sirve, además del necesario para soportar el frío, es el equipaje de la mente y el alma. Si ese equipaje está vacío, la travesía será muy dura, se lo aseguro. No todas las personas lo aguantan. La luz te hiere y su frío abrasador te explica el nomadismo como solitaria y genuina forma de vida, sin ataduras, sin objetivos, sin prisa, porque no hay que ir a ninguna parte más valiosa que en la que ya estás, con el único fin de tener una vida en armonía con uno mismo y con el universo. Por eso la maleta puede venir casi vacía, pero el corazón y la mente regresan llenos. Bueno, los estoy entreteniendo demasiado. Gracias por atenderme, y ahí tienen mi dirección, los espero.

»Ah, y cómprese ese collar, está hecho para su cuello, ¿no cree? —Esta última pregunta iba dirigida a Íñigo, que contemplaba la escena a cierta distancia.

Nicole desapareció con la misma delicadeza que había aparecido. El hombrecillo de la tienda había contemplado a las mujeres sin entender mucho, salvo el interés en venderle algo a esa bella turista y su amigo. No obstante, había saludado a Nicole con respeto y familiaridad. Ágara compró el collar más por tranquilizar al dependiente que por otra razón. No quería despertar sospechas y la preciosidad de la joya y su precio asequible bien justificaban la visita y el inesperado encuentro.

—Íñigo, estoy muy confusa, tenías razón. Está claro que aquí estamos siendo monitorizados desde el principio, de ahí los trámites que son necesarios para visitar el país. Empiezo a pensar que nada es tan idílico como parece. Es como un decorado en el que los personajes se mueven indiferentes, manipulados por unos hilos invisibles que controlan todo. No sé a ti, pero a mí esa mujer no me parece una espía mandada por el Gobierno ni nada parecido. Es europea, ¿a fin de cuentas qué interés puede tener ella en reunirse con nosotros? No tenemos nada que pueda interesarle, y por su forma de hablar del sistema de Gobierno de este país tampoco parece feliz con el régimen comunista. Ella viene de una nación que pasó por la guillotina a los reyes absolutistas y a muchos más a lo largo del tiempo. No creo que le parezca admisible un sistema en el que las consignas de la revolución, igualdad, libertad y fraternidad, no están ni se las espera.

—Vamos paseando al hotel y a solas, en nuestra habitación, pensamos en cómo manejar la situación, pero cada momento que pasa me siento menos tranquilo y con bastantes ganas de coger un avión de vuelta. Tampoco entiendo que tu padre, una persona culta y evolucionada, se encontrase cómodo en un sistema social y político como este. Sabemos que el dalái apenas tenía quince años cuando firmó el acuerdo por el que el Tíbet se anexionaba a China, obviamente fue forzado cuando ya las tropas habían invadido el país. Por eso pienso que una vez superada la fascinación inicial tenía que haber alguna razón poderosa para tantas venidas.

Nada más llegar al hotel, el hombre de la recepción les hizo entrega de un sobre.

—Señorita, han dejado este sobre para ustedes, no tiene remite y solo nos ha pedido la persona que lo ha traído que les fuera entregado en persona. Buenas noches, espero que hayan disfrutado del restaurante. Si quieren tomar algo ligero no duden en hacérmelo saber, se lo serviré en el salón de huéspedes. —La sonrisa no había desaparecido de su rostro ni un momento y la amabilidad se derramaba como un líquido untoso sobre el mostrador—. Por cierto, señorita, qué bonito collar, me alegra ver cómo valoran las artesanías tibetanas. Será un precioso recuerdo para cuando vuelvan a su país. A propósito, ¿tienen ya decidido el número de días que piensan quedarse?, solo es para no aceptar reservas, su habitación es de las mejores, como habrán podido observar. Solo con que nos avisen con un par de días de antelación es suficiente. Muchas gracias por su comprensión.

Al entrar en la habitación, les invadió la sensación de tranquilidad y seguridad que estaban necesitando. Todo continuaba en su sitio, el termo con el agua para el té, que siempre estaba en la mesita junto a la ventana, seguía fiel, esperando el momento en que los huéspedes necesitasen aliviar la presión de la altura.

A través del ventanal, las luces del atardecer bañaban el cuarto con una inocente atmósfera de calma y armonía que en ningún momento remitía al desasosiego que sus huéspedes traían después de los últimos acontecimientos. La vista del Potala seguía siendo impresionante y la ciudad iba poco a poco durmiéndose, acunada por los sonidos de los molinillos y los *tingshas*, platillos o crótalos para la meditación que al tocarse emiten una vibración relajante y mágica.

Ágara cogió el sobre con impaciencia, la falta de remitente hablaba de un contenido protegido por el anonimato de alguien interesado en darles una información que quién sabe si los podría ayudar en su búsqueda. Les sorprendió el contenido pulcramente escrito.

Estimados amigos: Las enseñanzas de Buda (el que despertó) son una fuente de sabiduría e inspiración que todos debemos

tener como guía en nuestras vidas. Aquí les dejo algunas de las más valiosas:

«El dolor es inevitable, pero el sufrimiento es opcional».

«Aquello que niegas te somete, aquello que aceptas te transforma».

«La reflexión es el camino hacia la inmortalidad, la falta de reflexión es el camino hacia la muerte».

Espero que estos consejos los acompañen en un pronto regreso a su país.

Alguien que solo intenta cuidarlos.

NAMASTÉ

El mensaje resbaló de las manos de Ágara. Era un texto de todo menos tranquilizador.

—Esto es una amenaza velada, quieren que nos vayamos y dejemos de hacer preguntas. Tengo miedo y cada vez estoy más segura de que la muerte de mi padre no fue casual. Todos los pensamientos van en la misma dirección, aceptación, elección de la vía menos arriesgada, incluso la muerte ante una decisión irreflexiva que por lo visto es la de quedarnos y averiguar qué ha pasado.

—Vamos a hacer una cosa —Íñigo trataba de pensar rápido el camino a seguir—, descansaremos un rato y luego bajaremos a tomar el té y un refrigerio. Después nos subiremos a la habitación dando las buenas noches. Supongo que a lo largo de la madrugada habrá otra persona en la recepción. Propongo salir muy temprano, un poco antes de que la ciudad empiece a despertarse y a tener movimiento. No creo que alguien piense que no estamos descansando plácidamente. Buscaremos la dirección de Nicole y le haremos una visita algo intempestiva. Tenemos que averiguar qué información tiene y si nos sirve de algo. Ágara, si no tenemos una pista esto es como buscar una aguja en un pajar. Nadie nos ayudará y además esto se está volviendo peligroso. Los regímenes comunistas, tanto en Oriente como en Occidente, son expertos en hacer desaparecer a la gente cuando suponen una molestia o sospechan que quieren entrometerse en sus férreas e inescrutables entrañas. La paranoia y el totalitarismo van siempre de la mano,

todo el que no está con ellos es un enemigo, así de simple. Si conseguimos averiguar algo, nos quedamos, y si no lo mejor es que busquemos un vuelo para mañana mismo, esto no me gusta nada y es todo menos un idílico viaje de aventuras.

—Entiendo tu preocupación y tienes razón, pero cada vez estoy más segura de que algo le pasó a mi padre y no me iré sin averiguar la verdad, y si tengo que denunciarlo lo haré ante un organismo internacional. Mi vida ha dado un giro inesperado en los últimos días. He pasado de buscar la historia de un caserío y sus habitantes en el siglo XVIII a enfrentarme con la posibilidad de que la muerte de mi padre no fuese un accidente. Si descubro que fue así, nos iremos con el dolor de haber compartido los últimos paisajes transitados por él y tal vez me ayude a entender su amor por estas tierras, pero si hay algo más, quiero saberlo, es lo menos que puedo hacer por el hombre más maravilloso que he tenido en mi vida, aparte de ti. —Sonrió a Íñigo y le dio un tierno beso, intentado calmar su desazón —. A las cinco de la mañana saldremos para visitar a Nicole. Estaremos atentos por si alguien nos sigue hasta despistarlos, pero no creo que a esas horas nadie piense que unos turistas sean capaces de echarse a la calle por muy impulsivos y entrometidos que sean.

—De acuerdo, valiente, ese es el plan. Ahora, si no te importa y dada la incertidumbre de lo que puede ser mañana nuestra vida, vamos a disfrutar de estar juntos, porque yo te sigo queriendo y necesitando y me gustaría recuperar a la Ágara que conocí en un valle cuando ninguna amenaza parecía cernirse sobre nosotros.

Ágara e Íñigo dedicaron el resto de la tarde a amarse apasionadamente, sin prisa, en una entrega sin límites que les volvería a recordar quiénes eran y por qué estaban en un lugar tan insólito, solos, juntos y cómplices, siguiendo la estela de lo que habían descubierto y sentido el uno por el otro en mitad de un valle verde, frondoso y bañado de mil lluvias. Ese amor, que ahora refrendaban echando de menos, sin decirlo, la vieja casona de piedra y maderos, la chimenea encendida y el paisaje amigo y protector al que esperaban poder volver algún día. Mientras, el

Potala vigilante arrojaba sobre sus cuerpos, a través de la ventana, toda la magia y solemnidad en ese momento de intimidad buscada y necesitada.

Eran dos seres desalojados de su espacio, queriéndose, en el techo del mundo, el lugar más cerca de las estrellas, sin saber lo que el día siguiente podía depararles.

Si hay algo capaz de aislar a alguien de todo, del espacio y del tiempo, es el éxtasis, la fusión, la capacidad que tiene el amor para que dos almas se derramen la una en la otra. Y en ellos anidaba más amor del que habrían podido imaginar.

Se vistieron, aún con los cuerpos tibios y la huella de las caricias en su mirada, antes de que fuera tarde para disfrutar de un té y algunos dulces tibetanos. El plan era aparentar normalidad y comportarse como una pareja de enamorados haciendo las rutinas habituales.

En la recepción les indicaron amablemente que serían atendidos enseguida. Se sentían reconfortados y decididos a no dejarse amedrentar, estaban juntos en esto y su futuro como pareja también estaría sujeto a su vínculo y complicidad para afrontar esta y otras situaciones que podrían presentarse a lo largo del recorrido. En una pareja, la lealtad y el compromiso a la hora de emprender una vida en común no solo refuerzan el pacto, sino que lo justifican. Íñigo estaría al lado de su chica en todo lo que aconteciese, demostrando la profundidad de sus sentimientos. Había encontrado a la mujer de su vida y no estaba dispuesto a perderla por comodidad o cobardía. En ocasiones anteriores, la falta de entrega y la tibieza a la hora de asumir las relaciones de pareja le habían pasado factura y esta vez no permitiría que eso sucediese de nuevo. Ágara se sentía segura, apoyada y, sobre todo, cada vez estaba más segura de que estando juntos todo lo que podría atemorizarla sería disuelto como un azucarillo. Adiós a la soledad experimentada desde la muerte de Ainoa, su gran puntal en la vida.

A las cinco en punto, después de algunas horas de sueño intranquilo, se dispusieron a recorrer la ciudad. Con unos sencillos

jeans y unas sudaderas de color discreto cruzaron sigilosamente la recepción comprobando con alivio que el mostrador estaba vacío. Seguramente habría un timbre conectado con alguna habitación en la que la persona encargada del turno de noche pudiera ser avisada en caso de necesidad.

La ciudad los recibió en penumbra y con el aire aún más lacerante sobre sus mejillas. Seguía siendo increíble el espectáculo de las montañas, protectoras y amenazantes sobre el mágico Potala y las calles de Lhasa.

Se prometieron que, en caso de salir indemnes de todo el proceso, tomarían un coche para adentrarse en el corazón y las arterias del Himalaya, se lo debían al hombre que había perdido la vida, antes de tiempo, atrapado por las cumbres y la cercanía del sol, en un viaje hacia el abismo.

En el mapa tenían señalada la dirección exacta de Nicole. Era una calle en el centro de la ciudad, pero relativamente tranquila. Tampoco había mucha circulación a esas horas y los caros todoterrenos de los habitantes chinos que a veces exhibían su lujo y poder en las calles principales debían estar durmiendo el sueño de sus amos en sus cocheras. Andaban tranquilamente, aparentando dar un placentero paseo en la última madrugada tibetana.

La constante vigilancia entre las sombras los hacía detenerse de vez en cuando ante alguna tienda o monumento. Todo aparentaba normalidad. La idea de presentarse a esas horas en casa de una desconocida no era muy ortodoxa, pero ambos pensaron que una llamada anunciando la visita podía ser usada para tenderles una trampa. No sabían nada de la enigmática mujer, pero, si su intención era ayudarlos, no le sorprendería que llamasen a su puerta sin avisar y a horas tan intempestivas.

La casa era típicamente tibetana, pequeña, con dos alturas y unos balcones a la calle protegidos con contraventanas pintadas en colores, que a esa hora permanecían cerradas a cal y canto. Los muros blancos resaltaban aún más los perfiles de los marcos en un rojo burdeos y el entramado de madera en un azul verdoso, el color de las turquesas que tanto proliferan en el país.

El símbolo infinito tan común en las cortinas y marquesinas, llamado nudo eterno, recuerda a sus habitantes la sabiduría infinita de Buda. También simboliza el cambio, la vida está cambiando constantemente en infinito movimiento. Es curioso que una cultura aparentemente inmovilista tenga en este bello dibujo un homenaje al cambio constante asociado al camino de la sabiduría eterna, con una idea nuclear. «Todo es sagrado porque forma parte del ciclo de la vida». Este símbolo es de los más representativos junto con la flor de loto y las ruedas de plegaria que, en su constante girar, por momentos recuerdan al rosario en la religión católica, ya prácticamente en desuso. Estas y otras muchas reflexiones ocupaban la mente de Ágara ante la visión de la casa de Nicole.

La puerta principal tenía un pequeño llamador y un timbre en un lateral discretamente incrustado en una pieza de madera tallada. Durante un momento, Ágara dudó, Íñigo la abrazó por la espalda en un gesto tranquilizador. Pulsó el pequeño timbre mientras su cuerpo temblaba por el frío y la angustia. La puerta tardó en abrirse y ya casi estaban a punto de marcharse cuando, por una de las ventanas de la planta baja, apareció la cara de Nicole sin atisbo de sobresalto invitándolos a pasar al interior.

La chimenea del amplio y acogedor salón ardía caldeando el ambiente y los ánimos. Nicole los recibió sonriente, vestida a la moda europea, con un conjunto de algodón cómodo que envolvía estilosamente su figura. Era una mujer atractiva con un toque de elegancia natural que daba a sus movimientos una cadencia suave y precisa.

—Me alegra mucho que hayan decidido venir a visitarme y esta hora me parece la más adecuada si quieren pasar desapercibidos ante posibles controles por parte de alguien en el hotel o quién sabe dónde. Como les decía, en este país, la libertad es un decorado para los turistas, pero el Gobierno chino, como todos los regímenes comunistas, es experto en manipulación y control y, si es necesario, eliminar todo lo que suponga una intromisión en su bien engrasada maquinaria de hacer seres adocenados, sometidos y sin posibilidad de pensamiento propio. Si vivieran aquí un tiempo, verían como todo ese mundo de paz y armonía que el budismo tibetano representa es

totalmente incompatible con la filosofía totalitaria y alienante del comunismo, según la cual, el ser humano es un ser inútil e indefenso necesitado de que alguien superior marque sus designios controlando sus ideas, su economía e incluso su planificación familiar. Aquí, quien se sale del carril es un disidente y un enemigo del poder y, como consecuencia, del pueblo. Pero soy una mala anfitriona al no ofrecerles un té caliente a estas horas tan poco templadas. Tengo un té delicioso con leche de yak que creo ya han probado, pero aún no en una casa tibetana.

—Por favor, Nicole, no queremos molestarla, bastante atrevimiento por nuestra parte es habernos presentado a esta hora y sin avisar, pero entienda que queríamos estar seguros de que nadie conociese nuestros planes. Aquí es todo el mundo aparentemente inofensivo, pero cuando ayer llegamos a nuestro hotel teníamos un sobre con unos pensamientos maravillosos pero nada tranquilizadores, es más, creemos que eran amenazantes. —Ágara mostró la carta a Nicole—. Yo solo quiero averiguar qué pasó realmente con mi padre, el porqué de sus viajes y si hubo algo extraño en su muerte. Nuestra única pista puede ser usted y, si no puede ayudarnos, temo que tendremos que marcharnos antes de que todo se complique más, aunque para mí sería muy frustrante no poder averiguar la verdad de lo que le pasó.

—Querida niña, ¿me permites que te hable de tú?, podrías ser mi hija y en parte así lo siento. Yo no pude tener hijos y la muerte de mi marido me dejó un enorme vacío que nada ha sido capaz de llenar. Como puedes comprender, esa carta no está dirigida a ti por un tibetano y menos budista. Es una burda usurpación de la sabiduría que desprenden las enseñanzas del budismo con el único fin de disfrazar las amenazas, con una sutil y protectora invitación a que dejéis de investigar y volváis a vuestra casa. Esos son sus métodos, al principio inocentes y taimados, y a medida que ven incumplidos sus imperativos se pueden convertir en crueles e incluso mortales.

Nicole preparó un delicioso y humeante té que sirvió en unas preciosas tazas de porcelana sobre una bandeja de fibra trenzada de bambú. Después de servir el té en las tres tazas, se acomodó en un

sillón dispuesta a responder a las mil preguntas que a Ágara se le agolpaban en la garganta.

—Conocí a tu padre a través de mi marido. «Nadie», como así figuraba en el código de comunicación secreto que ambos tenían, era un hombre maravilloso y culto, su nombre real era Öser, que quiere decir «el que ilumina el camino», y bien que me sentí iluminada por él. Nos conocimos en París, en un congreso sobre cultura y turismo al que él asistía en calidad de dueño de una agencia tibetana de viajes. Era un hombre profundamente espiritual y comprometido con su país y sus tradiciones ancestrales. Amaba esta tierra y quería que el mundo entero la amase y conociese. Él tenía la utópica idea de que solo a través del conocimiento y la apertura a la gente de países democráticos se podría llamar la atención sobre la situación política en el Tíbet y tal vez así, a través de instancias internacionales, conseguir que este país pudiera recuperar su autonomía real y la liberación del yugo comunista. Yo le admiré en su lucha desde el primer día, me enamoré como una colegiala y le seguí hasta aquí, de lo cual nunca me he arrepentido. Os podéis imaginar el cambio que para mí supuso dejar París para vivir en Lhasa, pero el amor es un sortilegio que no necesita justificación para ninguna de las decisiones que tomas cuando sientes que lo has encontrado y es lo único que te importa. Mi vida cambió, pero fue maravilloso y mágico. Viajábamos mucho, pero mi viaje favorito era él. Él me enseñó tantas cosas que me habría sido difícil descubrir en la Sorbona o en esas calles sofisticadas y atractivas de mi ciudad natal… Como decía mi querido Saint-Exupéry: «Lo esencial es invisible a los ojos», él amaba volar y sus vuelos nocturnos eran su verdadero amor, hasta perder la vida en uno de ellos.

»Cuando llegamos a Lhasa, después de casarnos en París tan solo dos semanas después de habernos conocido, me di cuenta de que Öser era mucho más que un hombre de negocios amante de su país. Trabajaba en una red de servicios de inteligencia introducida en el ala más radical y peligrosa del Gobierno chino. Su idea no era tanto distorsionar la imagen que el mundo tenía de un país aparentemente abierto al capitalismo y que iba ganando en tolerancia, mi marido

buscaba contactos con el exterior que pudieran influir en un cambio de actitud del Gobierno comunista sobre la situación del Tíbet, algo lamentablemente imposible. Tu padre contactó con él en un principio porque le gustaba el perfil de nuestra agencia y más tarde se hicieron grandes amigos. Venía con tu madre, me recuerdas mucho a ella, y era estupendo compartir con los dos todas las maravillas de esta bendita tierra. Supimos de la enfermedad de tu madre y su posterior fallecimiento, algo que dejó a tu padre sumido en una enorme depresión y tristeza. Aquí se reconfortaba espiritualmente y recorría los paisajes que habían compartido juntos para alimentarse de sus recuerdos.

—Nicole, lo que no entiendo es por qué nunca nos habló de vosotros, de vuestra amistad. Por qué nunca nos hizo participes de su profunda tristeza y soledad. Ahora pienso en lo que debieron ser para él esos últimos diez años. Por qué nos sacó a mi hermana Ainoa y a mí de su vida, de sus sentimientos. Por qué nunca vinimos con él si tanto amaba esta tierra. Solo nos llevaba libros, algunas preciosas joyas y nos hablaba de las comidas, el paisaje y su ruta favorita, que consistía en regresar a España desde Katmandú habiendo hecho antes el recorrido por carretera, a través de las montañas, hasta la capital de Nepal. Decía que era un viaje iniciático que le reforzaba para volver a esa parte de la civilización tan distinta y nerviosa en la que estaba nuestra casa. Muchas veces teníamos miedo de que le pasase algo durante ese viaje difícil y arriesgado, pero él era feliz y eso nos compensaba.

—Vuestro padre nos visitó las primeras veces por placer. También había descubierto en esta forma de vida valores que le atraían y de los que quería impregnarse, sobre todo a raíz de la muerte de vuestra madre. Pero, a partir de un momento, las visitas tenían otra clase de objetivos. Vuestro padre no os hacía partícipes de sus idas y venidas porque quería protegeros, porque tenía miedo de que os pasase algo. Eso es todo, es así de sencillo.

El sonido del timbre en medio de la madrugada los obligó a parar repentinamente la conversación. Nicole no entendía quién podía llamar a esas horas, pero no intuía nada bueno. Les pidió que subieran a la planta de arriba sin hacer ruido y esperasen. El timbre

sonó con mayor insistencia y Nicole miró por la ventana antes de abrir. Se sorprendió al ver en la puerta al hombrecillo de la tienda de joyas en la que el día anterior había abordado a Ágara.

—Buenos días, Gelong, ¿qué te trae por aquí a estas horas?, pero pasa, será mejor que entres y me cuentes el motivo de tu visita. Me alegré mucho de que la mujer española te comprase el collar, verdaderamente era un trabajo precioso.

—Buenos días, señora Nicole, perdone que me presente en su casa sin avisar y sin ser invitado. Ayer por la tarde vinieron dos hombres a mi tienda. Querían saber si yo le había vendido el collar a la pareja española. Por supuesto, les dije que sí, pero ellos insistieron en saber si habían hecho preguntas o hablado de algo ajeno a las joyas. Cuando les contesté que todo había transcurrido con normalidad y únicamente habíamos hablado sobre el precio de la joya, se marcharon. Señora Nicole, no me gustó su actitud y quisiera advertir a la pareja, por si tienen algún problema. No sé si usted tiene idea de dónde están, para avisarlos. Como sabe, mi mujer trabaja en el hotel atendiendo por la mañana a los huéspedes y sirviéndoles el desayuno y esta madrugada, cuando acudía a su trabajo, vio a la pareja salir discretamente. Por suerte, nadie más en el hotel debe haber notado su ausencia, mi mujer me llamó inmediatamente para contármelo. Creo que no es seguro para ellos andar por las calles. Solamente quería advertírselo, por si ellos deciden venir a visitarla. Me di cuenta de que usted les dio su tarjeta en mi tienda. No sé cuál puede ser su relación con ellos, pero no me gusta que anden preguntando sobre mis clientes.

Ágara e Íñigo intentaban adivinar desde el piso de arriba qué estaba pasando, pero Nicole y el visitante hablaban en tibetano, por lo que no podían entender una palabra. El tono rápido y quedo de la conversación los inquietaba. Tal vez los habían visto salir del hotel y alguien estaba buscándolos, o a lo mejor era un tema privado de su anfitriona que no tenía por qué generarles ninguna inquietud.

—Muchas gracias, Gelong, has hecho bien en venir a avisarme, la pareja de españoles está aquí en mi casa y está claro que las cosas se están poniendo difíciles para ellos. Tendrían que volver al hotel sin ser vistos, aparentar normalidad por la mañana y considerar la

posibilidad de tomar el primer avión de vuelta a España, pero no creo que lo hagan. Ella tiene motivos profundos para averiguar algo sobre su padre y yo puedo ayudarla, si es que no interviene antes alguien. Usted sabe cómo son las cosas desde la ocupación china de este país.

—Señora Nicole, yo puedo llevarlos al hotel y hacerles entrar por la puerta de atrás, por la que entra el servicio. Mi mujer nos ayudará. Pero tenemos que irnos ya, antes de que la actividad en las habitaciones delate su ausencia. Usted siempre me ha ayudado mucho y su marido traía a mi tienda a todos sus clientes. He vendido muchas joyas gracias a ustedes y si puedo servirle de ayuda lo haré encantado y agradecido.

Nicole llamó a los chicos advirtiéndolos de que podían bajar sin miedo.

—Ágara, podéis bajar sin problema, Gelong es de toda confianza. Ha venido para avisarme de que están haciendo preguntas sobre vosotros. Su mujer trabaja en el hotel y os vio salir esta mañana. Es mejor que volváis a la habitación para no despertar sospechas, él os introducirá por la puerta de servicio. Mañana nos reuniremos en el restaurante de ayer. Yo tomaré una habitación. Mandadme un mensaje al teléfono que está en la tarjeta que os entregué y yo os mandaré otro con el número de habitación. Y ahora marchaos lo antes posible. Vais en buenas manos.

—Mil gracias, Nicole. —Ágara era un manojo de nervios, jamás, cuando decidieron emprender ese viaje, habría imaginado que se encontrarían en una situación como esa, indefensos y sin saber realmente por qué los estaban vigilando y acosando—. Confiamos en ti, no tenemos otra alternativa. Esto cada vez me gusta menos. No sé si tendríamos que tirar la toalla y marcharnos lo antes posible, Íñigo.

—Niña, ya supongo lo que estás sintiendo y eres libre de hacer lo que consideres mejor. Mañana hablaremos y después tomáis las decisiones que os parezcan oportunas. Pero tu padre se merece que alguien, y quién mejor que su hija, se interese por el motivo de su desgraciado accidente. Es hora de que os vayáis. Hasta mañana.

La pareja siguió a Gelong sin la absoluta certeza de no ser víctimas de una encerrona. No tenían otra opción. Había que confiar en alguien y el hombrecillo parecía ser una persona de confianza de Nicole. Después de saludarlos obsequioso y sonriente, los condujo por calles mucho más recónditas y apartadas que las que ellos habían transitado en su recorrido anterior.

—Señora Nicole muy buena. Ayuda mucho. Confiar en ella y en mí. Ustedes entrar por la pequeña puerta. Yo hablaré con encargado recepción para distraer. —El inglés macarrónico del tibetano era lo suficientemente explícito como para que poco a poco recuperasen algo de tranquilidad.

Al llegar a la parte trasera del hotel, Gelong los hizo entrar sigilosamente por una puerta pequeña algo camuflada en el muro blanco. La mujer, a la que ya conocían de servirles solícitamente el desayuno, les indicó con un gesto tímido la escalera de servicio por la que rápidamente se perdieron. Gelong, como les había dicho, se dirigió a la recepción para intercambiar un saludo familiar y sin prisa con el encargado. Se conocían, y estar en el mostrador tantas horas era tremendamente aburrido. El hombre agradecía cualquier tipo de distracción que le hiciese más ameno su trabajo a primera hora de la mañana, cuando aún los clientes no necesitaban de sus servicios.

Cuando la pareja se encontró por fin en su habitación, a salvo y sin haber sufrido ningún contratiempo, los nervios jugaron una mala pasada a Ágara, que se desplomó en la cama con un llanto que tenía muchos nombres. Era la tensión, el miedo, la impotencia y el dolor ante la certeza de que, por supuesto, el accidente de su padre no había sido fortuito. Íñigo intentaba calmarla con un abrazo lleno de ternura, pero también se sentía impotente ante el curso que estaban tomando los acontecimientos.

—Es horrible, cariño. Y lo que siento es haberte involucrado en esta aventura por algo de lo que tú no eres responsable en absoluto. Siento como si me estuviesen arrancando las entrañas y no puedo dejar de pensar cómo debieron ser las últimas horas de vida de mi padre. Pienso en su afán por apartarnos de todo y protegernos, en los momentos que pasaba solo en su despacho, con la mirada clavada en algún punto más allá de la materia, y en cómo echo de

menos a Ainoa, su fortaleza, su sonrisa, segada por algo intangible, capaz de cambiar la vida de tanta gente sin ni siquiera conocer su origen o aspecto. Y no sabes tampoco lo importante para mí que es tenerte cerca. Lo siento, siento hacerte pasar por todo esto. Ahora veo que con mi huida al caserío intentaba anestesiar mis emociones y ausencias. Las piedras me dieron una falsa sensación de estar a salvo y me agarré tanto a esas paredes, que conocer su historia se convirtió para mí en una obsesión. Me parece todo tan lejano e irreal que no sé si algún día podré seguir indagando en gentes extrañas con las que nada me une. Creo que he estado viviendo otra vida en una burbuja inventada y que ahora ineludiblemente tengo que enfrentarme a la realidad. Y no me gusta, Íñigo; esta realidad no me gusta y no quiero vivir en ella. Echo de menos los montes, el río bañando mis prados, los troncos de haya en la chimenea y nuestras sencillas cenas en la cocina. Por favor, te pido que si volvemos alguna vez no me dejes salir del valle nunca más. —Las lágrimas brotaban de los ojos de Ágara como manantiales tibios, liberándola de un dolor viejo que habitaba en ella desde hacía demasiado tiempo—. Nunca más, prométemelo.

—Vamos, vamos, tranquila. Está bien, todo va a estar bien, ya verás, espero que Nicole pueda poner las piezas que faltan en este puzle, nadie ha notado nuestra ausencia y, por suerte, estamos en un lugar público donde no creo que se atrevan a entrar. Ahora date una ducha caliente y en un rato bajamos a desayunar, yo estoy muerto de hambre. Y no vuelvas a decir esas cosas absurdas sobre involucrarme en algo ajeno a mí. Ágara, no estoy aquí por casualidad y no es ninguna encerrona por tu parte. Estoy aquí porque tú tenías que venir y yo no tengo nada mejor que hacer en mi vida que estar contigo hasta el final y ayudarte. Me imagino lo duro que está siendo esto para ti, yo también siento una enorme impotencia, pero saldremos de ello, no sé si con toda la verdad que necesitas, pero saldremos. Y no te voy a permitir que salgas del valle nunca más —Íñigo ponía cara de niño travieso haciendo esta afirmación—, a no ser que propongas un viaje maravilloso para conocer mi querida tierra, Argentina. Sé que te encantará, y te aseguro que allí nunca te sentirás una extraña una vez que te has

acostumbrado a mi acento porteño que te hace tanta gracia, como a todos los españoles. —Íñigo la abrazaba sonriendo, cambiando de tema para aplacar su llantina y distrayéndola con bromas inocentes. Estaba acostumbrado a superar dificultades en la vida y sabía que su tranquilidad era el mejor antídoto contra la congoja que inundaba el alma de Ágara.

Tras darse una abundante y reparadora ducha, la pareja disfrutó de un copioso desayuno. No eran conscientes del hambre que tenían después de pasar casi una noche en vela recorriendo callejuelas y con el temor metido en el cuerpo.

—Ahora vamos a dormir un rato hasta la hora del almuerzo, estoy muerto y además no sabemos lo que nuestro encuentro con Nicole puede depararnos. Cuando subamos, buscas su teléfono y le mandas un mensaje, era la consigna para conocer en qué habitación nos espera. No sé por qué, pero siento que estamos a punto de conocer la verdad de lo que le pasó a tu padre y, con un poco de suerte, y si no se tuercen las cosas, podremos volver a Madrid en un día o dos y poner en manos de organismos internacionales o del Ministerio del Interior todo lo que hayamos averiguado y nos permita reclamar una investigación exhaustiva sobre los hechos. Y ahora vamos a nuestra habitación tranquilamente como dos tortolitos que han decidido pasar una mañana en una apasionada y romántica intimidad.

Durmieron profundamente. Pasadas las dos de la tarde se dirigieron al magnífico restaurante al que habían acudido el día anterior y buscaron una mesa tranquila junto a los jardines. El móvil de Ágara ya registraba un mensaje con el número de habitación en la que Nicole los esperaría.

La comida transcurrió sin incidentes y siguieron degustando la cocina tibetana y la amabilidad del servicio. El *maître* los había reconocido y los saludó sonriente y tranquilo al comprobar que sus clientes no volvían a hacer preguntas.

Al finalizar, después de pagar la cuenta y dejar unos *srangs* de propina, se dirigieron a la parte oriental del vestíbulo, donde se encontraban las escaleras que accedían a las habitaciones superiores. Todo estaba tranquilo, el hotel tenía una decoración

mestiza entre tibetana y europea que le confería una estética acogedora y elegante. Hacia la mitad del pasillo, localizaron el número que Nicole les había enviado por mensaje. Se pararon un momento intentado escuchar ruido en el interior. La habitación parecía vacía, así que tocaron con los nudillos la puerta, intuyendo que por fin iban a conocer las circunstancias de la muerte de Ramón y su amigo Öser.

Al momento la puerta se abrió mostrando a una Nicole sonriente vestida con una falda larga floreada y un suéter de cuello vuelto a tono con uno de los colores que floreaban la tela.

—Gracias por venir, este es un lugar seguro y podemos disfrutar de una cierta tranquilidad. Mi marido recomendaba a todos sus clientes este hotel y nadie nos delatará. Aparte, podréis suponer que, salvo excepciones, nadie en este país simpatiza con el régimen de Pekín.

—Gracias a ti, Nicole, por arriesgarte a cualquier represalia si se enteran de que nos has citado. Tenemos que confesarte que estamos llenos de dudas, incluso a veces tenemos miedo de ser víctimas de alguna trampa. No conocemos a nadie y nunca pudimos imaginar que la situación, en un país como este, se nos escaparía de las manos. Creo que las cosas son más complicadas y peligrosas de lo que podíamos suponer y no queremos ponerte en una situación difícil cuando nos vayamos, que esperamos sea pronto. Ahora, si crees que puedes continuar la conversación donde la dejamos y de una vez por todas explicarnos todo lo que sepas sobre los motivos de mi padre para venir tantas veces y lo que realmente pasó, te lo agradeceríamos. Suponemos que también es duro para ti remover todo lo que sucedió hace diez años y volver a enfrentarte a la pérdida de tu marido y no queremos alargar esta situación mucho tiempo.

—Al contrario, Ágara —Nicole servía solícitamente el té de jazmín que había preparado para la reunión y que tanto ayudaba a templar los ánimos—, para mí será una liberación. No sabéis el tiempo que llevo esperando a que esto ocurra, a que cualquiera de vosotras, tu hermana o tú, encontraseis algún indicio que os hiciera sospechar de la versión oficial. Nunca pensé en localizaros y sembrar la

incertidumbre en vuestras vidas. Suponía que vuestro padre os quería a salvo y que aceptar el trágico accidente era más fácil y tal vez más sanador que remover las cosas e introducir la dolorosa idea de un asesinato. Porque realmente a vuestro padre y a mi marido los asesinaron, provocándoles la caída por el precipicio.

Ágara no pudo controlar las lágrimas ante la certeza de lo que hasta el momento era una simple sospecha. Su padre no había sufrido ningún accidente y ellas habían vivido en un limbo durante más de diez años.

—En el lugar del accidente había huellas de dos todoterrenos, como los que usan los habitantes chinos en el Tíbet, derrapando justo en el punto en el que el vehículo se precipita al vacío. Yo pude comprobarlo cuando me avisaron, aunque días más tarde desaparecieron y nadie quiso investigar.

»Ágara, sé que esta certeza que tú ya barruntabas está provocando en ti un inmenso dolor y lo siento, aún más ser yo la portadora de tan terrible y siniestra verdad. Es una larga historia que se remonta a los años de presidencia de la República Popular China de Hu Jintao, desde el 2003 al 2013. Era un burócrata que intentó modernizar el país con tecnócratas que consiguieron un gran crecimiento económico durante su mandato. Fue secretario del partido en la Región Autónoma del Tíbet y, tal vez por influencia de los años vividos en esta región, siempre buscó la construcción de una sociedad armoniosa, próspera y libre de conflictos sociales. Creía en la diplomacia y buscaba un entendimiento pacífico con los demás países. Es el primer líder del partido comunista sin credenciales revolucionarias importantes. Era una persona discreta y reservada y todo indicaba que, a pesar de su talante conservador, las cosas podrían ir cambiando a una apertura y una democratización que hubiera convertido a este país en una gran potencia mundial respetada y admirada.

»Como podéis imaginar, no todos dentro del aparato estaban felices con esta deriva. Hay facciones muy radicales que siguen creyendo en el comunismo totalitario y despótico que marcó y engañó durante años a varias generaciones de chinos. Los servicios de inteligencia europeos estaban al tanto de que este grupo fascista

en la sombra estaba decidido a demostrar que el poder de China era imbatible y que las democracias occidentales era castillos de naipes que en cualquier momento podrían derrumbarse. Solo hacía falta un detonante para crear el caos y destruir una civilización, según ellos débil, edificada a lo largo de los siglos a base de logros y conquistas que habían costado mucha vidas para florecer y cambiar el rumbo de los ciudadanos en dichos territorios. Las luchas contra los regímenes absolutistas, la instauración de la democracia en la mayoría de ellos y el respeto por los derechos humanos eran para nuestros amigos síntomas de debilidad y derivas que el capitalismo iba a convertir en fuente de desigualdades y grupos de poder. Para esos fanáticos el único grupo de poder en la tierra merecedor de dirigir los destinos de las personas era, por supuesto, el suyo. Habían destruido las tradiciones ancestrales de su pueblo, habían pisoteado la sabiduría milenaria que había guiado el corazón de tanta gente y simplemente se limitaron a sustituir el poder existente por otro aún más alienante en el que el Estado sería el único al que se le permitía pensar y tomar decisiones sobre la población. Un mundo de autómatas. Hay un libro maravilloso que os pondría frente a esa realidad, se llama *La montaña del alma* y su autor, Gao Xingjian, es además un pintor excelente y fue premio nobel en el año 2000. Con esto quiero llegar al punto en el que vuestro padre recibe una llamada del Ministerio del Interior para que, dada su experiencia y conocimiento de este país, aproveche sus múltiples visitas para contactar con la disidencia tibetana. Por supuesto, tu padre se lo pensó seriamente, era un hombre de paz y cultura y no un revolucionario. Amaba este país, pero no hasta el punto de complicarse la vida y menos complicárosla a vosotras.

—Pero, Nicole, ¿quién pudo contactar con mi padre?, él se movía en círculos culturales, no políticos, y su carácter era lo más opuesto que yo conozco a un tipo que quiere meter la nariz en la vida de los demás y poner en riesgo su tranquilidad.

—Ya lo sé, querida, pero tu padre tenía un gran amigo, creo que era vuestro abogado, con contactos en el ámbito de la política, y sabía que era la persona adecuada, ya que nunca, por su trabajo, levantaría sospechas. Vuestro padre se negó en redondo al principio,

pero ahí entra mi marido en escena. En uno de sus viajes, por fin Öser se sincera con él y le habla de su relación con gente de Pekín que busca la liberación del Tíbet y tiene infiltrados en las zonas oscuras del radicalismo. Tu padre se identifica con mi marido y de alguna manera le pone en conocimiento del plan desestabilizador que el servicio de inteligencia del Reino Unido y Alemania han detectado entre miembros nostálgicos de los regímenes anteriores.

—Me puedo imaginar su lucha interior ante la disyuntiva de ser útil y tal vez evitar algo terrible o continuar con su vida tranquila y sin sobresaltos recorriendo los monumentos del mundo. Pero conociéndole tengo claro qué camino elegiría a pesar de todos los riesgos, que fue el que eligió, por supuesto. Su marido debió ser un hombre excepcional para involucrarse en una lucha tan desigual, como se demostró tras el acoso que sufrieron. Mi padre era un idealista y un romántico y creía que las personas tenemos en nuestras manos mejorar el espacio en el que nos ha tocado vivir. Él lo hizo durante toda su vida y nos regaló esa filosofía como forma inequívoca de elegir nuestros caminos, el de mi hermana y el mío. —Ágara se emocionaba profundamente a medida que las razones de vida de su padre iban aflorando en las confidencias de Nicole.

—Por supuesto, en un momento dado —Nicole continuó su relato —, y casi de forma fortuita, tuvieron acceso a los planes destructivos de dicho grupo radical. Conste que estoy segura, ellos así lo pensaban, de que el Gobierno chino estaba al margen de estas maniobras, porque de estar en su conocimiento supongo que las habrían abortado. Hu Jintao era contrario a crear conflictos políticos y sus relaciones con Occidente eran inmejorables. Cualquier acción desestabilizadora que surgiese de su Gobierno estaría en contra de sus planes de desarrollo, a todos los niveles, para posicionar a China como un gran país capaz de hablar al mismo nivel a las grandes potencias mundiales. También Rusia durante el primer mandato de Putin parecía ir en la misma dirección. Nadie quería volver a la guerra fría y menos a una tercera guerra mundial. Pareció entonces que se abría un periodo en el que las hostilidades había cesado y una parte del mundo podía dormir tranquila. Pero siempre hay alguien que no está de acuerdo y para quien la palabra PAZ no

significa nada en contraposición con la palabra PODER. Alguien decidió alterar el orden de las cosas y mi marido se reunió en Pekín con el confidente que le iba a trasladar la peor de las noticias y la confirmación de que las cancillerías europeas y americanas estaban en lo cierto al sospechar de una amenaza imposible de imaginar en mentes en su sano juicio. Mi marido consiguió la documentación que acreditaba a qué nivel el peligro inminente estaba llegando al final de su planificación y al punto de implosión. Se lo quería confiar a tu padre a fin de hacérselo llegar a las autoridades de vuestro país y poder así abortar una catástrofe con repercusiones incalculables. Pero no lo consiguieron. —La mirada de Nicole se nubló de lágrimas y sus manos se retorcían una y otra vez en una muestra de dolor e impotencia que estaba marcando su vida desde hacía diez años.

—Nicole, lo siento, lo siento tanto…, no quiero que se atormente más. —Ágara se acercó a ella para abrazarla, quizás en un intento de abrazarse a sí misma también por tantos sentimientos compartidos—. Si conseguimos esos documentos y las pruebas del plan de sabotaje que causó la muerte de mi padre y su marido, los haremos llegar a quien corresponda y pueda frenar esa locura, porque de momento aún no han llevado a cabo su objetivo, por lo que veo.

Las lágrimas de Nicole cesaron por un momento y se dirigió a Ágara con una tierna y triste sonrisa.

—Querida niña, qué inocente eres. ¿Qué crees que ha matado y sigue matando a cientos de miles de personas en el mundo? ¿No te das cuenta de que en parte lo consiguieron? Sembraron el dolor, el miedo y la muerte por todos los países que creían tener el control sobre sus economías y su sanidad. Asesinaron a los ancianos y a la gente más vulnerable y la hambruna y la miseria ha crecido exponencialmente cebándose en los más débiles. ¿Cuál es la única economía que aún no ha sufrido esa debacle? La economía China, ¿y de dónde ha salido el material sanitario para el resto del mundo? De este país. Se supone que estaban desarrollándolo en un laboratorio como arma letal y algunos intentan hacernos creer que fue un accidente. Pero hay pruebas de que eso no fue así. Sabían que tu padre viajaba con toda la documentación en la que se describe

minuciosamente el plan y cuál era la composición mixta del virus, creado para ser mortal. Por eso los interceptaron cuando viajaban a Katmandú por carretera, en una ruta que tu padre había hecho varias veces. Mi marido quería acompañarlo hasta Kodari, la ciudad fronteriza donde le esperaban para llevarlo a la capital de Nepal. Pero no llegaron más allá del lugar fatídico en el que los obligaron a despeñarse. Ahora ya lo sabéis todo. Es así de sencillo y cruel y la prueba está aún por todas partes y en muchos hospitales. Solo la rápida creación de la vacuna, algo con lo que no contaban, ha impedido una catástrofe aniquiladora irreversible. Pero, si no se los frena a tiempo, lo volverán a intentar. ¿Qué te pasa?

Ágara era un mar de lágrimas, había enmudecido y su cuerpo rígido era incapaz de articular ningún movimiento. La parálisis emocional que le estaban produciendo las confesiones de Nicole iban más allá de la tristeza o la incredulidad. De repente, fue consciente de que las dos personas más importantes que tenía en su vida habían desaparecido por el mismo motivo, víctimas de una maquiavélica maquinación, dejándola sumida en una profunda soledad de la que aún no había podido desprenderse. Esa conspiración había segado la vida de Ramón y de Ainoa al igual que la vida de tantos padres, abuelos, hermanos, hijos y seres queridos de millones de personas. Gente que se fue antes de tiempo sin ni siquiera poder despedirse, a veces en la soledad de una cama de hospital.

La crueldad de una pandemia que separaba a la gente de sus familias, que no les permitía ni siquiera viajar para estar cerca de los seres amados, que había destruido el trabajo y los sueños de tantas personas ante unos gobiernos que muchas veces se movían entre la ignorancia, la prepotencia e incluso un autoritarismo sin escrúpulos. Todo ese dolor y el de tanta gente se agolpaba a las puertas de su memoria con imágenes cercanas e imposibles de olvidar. Les habían robado las caricias, los besos, las sonrisas y nadie se las devolvería nunca más, porque muchas de esas personas a las que no te podías acercar se fueron, dejando un enorme vacío en la vida de los que seguían respirando, pero con heridas que sangraban y no sabíamos cuándo podrían cicatrizar.

—Es que no os dais cuenta de lo que todo esto significa. Usted, Nicole, ha perdido a su marido, y yo he perdido a la familia que me quedaba por culpa de una conspiración inhumana. Lo que parecía una catastrófica coincidencia tiene el mismo origen, en la ambición de poder de unos cuantos psicópatas que se sienten únicos depositarios de la verdad y con pleno derecho a programar la vida de los demás. Nadie puede dominar el mundo si no es destruyéndolo por completo. Todas las civilizaciones que se creían indestructibles terminaron sucumbiendo, o bien por decadencia o por la conquista de otros que a veces surgieron de la nada. No sabéis lo terrible que es para mí descubrir que la pérdida de mi padre y de mi hermana son obra de la mano del hombre y se podían haber evitado.

Ágara hablaba a borbotones, presa de una congoja plenamente justificada.

El mundo, su mundo, se le deshacía entre las manos como un castillo de arena y lo peor era constatar que ya no tenía remedio y nunca, pasase lo que pasase, Ramón y Ainoa volverían.

—Ya supongo lo duro que es para ti saber la verdad, así, tan crudamente. Ser consciente de las consecuencias que estos movimientos radicales han desatado en la humanidad, pero no podemos negar la evidencia. China es ya la segunda potencia mundial por detrás de EE. UU. Su crecimiento en esta era no es tanto ideológico como tecnológico. Han emprendido la conquista del mundo a través de la investigación en todos los ámbitos. Están desarrollando trabajos sobre inteligencia artificial, computación cuántica, robótica, coches autónomos. 143 000 000 000 es la inversión para desarrollar chips y parques solares. Quieren plena autonomía energética y para ello trabajan en la fusión nuclear y en más de cien plantas de fisión. Además, esta energía la exportan, creando redes clientelares. También implementan ayudas y préstamos a países en desarrollo, por lo que estos países estarán bajo su dominio a través de la deuda. Para ello están construyendo conexiones mediante seis corredores comerciales, en la nueva ruta de la seda. El plan es «una iniciativa global de desarrollo y expansión». Ya tienen capital metido en infraestructuras y puertos en España, la estatal Cosco en Valencia y Bilbao, Alemania o Grecia.

Están desarrollando una estrategia de transporte civil que en cualquier momento podría convertirse en bélica. Es una nueva guerra fría tecnológica que les permitirá tener el control geopolítico. Todo ello a cambio de una terrible represión hacia la disidencia, limpiezas étnicas incluidas. Para ellos los derechos humanos son un amenaza existencial, un freno hacia la consecución de un nuevo orden mundial en el que China será el centro del mundo.

—Lo que no entiendo es cómo Occidente no es consciente de este plan silencioso y soterrado de penetración. —Íñigo no daba crédito a todo lo que Nicole estaba relatando—. ¿Qué pasa con nuestros departamentos de inteligencia, con la Unión Europea, con el todopoderoso USA? ¿Nadie es consciente de lo que está pasando?, ¿cómo hemos podido caer en la trampa tan fácilmente? Ahora entiendo el peligro que suponía para el grupo radical el que Ramón aportase documentación a nuestros países acerca de la amenaza que en algún momento llevarían a cabo contra Occidente.

—No es tan fácil de detectar. Es otra cultura y otra forma de comportamiento y de relaciones sociales y familiares. El individuo no importa nada, solo el proyecto común diseñado por unos pocos.

»Tengo en mi poder documentación exhaustiva sobre la investigación y expansión posterior del virus. De sus consecuencias a nivel económico y social. Quiero que os llevéis todo el dosier para ponerlo en manos de las autoridades europeas. Ya no podemos hacer nada contra la pérdida de tantas vidas humanas, pero sí poner sobre la mesa el nivel de crueldad y las posibles acciones futuras que pueden seguir desarrollando hasta cumplir sus objetivos. Todo lo que necesitáis está en poder de Gelong, en la tienda. Era el único lugar seguro que se me ocurrió. Ahora pasaréis por allí y, además de recuperar el archivo, compraréis alguna joya. Os aconsejo abandonar el hotel mañana a primera hora. Tenéis que simular vuestra partida por avión, pero yo os mandaré un coche a las nueve de la mañana que os pondrá en la ruta por tierra que debéis seguir para que no os puedan interceptar en el aeropuerto. Será la misma ruta que hicieron tu padre y mi marido y que os llevará a Kodari, en la frontera con Nepal. Allí, ya a salvo, os llevarán a Katmandú, donde tomaréis el avión de vuelta a España. Solo puedo desearos mucha

suerte y ojalá toda la información llegue a buen puerto y podamos frenar esta locura. Toma esta sortija —era una pieza preciosa con forma de cabalgadura en oro y con un bellísimo coral en el centro—, es muy antigua y quiero que la tengas de recuerdo, tu padre estaría feliz viéndotela en la mano y espero que algún día, cuando todo esto se aleje, volváis para conocer de otra forma diferente este maravilloso país.

Nicole se despidió de ellos con la mirada nublada por la emoción y la sensación de que nunca más volvería a verlos. Ellos tenían un futuro en otro lugar del mundo, entre montañas y ríos, lejos de la violencia y el desatino y con tiempo suficiente para ver crecer la hierba.

Se despidieron con una enorme lástima por esa mujer elegante y tranquila a la que le habían arrebatado gran parte de su vida, aunque ella siguiese resignada viviendo entre los escombros que le quedaban.

Se dirigieron quedamente a la tienda de Gelong. El hombre los recibió con la misma cordialidad de siempre. Enseñó a Ágara otro precioso collar, esta vez con cuentas de coral y turquesas. Era un pectoral y les hizo un buen precio. Al recoger el collar vieron cómo, en la misma bolsa, Gelong introducía unos *pendrives* que debían contener toda la información necesaria. Ágara sintió un estremecimiento al tocarlos con sus manos. Guardó la bolsa en su mochila y se despidieron del hombre dándole las gracias por todo. Gelong les deseó mucha suerte, también para él sería una liberación, pensaron, desprenderse de los archivos que en caso de ser descubiertos podrían haberle llevado a la cárcel e incluso a la muerte.

La pareja se dirigió al hotel, no sin cierto temor de que alguien los hubiese seguido desde el restaurante. Llegaron sin ningún incidente deseando subir a su habitación y preparar el equipaje. Lo que no podían imaginar era el espectáculo que encontraron al entrar en ella. La habitación estaba totalmente revuelta, con todo patas arriba, los cajones abiertos y vaciados, el colchón fuera de su sitio y sus maletas volcadas y con toda la ropa por el suelo.

La ventana estaba abierta. El viento batía las contraventanas dibujando un escenario que era un absoluto caos de desorden y violencia. Era evidente que quien había entrado o estaba buscando los archivos o tenía la intención de asustarlos y demostrarles que no habría límites y que eran capaces de llegar hasta donde hiciera falta para hacerles desistir de sus indagaciones.

Íñigo llamó a recepción indignado, pidiendo por favor que alguien subiera inmediatamente para ver en qué estado habían dejado sus cosas después de un exhaustivo y desconsiderado registro. Rápidamente subieron sin dar crédito a lo que estaban contemplando y deshaciéndose en disculpas y lamentos.

—Por favor, lo sentimos muchísimo. Nunca había pasado una cosa así en este hotel, no sé cómo han podido acceder por la ventana. Estamos desolados. Llamaremos a la policía inmediatamente. Mientras tanto, les pido que me acompañen a otra habitación. Comprueben por favor si les falta algo y, si no es así, nosotros nos encargaremos de poner sus cosas en orden y del traslado. Mientras, les rogamos nos acepten un té para calmar los ánimos. Sabemos que este episodio debe ser muy desagradable para ustedes y más por tratarse de este hotel que era para su padre como su casa. Lo repito, les pido disculpas.

—Ya imaginamos que no es nada grato para ustedes un episodio como este. —Íñigo intentaba mantener la calma ante el estado de *shock* de Ágara—. Por favor, no llamen a la policía, no queremos complicaciones porque precisamente mañana íbamos a tomar el avión de vuelta a España, y no podemos retrasar el viaje. Dejaremos nuestras cosas recogidas, no sin antes comprobar que no falta nada, y bajaremos a tomar el té mientras ustedes preparan otra habitación y trasladan nuestras maletas. Muchas gracias.

—Íñigo, vámonos, no quiero estar en este país ni un minuto más, vamos a recoger todo, me da igual lo que se hayan llevado. No puedo aguantar más todo esto. No estoy preparada aún para superar mis emociones viejas, y menos con todo lo que nos ha contado Nicole, como para enfrentarme a otras nuevas. Por favor, Íñigo.

—Cariño, sé cómo está siendo de duro todo esto para ti, pero tenemos que actuar como si no pasase nada. Mañana nos recogerán a las nueve y simularemos ir al aeropuerto. No podemos permitir que nos detengan y se queden con los archivos, esto es muy gordo. Va más allá de ti y de mí, va de toda una civilización y una cultura que ha luchado a través de los siglos por una forma de vida que quieren destruir. Impondrán su filosofía de vida, sus valores. Se destruirán las conquistas sobre los derechos humanos y la libertad individual y seremos como números bajo el yugo de un pensamiento único. No podemos huir de toda esta realidad. Iremos a la frontera, será un viaje a través de las montañas y lo vamos a disfrutar. Confía en mí, déjame que te abrace fuerte, verás como todo esto pasa y volvemos a nuestra vieja normalidad de hayedos y robles, pero ahora tenemos que seguir adelante. —Íñigo rodeó a Ágara con un largo y profundo abrazo hasta que sintió su corazón tranquilo y su mirada libre de miedo.

Comprobaron que como suponían todo estaba en la habitación, ni siquiera se habían llevado el collar de plata. Hicieron las maletas, las cerraron con clave y bajaron a tomar ese delicioso té que se había convertido en el único aliado de su angustia. Les dieron su nueva ubicación, pagaron la cuenta del hotel y comunicaron que dejarían la habituación antes de las doce. No había desaparecido nada de su equipaje y les rogaron que no informasen a la policía hasta después de su partida. Había huellas suficientes como para averiguar quiénes habían invadido su habitación, pero también estaban seguros de que tendrían buenos contactos en la policía para evitar cualquier escarmiento.

La pareja subió a su nuevo alojamiento, mucho más discreto y sin las maravillosas vistas al Potala. Ya no había nada más que hacer en Lhasa, solo querían salir de allí y las horas se les hicieron eternas mientras sus cabezas no paraban de dar vueltas registrando toda la terrible información, y conscientes del peligro que estaban corriendo. Podrían acabar con ellos sin problema y ninguna persona sabría de su paradero. El viaje había sido improvisado y nadie en el valle sabía nada de su precipitada escapada al Tíbet y menos el motivo. Nadie reclamaría ni intentaría buscarlos en un lugar tan apartado como

insólito. Realmente había sido una temeridad, sin apenas información, lanzarse a la aventura en un país con un férreo régimen comunista, y más aún saltarse los controles para averiguar la verdad sobre el accidente de Ramón.

Bozate

10 de agosto de 1774

Asier, amor mío, perdona mi tardanza en contestar tus cartas, pero mi vida ha pasado por muchas dificultades en los últimos tiempos y no solo por el hecho de estar separada de ti. Únicamente tu recuerdo consigue llenar mis días y la imagen de nuestros encuentros en mi borda mágica, así como de las primeras veces que nuestras miradas se cruzaron, me ayudan a sobrellevar tanta tristeza y soledad. Me alegra saber que el Nuevo Mundo te está tratando con benevolencia, eso hará que no sea tan duro para ti estar lejos de tu familia y amigos, así como de nuestro amor. Siento en el alma que el haberme cruzado en tu camino haya supuesto la separación de tus padres y la pérdida de la vida a la que estabas acostumbrado, a fin de cuentas para mí todo permanece igual, con los trabajos en el campo y en la carpintería de padre, también continúo con mis plantas medicinales tratando de aliviar el dolor de la gente, algo que como tú sabes he de hacer a escondidas si no quiero ser acusada de brujería.

Tu partida me señaló sin yo quererlo. Todos me hicieron culpable por osar poner mis ojos en el heredero de Uxoa, y bien sabes que esa no era mi intención. Luché como pude con mis sentimientos al igual que tú, pero solo conseguí amarte más cada día.

No me importa el futuro, solo con el privilegio de haberte conocido y compartir momentos tan maravillosos en tus brazos me doy por recompensada. Jamás en mi miserable vida pude soñar con alguien así iluminando mis días. Solo tu mirada me sirve de alimento en mitad de mi soledad. Yo sé que, tal y como me repites y ruegas en tus cartas, te gustaría que tuviera el valor de escaparme y atravesar medio mundo para unirme a ti. Te aseguro que es la imagen que una y otra vez se repite en mis sueños, pero por ahora es imposible.

Amor mío, ahora paso a relatarte algo que me hubiese gustado contarte mucho tiempo atrás, antes de tu partida. Lo que te voy a decir no quiero que siembre en ti ni una gota de desvelo, solo deseo compartir contigo algo maravilloso y a la vez triste. Cuando nos despedimos la última vez, ya sabía que dentro de mí crecía una criatura fruto de nuestros encuentros. Ya latía en mis entrañas y, a pesar de todo, jamás me arrepentiré de ello. Perdóname, mi vida, si no tuve el valor de decírtelo, sabía que de contártelo jamás habrías tenido fuerzas para dejarme. Habríamos condenado a nuestra hija, porque hemos tenido una niña, una preciosa niña rubia y con los ojos verdes como el agua casi igual a su madre, a una vida de sufrimiento y marginación.

Sabía que todo sería aún más difícil para nosotros y sobre todo para ella. Vivimos en un mundo injusto que no entiende de sentimientos y antepone a ellos las normas, aunque eso rompa el corazón de dos seres cuyo único delito ha sido amarse. Te quiero con toda mi alma y no podría soportar verte sufrir con los agravios que tanto tú como yo, y sobre todo nuestra hija, habríamos tenido que soportar. La parte más triste es que tanto mi familia como la madre abadesa a la que pedí ayuda me obligaron a darla en adopción so pena de tener que abandonar el valle con ella en brazos y sin sustento alguno. Imagínate la tristeza que inunda mi alma.

Sé que está en buenas manos, con una familia acomodada de Pamplona que no ha tenido la suerte de tener hijos propios. La madre abadesa me mantiene informada sobre su estado.

La niña nació el día 8 de este mes y apenas me dejaron verla. Solo les hice un último ruego, que la bautizaran con el nombre de Uxoa en homenaje a ti y a tu heredad. No me importa ser repudiada por los míos, tu familia no tiene conocimiento de todo lo que te cuento, no creo que conocer a nuestra preciosa niña cambiase su manera de pensar respecto a nosotros. Por si quieres saberlo, no les guardo rencor; gracias a ellos y a pesar de todo tú llegaste a mi vida y es lo más hermoso que me ha pasado nunca. Ahora que ya te he contado lo que atenaza mi corazón, entenderás mi tardanza en responder a tu carta. Yo estoy bien, recuperándome del alumbramiento. Nuestra hija es fuerte y sana. De mi soledad y tristeza es difícil recuperarme. Voy todos los días a nuestra borda para encontrar consuelo en tu recuerdo. No me olvides nunca, Asier, te quiero con todo mi corazón y así será eternamente.

Tuya,
Ainara

Lhasa

2021

A las nueve en punto y después de despedirse en la recepción, aparentando una calma que no tenían, subieron al coche que los esperaba rumbo al aeropuerto. Tras serpentear por algunas calles secundarias, vieron que el conductor, que apenas había esbozado una sonrisa, enfilaba hacia las montañas dejando la ciudad atrás y parte del miedo y la angustia de sus pasajeros. Por un momento volvieron las dudas, pero tampoco tenían muchas más opciones y pensaron que Nicole estaba en su mismo lado y jamás los habría entregado a los causantes de la muerte de su marido. El paisaje iba ganando en majestuosidad y belleza. El aire frío y espeso llenaba sus pulmones hasta casi poder masticarlo. Íñigo rodeó con sus brazos a Ágara intentando tranquilizarla, hasta el punto de que, tras unos pocos kilómetros, sintió cómo se dormía apaciblemente sobre su hombro.

Habían conseguido salir de una situación realmente peligrosa, pero aún les quedaban muchos kilómetros para volver a casa y nada le hacía pensar que el camino fuese despejado y libre de contratiempos. A juzgar por la soledad de la carretera, era evidente que nadie los perseguía y el truco del aeropuerto había dado resultado. Lo que no parecía del todo imposible era que, al ver que no llegaban al aeropuerto y no estaban registrados como pasajeros,

se quedasen tan tranquilos sin intentar localizarlos. Para entonces llevarían bastantes horas de ventaja que esperaba fueran suficientes.

Todo esto daba vueltas en la cabeza de Íñigo mientras el amor de su vida dormía plácidamente entre sus brazos. Esperaba que sus temores fuesen infundados y llegasen lo antes posible a la frontera que los pondría a salvo.

La distancia hasta la ciudad fronteriza era de unos ochocientos kilómetros aproximadamente y transcurría entre montañas por un terreno pedregoso por el que el coche, un todoterreno que había vivido días mejores, circulaba de forma bastante abrupta. Dicha carretera, llamada de La Amistad, llegaba en algunos momentos a una altura de más de cinco mil metros.

Por el camino, unas cuantas familias nómadas caminaban tranquilamente. Algunos hombres manejaban un pequeño huso con el que tejían el pelo de yak para hacer prendas de abrigo. De vez en cuando, en algún recodo de la montaña, se agrupaban viviendas, algunas pequeñas y otras flanqueadas por altos muros blancos en los que se podía ver el excremento del ganado secándose al sol. En ese mundo lo pequeño y básico adquiere una importancia vital porque de ello depende la subsistencia de sus habitantes. Los niños sonríen al paso del todoterreno. Son gente pacífica. La vida es luminosidad y habita en ellos un profundo sentido religioso. Una mujer puede ser esposa de varios hermanos, la poliandria se convierte así en una mera forma de supervivencia.

Durante ochenta kilómetros el conductor guio el coche junto al río Lhasa hasta llegar al valle de Yarlung y a la ciudad de Shigatse. Ágara había dormido profundamente durante esa primera parte del trayecto, dejando a Íñigo perdido entre el insólito paisaje y sus pensamientos.

De pronto, en el margen derecho de la carretera, la visión de un inmenso lago del color de las turquesas hizo a Íñigo dar un respingo y a Ágara incorporarse aturdida.

—Mira, cariño, despierta, no te puedes perder esto. Es una maravilla, algo tan verde en mitad del gris plata de las laderas. Es impresionante.

Ágara miraba aún somnolienta mientras sus ojos se acostumbraban a la luminosidad del lago que se extendía calmosamente ante ella.

—Qué susto me has dado, creí que nos habían descubierto y no sabes cómo celebro que el motivo de tu entusiasmo sea esta increíble lámina de agua en la que entran ganas de zambullirse.

—Mira, hay un hombre con un yak adornado con cintas y nos dice que podemos subir en él. Me encantaría hacerme una foto y poder recordar algo pintoresco y divertido de este viaje. ¿Por qué no paramos un momento? Necesito estirar las piernas un poco.

—Vale, pero un segundo, no quiero perder tiempo antes de alejarnos de Lhasa lo suficiente. No me fío de esta gente capaz de entrar por ventanas y provocar accidentes sin ninguna clase de escrúpulos.

Ágara se bajó como una niña. Por fin algo encendía su mirada y despertaba una sonrisa después de muchos días. Era increíblemente bello. El lago se llamaba efectivamente lago Turquesa y su color era límpido y luminoso como una piedra semipreciosa incrustada en las montañas. La superficie estaba calmada y brillante. Seguramente el hielo derretido por el sol alimentaba también sus aguas. Ágara se quitó las deportivas y, después de remangarse los vaqueros, no pudo resistir la tentación de meterse en la orilla y chapotear divertida. Buscaba alivio, caricias y purificación que la liberaran, por un momento, del miedo y la angustia. Se sintió volar, suspendida en un baile luminoso con el reflejo de su cara en la superficie de hierba líquida y dando gracias por estar viva. Ese mar pequeño y abrazado por las laderas le estaba devolviendo la paz perdida y recordándole que, una vez más, la naturaleza era menos peligrosa que el hombre, y su callado equilibrio más respetuoso con los sentimientos que buscaban refugio en ella. Accedió a subirse al yak para que Íñigo inmortalizase la escena. Cuántas veces mirarían esa instantánea en el futuro si el destino les era propicio. Dieron unas monedas al hombre del yak y, ante la impaciencia del conductor, volvieron a retomar la ruta. Aún quedaban muchos kilómetros por delante y quién sabe si algún que otro tropiezo inesperado.

La travesía se hacía monótona y dura por momentos. La ausencia de vegetación y el cristal del cielo casi táctil creaban una sensación de encierro en el que apenas algún ser humano, aislado, hacía recordar que la vida aún seguía latiendo en medio de los circos pedregosos. El paisaje te devolvía la mirada y te obligaba a buscar en el interior de tu alma sin distracción ni escapatoria. No era lugar para las emociones y sí, tal vez, para la meditación y el ascetismo. En la cumbre, de más de cinco mil metros, un bastión recordaba con cintas de colores el paso de tantos y tantos aventureros dispuestos a no perderse la experiencia de estar cerca del cielo, aunque los pulmones se resistieran a celebrarlo. El hombre y su necesidad de búsqueda. Su eterno afán de aventura explorando los límites incluso a costa de su propia vida.

Tras el valle de Yarlung y después de cruzar la división entre el río Brahmaputra y el Indo, unas construcciones bastante ruinosas anunciaban lo que parecía el único lugar para comer a lo largo de todo el trayecto. Ágara tenía dudas sobre si la higiene era lo suficientemente exigente para degustar un plato de carne con arroz de aspecto nada apetecible. El conductor se reía mientras Íñigo dejaba el plato como una patena sin ninguna clase de escrúpulos.

Aquello era todo menos una glamurosa ruta turística. La austeridad y la necesidad de despojarse de lujos y comodidades ponían a prueba al viajero. El hombre que servía la comida con manos no muy limpias y el pelo enrollado en rastas y piedras parecía más un ser salido de una película de ciencia ficción que un solícito camarero. Ágara había hecho acopio en la ciudad de frutos secos, chocolate y una especie de bizcocho delicioso que componían su única comida durante todo el trayecto y le evitaban la vergüenza de tener que rechazar el menú y morirse de hambre.

Había un hotel en una pequeña ciudad donde decidieron dormir unas horas para que el conductor descansase. Su guía era consciente de la naturaleza del viaje y, acostumbrado a la dureza del camino, intentaba tranquilizar a la pareja. Era su trabajo y no tenía problema en conducir horas sin descanso. Lo importante era llegar a Kodari antes de que pudieran alcanzarlos en caso de persecución.

Algunos pasos habían sido cerrados en el 2015 a causa de los terremotos, pero la carretera había sido restaurada parcialmente.

Tras apenas cuatro horas de descanso, enfilaron lo que sería el último tramo hasta la frontera. El camino se convertía en una serpiente que descendía desde los cinco mil doscientos sesenta metros de altura a través de un cañón, junto al río Yarlung Tsangpo. La pendiente era acusada y la carretera aún tenía huellas de desprendimientos y barro seguramente causados por el monzón. A la derecha, la vista del abismo insondable estremecía hasta el punto de temer que en una curva el barro les jugase una mala pasada. El conductor quiso con delicadeza indicar a Ágara que en esa bajada a cuchillo había tenido lugar el accidente de su padre.

Ágara estaba sobrecogida por el pánico y el dolor que le producían recorrer el mismo camino siniestro que había obligado a Ramón a precipitarse en su caída.

—Es terrible, y no entiendo dónde mi padre podía encontrar la belleza de este lugar. Es como el averno de Dante. No puedo mirar hacia ese agujero negro que ha devorado a mi padre, y al mismo tiempo quisiera bajar para encontrarlo y darle el último adiós. —Los ojos de Ágara estaban anegados en lágrimas y la respiración, ya de por sí agitada por la altura, la obligaba a hiperventilar en busca de aire y alivio.

—No llores, cariño —la ternura de Íñigo consiguió en parte calmar su angustia—, pronto saldremos de aquí y acabará esta pesadilla. Piensa en tu padre con paz y amor y en cómo disfrutaba en este mundo sin piedad que a él le aportaba consuelo ante la falta de tu madre. Él venía aquí a curar sus heridas, a fundirse con el universo. Era muy valiente, no todo el mundo soporta esta desnudez sin asidero, la vida sin muletas ni dopajes, ante la tristeza y la pérdida. Tienes que entenderlo y contemplarlo desde otra perspectiva, la suya, Ágara, no la nuestra. Ven aquí, descansa un poco hasta que lleguemos a la frontera. Allí estaremos a dos mil quinientos metros y podrás respirar sin tanta presión. —Las palabras de Íñigo caían en su ánimo como un bálsamo.

De pronto la mirada del conductor por el retrovisor les hizo ponerse en alerta. Un coche apareció en la distancia y daba la

sensación de que tenía bastante prisa.

El conductor les pidió que se agacharan, no le gustaba nada el aspecto del vehículo y no era frecuente a esas horas de la madrugada que alguien se arriesgase a recorrer esa ruta ya bastante peligrosa de por sí.

—Por favor, agachen la cabeza, no hay miedo, yo sé cómo hacer. Confíen en mí, coche muy bueno. —El conductor intentaba, como podía, tranquilizar a sus ocupantes, aunque el impresionante todoterreno estaba cada vez más cerca.

El vehículo aceleró su marcha intentando hacerse con las curvas del descenso a base de habilidad y giros de volante que a otro conductor menos avezado le habrían llevado directamente al precipicio. Las curvas se sucedían a toda velocidad mientras el todoterreno acortaba distancia peligrosamente. Intentaban obligarlos a que, en cualquier maniobra, se despeñasen sin remedio. Por fin Ágara estaba frente a frente con los causantes del accidente que había costado la vida a su padre. Nunca les vería las caras, pero sentiría su aliento en la nuca y el terror se grabaría a fuego en su mente de por vida. Por un instante pensó en la posibilidad de morir y reunirse con él en las entrañas de la tierra. Las lágrimas aliviaban la tensión que exudaba el habitáculo del coche y la idea de perder la vida junto al hombre más importante de su existencia llenaba su alma de paz y amor. Estarían juntos como siempre habían estado y él nunca más estaría solo, herido y con el único abrazo de la tierra que diera sentido a su vida para luego quitársela.

El coche aceleraba despidiendo piedras y barro, y quienes intentaban despeñarlo habían conseguido ponerse a la par para forzar la caída limpia e irremediable. Eran expertos y seguramente hacían esa misma operación a menudo. A los enemigos había que liquidarlos, eran mala hierba que impedía el desarrollo de una civilización perfecta. Un mundo de dóciles autómatas sin lugar para los sentimientos y en el que el asesinato y la tortura estaban plenamente justificados para preservar el bien común. El código ético se hallaba totalmente alterado por la ideología y el fanatismo, como tantas veces a lo largo de la historia.

Durante un buen trecho solo la habilidad del conductor consiguió mantener las cuatro ruedas en la carretera. De repente, con una brusca e inesperada frenada, el hombre los urgió a abrir la puerta y a salir del vehículo, mientras él seguía despistando a sus perseguidores, que habían continuado ladera abajo.

El margen de maniobra era mínimo. El lado de la puerta por el que podían salir daba directamente al precipicio y un mal cálculo les haría rodar ladera abajo. Íñigo abrió rápidamente la puerta y se dejó caer junto a Ágara fuera de la visión del otro vehículo. La puerta permanecía abierta y ellos rodaron hasta tropezar con unas piedras al borde de la carretera. El barro los atrapó impidiendo que se deslizarán aún más al límite. Abrazados y temblando contemplaron cómo los dos coches continuaban su lucha por permanecer uno al lado del otro. No se movieron, no podían hacerlo sin peligro de que las piedras se desprendieran y rodaran con ellos detrás. La carrera a vida o muerte continuaba cañón abajo hasta que, en una curva, los matones se dieron cuenta de que su presa estaba peligrosamente agazapada junto a unos peñascos metros atrás. Con un derrape más propio de la Fórmula Uno que de semejantes carreteras, el coche giró sobre sí mismo para recuperar su preciado botín, momento que el ángel de la guarda de Ágara e Íñigo aprovechó para, con una rápida maniobra de marcha atrás, interceptarles el paso. Era obvio que querían una operación limpia y sin rastro, de lo contrario habrían utilizado sus armas seguramente escondidas en el vehículo. Por un momento ambos coches se enfrentaron y sus conductores estaban a punto de enzarzarse en una pelea desigual. Eran dos contra uno. El enfrentamiento se estaba llevando a cabo en medio del camino por el que a esas horas parecía difícil que alguien pudiera auxiliarlos.

Íñigo estaba cansado de su impotencia y no veía cómo la situación podía decantarse a su favor. Armándose de valor pidió a Ágara que permaneciese quieta y sin hacer ruido al tiempo que él intentaba deslizarse por la cara protegida de la ladera. Mientras, los tibetanos discutían acaloradamente. El coche estaba varado en la carretera y era imposible la subida hasta el refugio de Ágara. Íñigo rodeó el coche que les había conducido hasta ese punto y reptando se introdujo en el todoterreno de los matones. Vio que estaba el motor

en marcha y simplemente quitó el freno de mano para que el coche, marcha atrás, se deslizase por la pendiente.

Inmediatamente rodeó de nuevo el otro vehículo para llegar junto a Ágara y cogiéndola de la mano introducirla de nuevo en el coche. Los matones vieron su todoterreno caer cuesta abajo sin control, trataron de llegar a él y frenarlo, pero el vehículo, tremendamente pesado, se precipitó hacia el abismo. El conductor volvía a sonreír y levantaba el dedo en señal de triunfo por la hazaña de Íñigo. Con rapidez, emprendieron de nuevo el descenso mientras los matones intentaban imponerse con sus cuerpos y las piedras que encontraban a su paso.

—Usted y yo, buen equipo. —El tibetano se reía de buena gana—. Si yo con su padre, no morir. Siento mucho, señorita.

—Aún no entiendo cómo he podido reaccionar de semejante manera. —Íñigo todavía temblaba, Ágara le miraba perpleja.

—No sabía que además de filólogo habías sido especialista en películas de James Bond. Nunca más volveré a tener miedo yendo contigo. Eres mi héroe. Dame un beso.

—Tranquilos, ellos no vuelven. Tienen que decir todo ha salido bien, si no —hizo un gesto de navaja rebanando el cuello—, no volverán a Lhasa. Son muy torpes. Ustedes tranquilos, ya estamos llegando a Kodari y todo seguro.

Los ánimos consiguieron calmarse curva tras curva. El precipicio parecía menos tenebroso y la sensación de llegar a la meta, después de haber estado a punto de perder la vida, era un balón de oxígeno para los pulmones y el alma. El paisaje estaba transitando desde la soledad de las piedras hacia una naturaleza más salvaje y rica en verdes y manantiales.

La odisea había terminado. Su ángel guardián daba por finalizado el trayecto y sonreía con la satisfacción de la misión cumplida.

—Aquí yo vuelvo. Digo a señora Nicole que todo bien. Gracias señor por salvar mi vida. Usted buena persona. No hay miedo, los ayudan con maletas al hotel, tranquilos. Buen viaje a España. Paren en Pokhara, es muy bello y ya no hay peligro. No vienen a Nepal, los matan aquí. —Seguía sonriendo, nada en su mundo era muy importante. El nirvana, como liberación de deseos y sufrimiento,

estaba profundamente arraigado en sus emociones y pensamiento. Sabía que aún le quedarían muchas reencarnaciones para continuar la vida y saldar las deudas pendientes.

La pareja se despidió del guía dándole efusivamente las gracias y deslizando en su mano algunas monedas que él recibió con cara de felicidad. Mientras el mágico todoterreno se alejaba, una multitud de porteadores, con rastas y aspecto poco fiable, se acercó solícito y apremiante para tomar su equipaje y guiarlos al hotel. Ágara se negó en redondo a entregar su único tesoro en forma de maleta y decidió cargar con ella hasta el alojamiento que, tras serpentear por caminos y bajar escaleras improvisadas entre las casas, resultó ser una especie de hostal en mitad de la vegetación. Algunas viviendas eran espacios sin pared frontal, en las que distintos oficios se afanaban con la costura y otras manualidades. Era un espectáculo pintoresco. Después supieron que los mismos habitáculos se prendían de noche con luces de colores atrayentes y se convertían en burdeles solícitos para la gente que cruzaba la frontera, supervivencia en estado puro.

Los escalones estaban prácticamente pegados a las humildes casas, apenas un cuarto, en las que se podía ver a ancianos sentados comiendo arroz en un cuenco mientras por la ventana inclinaban la cabeza para saludar plácidamente. La felicidad no tiene dueño, anida en los lugares más insospechados del planeta en los que uno esperaría desaliento y tristeza. De cualquier modo el viaje había sido una lección de vida, mejor dicho, de otra vida. Hay muchas formas de vivir y ninguna tiene el privilegio de la supremacía, todo está dentro de ti y tu capacidad de interactuar con el entorno, lo que ahora llaman inteligencia emocional y antes capacidad de adaptación.

La llegada al hotel-paraíso fue acompañada por el ofrecimiento del famoso té, imprescindible en estas latitudes como bienvenida. A veces Ágara se preguntaba si el secreto de estas gentes no sería el té de jazmín y si tal vez en nuestras culturas deberíamos tomarlo más a menudo para conseguir el sosiego y la templanza que tanto nos falta.

La tarde estaba cayendo con su mano húmeda de sombra y olvido. Ya en su habitación, y sin importarles nada más que su privacidad rescatada, Ágara e Íñigo se amaron reconfortados como la última y primera vez. Estaban juntos, vivos, fundidos en unas vivencias que los habían transformado y unido más allá del tiempo. Tenían aún mucho por hacer, con todo lo que sabían, con lo que les faltaba por descubrir y, sobre todo, tenían el tiempo para quererse, besarse, abrazarse y regresar a su refugio lejano y soñado, que tras la dura experiencia de los últimos días les parecía el único y mejor lugar en el mundo.

La noche se les hizo corta, tanta sed de descanso e intimidad hubiera necesitado de varios días, pero era importante regresar cuanto antes y poner en conocimiento de las autoridades toda la información acumulada y por la que casi habían estado a punto de perder la vida. Desayunaron con apetito las gachas y los huevos ya fríos que estaban distribuidos por la mesa a la espera de algún huésped tardío. Ya eran más de las diez y se suponía que el coche que los llevaría a Katmandú estaría esperando hacía un par de horas. Se ducharon con agua tibia y recogieron su equipaje felices de abandonar por fin la frontera con el Tíbet. Era un lugar bastante inhóspito, lleno de gente variopinta y extraña que seguramente no tenían más intención que ganarse algunos dólares, para lo cual no regateaban en persecución y acoso.

El coche que los esperaba resultó ser un pequeño furgón incómodo y antiguo, pero la sonrisa del conductor los desarmó por completo. Los asistió con el equipaje después de desearles buenos días y repetir su nombre varias veces. Era otro ángel de la guarda de Nicole y eso los tranquilizó. La distancia a la capital de Nepal era algo más de cien kilómetros y la carretera irregular, pero con ancho suficiente para dos coches.

La idea de conocer Pokhara fue más fuerte que el sentido común, por lo que decidieron hacer un rodeo que les supondría casi trescientos kilómetros más para conocer la población al pie del Annapurna. Nadie sospecharía que, tras la aparatosa huida del Tíbet, la pareja se detendría en una romántica visita turística. Tras haber superado tantas cosas, una especie de calma los animaba a

adentrarse en el corazón de un país, Nepal, al que no sabían si volverían alguna vez. Dolma, su guía, les indicó un hotel único junto al lago Phewa Tal. Antes los puso al corriente de que el precio no era muy económico, pero que merecía la pena.

Efectivamente, al llegar a Pokhara se alegraron de haber caído en la tentación de conocer un lugar único y maravilloso al pie del Himalaya. Las calles estaban repletas de futuros escaladores y las tiendas exhibían todo tipo de productos necesarios para las rutas de montaña que constantemente partían del pueblo persiguiendo laderas y aventuras que los *sherpas* prometían inolvidables. Pokhara había sido el paraíso *hippie* en los sesenta y setenta, cuando el budismo se había instalado en los espíritus jóvenes e idealistas en busca de mundos idílicos y a veces demasiado somnolientos. Aún se podían ver personas de edad no tan adolescente deambular por las calles, con la mirada perdida y la sonrisa intacta. Era un lugar maravilloso y la visión del Annapurna sobre el lago parecía sacada de un cuento de las mil y una noches. Se consideraba la capital de la meditación. Destacaba su Pagoda de la Paz, una preciosa estupa budista, y el templo de Bindhya Basini. Pokhara fue el refugio de casi trescientos mil tibetanos que huyeron de su país tras la invasión china y que vivían hacinados en campamentos de refugiados.

Por la calle, algunos viandantes oriundos de la región tocaban una especie de flauta con una melodía alegre y circular mientras Ágara e Íñigo degustaban samosas.

—Este lugar es un paraíso, algo destartalado, pero paraíso. De buena gana me quedaría aquí una temporada, meditaríamos, nos adentraríamos en las montañas ya sin miedo y pudiendo contemplar desde arriba cómo vibra el mundo aquí abajo. No me extraña que los *hippies* encontrasen aquí su refugio lejos del bullicio y el estrés de nuestras culturas. Fumar, soñar, meditar, cantar. ¿No lo ves increíble?

Ágara le miraba con la picardía de alguien que sabe hasta qué punto su interlocutor está lejos de renunciar a los asados, a los chiquitos junto al río y a una vida plenamente consciente sin dopajes. Pero a él le divertía ver a su chica tan alegre y bromista.

—Cariño, yo no me veo mirando al universo en pleno nirvana y menos haciéndome vegetariano puro. Además, ya he probado estar a cinco mil metros sin poder respirar. Una experiencia increíble, pero que por mi parte será la única, si no tengo más remedio y tú no te empeñas en repetirla.

—No me negarás que es fascinante este mundo, esta gente, este sentido de la espiritualidad tan atractivo y esperanzador, siempre pensando en una próxima reencarnación, sin miedo a la muerte total y exterminadora. Van a vivir muchas vidas y podrán aprender en ellas, podrán experimentar distintas situaciones y visitar distintos países, en definitiva, viajar en el tiempo y el espacio. Algo con lo que el ser humano lleva soñando siglos. Estoy a punto de sumarme al enorme colectivo de gente que cree en la reencarnación. No veo ningún motivo para cuestionarlo como filosofía vital.

—Ágara, a veces me preocupa tu exceso de imaginación. No voy a llevarte la contraria porque no estoy seguro de nada. La religión católica con la que hemos crecido ya lo da por seguro, solo que decide la distribución de los seres humanos en otra vida de acuerdo con sus criterios de selección entre buenos, malos y regulares, cielo, infierno y purgatorio sin contar a los niños sin bautizar, que iban directamente al famoso limbo. Sinceramente, me gusta más esta propuesta de vidas diversas y oportunidades de crecimiento personal más allá del comportamiento en este paso por la tierra. Se podría discutir mucho sobre este tema que ya apasionaba a los egipcios y a miles de culturas, pero de momento centrémonos en esta vida, hemos estado a punto de perderla y quiero disfrutar de cada minuto, de ti, de esa montaña y de todo lo que sea capaz sin pensar en nada más. Mañana tenemos que volver a España y enfrentarnos a la realidad. Poseemos información muy importante y peligrosa que deberíamos poner cuanto antes en manos de las autoridades. Y después volver al valle y tratar de encontrar las respuestas que hemos dejado aparcadas por un tiempo, pero que son importantes para ti y la historia de Uxoa. Recuerda que hay una niña a la que hemos dejado olvidada y que debió ser la heredera de la casa en la que tú quieres vivir el resto de tu vida, entre viajes y aventuras, por supuesto.

Íñigo la abrazaba sonriente. Él pensaba formar parte de ellas y de todo lo que el futuro les deparase a lo largo de los años.

El hotel que Dolma les había recomendado era alucinante. Una especie de palacio dormido junto al lago en cuyas aguas se reflejaba, rodeado de cuidados y exquisitos jardines que parecían diseñados por la mano de un pintor. Varios jardineros se afanaban a lo largo de sus parterres y caminos, limpiando la maleza y cuidando las flores para que ofreciesen su aspecto más esplendoroso. Se adentraron en el gran recibidor con artesonados de madera en los techos y una decoración propia del Taj Mahal. En Nepal la madera es uno de los trabajos más desarrollados por los artesanos. Hacen auténticas maravillas que pueden contemplarse en Bhaktapur, la antigua capital durante los siglos XII y XV, como luego comprobarían a su llegada de camino a España.

Los atendieron con la cortesía habitual, a pesar de su aspecto no precisamente de millonarios y su cara de cansancio. La habitación con vistas al lago les encantaría, según les comentó el recepcionista, y ellos se harían cargo de sus equipajes. Tenían esperándoles fruta y por supuesto té, pero les recomendaba visitar el restaurante con el mejor *curry* del mundo.

Efectivamente, la habitación era de ensueño, propia de un harén, con sus artesonados, objetos de cristal o cerámica y una cama espectacular con dosel y preciosas cortinas de seda sujetas con cordeles de pasamanería a los pilares de madera. La ventana amplia, con contraventanas en forma de celosías que permanecían completamente abiertas, ofrecía una impresionante vista al lago y al gigante blanco que era el Annapurna. Su impactante altura en la distancia reflejándose en la superficie de aguas tranquilas le asemejaban a un poderoso genio protector salido de la lámpara maravillosa que forman las entrañas de la tierra. Qué ser de luz y creatividad había podido dibujar algo de tanta belleza y armonía. Cada cosa en su sitio como complemento del resto, piezas y piedras preciosas en forma de agua, nieve, sol y montañas, capaces de componer la más deslumbrante joya que la naturaleza puede albergar en su seno. La visión dejó a la pareja sobrecogida por unos

instantes. Nunca antes habían contemplado algo tan sublime y perfecto. Si la perfección existiera, esta imagen sería sin duda la que mejor podría representarla. Y ellos estaban allí, solos, ya sin miedo, aunque con una bomba en forma de documento en sus mochilas. Pero, en ese instante, el mundo se había parado y nada amenazante asomaba en el horizonte. Pureza y paz, ambas cosas se reflejaban en las aguas para devolverles, con una simple imagen, la felicidad esquiva tantas veces en los últimos años.

—No digas nada, ya lo sé, es fascinante y solo por este espectáculo merece la pena cruzar el planeta. Tu padre seguramente estuvo alguna vez contemplando esta misma panorámica. Él conocía los secretos únicos de esta tierra. Llegar hasta aquí, buscar consuelo con la humildad de saberte algo tan pequeño frente a tanta grandeza, es una lección de vida, Ágara, y ello me hace admirarle e identificarme con él a pesar de no haberle conocido. Este viaje no es solo una búsqueda para saber la verdad de algo que ya no tiene remedio, sino, sobre todo, y así quiero que lo consideres, un homenaje a un gran hombre.

—No sé qué decir. —Ágara tenía la vista clavada en la montaña sin poder apartarla, conmovida y extasiada—. Solo tengo una emoción inmensa y una enorme sensación de agradecimiento hacia un universo que nos quita y nos da, nivelando la balanza, y dejando en nuestras manos con qué contenido queremos quedarnos. Nunca voy a olvidar esta imagen y la gran lección que desprende sin proponérselo. Ahora quiero una buena ducha, un buen masaje que tú me vas a dar, y me pondré esa túnica de seda turquesa, con sus pantalones a juego, que acabo de comprar en el pueblo. Quiero dejarme impregnar de este espacio y sentirme atractiva por primera vez en muchos días. Estrenaré el collar de plata que le compramos a Gelong. Vamos a celebrar esta noche como un regalo, un privilegio que pase lo que pase recordaremos siempre. —Ágara se abrazó a Íñigo sin casi dejarle respirar.

—Eh, eh. ¿Quiere algo más la princesa de este humilde servidor que solo tiene un pantalón arrugado y una camisa con olor a días sin agua ni jabón? No importa, mientras tú te duchas bajaré a ver si hay

algo limpio y barato que me permita estar a tu altura en nuestra cena nupcial.

—Cielo, tú da igual lo que te pongas, estarás maravilloso porque lo eres. Pero me parece una buena idea que te des una vuelta por el *hall* y te lleves un recuerdo de este insólito viaje. Y, por favor, no seas rácano, un día es un día y una noche una noche. Además, ya ahorramos bastante en el valle sin ir a ningún sitio y vestidos siempre de peregrinos del Camino a Santiago.

Ágara se reía con las cosas de su chico, era feliz por primera vez en mucho tiempo. El proverbio de Horacio, *carpe diem*, cobraba en ese momento y ese lugar un sentido enorme y a partir de ese viaje deberían incorporarlo a su filosofía de vida si no querían quedarse atrapados entre fantasmas.

La ducha caía en cascada sobre su cuerpo, acariciando cada milímetro de piel y produciendo una sensación de placer y alivio que estaba necesitando desde hacía bastantes días. Había jabones perfumados y unas varas de incienso que nuestra sirena se apresuró a prender para que su olor indescriptible inundase la estancia y purificase los pensamientos. Se sentía ligera, libre, fluida y con ánimo para enfrentar el futuro por muy complejo que se presentase. El viaje había supuesto una prueba de fuego para alguien acostumbrado a deambular siempre en espacios más o menos conocidos, pero Ágara aprendió que en esa zona difícilmente se pueden administrar las emociones. Más bien se quedan estancadas y dispuestas a asaltarte cuando menos te lo esperas. Salió de la ducha perfumada y envuelta en una delicada bata albornoz con su pelo enrollado en un turbante. Con semejante aspecto, y en esa habitación con la ventana abierta al lago, parecía una estrella de Hollywood en mitad de un rodaje.

Acarició la túnica de seda sobre la que había extendido el collar de cuentas de plata. Realmente el concepto oriental de lujo distaba mucho del occidental. No era el lujo gratuito, era una miríada de detalles creados para despertar los sentidos y trasladarte a otro mundo. Olores, sabores, telas delicadas con colores bellísimos, piezas de cristal traslúcido recibiendo los rayos de luz indirecta que las lámparas, hábilmente distribuidas por el cuarto, desprendían.

Posiblemente en Pokhara le era más fácil entender la pasión de su padre por esos países y sus costumbres. Aunque sí era cierto que el contraste entre la austeridad desnuda del Tíbet y la exuberancia sensual de Nepal era brutal. Al final, tener es necesitar, no tener es sorprendentemente descubrir que no necesitas casi nada.

Íñigo apareció sonriente y con cara de niño travieso. Había comprado una especie de casaca color crudo con ligeros ribetes en burdeos. Se resistía a gastarse más dinero y pensaba que con sus vaqueros descoloridos le daría un toque algo más elegante y también *cool* para acompañar a su novia.

—No tengo ni idea de con qué se pone esto, pero es lo más discreto que he encontrado y me parece muy auténtico. Creo que es lino, así que llegará a España hecho un higo, pero esta noche seré tu marajá si me lo permites. Ahora me toca a mí la ducha y creo que será mejor que tú me des el masaje con tus delicadas manos. Quiero experimentar lo que los sultanes en su harén con las huríes. Yo con una me conformo. Ummm, qué olor tan excitante… —Íñigo se fue directo al baño, pero antes se volvió desde la puerta—. A propósito, ¿te he dicho que te quiero? —Y desapareció dejando a Ágara con una enorme sonrisa.

La noche siguió su curso mientras la luna se iba posando en el lago e invadiendo el dormitorio hasta bañar la cama. El masaje se convirtió en algo más largo y gratificante y después se vistieron a la oriental, como dos niños jugando a viajar en una historia de Agatha Christie. Estaban realmente atractivos. El collar de plata acarició el cuello de Ágara desprendiendo destellos robados alguna vez a la luna, y el *curry* fue realmente el más delicioso que habían probado en su vida. El *rakshi*, bebida destilada del mijo, hizo su trabajo, y ya en la habitación cayeron rendidos por el sueño y cansancio acumulados, felices y abrazados, y con la vieja Selene iluminando su noche.

Amanecieron temprano, tenían que retomar el viaje a Katmandú y el avión a Madrid. La aventura estaba tocando a su fin sin mayores percances, por suerte. Pronto abandonarían ese mundo de las mil y una noches para retomar la ciudad aún devastada por el temporal Filomena, una semana después. Sintieron despedirse de un país

bastante más amable que el Tíbet, o por lo menos a ellos les había parecido menos intimidante. Katmandú les dijo adiós con toda su mitología de templos, pagodas, olores y sedas para devolverlos a esa occidentalidad que ahora, en la distancia, les parecía excesivamente racional y estructurada, falta de colores y aromas.

Los esperaban calles llenas de bullicio y de toda clase de especímenes humanos deambulando casi siempre con prisa. La vida en esos parajes distaba mucho de ser coherente y evolucionada, pero latía, tenía alma, o mejor dicho, almas, y música, por todas partes, empezando por las bocinas de los coches, única garantía de que a su paso la calzada se despejaría milagrosamente. Se despidieron de Dolma prometiéndole volver a contratar sus servicios en caso de un próximo y bastante improbable viaje a Nepal. En el avión brindaron por el hecho de estar vivos, juntos y sintiendo su amor más fuerte que antes. El blusón de lino descansaba en la maleta, junto a la túnica de seda. En Madrid volverían a sentir el frío de un duro invierno. El collar de plata descansaba en el cuello de Ágara, protegido por el calor de su piel y alimentando sus pensamientos. Ya nada volvería a ser como antes.

Lima

octubre de 1774

Mi adorada Ainara, no sabes el dolor que me ha producido leer tus palabras. No llegaban noticias tuyas, lo que me tenía impaciente y angustiado por si te hubiera pasado alguna desgracia. Pero ¿cómo podía imaginar que de nuestros encuentros ya hubiese germinado una semilla? Una preciosa niña. No puedo entender por qué no me lo dijiste antes de mi partida, jamás os habría abandonado. Hubiese luchado contra todos los impedimentos y juntos habríamos salido adelante. No puedo reprocharte nada porque sé que con tu silencio solo intentabas protegerme, pero no puedo soportar la idea de que nuestra pequeña esté en manos de desconocidos por muy recomendable familia que esta sea y no quiero dudar de la madre abadesa.

Lucharé por recuperaros a Uxoa y a ti, trabajare día y noche hasta conseguir traeros junto a mí y, si no es posible, embarcaré en cualquier barco para reunirme con vosotras. No es difícil que nuestra hija sea tan dulce y bonita, solo tiene que parecerse a su madre. Mi querida Ainara, puedo imaginar lo duro que está siendo todo para ti y sin tenerme a mí, ni a nadie que pueda servirte de consuelo. Siento que en mi interior crece un fuego de ira contra mi familia y ese valle en apariencia idílico pero lleno de oscuridad e intolerancia. Por favor, sé fuerte porque yo conseguiré que nos reunamos y podamos ser una familia plena, si es necesario pediré

apoyo a mi tío en Cádiz para conseguirlo, es un hombre generoso y sin prejuicios, y también sé que al no tener hijos le hubiese gustado tenerme cerca para ayudarle en los negocios. Tampoco aquí la vida es fácil, hay mucho por hacer, pero el trabajo es duro y las condiciones del campo tampoco son tan llevaderas como en el valle. Las distancias son muy grandes y el clima, por el contrario, seco, salvo en las poblaciones cercanas a la selva y el grandioso río Amazonas. Ojalá pronto puedas estar aquí conmigo y podamos recuperar a nuestra hija. Todo me parecerá mucho más fácil. Con el enorme dolor de tus noticias, pero con mi amor intacto hacia ti y nuestra pequeña, te pido que no desesperes. No hemos hecho nada más que amarnos y Dios no puede castigar el amor que él predica como principio vital para los seres humanos.

Siempre tuyo,
Asier

Madrid

2021

La casa estaba templada gracias a la calefacción central del edificio. La ciudad aún no había conseguido liberarse de los estragos de la tormenta de nieve. Una semana después, sus calles aún permanecían sucias. Muchos árboles habían sufrido la quiebra de sus ramas y las heridas en sus pieles, dando un aspecto triste a los bulevares. El parque del Retiro había padecido el temporal especialmente por la antigüedad de su arbolado.

Ya no se repetían las escenas de esquiadores improvisados, Madrid es así, abierta y lúdica. De Madrid al cielo, reza el refrán, y sus habitantes tienen ese espíritu burlón capaz de transformar la desgracia en juego. Ahora la ciudad presentaba un aspecto desolado y abandonado a pesar de los múltiples esfuerzos por limpiar y normalizar calzadas y aceras. El contraste con el mundo que acababan de dejar era tremendo y Ágara no veía el momento de regresar al valle.

Dejaron su pequeño equipaje en la entrada y bajaron a la tienda más próxima para abastecerse de lo necesario para los dos o tres días que pensaban permanecer en Madrid. El viaje había resultado interminable y la carga emocional de todo lo vivido aún se reflejaba con más intensidad en sus rostros.

—Buenos días, Fernando, soy Ágara, la hija de Ramón. Espero que estés bien a pesar de lo terriblemente incómoda que está la ciudad. Acabo de llegar de viaje, concretamente del Tíbet…, y como puedes intuir, me gustaría reunirme contigo por varios asuntos. Necesito poner en orden mis cosas y tú eres la única persona en quien confío. Dime cuándo te viene bien o si prefieres que me acerque a tu despacho, no me gustaría permanecer en Madrid más de lo necesario, ya sabes, me trae recuerdos tristes.

Fernando Aguado era el abogado e íntimo amigo de Ramón desde hacía mucho tiempo. Asiduo visitante en las épocas en las que la familia aún no se resentía de las sucesivas perdidas. Llevaba todos los asuntos familiares y Ágara confiaba plenamente en él, hasta el punto de plantearle sin rodeos las preguntas que se agolpaban en su cerebro.

—Ágara, qué gusto oír tu voz de nuevo. Por supuesto que tengo tiempo para que nos reunamos y ayudarte en todo lo que necesites. Ahora por la mañana tengo una vista en el juzgado, pero esta tarde estoy a tu disposición, así que encantado. Iré a la hora que me digas. Estoy deseando darte un abrazo.

—Gracias, Fernando, eres un tesoro. Si te viene bien podemos vernos a las seis de la tarde. Te prepararé un café y charlaremos como en los viejos tiempos. —Fernando confirmó sin problema la hora del encuentro—. Genial, nos vemos luego.

El timbre sonó a las seis de la tarde en punto. Fernando era de una puntualidad británica. A su edad aún conservaba la voz y el brío de alguien que no está dispuesto a que la jubilación se convierta en un sofá, haciendo sudokus para trabajar la mente o viendo series de televisión en las que la vida pasa por ti sin que tú pases por ella. Siempre fue un hombre de acción, solucionar problemas y no crearlos era su filosofía, además de una gran capacidad para escuchar y dialogar hasta encontrar el punto de encuentro entre las partes en cualquier litigio.

Había ostentado cargos importantes en la Administración y su conocimiento de idiomas tras su paso por las más prestigiosas universidades europeas le daba esa pátina cosmopolita capaz de desplegar una visión de campo sobre los acontecimientos. Su paso

por la Administración fue breve, no era un hombre político, aunque dejó buenos amigos y un imborrable recuerdo de hombre equitativo y ponderado sin ápice de sectarismo. Era una mente libre y el corsé, a veces, de servidumbres, que el ser alto funcionario le obligaba a aceptar, no entraba ni en su ética ni en su estética. Tras un paso de tres años en Bruselas, decidió volver a su bufete, recuperar clientes y trabajar sin yugos ni hipotecas, defendiendo lo que él consideraba justo o entraba dentro de su código moral. Ramón le apreciaba como a un hermano y confiaba en él cualquier asunto por muy menor que fuese.

Él había resuelto los trámites legales a su muerte, y más tarde los de Ainoa, liberando así a Ágara de papeleos engorrosos y especialmente dolorosos. No había vuelto a hablar con él desde que se despidieron tras la muerte de Ainoa y Fernando había insistido en que no se preocupase por nada. Él tenía poderes y pondría todo en orden.

—Buenas tardes, Fernando, gracias por venir en este día tan inhóspito. —El viejo abogado abrazó a Ágara emocionado.

Había visto a esa niña crecer, despierta y alegre a lo largo de la gran amistad que Ramón y él fueron labrando. Fue su gran apoyo en los momentos difíciles y ahora lo sería para esa hija que, inesperadamente, se había quedado sola en el mundo.

—Ven, estamos en la sala de la chimenea, digo estamos porque Íñigo, mi novio, está aquí conmigo. Seguro que te gustará. Está siendo un gran apoyo para mí en estos tiempos de soledad y orfandad repentinos. Te traeré un café y unas ensaimadas que he comprado en la pastelería de siempre para endulzarnos la vida. Tengo muchas preguntas que hacerte y necesito que me respondas a todas las que puedas. Mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados y ya no quiero escapar más de la realidad. Necesito saber quién soy y qué ha pasado alrededor de mí mientras yo estaba distraída viviendo.

Fernando tranquilizo a Ágara mientras se desprendía del abrigo. La casa estaba caliente e intuía que la conversación iba a ser larga.

—Íñigo, te presento a Fernando, es como mi segundo padre y persona de absoluta confianza, posiblemente la que mejor puede

saber qué hacer con todo lo que le vamos a contar.

—Encantado, Fernando, Ágara me ha hablado maravillas de usted y creo que necesita a alguien que pueda ayudarla a entender cosas, bastante insólitas, que están aconteciendo en su vida. Yo estoy aquí para apoyarla y darle ánimo, pero lamentablemente no puedo dar respuesta a todas sus preguntas.

—Tranquilos, estoy a vuestra disposición, pero podré llegar hasta un punto, supongo, más allá tendréis que seguir solos el camino.

—Fernando, hemos llegado del Tíbet esta mañana, vía Nepal, y después de un largo viaje… Supongo y veo que estás sorprendido, pero el descubrimiento de algo en nuestra biblioteca nos obligó a viajar de forma abrupta, buscando algo tan importante para mí, y creo que también para ti, como la causa de la muerte de mi padre.

Fernando se había quedado blanco. Por mucha imaginación que tuviera jamás pensó que la conversación iba a tomar semejantes derroteros. No estaba preparado para enfrentarse a Ágara en un tema tan delicado y todas las defensas se le bajaron de golpe.

—No sé muy bien de qué me hablas, pero, seguramente, todo tiene una explicación que yo tal vez pueda aclarar en parte. Siempre di por buena la versión del accidente y me parece bastante disparatado pensar en otra causa, salvo la dificultad del trayecto y más en época monzónica. Tu padre me lo había relatado a menudo y, aunque yo le aconsejaba tomar un camino de vuelta más seguro, en avión, siempre se reía y me echaba en cara mi escasa vena aventurera y mi falta de curiosidad, algo que compartía con tu madre al cien por cien. Dime qué has encontrado en ese viaje y yo trataré de aclararte algunas dudas con todo el cariño que sabes que te tengo.

—Fernando, mi padre no viajaba por turismo. Viajaba una y otra vez para conocer a través de la resistencia tibetana los planes de un sector radical del Gobierno chino para atentar contra nuestra civilización occidental. Alguien le había contactado para ese cometido, precisamente por su conocimiento de dicho país y su apariencia totalmente inofensiva como dueño de una agencia de viajes, prestigiada y sin ningún vínculo aparente con ideas políticas de ningún tipo. Tú debes saber algo de esto y cómo le contactaron

para introducirlo en esa cadena de disparates que le costaron la vida. Papá era un hombre de paz, un estudioso, y no tenía ningún espíritu de Mata Hari. Le horrorizaba la política y ese mundo de luchas clandestinas en el que el único objetivo a la postre es el control sobre la economía y las gentes. Por favor, dime si sabes por qué llegó a ese punto de ocultarnos el motivo de sus viajes e incluso ponernos en peligro con sus averiguaciones.

—Ágara… —Fernando estaba destruido. Creía haber pasado página del episodio más triste de su vida, pero ahora volvía a golpearle con más contundencia ante la posibilidad de formar parte del entramado que había costado la muerte a su gran amigo—. No sé cómo encajar lo que me estás diciendo. Es una larga historia. En mis tiempos de Bruselas hice grandes amigos y grandes contactos. Alguno de ellos era un alto cargo de la inteligencia en la Comunidad Económica Europea. Desde varias cancillerías había llegado el informe y casi la certeza de que China, o tal vez algún sector más radical del Gobierno, no estaba de acuerdo con las políticas, según ellos tibias, de Hu Jintao. Querían volver a la época más imperialista con China dominando el planeta. Eran fanáticos muy ideologizados y muy peligrosos porque sus técnicas eran de dominio económico, energético y cultural y no tenían escrúpulos a la hora de utilizar métodos para conseguirlo.

»Necesitaban a alguien lejos de cualquier sospecha, culto y conocedor del terreno. En principio la misión era únicamente servir de enlace con la persona que le iría dando la información. Nadie tenía por qué sospechar, ya que sus visitas eran habituales al Tíbet, un país en principio tranquilo bajo el dominio chino, aunque con apariencia de independencia y seguridad. Por supuesto, yo pensé en tu padre, pero conocía a Ramón y sabía lo lejos que estaba de interesarse por la geopolítica y las intrigas de los distintos organismos de inteligencia que trabajaban siempre en la sombra con medios bastante sofisticados. Se lo comenté de pasada un día que fuimos a comer juntos como tantos otros y tu padre se echó a reír. Le estaba confundiendo con un personaje de John le Carré. Nada más lejos de su intención que meterse en semejante aventura.

—Pero, entonces, qué hizo a mi padre cambiar de opinión tan radicalmente, no entiendo nada y espero que ningún chantaje o amenaza le obligasen a hacer algo que repudiaba.

—Ágara, la mente de un ser humano es insondable. Todo cambió cuando tu padre fue a la feria de turismo de París, al año siguiente. Era un espacio en el que agencias de viajes y representaciones de países exponían lo más distintivo y atrayente de sus culturas. El intercambio y los contactos eran muy importantes. Tu padre siempre se había sentido atraído por Oriente, ya lo sabes, y quería afianzar y enriquecer sus rutas a la India, Nepal y, por supuesto, al Tíbet, la joya de la corona para él. Allí conoció a Öser, un joven tibetano que tenía una agencia en Lhasa. Pronto se sintió atraído por el ímpetu y carisma del chico, que no solo le ilustró sobre rutas y posibilidades, sino que también le habló apasionadamente de su país y de la triste situación a la que la invasión china los había abocado. Contó la realidad de cómo su cultura había sido masacrada o utilizada como atracción turística. Cuando tuvieron más confianza, le habló de la resistencia en la que él estaba involucrado. No quería una revolución, solo poner en conocimiento del mundo libre lo que estaba pasando y la política de control, además del peligro de que facciones más radicales se hiciesen con el discurso y el poder, desarrollando métodos poco éticos para conseguirlo. Tu padre era un hombre bueno y justo, no soportaba la injusticia, y sus dudas sobre actuar ante una amenaza mundial o quedarse cruzado de brazos habían anidado en su cabeza. Un día confesó a Öser la información que había llegado a sus manos, con origen en fuentes solventes de la inteligencia europea. Öser quedó consternado. Sabía que eran capaces de todo, pero esto traspasaba cualquier línea que un Gobierno debería cruzar.

—Ahora entiendo muchas cosas. Recuerdo aquel viaje, a su vuelta de París, papá nos trajo unas preciosas sortijas de cristal de Lalique en color ámbar y azul para mi hermana y para mí. Aún las tengo guardadas como un tesoro. También recuerdo que volvió más serio y preocupado que de costumbre. Nosotras lo atribuimos a la ausencia de mamá, que tanto disfrutaba acompañando a papá en esos viajes.

Creo que ya nunca volvió a ser el mismo. Se quedaba a veces ensimismado, mirando al vacío.

—Desde entonces los viajes de tu padre tenían un doble propósito, templar su ánimo y colaborar discretamente con la resistencia. La información que vuestro padre confió a Öser activó aún más las alarmas de los informantes de Pekín. Ya no eran maniobras políticas, sino investigaciones científicas que se desarrollaban a la vez en varios laboratorios financiados por el Estado para desarrollar tratamientos contra enfermedades aún inmunes a los medicamentos vigentes. La última vez que hablé con él, antes de iniciar su último viaje, me comunicó que creían estar cerca del objetivo y que esperaba con ello poder ser útil a la humanidad y volver de nuevo a su rutina tranquila y sin sobresaltos. No tenía madera de héroe y sí de hombre interesado en culturas y formas de vida, que era a lo que se había dedicado toda su vida. Ya no supe nada más, Ágara, hasta que nos comunicaron el terrible accidente las autoridades tibetanas a través del Ministerio de Asuntos Exteriores. Ahora espero impaciente que me cuentes vuestro viaje y todo lo que hayáis averiguado, así como las pruebas que tengáis sobre si la muerte de Ramón fue o no un accidente. Era mi mejor amigo, niña, y nunca me perdonaré haberle involucrado en esta historia y, menos aún, me perdonaré de por vida ser, en parte, el causante de su muerte al ponerle delante de un enemigo del que seguramente ni él ni yo teníamos la menor idea de su envergadura.

La pareja fue desgranando su viaje con todo lujo de detalles. El episodio del hotel, las amenazas, su encuentro con Nicole Aubert, hasta llegar al momento en el que se hicieron con los archivos malditos que Ramón quería entregar a las autoridades en su último viaje, y al atentado sufrido en la bajada hacia Kodari del que milagrosamente habían salido ilesos y que demostraba claramente la causa del accidente que costara la vida a su padre y a Öser. La rabia se iba apoderando de Ágara por momentos frente a ese hombre, amigo y bueno, que sin proponérselo había contribuido a una desgracia que no podía perdonar.

—Esta es la verdad, Fernando, la triste verdad. Nicole no quiso por un tiempo entrar en el despacho de su marido, no podía soportar su

pérdida. Cuando por fin se sintió fuerte para hacerlo, descubrió los archivos meticulosamente guardados y con una nota: *Entregar a las autoridades europeas lo antes posible en caso de que a mí me suceda algo*. Ese terrible y siniestro descubrimiento que tal vez le ha costado la vida a cientos de miles de personas en todo el mundo, incluida mi querida hermana Ainoa… Por supuesto, es algo que no se puede demostrar dado el tiempo transcurrido desde que estos archivos llegan a poder de Öser y la expansión de la pandemia del virus que hoy nos aterroriza. Fernando, no puedes culparte por algo de estas dimensiones. Papá obró en conciencia y lo habría hecho una y mil veces. No era un mal menor. Era la posible extinción de una forma de civilización y él tenía en sus manos poder evitarlo. Lamentablemente, no llegó a tiempo. Pero ahora tenemos suficiente información para actuar desde instancias superiores, si es que la vida de la gente les importa más que los lazos comerciales. Solo espero que la muerte de mi padre aún pueda servir para algo y ojalá alguien, desde el Ministerio del Interior, pueda abrir una investigación y encontrar a los autores morales y materiales que ordenaron su muerte. Esa es la tarea que te encargo. Es por lo que él perdió la vida y tú puedes continuar su esfuerzo y el de tantos otros, poniendo en conocimiento de las autoridades la verdad. Hay la posibilidad de que el virus no se escapase de ningún laboratorio y sí fuese dispersado minuciosamente por los países más desarrollados con el fin de acabar con su hegemonía cultural y económica, y en cierta forma, y a pesar del rápido desarrollo de las vacunas, lo han conseguido. Y lo peor es que puedan volver a intentarlo si alguien no les pone freno.

—Lo lamento mucho —Fernando escuchaba atónito el relato de Ágara—, te juro que si hubiese sabido en qué fangal se estaba metiendo tu padre lo habría impedido por todos los medios. Me siento responsable de su muerte, no importa que él lo hiciese convencido de su deber moral de no mirar a otro lado. Pero yo no me lo perdonaré nunca. Creo que fui muy cobarde, tal vez si os hubiera contado lo que impelía a tu padre a viajar al Tíbet una y otra vez habríais conseguido convencerle de que desistiera. Pero él me hizo prometer que nunca os involucraría en esta historia. Fue su

manera de protegeros, desprotegiéndose a sí mismo. Os adoraba y no soportaba poneros en peligro. Cuanto menos supieseis, más seguras os sentía. Creo que tampoco ahí estuvo muy acertado al no advertiros, pero él era así, padre por encima de todo. Estaba convencido de que esto terminaría de algún modo y que después de hacer de intermediario durante un tiempo podría reanudar su vida tranquila y llena de amor junto a vosotras.

»Tengo que pedirte perdón por tantas cosas, Ágara, que no sé por dónde empezar. Debí sospechar algo tras el accidente. Hablar con vosotras y ponerme en movimiento para saber cómo había sucedido algo tan horrible. Y no hice nada de eso, me quedé paralizado por el dolor y la culpa, sin sangre en las venas, aunque siempre esa actitud ha pesado sobre mí como una losa. No fue justo dejar pasar los hechos sin luchar, sin averiguar, sin devolverle a tu padre la dignidad que tanto se merecía. Habría sido doloroso, pero honesto. Espero que no sea demasiado tarde para reparar el daño. Soy un hombre mayor y me pesan los años, pero me pesan aún más las cosas que pude hacer y no hice, mi querida niña.

Ágara sintió una pena infinita y una enorme ternura por ese hombre no tan mayor al que los años de repente se le habían caído encima.

Pensar que él era en parte responsable del fallecimiento de Ramón era más de lo que sus hombros podían soportar en este momento de su vida, y tener a su hija frente a frente teniendo que reconocer tantos errores a la hora de encarar los hechos le obligaba a bajar la cabeza con la humedad en sus cansados ojos, otrora brillantes y vivos.

—Aquí tienes, Fernando. —Ágara había ido a su habitación en busca de los archivos.

Había viajado con ellos dentro de su ropa interior por miedo a cualquier registro inesperado y ahí estaban, aparentemente inocentes, algo pequeño y destructivo que quizás desde su origen había evolucionado en una nueva forma de virus. Ya no estaba en su mano hacer nada más. Esperar a que finalmente llegaran al lugar adecuado para procesar la información y evitar la repetición de otra catástrofe como la que el mundo aún estaba viviendo.

—Esto es todo. Aquí esta resumido todo el proceso de investigación. También los nombres de la facción radical del Gobierno que está detrás de esa locura y supongo que mil cosas más. Yo no he querido abrirlos, aunque Íñigo dice que se le pusieron los pelos de punta y que esta información por sí misma sería suficiente para hacer caer algunos de los gobiernos más poderosos del planeta. Lo dejo en tus manos. Mi misión está cumplida y acaba aquí. A mí solo me interesaba saber la verdad sobre la muerte de mi padre y desgraciadamente ya la sé y es más terrible de lo que imaginaba. Yo no tengo vocación de heroína y de todo esto he sacado algo muy importante para mí. Saber aún más profundamente quién era mi padre, qué estímulos le movían además de la curiosidad, y llegar a la conclusión de que era el gran hombre que yo admiraba, capaz de cosas que yo nunca hubiese imaginado. Solo sé que aún le quiero y admiro más después de conocer el final de esta historia.

—Querida niña, porque para mí siempre serás una niña, creo que ahora que sé la verdad de lo que le pasó a Ramón estoy en condiciones de ponerlo en conocimiento de las autoridades e intentar que abran una investigación, no tanto en Bruselas, en donde el interés por la vida de un hombre, por muy importante que sea para ti y para mí, es un tema secundario. Pero sí aquí en España, es un ciudadano español y está claro que su muerte no fue accidental, por lo que no creo que las autoridades tibetanas, por muy afines que sean al régimen de Pekín, puedan impedir la investigación. Esta vez prometo no quedarme paralizado, mi querido amigo no se merece menos. Ahora la que me preocupa eres tú. ¿Qué quieres hacer con tu vida? Dime cómo puedo ayudarte a ordenar tus pensamientos y emociones después de tantos golpes que estás teniendo que soportar en estos últimos años. Sabes que tengo muy buenos contactos por si… —Ágara interrumpió a Fernando con un gesto suave. No quería herirle, pero en ese momento sus ideas estaban más claras que nunca y sus objetivos también.

—Tranquilo, Fernando, aunque parezca mentira, aquí donde me ves y tras esta vorágine, mis sentimientos e ideas están más claras

que nunca. Me instalé en el caserío sin avisar a nadie, en una huida en la que las heridas no dejaban de sangrar. El valle me está curando de la tristeza, de la soledad y del olvido. Porque eso hacemos cuando no nos enfrentamos a las cosas, olvidar quiénes somos, cuál es nuestro proyecto auténtico de vida y qué soñábamos ser en un tiempo no tan lejano. Por supuesto, Íñigo ha tenido mucho que ver en esto. Es el mejor compañero que he podido encontrar. Nos queremos, Fernando; somos felices en el valle y sentimos los dos que allí está el futuro para nuestro espíritu algo solitario y el bálsamo para curar las cicatrices que ambos aún venimos arrastrando. Quiero vivir allí, que nuestros hijos, si los tenemos, se críen en medio de la naturaleza. Que puedan tocar piedras de verdad y respirar la vida sencilla rodeados de animales, pájaros y saltos de agua. Quiero apartarlos de este mundo artificial que cada día me gusta menos. Pero quiero hacerlo sin más trucos de prestidigitador. Estoy en el momento de las verdades, como ves. Necesito saber si mi vida puede ser real, limpia, sin fantasmas en los armarios. Quiero que Uxoa sea el lugar cálido y seguro que sueño para mí en un futuro, no un lugar al que accedimos de forma oportunista, privando a sus auténticos herederos de poseerla y disfrutarla. Puedo seguir con la agencia de viajes por Internet, creando nuevas rutas y, por supuesto, viajando para conocerlas de primera mano. Pero quiero tener la certeza de que al volver mi casa será mía, de pleno derecho, sin sombras ni nubarrones en el paisaje salvo los que el cielo nos envíe. Fernando, necesito tu ayuda para conocer qué pasó con Uxoa, como llegó a nuestras manos y por qué. No he encontrado en casa ninguna escritura o documento que así lo acredite y supongo que tú, que eras las manos y pies de mis padres, me puedes ayudar a encontrarlos si es que aún tienes algo en tu despacho que me sirva. Comprendo que salir corriendo sin avisarte no fue la mejor manera de poner en orden mi herencia. Hoy ha sido un día muy duro para todos. Si no te importa, mañana a la hora que tú me digas nos pasamos por tu despacho y revisamos todo lo que tengas. Y ahora voy a calentar la leche que se ha quedado helada para que disfrutemos de las ensaimadas que nos están diciendo

«cómeme» desde hace un rato. —Ágara se acercó a su viejo amigo para abrazarle sin necesidad de más palabras.

Fernando sonrió agradecido. La hija de Ramón estaba hecha de la misma pasta que su padre y jamás dejaría que acontecimientos pretéritos, ahora irreversibles, se interpusieran en su inmenso cariño de tantos años.

El día siguiente amaneció algo más cálido y luminoso. Las calles liberadas del fango gris iban recuperando su fisionomía habitual y la gente se desplazaba con más tranquilidad sin miedo a los resbalones que tantas roturas habían provocado. Los rescoldos del día anterior aún crepitaban en la chimenea y la atmósfera iba recobrando ese espíritu que diferencia una casa sin alma de un hogar amable y familiar.

Madrid volvía a brillar con su indudable grandiosidad y belleza y el barrio era de nuevo ese espacio cotidiano, de gentes que continúan habitando en él a través de generaciones. Siempre fue un lugar señorial y tranquilo, de personas educadas y con poder adquisitivo medio. Hoy, los pisos se habían disparado y Chamberí era una zona demandada por su cercanía con el centro y el paseo de la Castellana. El antiguo colegio de las hermanas había sido despojado de su maravilloso jardín, con cancha de baloncesto incluida, y ya ni siquiera el antiguo edificio de ladrillo oscuro anidaba voces infantiles y adolescentes. La antigua calle Cisne había sustituido su precioso nombre para homenajear al antiguo ministro y alcalde, a principios del siglo XX, Eduardo Dato, asesinado a tiros cuando viajaba en su coche. El precioso e imponente edificio fue construido por Vicente Lampérez a principios de ese mismo siglo. El barrio unía dos áreas de componente social diverso como era la zona de San Bernardo y Fuencarral, popular y concurrida de cines y bares, con la más aristocrática de Almagro. Aún recordaba Ágara cómo le llamaban la atención esas preciosas casas con chaflán y entrada de carruajes en otro tiempo, por las que ella imaginaba marquesas y bellas y elegantes damas ataviadas para asistir a un baile o recepción en

palacio. La imaginación de los niños no tiene límite. Tristemente el panorama había cambiado en los últimos tiempos y solo algunos vecinos del edificio resultaban familiares con el pasar de los años. Los pequeños comercios habían visto reverdecer sus negocios gracias a la pandemia y a la dificultad, por las absurdas restricciones, de largos desplazamientos. De cualquier manera, Ágara siempre había priorizado estas compras frente a las de los grandes almacenes, en los que se perdía y nunca encontraba a nadie para atenderla. Los dueños seguían estando ahí como parte del mobiliario urbano, pasando de padres a hijos con absoluta naturalidad. Solo las tiendas de moda, estancos y quioscos de periódicos veían mermar su clientela ante la llegada de Internet y el fácil acceso a las compras y prensa digitales. Por supuesto, los fumadores fueron siendo arrinconados como apestados y las nuevas generaciones tenían bien aprendida la lección de que fumar mata. Se podría añadir que hay muchas clases de muertes lentas y una de ellas es el adocenamiento, pero es menos costoso para el Estado.

Todas estas cosas bailaban en la mente de Ágara mientras se dirigían al despacho de Fernando. Había contactado con dos agencias de mudanzas que irían a última hora de la tarde para darles un presupuesto. Estaba decidida a llevarse toda su vida al caserío. Era lo suficientemente grande y, además, el almacén debidamente acondicionado le serviría de trasero. Se negaba a desprenderse de muebles, vivencias, recuerdos y, sobre todo, de sus libros, sus amados libros que junto a todo lo demás componían el paisaje de su vida y de sus sentimientos. Gran parte de los muebles habían llegado desde Pamplona cuando sus padres se casaron. La casa de los abuelos era al parecer muy grande, las niñas no la habían conocido, y en el espacioso y soleado piso al que se mudaron con una meticulosa selección de sus piezas más queridas tenían más que suficiente.

Fernando Aguado tenía el despacho a pocas calles de la vivienda de Ágara, en un edificio señorial de la calle Monte Esquinza, que había pertenecido a la familia desde hacía generaciones. El edificio constaba de tres plantas. La planta baja era el despacho de Fernando, mientras las dos superiores, espaciosas, con techos altos

y preciosos miradores a la calle, eran las viviendas familiares del abogado y su hermana menor, herencia de los padres ya fallecidos. Ágara e Íñigo entraron en el elegante portal de escalones de mármol cuyo protagonismo frontal ocupaba el antiguo y precioso ascensor con paredes de cristal y un banco acolchado, pensado para la comodidad de las personas mayores. En la parte derecha estaba la entrada al despacho. La puerta era de madera tallada con su diseño original. Una pequeña joya de principios del siglo XX. Todo respiraba elegancia. El inconfundible olor a cera de los suelos y muebles se mezclaba con esa atmósfera que solo los despachos de abogados con su ir y venir constantes suele desprender.

El bufete constaba además de distintas estancias, salas privadas y espacios donde los empleados y pasantes realizaban sus tareas. Era un piso amplio que daba la vuelta a toda la planta rodeando el hueco del ascensor.

Un pasante joven y discreto les abrió la puerta y los condujo al despacho de Fernando, que ya los estaba esperando. Ya el padre y abuelo habían tenido fama de personas honestas y hábiles para solucionar problemas y defender a sus acomodados clientes en caso de pleitos y demandas. Eran personas profesionales y serias que nunca en su forma de vida dejaban traslucir la generosa cuantía de sus ingresos. El abogado los invitó a sentarse cariñosamente.

—Buenos días, Fernando, perdona el retraso, pero ayer caímos como troncos y ni siquiera el cambio de horario ha hecho mella en nuestra necesidad de descanso, estábamos realmente agotados no solo por el viaje interminable, sino por tantas emociones aún sin digerir. Es como reescribir mi vida desde un punto que creía conocido y ahora me asalta desde un lugar completamente diferente.

»Cuántos recuerdos me trae este despacho. Muchas veces mi padre me traía dando un paseo para tomar un café contigo, ¿recuerdas?, cuando ya Ainoa estaba en la universidad, y obligarte así a sacar la cabeza de tantos papeles amontonados sobre tu mesa. Papá te admiraba y te quería mucho. Supongo que le habrás echado mucho de menos. Yo por mi parte encuentro imposible estar en

nuestra casa sin ellos, así que tengo cita esta tarde con dos empresas de mudanzas. Voy a llevarme todo al caserío y he pensado vender la casa. Ya no la siento como mía y hay demasiados recuerdos, demasiados silencios en las habitaciones, no podría volver a vivir en ella. Madrid me da sensación de claustrofobia y más con esta maldita pandemia. En el campo el tiempo tiene otra medida, es más lento y te deja tu espacio para respirar y reconocerte. Las restricciones no han sido tan duras y además no es lo mismo estar encerrado en un piso, por muy maravilloso que sea, que estar rodeado de naturaleza y vida. Poder pasear por los montes ha sido para mí reconfortante y esclarecedor. Decían los peripatéticos, con Aristóteles a la cabeza, que paseando se activa el cerebro y surgen más ideas, y yo he paseado mucho, Fernando, mucho.

—Te entiendo perfectamente, no te creas, a mí también me han entrado ganas muchas veces de marcharme a un lugar tranquilo sin pleitos ni papeles. Pero la verdad es que no sé hacer otra cosa. Me gusta mi trabajo, creo que lo llevo en la sangre y me gusta también ayudar a la gente a solucionar sus problemas. A veces tengo la sensación de que soy más bien un gabinete psicológico. No sabes la de cosas tremendas que han oído las paredes de este despacho y que nunca saldrán de aquí, como nunca salieron mis conversaciones con tu padre. Dime qué necesitas saber, cuál es tu inquietud. Por el piso no te preocupes, tú me dejas organizado el tema de la mudanza y yo me ocupo de enviarte todo y de la venta. Está en un sitio estupendo y te lo quitarán de las manos a muy buen precio. El barrio se ha puesto por las nubes y no me extraña. A mí siempre me gustó esta parte de la Castellana, mucho más que el barrio de Salamanca, con pasillos eternos y habitaciones interiores. La verdad, no sé qué ve la gente en esas calles estrechas y oscuras, pero sobre gustos no hay nada escrito. Tengo aquí todos los documentos que he ido guardando a lo largo de los años relativos a vuestra familia. Herencias, donaciones, escrituras. Todo está en regla, así que dime qué necesitas. Tú eres heredera universal tras el fallecimiento de la querida Ainoa, así que puedes disponer de todo como desees.

—Con respecto al piso y los locales comerciales que tenían mis padres, es muy sencillo, quiero venderlo todo y desligarme de la ciudad y de problemas de alquileres o seguimientos. Me gustaría hacer algunas obras en Uxoa, como poner calefacción, por ejemplo. El invierno allí es bastante duro, ¿verdad, cariño?

—Ágara es bastante friolera. —Íñigo presenciaba la conversación en un discreto y respetuoso segundo plano—. También cuando yo llegué al valle desde Buenos Aires sentí la humedad y el frío de las casas de piedra y me asusté un poco, pero con una buena chimenea y leña se templan enseguida las paredes y los ánimos, y es una delicia ver llover junto al fuego. Yo ya me siento baztanés y, después de encontrar a Ágara, no creo que haya un lugar mejor para vivir.

El viejo abogado sonreía con nostalgia de ese sentimiento que todo lo transforma simplemente con su hálito y que se llama amor.

—No creáis que no me dais envidia, pero ya hace tiempo que dejé de mirar el mundo a través de otros ojos. Y bien que lo echo de menos.

—Lo cierto es que, cuando decidí refugiarme en Uxoa, nunca pensé hasta qué punto la casa, el paisaje y mil cosas más me iban a atrapar como una hiedra salvaje envolviendo mi espíritu. Luego vino el enamoramiento de la casa, del valle, de sus gentes y por supuesto de Íñigo. Solamente me bullía una extraña idea en la cabeza tras conocer las costumbres del valle en los siglos XVII y XVIII y su resistencia a vender las herencias a terceros y menos a gente que viniese de otras zonas, que es cuando se supone que mi familia adquiere las tierras y el caserío. Hay una leyenda en el pueblo de alguna maldición sobre la propiedad que yo ignoraba. No le hice mucho caso, pero tampoco entendí por qué se desprende una familia de una casona tan maravillosa cuando en Baztán conservar, cuidar y mejorar las propiedades es una ley no escrita. Buscando e indagando descubrimos que un hijo de Uxoa, posiblemente el heredero, había emigrado a Perú en una fecha algo extraña, el 5 de enero de 1774. También sabemos que unos meses más tarde, en agosto, nace una niña, en Arizcun, un pueblo cercano, de una mujer agote, es decir, maldita, y que se da en adopción a una familia de

Pamplona con el nombre de Uxoa, misteriosamente el nombre del caserío. Aún no hemos conseguido relacionar un hecho con otro. Sí sabemos que el apellido de la familia del caserío existe en Perú, porque un peregrino, casualmente o no tan casualmente, pasó por el ramal del camino que bordea el caserío hace unos meses. Solo necesito saber que esa casa ha llegado a mi familia de forma honesta y lícita y que por tanto no hemos privado de la heredad a nadie directamente relacionado con la familia originaria del caserío. Solo con ver las escrituras estaré tranquila al comprobar que proviene simplemente de una venta, por causas ajenas a mi familia.

—Ágara, revisando papeles, lo que obra en mi poder es una escritura que también figura en el registro civil, en la que se acredita que tu madre es dueña de la propiedad tras heredarla de tus abuelos, en régimen de gananciales con tu padre. Cuando pasa tanto tiempo, se pierde el rastro de los antiguos propietarios. Ten en cuenta que esa casa, por lo que sé y me consta, lleva en vuestra familia más de dos siglos. Por supuesto y tras los distintos testamentos que así lo acreditan, la casa es de tu absoluta propiedad, sin ninguna duda. En ese sentido puedes estar tranquila. Lo que sucedió antes de que llegara a vuestras manos no está a mi alcance averiguarlo. Antiguamente, algunas transacciones se depositaban en las parroquias y ahí se archivaban documentos, bautizos, matrimonios y todo lo que los feligreses, profundamente religiosos, y más en Navarra, querían guardar y proteger de injerencias o manipulaciones por parte de los vecinos o autoridades de los pueblos, que por aquel entonces casi no existían, salvo personas influyentes de la comunidad o funcionarios que de vez en cuando llegaban de la capital para supervisar el buen funcionamiento de la convivencia. Los sacerdotes eran las personas de confianza y casi siempre se acudía a ellos para poner a buen recaudo cosas importantes, así como sustanciosas donaciones. Si pudierais acceder a la parroquia en la que habitaban los padres adoptivos de Uxoa, seguramente allí está la respuesta que buscas. Tiene que haber alguna pista que te acerque, aunque ha pasado mucho tiempo y dudo de que aún tengan en su poder los documentos si es que existen. Si me das el apellido del matrimonio

que adopta a la niña tal vez yo pueda encontrar entre mis colegas en Pamplona alguna pista. Déjame que lo vea en estos días y os cuento lo que descubra. Si quieres puedes llevarte las escrituras de Uxoa, te pueden hacer falta para cualquier cosa, incluso para empadronarte si sigues con la idea de vivir allí, que ya veo que está muy metida en tu cabeza. Me parece muy bien este cambio de rumbo que quieres dar a tu vida y te aplaudo. Tienes que ser feliz, tienes derecho a ser feliz y siento que en esa casa puedes serlo plenamente.

—Muchas gracias, Fernando. Pero, no obstante, me gustaría tener la película completa, estaré más tranquila. Ah, te he traído unas llaves de casa por si las necesitas para la mudanza o la venta. Supongo que también te hará falta algún poder para que puedas gestionar todo lo que hemos hablado. Creo que ya tienes uno que me pediste cuando murió Ainoa, yo no quería saber nada de papeles y herencias. No sabes cómo te agradezco tu amistad y cariño. Ojalá podamos cerrar los dos capítulos pendientes con la investigación sobre quiénes ordenaron el asesinato de mi padre y quiénes fueron los dueños de Uxoa que se vieron obligados, como creo, a vender la propiedad y por qué. Si aún estoy a tiempo de remediar cualquier injusticia, quiero intentarlo.

—De acuerdo, empezaré a mover las cosas, déjalo en mis manos. Lo que siento es que ya te voy a perder de vista del todo. A no ser que me anime a haceros una visita, cosa que no estaría nada mal, siempre quise conocer ese paraíso y qué mejor excusa.

Ágara e Íñigo se despidieron con la certeza de la enorme distancia que los separaría de ese buen hombre que había sido parte de la vida de su familia durante tanto tiempo y que ahora trasminaba un aire de cansancio y tristeza, después de lo que ya sabía sobre sus averiguaciones en Lhasa. Esperaban que en algún momento cumpliese su deseo de visitarlos y así demostrarle su cariño y agradecimiento por todos los favores y consejos prestados a lo largo del tiempo.

Madrid ya era tiempo pasado. Un lugar en el que ya no le pasaban las cosas que la hicieron sentir feliz algún día. Todo para ella respiraba nostalgia y pérdida, y los colores de los lugares conocidos,

en otra época brillantes, habían adquirido la pátina sepia de quien los contempla, sin reconocerlos, a través de la mirada del tiempo, cubiertos de bruma y polvo. Tenían que solucionar todas las cosas pendientes y volver al norte.

Ágara cerró el trato del traslado de los muebles con la empresa que le dio mejor garantía y precio. En una semana recogerían todo y lo llevarían a Uxoa. Ahora quedaba una tarea dura, empaquetar las cosas personales y todo lo que había en el despacho de Ramón, como documentos, cartas, etc. Habría que hurgar de nuevo en todos los rincones y darse de bruces con cada vestigio de lo que había formado parte de unas vidas ya inexistentes. Aquellas pequeñas cosas, como diría Serrat, que seguirían acechando detrás de la puerta y la harían llorar cuando nadie la viese.

—Me gustaría llevarme los documentos de papá y también el famoso libro del río Amarillo —Ágara se disolvía entre tantos recuerdos—. Mi padre escribió en él y quiero tenerlo cerca, aunque haya sido un enemigo inesperado. También quiero llevarme la fotografía de mi hermana y mía delante de esa casa que tal vez tenga que ver con lo que buscamos. Quiero dejar Madrid lo antes posible, no sé si tú también sientes lo mismo, pero me falta el aire y necesito ir derritiendo en mi memoria todos los acontecimientos siniestros que hemos vivido en los últimos días. Mi padre no volverá, no sé si la información servirá para abortar futuras acciones contra la humanidad o simplemente todo fue una coincidencia y la muerte de papá no habrá servido de nada. Necesito recuperar nuestras vidas y tratar de encontrar ese camino que nos lleva de la pequeña Uxoa hasta nuestro presente. No quiero quedarme atrapada, como esa gota de rocío que ves colgada de una tela de araña y solo descubres a través de la luz del amanecer. Necesito desprenderme y llegar al suelo libre y brillante como ella.

Bozate

diciembre de 1774

Mi adorado Asier: No sabes la alegría que siento cada vez que el señor párroco me hace saber la llegada de tus noticias. Puedo leer el dolor en tus palabras por los acontecimientos que te comuniqué en mi primera carta. Pero sé que lucharás por reunirnos con todas tus fuerzas. Te confieso que por momentos el miedo a perderte o a que una nueva vida te aleje de mí atenaza mi corazón. Los días después de tener que separarme de la pequeña Uxoa, nuestra preciosa hija, habían perdido todo el sentido para mí. A veces creía volverme loca e incluso llegué a pensar en quitarme la vida. Tú sabes sobre mi conocimiento de hierbas y lo fácil que me hubiera sido tomar esa decisión. Pero el recuerdo de su carita y sus hermosos ojos mirándome en nuestra despedida alimentaban la esperanza de volver a verla, de poder abrazarla y reunirme contigo en algún momento, como tú me pides en tus cartas. Siento el sufrimiento que he podido causarte ante la imposibilidad de retener a nuestra hija. Tus noticias son para mí como el rocío para los prados, como la lluvia para los ríos y como esa calma que la luz lechosa del amanecer desprende en mis noches de insomnio. Aquí las cosas están muy extrañas. Hay rumores de que los franceses intentan llegar a nuestras tierras a través de los Pirineos. La gente está muy intranquila y ya se han dado casos de una epidemia que al parecer nos llega del norte. Están muriendo

muchos vecinos y el valle parece que ha perdido su luz, ensombrecido por el dolor y la miseria. Mi vida transcurre dentro de la aldea, no quiero encontrarme con nadie de los caseríos del otro lado o con alguien cercano a Uxoa. Ojalá pudiera llegar a la ciudad y contemplar a nuestra hija desde la distancia. El padre me asegura que crece feliz y tranquila y la madre abadesa me dice que está en manos de una buena familia, religiosa y con los dineros suficientes para que a nuestra pequeña no le falte de nada.

Sigue contándome cosas de ese otro mundo, ya que para mí será muy difícil conocerlo algún día. Aquí en el valle los míos siguen siendo marginados y humillados, no puedo pensar lo que habría tenido que soportar Uxoa si hubiésemos decidido seguir adelante con nuestra relación y su nacimiento ante la vista de todos. Por lo menos ella está feliz y tranquila, aunque eso signifique una separación que me parte el alma. Asier, no me olvides, porque eres lo único que da sentido a mi vida. Tus cartas las leo mil veces y las guardo entre ramitos de espliego en nuestro refugio secreto en el que aún palpitan nuestras caricias y promesas de amor. Te quiero siempre.

Tuya,
Ainara

Baztán

2021

El valle los recibió como a hijos pródigos, templado y con esa cortina de lluvia invisible, el chirimiri, que no moja pero empapa. Era su manera de darles la bienvenida, de decirles que ya estaban en casa, que nunca más estarían solos porque él los protegería, y también que los había echado de menos. Esos paños de hierba tendidos, aparentemente ajenos y distantes, son lo que son porque alguien los ve, alguien los contempla y admira y alguien, además, los quiere y necesita. Son lugares que estaban ahí para nosotros, si tenemos la suerte de descubrirlos y sentirlos como nuestros. Nunca las montañas les parecieron más bellas, frondosas y fértiles, como una madre preñada de tierra, sol y agua. Por fin enfilaron el camino que los llevaba a Uxoa. El caserío emergió en el paisaje, robusto y pétreo como si nada hubiese pasado, con esa sensación de solvencia y seguridad que ofrecen las cosas que solo conviven con el tiempo, sin importar la inmensidad de este. Estaba allí, magnífico, bello, como había estado siempre durante siglos a pesar del dolor, del deterioro, del abandono y del intento del hombre por hacerlo desaparecer cubriéndolo de olvido.

Entrarían de nuevo, encenderían la chimenea y volverían a sentirse a salvo. Habían pasado apenas quince días, pero la brutal tormenta de nieve que había causado una increíble distorsión en la ciudad de Madrid, el descubrimiento de las notas de Ramón, el

terrible viaje a Lhasa y conocer de pronto la causa de su muerte, cuando la herida empezaba a cicatrizar, era mucho más de lo que Ágara era capaz de soportar.

A veces volver al pasado, desandar los pasos perdidos o simplemente girar ligeramente la cabeza puede zambullirnos sin darnos cuenta en una zona oscura, por la que deambular no solamente se hace difícil, sino posiblemente insano e inútil. Siempre creemos que la verdad debe prevalecer, que nos hace mejores, que hay que buscarla a costa incluso de nosotros mismos, pero la verdad también a veces se disfraza de ella misma y nos lleva a un punto en el que ya no distinguimos qué es o no real.

Ya tenían parte de la verdad, al menos de la que creían cierta y tangible. Les faltaba otra parte quizás innecesaria, pero el ser humano es así. No se rinde fácilmente, o por lo menos algunos, y Ágara formaba parte de ese grupo.

—Me parece un sueño volver a contemplar estos montes —Ágara admiraba todo con una emoción renovada—, recuperar ese color de niebla del cielo. No sabes cómo agradezco esta plácida llovizna. Cómo se puede vivir en tan terrible sequedad, con la absoluta ausencia de verdes. Con la tierra yerma y pedregosa a esas alturas, rozando el cielo, pero sintiendo por momentos dentro de ti una especie de infierno. Ha sido una experiencia increíble, pero no creo que tenga ganas de volver. Tendría que pasar tiempo para planteármelo y no lo veo necesario. Ahora solo quiero recuperarme emocionalmente y seguir buscando a Uxoa.

»¿Sabes? La primera vez que vine a este valle me quedé impactada y mi mente de niña sentía la paz y la armonía que todo a mi alrededor respiraba. Tenía la sensación de que si esto existía en el mundo, nada malo podía pasarme. Algo de tanta belleza no podía ser un hecho aislado, tenía que formar parte de un plan universal en el que la mano del hombre no fuese capaz de destruirlo todo. Cada día tengo más claro que el universo es un ser vivo e inteligente. Y que piensa, no sé si a través de nosotros o simplemente nosotros y todo lo que él abarca somos su pensamiento. Es como si hubiese una fuerza superior capaz de preservar algunos espacios en los que el ser humano pudiese encontrar su equilibrio y calma, cuando

necesita encontrarlos. Vamos a dejar el equipaje y dar una vuelta por el pueblo. Quiero ver el caudal del río y la bonita plaza del ayuntamiento, y tomar un chocolate caliente. Necesito reencontrarme con las caras amigas y saber que todo sigue estando ahí, que no ha sido un espejismo, y que lo que hemos dejado atrás nada tiene que ver con nuestras vidas.

—De acuerdo, cariño, te estás poniendo muy poética y filosófica y creo que necesitas recuperar el sentido común y el contacto con el día a día. —Íñigo se reía escuchando a Ágara. Cada día se sorprendía más con esa criatura sensible y frágil, de apariencia engañosamente fuerte y segura. Era así y así la amaba cada vez más y de manera más profunda—. Ponte un chubasquero y así nos paseamos bajo esta lluvia fina que me encanta. Lo del chocolate me parece una idea genial. Mañana llamaremos a Fernando para ver si ha averiguado algo sobre la familia Iturralde y la parroquia de Pamplona en la que poder encontrar algún dato que nos pudiese acercar al origen de la transacción que hizo a tu familia convertirse en la dueña de Uxoa.

La vida en el valle les devolvió la normalidad. Los días pasaban apaciblemente y los ánimos se iban calmando, alejados de la tensión y dramas vividos. Disfrutaban de cada minuto, recorriendo los pueblos vecinos con sus paseos de bosques y senderos. Degustaron los placeres de la gastronomía navarra en los restaurantes conocidos en los que los recibían como amigos y clientes habituales. Seguían sintiendo la sensación de que algo inacabado no les permitía ser felices del todo. Fernando no tenía aún ninguna noticia de Pamplona. Los muebles y enseres habían llegado al caserío llenando espacios vacíos y consiguiendo crear, al fin, un aspecto de vivienda familiar. El carpintero del pueblo, que ya había restaurado parte de las contraventanas, construyó con vigas antiguas unas fantásticas librerías en las que los muchos libros de la biblioteca de Ramón encontraron acomodo. No hay nada más estimulante y acogedor que la visión de paredes vestidas de libros, gastados y leídos. Libros que en cualquier momento te llamarán desde sus lomos para que una relectura junto a una chimenea encendida les devuelva el sentido aleccionador y amigo que justifica su existencia.

Íñigo había recuperado sus jornadas en la biblioteca e intentaba dar vida a su casona, que cada vez le resultaba más fría y vacía en comparación con Uxoa. En algún momento no muy lejano tendría que plantearse la posibilidad de vivir con Ágara, pero no quería ser él quien tomase la iniciativa y posiblemente ella no estaba aún preparada para compartir su vida al cien por cien. Retomar su mundo de vecinos y libros mientras el río rugía a sus espaldas era un placer difícil de explicar.

Qué pronto se le había pegado esa tierra al alma, hasta el punto de apenas echar de menos su vida en Baires, como llamaban a la ciudad del Río de la Plata.

De repente, Ágara recibió una llamada de Fernando, que rebosaba entusiasmo.

—Ágara, tengo buenas noticias para ti. Un amigo y colega de Pamplona me ha localizado el posible domicilio de la familia Iturralde en la Pamplona de hace dos siglos. Es una casa señorial en el paseo de Sarasate, antiguo paseo de Valencia, que se formó parece ser en el siglo XVIII. El registro de la propiedad se inicia en 1768 con la Pragmática de Carlos III. Casi todos los registros, por suerte, son de finales del XVIII. Para autentificar la propiedad se requería un certificado de dominio de treinta años. Y sabemos que la familia Iturralde, muy destacada en la época, tenía su domicilio en dicha calle. La propiedad se llamaba casa Iturralde y posiblemente aún queden vestigios de ella. Hay un dato más, he averiguado y la iglesia más cercana es la de San Nicolás, entre la calle San Miguel y la plaza de San Nicolás. Era originariamente un burgo defensivo del siglo XII. Por lo que era costumbre, seguramente allí estarán los documentos que acreditan la venta o cesión de tu caserío a dicha familia, a la que pertenece tu madre, aunque el apellido se haya perdido en el tiempo. En Pamplona podréis encontrar con más precisión el histórico de esas calles, así como de la calle Mayor del burgo de San Nicolás, que era en esa época el núcleo poblacional y defensivo que junto a otros burgos dio origen a lo que luego sería la ciudad de Pamplona. Creo que es al menos una pista y parece bastante consistente.

—Gracias, Fernando, eres un tesoro, no sabes cómo te lo agradezco. Me gustaría acabar con esta pesadilla, no solo por tranquilizar mi conciencia, sino también por conocer exactamente de dónde vengo, quién soy y qué hay detrás de mi historia familiar. No sé por qué nunca he sentido necesidad de buscar más allá, creo que es este valle que me habla y me obliga a entender el vínculo entre su historia y la mía. Uxoa es una maravilla, una especie de casa-madre-refugio y no me dejará tranquila hasta que conozca su andadura y esas vivencias que la han mantenido en pie y con vida a pesar del tiempo. Más de dos siglos han pasado desde que sabemos algo de esta casa y quiero devolverle el relato dormido entre sus vigas a la espera de que alguien lo despierte y rescate del olvido.

—Otra cosa más, Ágara, ya he entregado toda la documentación que me confiasteis al CNI, por supuesto van a investigar rigurosamente lo sucedido y me agradecieron la información, que juzgaron tremendamente valiosa de cara al futuro. La muerte de mi gran amigo no será en vano, hija. Tu padre podría salvar vidas. Es lo que seguramente buscaba con esos viajes al poner en riesgo la suya. Debes estar muy orgullosa de él.

—Gracias, Fernando —las lágrimas tibias y silenciosas se deslizaban por las mejillas de Ágara en una caricia de paz y consuelo —, sí, lo estoy, siempre lo estuve. Soy lo que soy gracias a ellos. Por cierto, a ver cuándo te animas a hacernos una visita, te encantará el valle y verás cómo la casona ha agradecido la presencia de muebles y objetos traídos de Madrid. Es muy generosa y lo acoge todo como si siempre le hubieran pertenecido.

—Por supuesto, en cuanto encuentre un hueco. Ya me irás contando tus averiguaciones. Antes de que se me olvide, me han dicho de la agencia que han visitado el piso varias personas, así que no creo que tarden mucho en pasar una oferta. Me da pena porque he pasado momentos estupendos en esa casa junto a tu familia, pero supongo que tú tienes necesidad de pasar página y empezar de nuevo. Íñigo parece un gran chico y veo que te hace feliz tanto como tú a él. Te lo mereces después de todo lo que has pasado. Bueno, te dejo, que tengo una visita en diez minutos y aún he de

preparar papeles, ya sabes, yo y mis papeles. Un abrazo, Ágara, estamos en contacto.

—Adiós, Fernando, y muchas gracias por todo el cariño que estas poniendo en ayudarme. Te esperamos por aquí. Un abrazo.

Ágara se quedó pensativa con una leve sonrisa en los labios. Cómo le recordaba Fernando a su padre… Era un buen hombre, tal vez un poco solitario, pero con una gran ternura. Ojalá se animase a visitarlos, imaginárselo le hacía sonreír, estaría como piojo en costura sin sus papeles y fuera de Madrid. No creía fácil que su amigo se animase a visitarlos, pero seguro que le haría un efecto sanador y relajante.

Recogió a Íñigo de la biblioteca y se encaminaron al restaurante casero, y no muy caro, que se había convertido en su lugar favorito, junto al río. Unas alubias rojas de la zona y una chistorra les entonaría el cuerpo. Tenían mucho por hacer, no solo sobre sus averiguaciones, sino sobre cómo enfocar sus vidas en un futuro. Estaba claro que querían estar juntos, formar un hogar y compartir algo más que excursiones, comidas y momentos íntimos en el vientre cálido y protector de Uxoa. Posiblemente era el momento de hablar de cosas aplazadas por el vértigo de los acontecimientos. Tendría que surgir de forma natural para ambos, sin prisa. Como ellos solían recordar de su primer encuentro, lo que les sobraba era tiempo, pero lo importante era cómo trufar ese tiempo de sentido o dejarlo pasar leve como una pluma.

—Hmmm…, estas alubias están de muerte, ¿me pasas una piparra?, gracias. Me he acostumbrado a ese sabor del vinagre junto al de la alubia roja y dulce. Son un complemento perfecto. —La gastronomía del valle los había conquistado no solo por su sencillez, sino por la insuperable materia prima y productos autóctonos—. Me ha llamado Fernando esta mañana, tiene noticias de Pamplona y un punto, frágil, pero al que podemos asirnos para averiguar sobre la transacción del caserío y qué pasó con esa niña dada en adopción. No sé, es como si al no saber qué fue de ella le hubiésemos negado su existencia. Debió ser terrible para esa madre tener que abandonar a su hija. No pierdo la esperanza de que pudiera recuperarla al cabo de un tiempo. Pero tampoco sabemos nada de

Ainara, qué fue de ella tras la separación de Uxoa y quién era el padre y por qué tampoco aparece en la historia. A mí me sigue pareciendo que hay una extraña coincidencia entre la fecha del viaje de Asier a Perú y el nacimiento meses después de la cría, así como el nombre de bautismo y la petición angustiada de su madre al elegir ese nombre, pero supongo que es una idea descabellada. Voy a llamar a la parroquia de San Nicolás para pedir una cita. También creo que sería buena idea que tu amigo de la biblioteca de Pamplona nos guiase un poco sobre el posible domicilio de la familia en el siglo XVIII.

—Me parece buena idea, aunque es como buscar una aguja en un pajar. Puedo imaginarme los cambios y transformaciones de esas calles a lo largo de más de dos siglos. Si tuviésemos algún edificio de referencia… Lamentablemente, la mayoría habrán desaparecido con nuevas ordenanzas y reorganización urbanísticas. Creo que el punto más seguro es la parroquia. Déjame que haga la consulta esta tarde y si quieres el lunes nos vamos a Pamplona, mañana estoy esperando una remesa de libros que he pedido para dar un poco más de vida e interés a nuestros anaqueles. La gente quiere saber y cada vez se anima más a venir y sentarse en las pequeñas mesas, contemplando el río y disfrutando de la lectura. Voy a organizar algún que otro seminario sobre autores, por épocas y países. Hay un precioso trabajo por hacer y ya que la gente hace turismo literario gracias a la famosa trilogía de Baztán, quiero incentivar más el amor por la literatura. —A Íñigo le brillaban los ojos, no había duda de que los libros eran su pasión y sentía la necesidad de trasmitir dicha pasión a todo el que estuviera dispuesto a compartirla.

Ágara pensaba que quizás su pequeña historia y todo lo que había nacido alrededor sería un buen argumento para que Íñigo se volviese a sentar a escribir. Cuando todo terminase se lo sugeriría, aún era pronto.

El lunes amaneció lluvioso, no había dejado de llover durante todo el fin de semana. Las calles del pueblo apenas registraban visitantes

y los fantasmas del pasado deambulaban a sus anchas sin intrusos a los que ceder el paso. Era un pueblo precioso, casi todo de piedra, y exudaba historias y leyendas solo con asomarte a sus calles, plaza principal y aledaños junto al río. Seguro que el *basajaun* se habría atrevido a bajar al pueblo y pisar sus calzadas sintiéndose dueño y señor de esos espacios tan familiares y ahora vacíos. Él por el contrario amaba la lluvia, y su peluda fisonomía le protegía como un refugio de ramas protegería a un niño en medio de un bosque. La mitología baztanesa era tan vívida y real que a nadie extrañaría encontrarse en el recodo de una calle a sus protagonistas. Convivir con la magia y el misterio, aceptar lo desconocido y la incertidumbre como parte de la vida era una forma que tenían los habitantes del valle de fundirse con él. Todos formaban parte del milagro vital y eran cómplices y complementarios.

Solo quien ha dormido entre las piedras de un caserío y oído la lluvia repicando rítmicamente durante la noche sobre el tejado puede entender el alma y la respiración de ese lugar único y perdido en el mundo.

Se encaminaron hacia Pamplona a primera hora de la mañana. La carretera aparecía brillante y velada por la fina lluvia. Pamplona estaba apenas a una hora de camino y la ciudad en sí también merecía una pausada visita para disfrutar de sus calles, ricos comercios y auténtica oferta gastronómica. Era una ciudad con una alta renta per cápita y vivir en ella no era especialmente barato.

Íñigo había quedado con su amigo Joseba en una céntrica cafetería, famosa por sus pasteles y bollería. Joseba era un chico más bien tímido con cara de despiste que a través del tiempo y los intercambios en cuestiones de libros había establecido con él una auténtica amistad. Su acceso a archivos y su pasión por la historia le convertían en un elemento verdaderamente valioso a la hora de obtener información sobre cualquier tema.

—¿Qué tal, Joseba, cómo andas? Lo primero, gracias por venir y unirte a nuestra búsqueda. Quiero presentarte a Ágara —Joseba se acercó a Ágara dándole un discreto beso en la mejilla, lo que provocó en ella una tierna sonrisa—, ya te he hablado mucho de ella y de nosotros —sonrió—. Tiene un caserío en Baztán y es por una

investigación sobre cómo llegó esa propiedad a su familia por lo que te estamos molestando en busca de ayuda. Gracias a los libros que me conseguiste pudimos descubrir la reseña de emigración del hijo de la familia dueña del caserío. Es muy complicado porque intentamos averiguar qué pasó allí hace nada menos que dos siglos. Con la información que nos diste ya sabemos que el heredero de Uxoa, que así se llama, emigró a Perú a finales del XVIII, un día tan poco usual como el 5 de enero. Lo que no sabemos es en qué momento la familia Iturralde, que curiosamente adopta meses más tarde a una niña nacida en Arizcun con el mismo nombre del caserío, se hace con él y por qué, y si ese es el hilo que une a dicha familia con la familia de Ágara y con los dueños de Uxoa. Te pregunté por la posible residencia de los padres adoptivos, que según nos hemos informado estaría en la calle Sarasate. No sé si has averiguado algo al respecto.

—Es bastante complicado, Íñigo. Por lo que he averiguado dicha calle apenas tenía residencias familiares. No sé si sabes que originalmente había burgos, núcleos de población con murallas defensivas contra posibles ataques. Los terrenos de la Taconera en un principio estaban fuera del burgo de San Nicolás y solo en 1580, con nuevas murallas, se incluyen dentro del recinto. Esa calle se define a principios del siglo XVIII con un primer edificio que es la casa de Misericordia, en 1706, y que ya no existe. Otros edificios fueron la Casa de Hornos o el Mesón de Carros. Quiero decir que esa calle, que era la también llamada de Valencia, solo estaba formada por edificios públicos.

—No entiendo cómo puede haber registro de un casa familiar Iturralde, a no ser que dicha familia habitase en uno de esos edificios importantes. Creo que por este lado no vamos a conseguir avanzar mucho, Joseba. Esto es bastante desalentador.

—Hay otra posibilidad. Dentro del burgo, la calle más comercial y más larga era la calle Mayor, posiblemente la familia se mudó más tarde a esa calle que hoy se llama Zapatería. Los burgos que surgieron en el siglo XI en las tierras de la Navarrería no siempre tuvieron buenas relaciones y existían normas distintas para cada

uno. El de San Nicolás era el más abierto y en el que se mezclaban francos y navarros. Luego se fundieron y crearon el germen de la actual Pamplona. Por eso la movilidad entre ellos se fue haciendo más habitual. La calle Mayor tenía comercios muy importantes en cuero, calzado, etc. Tal vez ahí encontremos el origen de la riqueza de la familia que adoptó a la niña. Sin otro cabo al que agarrarnos, es complicado saber cuál es la casa.

—Ágara tiene una foto de ella y su hermana de pequeñas delante de un portal y detrás está escrito «Casa Iturralde». Tal vez buscando por el barrio encontremos dicha casa y podamos asociarla a la familia Iturralde. No sé, Joseba, creo que estamos algo perdidos. No sé si en un punto muerto, pero es bastante descorazonador no encontrar ningún documento de la época que nos aclare un poco el panorama.

—Sinceramente, veo complicado averiguar algo en el callejero. Yo intentaría una última opción en la parroquia. Es muy antigua y tiene un archivo increíble. Creo que solo con la documentación de sus anaqueles se podría reconstruir la historia de esta ciudad. Los burgos se hacían en torno a las parroquias-fortalezas. Eran centros vitales, religiosos y defensivos. La gente recurría al párroco para todo y sus documentos, a falta de notarios, estaban a buen recaudo bajo su protección. Por intentarlo no perdéis nada. Por lo menos en algún sitio ha figurado que la familia habitaba en esa zona. Es lo más seguro para buscar información. Yo conozco al párroco actual. Es un hombre erudito y de fácil trato. Vive apasionado con sus archivos, intentando reconstruir la historia de sus habitantes. Os recibirá encantado. No sé si hoy, déjame que lo llame, ¿vale?

Ágara había perdido su entusiasmo. Su insistencia por conocer toda la historia empezaba a parecerle obsesiva y las dificultades estaban a punto de hacer mella en su ánimo. Quizás deberían olvidarlo todo. Intentar ser felices y empezar de cero con Íñigo y su apacible y preciosa vida en el valle. Bastante doloroso había resultado averiguar el porqué de la muerte de su padre y quién sabe si de su hermana y tantos miles de personas. Ya no tenía fuerzas para enfrentarse a más verdades incómodas que quizás volverían a cambiar el curso de su vida.

—Genial, me dice el párroco que hoy le es imposible, pero que el miércoles por la tarde tiene todo el tiempo del mundo por si necesitáis mirar en los archivos. Es un tipo estupendo que reza pensando y estudiando. Bueno, ¿me invitáis a un cruasán y un chocolate? No he desayunado aún. Es lo malo de estar soltero y vivir solo. La cocina me da alergia.

Ágara e Íñigo se reían de las ocurrencias de Joseba. Era raro, porque en Navarra los hombres suelen ser tan buenos cocineros o mejores que las mujeres, pero estaba claro que no era el caso de Joseba. Se animaron a tomar un chocolate y aprovechar la mañana para visitar Pamplona antes de volver al valle. El miércoles volverían en un último intento —así lo sentía Ágara— de hurgar en el pasado.

A veces es mejor dejar dormir al tiempo, sobre todo cuando te está diciendo tantas veces que no quiere que le molesten. Hace muchos años se escribió una historia de amor y lágrimas, personas sufrieron soledad, miedo, pérdida, abandono. Pero de ese manantial de aguas enredadas y oscuras algo o alguien surgió, para rescatar su memoria en forma de piedra, madera, viento, agua y sol. Uxoa no murió definitivamente.

Después de recorrer Pamplona y disfrutar de la ciudad y su maravillosa gastronomía, volvieron al valle con el ánimo sereno, pero con la sensación de que la búsqueda imposible estaba llegando a su fin. No había pistas que seguir, ni nadie que pudiese desenredar el entramado de acontecimientos transcurridos desde finales del siglo XVIII hasta principios del siglo XX, momento en el que empiezan a aparecer testimonios de la familia de Ágara en el valle y su constante ir y venir de los abuelos desde Pamplona y más tarde ellos mismos desde Madrid a Uxoa. La vida de la familia estuvo constantemente ligada al caserío hasta el año 2011 con el desgraciado acontecimiento en el que Ramón había perdido la vida. La madre de Ágara era hija única, por lo que no había tíos ni primos con los que seguir disfrutando de los veranos frescos y apasionantes en Uxoa. Ágara sintió una punzada de nostalgia de esos tiempos. Tiempos en los que la cámara lenta marcaba el ritmo diario, lleno de objetos familiares, situaciones repetidas. El reconocimiento de cada

mueble, cortina, alacenas y leña hábilmente apilada, que convierte la costumbre, como en una narrativa de Proust, en la mejor aliada ante lo extraño y disonante. Todo aquello había desaparecido. Nada familiar, nada previsible y nada conocido y amado había vuelto a sus días. El tiempo estaba suspendido en el aire como algunos retales se quedan enganchados a la rama de un árbol hasta que el viento, cómplice de su divagar, vuelve a liberarlos para darles una nueva oportunidad de encontrar refugio definitivo.

Tenía la necesidad de ver a la *amona*, de preguntarle cosas que ella seguramente recordaría, de imágenes y emociones ligadas a la gran casa. Ella habría nacido aproximadamente en los años treinta y seguramente el pueblo sería algo familiar y cercano, donde todos los vecinos conocerían al dedillo las vidas de los demás, algunas a la luz y otras ensombrecidas por una sociedad aún atada al pasado, en la que la libertad plena no era bien vista y sí castigada.

Esa noche Ágara e Íñigo se separaron cansados y con muchas preguntas que hacerse. La vida era muy corta para desperdiciarla con dudas y miedos. Tenían ante ellos el ejemplo de cómo en otros tiempos, de hielo y oscuridad, las personas no solo no eran libres para amarse sino apartadas, de manera cruel, cuando la sociedad, hermética y dura en la que vivían, consideraba que habían traspasado los límites impuestos por ella. Solo había una forma de vivir, acatando las normas, y las demás eran impensables e inadmisibles.

La noche estaba fría y el cielo se vestía de harapos grises que amenazaban lluvias, e incluso tormentas, durante el sueño. A veces se sentían solos, cada uno en su caserío, tan necesitados de vida, tan llenos de rincones huecos y de paredes sin respiraciones, salvo las de viejos fantasmas que alguna vez compartían su danza invisible de siglos. Eran muy jóvenes, pero no lo suficiente como para dejar pasar los días sin proyectar un camino hacia alguna parte.

Ágara pensó que tenía que ocuparse más de su presente y menos del pasado de otros. Haría un último intento con la *amona* y con el párroco de San Nicolás, y, después, cerraría el libro de las preguntas sin respuestas y empezaría uno nuevo, en blanco, que iría escribiendo con el vivir de cada día. En medio de estos

pensamientos, la imagen borrosa de dos niñas frente a un portal se fue posando en sus párpados hasta que el arrullo de la lluvia y su repicar en los tejados la acunó como las viejas nanas de sus noches de infancia, cuando pensaba que nada ni nadie podría dañarla.

Última parte

Cuando el río suena…

El día amaneció algo más templado. A través de las contraventanas, unos hilos de luz despertaron a Ágara. Había caído rendida y ni siquiera recordaba sus últimos pensamientos antes de conciliar el sueño. La cama estaba caliente y el edredón de plumas le transmitía esa sensación de estar a salvo que algunas mañanas nos atrapa, impidiéndonos dar el salto definitivo al suelo. Abrió con ganas las contraventanas y la luz se enredó en cada rincón de su habitación como si hubiese esperado toda la noche para hacerlo. Se prepararía un gran desayuno y con una taza caliente entre las manos avivaría el fuego de la chimenea. Definitivamente, en cuanto el piso de Madrid se vendiera, lo primero que haría sería sembrar las habitaciones de buenos radiadores. El invierno era bastante duro y húmedo y, aunque la chimenea era insustituible, la casa y las noches lo agradecerían, se lo había ganado, después de haber resistido a las inclemencias del tiempo durante siglos.

La luz de su móvil la arrojó de su soliloquio.

—Ágara, ya tenemos una buena oferta para tu casa. —Parecía que Fernando había leído sus pensamientos—. Si estás de acuerdo, cierro la operación. Tengo el poder que me dejaste y solo necesito tu número de cuenta para que te ingresen el dinero. Con esta operación termina una etapa de tu vida y solo deseo que la que empiezas ahora te traiga mejores y más luminosos momentos. Yo sigo pensando en haceros una visita. Cuando esté todo cerrado y haga mejor tiempo, cojo el coche y me acerco al valle. Creo que yo

también necesito desconectar un poco. El tema de la pandemia ha trastocado la vida de mucha gente. No sabes lo duro que está siendo afrontar herencias y miles de problemas después de tantas pérdidas inesperadas en las familias. Tengo que compartir escenas verdaderamente tristes. Espero que algún día nos podamos recuperar de todo esto, como sociedad y como individuos. Es una dura y triste lección de humildad. Pero no quiero amargarte la buena noticia con cosas lúgubres.

—Mil gracias, Fernando, yo también necesito un cambio y justamente esta mañana estaba pensando en lo bien que le sentaría a este caserío una buena calefacción. Así que es lo primero que voy a hacer con la venta de Madrid. Por favor, ven cuando quieras, esto te sentará de maravilla. Para mí ha sido como un *kintsugi*, no sé si has oído hablar de esa técnica japonesa que recompone los objetos rotos uniendo sus trozos con oro. Así el valle ha vuelto a reconstruirme y restañar mis heridas a base no de oro, sino de hierba. Te irás como nuevo, te lo prometo.

—Gracias, Ágara, así lo haré. Cuando te hagan el ingreso te lo confirmo. Habrá que pagar algunas cosas como plusvalías, etc., pero te quedará una buena cantidad con el precio que tú proponías. Es un gran piso, ya te iré contando. Un abrazo, mi niña.

—Un abrazo, Fernando, y gracias por todo.

La inundó una mezcla entre alivio y tristeza con la venta de la casa familiar. Había vivido en ella los mejores años de su vida, pero estaba ineludiblemente asociada a sus padres y a Ainoa. Los últimos años habían transcurrido inmersos en una nube de soledad en la que las hermanas intentaban cubrir las ausencias sin conseguirlo casi nunca. Tenía muy claro que no volvería a instalarse en Madrid. Su vida ya estaba entrelazada con esas tierras tan enraizadas a su familia y que, con su huida de Madrid, habían recuperado su razón de ser. Además, estaba Íñigo, ese regalo del universo capaz de cambiar sus sentimientos por completo. Cada vez se sentía más unida a él. Cada vez su presencia era más necesaria, a pesar de sus múltiples intentos por no adherirse o depender. Por la tarde tendrían que hablar al respecto para saber en qué punto estaba su relación.

Aprovecharía la mañana para hacer una visita al caserío de Itziar, si es que esta le confirmaba que a la abuela no le importaría recibirla. Esa anciana tenía en sus pupilas toda la verdad de siglos, viéndolos pasar a través de su ventana, en los que la vida de tantas personas había transcurrido, en secuencias algo veladas, pero nítidas para ojos sabios en lágrimas y emociones, capaces de adivinar.

—*Egunon*, Itziar, ¿cómo estás? Yo algo más tranquila después de todo lo que hemos vivido en las últimas semanas, con tormenta de nieve incluida. No veía el momento de volver a casa, porque definitivamente esta es mi casa. Tengo que hacer una buena compra si no quiero darme de golpes con la despensa y Leire también me ha pedido algunos artículos de limpieza. También estaba pensando hacerle una visita a la abuela, ¿tú crees que le molestará? Sigo creyendo que seguramente ella puede ayudarme a aclarar cosas que me está costando mucho entender y además así le hago un poco de compañía.

—*Egunon*, Ágara, ya me ha contado Íñigo algo por encima. Ha debido ser terrible para ti todo lo que has descubierto. Supongo que ante esos acontecimientos tu afán por encontrar la historia de Uxoa habrá quedado en segundo lugar. No te preocupes, haz la compra y cuando vuelvas de mi casa la recoges. La *amona* estará feliz de verte. Le encantan las visitas, ya sabes, siempre en su butaca, dejando volar a través de la ventana miles de recuerdos. Pero es feliz. Ha tenido una vida plena y sabe que todos la queremos con locura. Alguien que ha vivido tanto nunca está sola del todo, al contrario, le faltan horas al día para repasar su vida y recordar a las personas queridas que la fueron dejando. Me alegro de que estés de vuelta, aquí estás a salvo y no se te olvide que tienes una familia para cuando lo necesites.

—Gracias, Itziar, no me extraña que mi hermana te considerara una de sus mejores amigas, si no la mejor. Voy a hacer la compra para que no se me haga muy tarde.

Ágara se dirigió a la casa-torre con la mirada puesta en la ventana que mostraba su profundidad asomada al valle. Leire le abrió la

puerta con su habitual desenfado. Nunca dejaban sola a la abuela, era un tesoro demasiado preciado.

—Qué sorpresa, Ágara, *egunon*, pasa. Mañana voy a tu casa temprano a darle una buena batida. Te dejé en la mesa de la cocina las cosas que necesitaba para la limpieza.

—Sí, gracias, Leire, ya lo he visto, vengo del súper, tenía bastantes cosas que comprar. La ida a Madrid me ha trastocado un poco, pero ya me estoy centrando. Quería ver si la *amona* estaría con ganas de que le hiciese un poco de compañía. Estar a su lado siempre me da paz. Tal vez echo en falta no tener familia y vosotros sois lo más parecido que tengo.

—Claro que sí, ven, está sentada en su butacón de siempre, junto a la ventana. Dice que le encanta ver el ir y venir de los pájaros. Siéntate con ella que te preparo un cafetico, ¿con leche?

—Sí, gracias, Leire, eres un sol.

—*Amona*, mira quién está aquí, ¡que ha venido a hacerte una visita! —Los ojos de la abuela se iluminaron al ver llegar a esa criatura que le despertaba tanta ternura—. Aquí os dejo, que le voy a traer un café con una magdalena de las que tú haces.

—¡Ágara! Que gusto verte, ya te echábamos de menos. Me dijo Itziar que te habías ido a Madrid, qué barbaridad con esa tempestad de nieve que ha caído. Yo no recuerdo una cosa igual. Supongo que te pilló de sorpresa y no habrás podido volver, vaya susto. Aquí como siempre mucha lluvia, pero a gusto. Ven, siéntate cerca para que te vea y te oiga bien, ya voy perdiendo facultades.

»Me gusta la ventana porque veo cómo va pasando el día, cómo cambia la luz y cómo vuelan los pájaros; ya que yo no puedo volar, disfruto viendo cómo vuelan ellos. Hay muchos pajaricos pequeños y también rapaces como los buitres leonados, tan majestuosos y grandes. También tenemos aves de paso que nos visitan en otoño y primavera. La vida en el cielo es muy entretenida, o por lo menos a mí me lo parece, sobre todo desde que no puedo disfrutar de la que habita en la tierra con los paseos que tanto me gustaban. Tomate el café, que se te va a enfriar, y prueba mis magdalenas, ya verás qué ricas. ¿Y tú qué me cuentas?, ¿cómo llevas tus averiguaciones sobre Uxoa?

—Gracias, abuela, si no te importa que te llame así. La verdad es que el viaje ha sido una pesadilla y volver al valle un bálsamo. Sí, parece mentira, pero la vida asomada a una ventana puede ser muy interesante, sobre todo cuando se tiene el corazón lleno. Mis pesquisas sobre el caserío están en punto muerto y yo a punto de tirar la toalla. Ya me habías dicho que tenía fama de que traía mala suerte, yo no lo creo así, pero sigo sin descubrir por qué Asier, el heredero del caserío, se va del valle. Sé que la niña Uxoa nace a los siete meses y que su madre, Ainara, una mujer agote, tiene que darla en adopción. Pero hasta ahí todo lo que he averiguado. ¿Cuál es la leyenda en torno a mi caserío? Algo ha tenido que permanecer en la memoria de las gentes del pueblo, a*mona*…

—Se habla de un incendio o algo así. La casa fue abandonada hace más de dos siglos, Ágara; yo nací en los años treinta, había pasado mucho tiempo desde la caída en desgracia de la familia. Decían que, a finales de mil setecientos, las epidemias traídas por los soldados de Francia habían hecho estragos en la población. Mira, algo como lo que está pasando ahora, solo que en aquel entonces no existían medicinas ni vacunas ni nada y las gentes caían como chinches. Tal vez eso explica el abandono de Uxoa.

»Pero a mí lo que me impresionaba más de jovencita era la leyenda de un amor prohibido. Decían que el diablo había embrujado a una *neska* y que ella había embrujado a un joven, siendo su perdición. Decían que todo lo que le había pasado al caserío era un castigo por todo ello. No te lo he querido contar antes porque no quiero que le cojas manía a esa casona tan bonita y me gusta verte por el valle. —La *amona* sonreía con esa dulzura de la gente que con el paso de los años se hace transparente, alma desnuda, sin miedo a la vida—. Yo creo que son habladurías, ya sabes que aquí son muy dados a la superstición y los encantamientos. ¿Sabes lo que pienso?, que si hay amor entre las personas, el diablo no puede estar detrás. ¿Quién sabe si esa niña ha sido el regalo de un amor incomprendido? Espero que algún día sepas qué pasó y vivas tranquila en Uxoa, porque es el caserío más bonito del valle, y quien lo restauró, si fue alguien de tu familia, puso mucho amor en ello para que tú lo disfrutases. Y ahora ¿qué me dices de las

magdalenas? Llévate unas cuantas para tu desayuno. A partir de hoy, cada vez que las haga te haré unas cuantas para ti. Para eso soy tu abuela, ¿no? —La sonrisa de esa mujer podía derretir el hielo de la Antártida y las lágrimas saladas de Ágara empezaron a brotar despacio mientras se mezclaban con el café con leche que se había quedado tibio como ellas.

—Íñigo, vengo de casa de Itziar. He estado un rato charlando con la abuela y cada vez tengo más claro que hay una relación entre el heredero de Uxoa y Ainara. Esa niña nació maldita porque su madre era agote y su padre se vio forzado a marcharse para no mancillar el nombre de la familia. Lo que no sabemos es qué pasó después con los protagonistas de esta historia. Creo que la clave está en cuándo el caserío cambia de manos y cómo. Bueno, tengo la cabeza hecha un lío. Necesito desconectar un poco, me encantaría que hoy nos tomásemos la tarde con calma. ¿Qué tal una cenita en casa a la luz de las velas? ¿Suena bien, no?

—Es la mejor proposición que me han hecho en mucho tiempo. Ya pensé que te estabas olvidando de las buenas costumbres. El vino y los postres los pongo yo, estoy hecho un chef de estrella Michelin. Pero sobre todo necesitamos hablar y disfrutar el uno del otro sin fantasmas de por medio, ¿me lo prometes?

—Prometido, déjame trabajar un poco y vente sobre las seis, así tenemos toda la noche por delante. Ah, y ponte el modelo que compraste en Nepal, quiero que sea una velada exótica y romántica. —Ágara se moría de risa con la sugerencia que, seguramente, tan poco seduciría a Íñigo.

—Está bien, me disfrazaré de príncipe de las mil y una noches y tú también ponte ese sari que te sentaba tan bien. Como buen visir, necesitaré una Sherezade a la altura de las circunstancias. Estás un poco loca, pero te quiero igual, o tal vez más. Nos vemos esta tarde, *agur*.

La tarde se presentó lluviosa y la atmósfera era propicia más para un aquelarre que para una cena romántica nepalí. Pero Ágara quería celebrar la venta del piso del barrio de Chamberí y la posibilidad de

emprender una nueva etapa en el caserío, libre de cargas y con todas sus consecuencias, entre las cuales estaba la posibilidad de que Íñigo aceptase mudarse a Uxoa para emprender una nueva vida, en convivencia y con un compromiso mutuo de mayor calado. Su independencia defendida durante años con uñas y dientes se resquebrajaba ante los últimos acontecimientos y la sensación de pérdida de tiempo que esa aparente libertad impregnaba a su relación con Íñigo. La vida sin compartir es vida demediada. Tal vez más interesante y enigmática, pero tener a alguien en quien mirarte de vez en cuando, que te devuelva tu contorno, que te recuerde quién eres cuando la memoria se pierde y la tristeza te acobarda… Poder hablar al mismo tiempo, dejando que tropiecen las palabras para entrelazar dos pensamientos que fluyen juntos y amortiguan el eco de la soledad, es un privilegio que te rescata del vacío y la frialdad de un cuerpo al que hace tiempo nadie acaricia. El amor es una idea, una necesidad, una ausencia o una vibración que nos conecta con la esquina más lejana del universo. Por eso, cuando no existe en sus miles de formas posibles y válidas, la vida se hace polvo, humo de sueños y dolor de añoranzas pasadas, que no por pasadas dejan de esconderse en cualquier pliegue de nuestra memoria sonámbula y nómada.

Ambos estaban solos, lejos de cualquier vínculo presente o pasado. La vida en solitario no estaba aportando a Ágara ninguna satisfacción especial. Sencillamente, no estaba acostumbrada a vivir sola y no le gustaba ese silencio inevitable al girar la llave del portón sabiendo que nadie esperaba al otro lado. La ausencia del saludo familiar por las mañanas, esos «buenos días» con un beso que ya no acudían más a sus oídos. Los desayunos en solitario, sin la complicidad de anécdotas y planes comunes, y el repicar rítmico de sus pisadas, subiendo las escaleras hacia un dormitorio también solitario, como única compañía, la sumían en una terrible nostalgia. Cómo echaba de menos a Ainoa, su inconfundible perfume de Carolina Herrera y su sonrisa. Solo quien ha perdido a alguien muy cercano, un compañero o compañera de vida, solo quien ha experimentado la desazón de quedarse solo en una familia en la que antes anidaba la seguridad de la tribu protectora y compacta, puede

entender el vacío, el desfile de ausencias y el sonido hueco y seco del silencio que habita por todas partes y te traspasa los huesos y el alma. No, no quería vivir así y no encontraba sentido a esos cinco kilómetros que separaban su casa de la del hombre que le había demostrado que siempre hay otra oportunidad en cualquier momento de tu vida.

Los compases de piano de uno de los clásicos de *jazz* más versionado de todos los tiempos, *Misty*, en las manos de Erroll Garner, sonaban por toda la casa. La música, su gran compañera. La chimenea crepitaba y borraba cualquier vestigio de la humedad exterior. La cena preparada aguardaba en el horno, un delicioso pastel de cabracho y unas alcachofas a la cerveza componían el menú principal, junto a la consabida chistorra y un guacamole exquisito, una de las especialidades de la anfitriona. Ágara se bañó tranquilamente, rodeada de espuma. El olor a lavanda envolvía su cuerpo y la luz tamizada se expandía gracias a unas grandes velas encendidas y las contraventanas abiertas. El paisaje entraba hasta el fondo de la estancia, como un trampantojo, fundiéndose con sus paredes. Las luces danzantes de las velas se movían al ritmo del mágico piano que subía libre por las escaleras. De pronto, se sintió identificada con aquella casi niña, que en 1605, en esa misma habitación, había abierto la ventana, lavado su cara, peinado su pelo de trigo y vestido sus mejores galas para desposarse con ese amor aún desconocido, que en esa misma noche estrenaría sus caricias sobre su suave piel y su virgen y algo asustada inocencia.

Íñigo hizo sonar la aldaba como si de un visitante medieval se tratase. La música inundaba el camino desde la curva que inicia la bajada hasta Uxoa. Su sonrisa delataba en él la seguridad de que no sería una noche cualquiera. Lógicamente, sobre su atuendo hindú, buscó abrigo con una buena parca, no estaba el tiempo para exhibiciones étnicas de tierras bastante más cálidas.

Al postre y las bebidas había añadido una orquídea preciosa, la flor favorita de Ágara. Sería una noche especial, ella se lo merecía y él estaba dispuesto a que así fuera.

La puerta se abrió lentamente, ocultando al misterioso personaje que, como un duende, hacía creer que ella sola se entregaba al

extranjero de tierras lejanas.

—Ágara, Ágara…, ¿dónde andas? Deja de jugar al escondite y ayúdame con las cosas si no quieres que se me caiga el postre.

—Ja, ja. —Su risa apareció radiante tras el portón. Era un juego al que siempre jugaban de pequeñas Ainoa y ella, haciéndose invisibles la una a la otra hasta que estallaban en carcajadas—. Estoy aquí, vigilando que ningún ser mitológico entre en nuestra cena y se coma las cosas ricas que tenemos. A ver, quítate la parka y déjame contemplar a mi amor encantado de las mil y una noches. —Los dos se besaron apasionadamente con el peligro de hacer caer todo lo que Íñigo llevaba en sus manos—. Y hasta una orquídea, ¡tan bonita!, me encantan estas atigradas con sus alas a punto de echar a volar. Sueño con buscar un lugar en la casa para poner un orquidario, me fascinan, y hay miles de clases a cuál más increíble. Gracias, cariño, déjame que te ayude. Ya lo tengo todo preparado, he puesto una mesa digna de un gran banquete de celebración, acorde con nuestros atuendos. Estás guapísimo con esa vestimenta. Realmente me encantaría vestir así, como ellos, pero me temo que las temperaturas nos pasarían factura.

—Yo me siento un poco disfrazado, pero si a ti te gusto así a mí también y sobre todo espero estar a tu altura porque tú sí que estás preciosa. ¿Me puedes decir a qué viene ese brillo en los ojos y qué estamos celebrando?, además de la venta del piso y de estar juntos, que ya es suficiente.

—Tranquilo, tenemos toda la noche por delante. De momento quiero celebrar no estar sola entre estas cuatro paredes. La mejor definición de una casa vacía es decir que está sorda, como decía María, la mujer que trabajó muchos años en casa y que siempre decía lo mismo cuando mi hermana y yo nos íbamos al cole. Sí, realmente una casa sin voces, ni risas, ni pisadas, no se puede escuchar a sí misma, por eso padece una clase de sordera que en cuanto alguien resuena en su interior desaparece. Ven a la cocina. Dirás que por qué me pongo tan sentimental y te estoy contando todo esto. Vamos a sentarnos junto al fuego, voy a servir dos copas de tu delicioso *txacoli* y lo vas a entender todo.

El fuego bailaba en la chimenea con una danza de amarillos, rojos, naranjas y azules. Era hipnótico y cómplice a la vez porque siempre su sonido ondulante oculta los susurros, y su majestuosa presencia te garantiza que, escuche lo que escuche, jamás se lo contará a nadie. Tomaron sus copas y se sentaron en la alfombra frente a la chimenea. Ágara alzó la copa mirando intensamente a los ojos de Íñigo.

—Por ti y por mí. Por el mejor compañero de viaje que he podido encontrar en esta etapa de mi vida. No sé si mañana descubriremos algo importante sobre esa niña desdibujada en el tiempo, Íñigo, pero nuestro tiempo es hoy y ahora y no quiero dilatar más la posibilidad de vivir nuestra relación en plenitud. No sé si me entiendes.

—Ágara, ¿me estas pidiendo que nos casemos? —La cara de asombro de Íñigo era un poema y a punto estuvo de derramar el *txacoli*—. Si es lo que quieres, yo estoy absolutamente dispuesto, quiero pasar el resto de mi vida contigo en la situación que tú decidas y como tú decidas.

—Hay que ver —Ágara se reía feliz—, eres un romántico empedernido y yo sin saberlo. No hablo de matrimonio, no nos hace falta. Lo que sí me gustaría es que viviésemos juntos, aquí en Uxoa, si a ti no te importa. Esta casa es muy grande para mí sola y contigo será el hogar que he perdido hace tiempo. Quiero que suene tu voz y escuchar tus buenos días por la mañana, quiero dormir abrazada a ti sabiendo que no te irás con la primera luz del amanecer. Quiero que me ayudes a dar calor y sentido a este viejo caserón. Quiero que me cuelgues los cuadros, aunque sea torcidos, y me hagas esas comidas ricas que estás aprendiendo en Internet. Y que sientas estas piedras como tuyas, igual que mi padre hizo cuando conoció a mi madre. Que te enamores de Uxoa como yo lo estoy de ti, y mil cosas más.

Íñigo dejó la copa en el suelo, arrancó suavemente la de Ágara de sus manos y la abrazó hasta arrastrarla sobre el suelo. Los besos, la caricias y ese contacto con la piel amada hicieron el resto. El sari y todas las demás exóticas prendas quedaron esparcidas por la alfombra persa que había llegado de Madrid, mientras sus dueños

dejaban pasar el tiempo en ese lugar en el que queda suspendido, cuando dos seres se aman sin miedo y sin prisa, sintiendo que el mundo o al menos su mundo, porque no existe otro, les pertenece por completo.

—Soy tremendamente feliz. Yo llevo dándole vueltas a esa idea desde hace bastante tiempo. Esta separación me parecía sin sentido y a mí también mi casa se me cae encima cada vez que nos separamos y regreso solo por las noches. Este fin de semana me ayudas a traer mis cosas, espero no invadirte mucho. Tengo sobre todo muchos libros, así que construiré una librería donde tú quieras para tenerlos en orden. Como veo que me va a tocar cocinar más de una vez, es más, creo que es por eso por lo que quieres que me mude aquí, me traeré mis utensilios de cocina, estoy en plan Arguiñano a tope. Por cierto, este pastel de cabracho está exquisito, así que tú tendrás que aportar tu toque especial de vez en cuando. ¡No me lo puedo creer! —Íñigo estaba exultante y perplejo—. Vuelvo a repetirte que yo llevaba un tiempo pensando lo mismo, esta mañana sin ir más lejos. Mi caserío cada vez me resulta más frío y solitario después de haber compartido contigo estas semanas en Madrid y el Tíbet. Tal vez lo podemos dedicar a turismo rural si lo adecentamos un poco, o a lo mejor los que me alquilan las tierras pueden estar interesados en él. Ya veremos. Y ahora mírame a los ojos, dame tu mano y vamos a hacer el brindis que no hicimos antes.

»Por ti, Ágara, por mí, por Asier, por Ainara, por Ainoa y por Uxoa. Por nuestra vida juntos. Te quiero, Ágara…

Por fin el tiempo dio un respiro y el valle amaneció con un pálido sol que al menos calentaba los cristales de las ventanas y vestía de luz los prados y los montes, antes tímidamente escondidos por las nubes y la lluvia. En las vidas de Ágara e Íñigo también una nueva luz había sellado su primera noche juntos en el que sería el futuro hogar de ambos.

Tenían que darse prisa si querían llegar a Pamplona a las doce, que era la hora en que Joseba los había citado para reunirse con don

Julián, el párroco de San Nicolás. Estaban ansiosos por descubrir si parte del rompecabezas encontraba respuesta entre los anaqueles repletos de documentación que, aseguraba su amigo, guardaba y protegía la parroquia. Se miraron como si una mano mágica hubiese cambiado sus vidas para convertirlas en algo precioso, con mucho mayor calado y disfrutando de la tranquilidad de tener a alguien al lado con quien compartir un proyecto común. A partir de ahora se tendrían el uno al otro sin recelos ni límites, salvo los que la propia naturaleza libre y generosa de ambos decidiese trazar.

—Buenos días, mi amor de cuento de hadas. Si quieres, dúchate mientras yo preparo el desayuno. No soy capaz de dar un paso sin mi café con leche y mi zumo de naranja. Y no te asustes, antes de que traigas tus cosas, te prometo despejar el lavabo. Pondré una mesa pequeña para mis tarros y cremas y vamos a comprar un toallero de pie. He visto uno de hierro blanco, antiguo, en la ferretería del pueblo, que está muy bien de precio. Así tendrás para colgar tus toallas sin amontonarnos. Soy bastante ordenada para vivir sola, pero no sé si lo suficiente para vivir con alguien.

—No te preocupes, yo pondré orden. Mi madre tenía obsesión por él y me enseñó desde muy pequeño a no dejar las cosas en medio. Ya ves cómo está mi caserío. A veces parece que no vive nadie en él. Claro que yo tengo tres pantalones, cinco camisas y algún que otro jersey, nada que ver con tu ropero de niña pija de Madrid.

Ágara le quería matar, mientras Íñigo se reía, de la rabia que le daba que la llamasen pija.

—No sé si perdonarte el insulto. Por ser el primer día de convivencia plena te perdono, pero que no se vuelva a repetir o te quedas sin desayuno, «porteño».

—Era una broma, bueno, a medias. Mañana me traeré mi mate. Algo tiene que quedar del «porteño» que llevo dentro.

Ágara preparaba el café mientras el sonido de la ducha bajaba alegre por las escaleras. Íñigo empezó a canturrear una vieja canción de su tierra y la sonrisa de su chica iluminó la primera mañana en la que, por fin, la casa había abandonado su «sordera» pespunteada de nuevos y maravillosos sonidos que habían llegado seguramente para quedarse.

Después de un copioso y cálido desayuno, pusieron rumbo a Pamplona para reunirse con Joseba. Era maravillosa la sensación de compartir con alguien ese importante momento del día del que a veces depende el estado de ánimo del resto de la jornada.

Subieron al todoterreno, juntos y felices, hasta perderse en el camino hacia el valle.

—*Egunon*, chicos, menos mal que ha mejorado el tiempo, porque me estaban empezando a salir membranas interdigitales en los pies. —Verdaderamente su amigo disfrutaba de un sentido del humor envidiable—. ¿Queréis tomar un cafetico o vamos directamente a la parroquia?, ya veréis lo majo que es don Julián. Me avisó de que había encontrado un hueco por la mañana, así que genial. Lo que no sepa él no lo sabrá nadie.

—No, gracias, Joseba, ya hemos desayunado, además hoy hemos inaugurado nuestra vida en común. Me mudo a Uxoa para que Ágara deje de hablar con los fantasmas del pasado. Si quieres vamos a ver al párroco. Además, tengo curiosidad por conocer la iglesia, creo que es de las más antiguas, del siglo XII o así, es la misma en la que se casaron tus padres, Ágara, ¿recuerdas la fotografía?

—Efectivamente —Joseba estaba en su salsa dispuesto a dar a sus amigos una lección de historia y arquitectura—, la iglesia de San Nicolás, originalmente un burgo defensivo en el siglo XII, está situada entre la calle San Miguel y la plaza de San Nicolás. Su torre campanario data en cambio del siglo XVIII. La portada pertenece al románico del XIII, aunque como muchos monumentos en España gira al gótico con su magnífico rosetón del siglo XIV. Con Carlos III se construye la cabecera gótica entre 1387 y 1425. Hay que admirar sus maravillosos quince arcos neogóticos, que a mí me encantan. Parecen unas damiselas esperando a que alguien las saque a bailar. Aunque su interior es románico tardío, del siglo XIII. La casa parroquial de ladrillo visto permanece superpuesta. Es un auténtico monumento, protegido por Patrimonio, y su órgano barroco construido en el XVIII es otra joya. Mirad, esos escudos se pusieron

en la fachada en el 2013 y representan a los antiguos burgos de la Navarrería, San Nicolás y San Celemín. Pero, bueno, ya está bien de cultura medieval, vamos a ver a don Julián, que se nos hace tarde.

La iglesia de San Nicolás efectivamente era una maravilla, como había descrito Joseba. Su imponente envergadura, así como su ecléctica mezcla de estilos, daba idea de cuántas manos y cuánta historia habían cincelado su fisonomía dotándola de carácter y armonía.

—*Egunon*, don Julián, aquí le traigo a mis amigos Ágara e Íñigo. Viven en el valle y están enganchados a la historia de Uxoa, el caserío de Ágara, que parece ser llegó a manos de su familia entre finales del XVIII y principios del XIX. Hay una historia un poco extraña y no terminan de encontrar las respuestas. No sé si usted puede ayudarlos con todos los archivos que conserva la parroquia.

—Buenos días, chicos, madre mía, ha llovido mucho desde entonces. —Don Julián era un hombre pequeño y rechoncho. Sus manos regordetas se movían inquietas dándole la apariencia de un personaje literario, tal vez de Dickens. Sus ojos también inquietos recordaban a esa ardilla que mordisquea nerviosa las bellotas y sube por el tronco a la velocidad del rayo al menor atisbo de peligro—. Ya lo creo que hay documentación en los archivos, tal vez excesiva, pero como llevo aquí muchos años he conseguido poner orden en ese desaguisado que había cuando yo llegué. La historia de esta tierra está en esos anaqueles. Aunque no sé si estará lo que vosotros andáis buscando. Vamos a ver qué encontramos. ¿Os apetece un café calentico? Me temo que vamos a necesitar mucho tiempo.

—Muchas gracias, don Julián, estamos bien. ¿Sabe?, estoy algo emocionada porque en esta parroquia se casaron mis padres, creo que es una buena señal.

Ágara se sintió tremendamente cómoda en presencia del párroco, era un hombre de Dios, pero también un erudito curioso y con el pie a tierra suficiente como para hacerse cargo de lo que los chicos andaban buscando.

—Sentimos molestarle, pero la historia de mi caserío ha entrado en mi vida sin yo quererlo y solo intento desentrañar los hechos en la medida de lo posible. No puedo quitarme de la cabeza la idea de ser una impostora disfrutando de algo que tal vez no debería nunca haber llegado a las manos de mi familia. Sabemos que hay una niña, nacida en Arizcun, de madre agote, Ainara, dada en adopción a una familia de Pamplona. El nombre de la pequeña coincide con el de mi caserío, Uxoa, ya sé que puede ser un nombre común, pero algo me hace pensar que hay una relación entre la niña y la propiedad. También casualmente en esos meses, el heredero de Uxoa emigra a las Américas en un día tan insólito como el 5 de enero. No puedo dejar de pensar en que hay una relación entre estos dos acontecimientos. Sabemos que la familia que adopta a Uxoa es la familia Iturralde, vecina de esta parroquia, según parece. Mi única esperanza es que usted conserve algún documento de esa época. Sé que es muy complicado, ha pasado demasiado tiempo. Pero sabemos que, por la antigüedad de este burgo, los vecinos debían confiar en él sus documentos más importantes, a falta de notarios. Este es el resumen de la historia. En fin, me gustaría intentar, como último recurso, buscar en su amplia recopilación de legajos, si es posible.

—Vamos a ver. Empecemos por el principio, ¿dices que era la familia Iturralde? Entre el final del siglo XVII y la primera mitad del XVIII se lleva a cabo la formación del casco actual. Se reforman los edificios públicos como el de los Tribunales del Reino, el Consejo Real y la Real Corte, así como las Cárceles Reales y, sobre todo, el nuevo Ayuntamiento con su grandiosa fachada barroca. En las calles principales, de trazado medieval, se levantan las llamadas Casas de Mayorazgo. Los habitantes son navarros prósperos con frecuente relación con Francia y Madrid. Sus hijos estudian en el país vecino y su fortuna a veces proviene de los viajes de ida y vuelta a las Indias. Tras mucho sacrificio y trabajo hacen fortuna y quieren demostrarlo con edificios importantes y señoriales, ya sabéis, las apariencias. Sus casas crecen en la llamada calle Mayor y la Zapatería. Son las familias como los Eslava, Urtasun, Navarro, Tafalla o Mutoa. Casas

con fachadas de pórticos con pilastras, heráldicas, zaguanes oscuros y balconadas a la calle. El apellido Iturralde también me suena, creo que es bastante común, aunque hay una familia especialmente destacada que es la de mayor trascendencia, no creo que sea esa la que andáis buscando. Déjame mirar en los libros de las grandes familias del siglo XVIII.

Don Julián les hizo recorrer pasillos y claustros hasta llegar a un portón robusto tras el cual, como un tesoro, deberían protegerse todos los archivos. La puerta cedió amablemente gracias a la llave que don Julián extrajo de un buen manojo, guardado escrupulosamente en su despacho.

El polvo dejaba entrever su mágico tapiz, gracias a los rayos de luz que prodigiosamente se distribuían desde la parte alta de la estancia.

La luz directa podía dañar el papel a través de los años, aunque la cantidad de polvo que se depositaba por todas partes haría las veces, sin proponérselo, de protector inesperado. Parecía imposible poder encontrar algo en semejante cantidad de anaqueles. Pasillos y más pasillos separaban unos archivos de otros en lo que se suponía era un meticuloso orden.

—¡Madre mía! —Joseba no salía de su asombro ante semejante espectáculo, más propio de Harry Potter que de una parroquia en Pamplona—. ¿Cómo puede usted ordenar esta montaña de papeles, y peor aún, cómo pude saber dónde está cada cosa? Esto es el sueño de los ratones de biblioteca humanos y también de los inhumanos.

—Ya os he dicho que gracias a Dios tengo mucho tiempo y muchos años. Dime qué quieres y en un periquete sé dónde encontrarlo. Mira, aquí están las familias destacadas de todas las épocas. Vamos a buscar por orden alfabético y por fechas. I, Ita, Ite… Aquí están los Iturralde. Hay bastantes, parece un apellido común como ya os adelanté, así que tendremos que ir descartando.

El padre depositó con delicadeza los archivos en una enorme mesa bastante tosca y llena de polvo. Era evidente que pocas personas tenían interés en husmear en épocas pasadas sin un motivo

importante. El tiempo minimiza las urgencias y lo que es vital un día se vuelve intrascendente, e incluso llega a caer en el olvido, en momentos posteriores. Ágara pensaba en cuántos secretos de familia, cuántas vidas enredadas en las hebras del tiempo estarían escritas en esas páginas dormidas y casi inexistentes para la gente, después de siglos de indiferencia y abandono.

—Déjame ver…, esta familia no puede ser…, esta tampoco. Muchos murieron en esa época convulsa y otros emigraron sin dejar rastro de su paradero. Aquí hay una familia importante. No parece lógico que gente sin hacienda o futuro adoptase una niña en esos tiempos. Efectivamente aquí tenemos a un tal Juan Bautista Iturralde, ahora caigo, es quien levanta el seminario del mismo nombre en el paseo de Sarasate y la plaza de la Navarrería. Efectivamente, su apoderado era Goyeneche, un prohombre muy importante. Tal vez esta familia, pasado un tiempo, fue la que adoptó a Uxoa. Solo gente con posibles y sin herederos se aviene a adoptar, y si lo hacen buscan un lugar discreto para no dejar huella.

—Padre, ¿me permite leer ese nombre? —La emoción estaba jugando a Ágara una mala pasada. Quería tocar las páginas, leer una y otra vez el nombre de la persona que tal vez tenía la respuesta a sus búsquedas—. Tengo que saber algo más, padre; creo que ahora hemos encontrado un hilo del que tirar. Tal vez hay documentos de esa familia.

»En alguna parte tiene que constar si tenían herederos o no. Si hay registrada una hija, aunque el origen sea un secreto sutilmente guardado. Padre, no podemos pararnos aquí ahora que hemos encontrado lo que puede ser una pista, la única pista hasta el momento.

—Tranquila, cariño —intervino Íñigo—. Ya sabemos algo más y es que, efectivamente, existían algunas familias con ese nombre. Tal vez sea un nombre común, pero este último podría ser el que estamos buscando. ¿Quieres tomar un café y así te tranquilizas? No podemos cansar a don Julián y creo que aún nos queda mucho trabajo por hacer. ¿Le parece bien, padre?

—Sí, hijo, como ves hay bastantes documentos en este archivo y tenemos que estar preparados para lo que pueda ocultarse en él, yo

a estas horas ya estoy almorzando, pero un cafetico con pastas también me sirve. Vamos un momento al patio y allí nos tomamos un descanso. Creo que va a ser una mañana muy ilustrativa. Intuyo, Ágara, qué bonito nombre, que tus emociones van a ponerse a prueba, espero que para bien. Ya tenemos al menos una familia probable con ese nombre, aunque es muy conocida y me extraña que se haya perdido la pista de gentes tan influyentes. Luego seguimos con el apellido, como veis hay muchos archivos con ese nombre y seguramente será fácil encontrar lo que buscáis.

Don Julián tiró de una campana que pendía en un rincón del patio. Era un pequeño claustro que tenía en su centro un coqueto jardín empedrado lleno de frescor y paz. Seguramente el buen hombre pasaría muchas tardes en él, leyendo, al resguardo del ruido de la ciudad y la grandiosidad ampulosa y casi aplastante de la iglesia.

—Esta ciudad entraña mucha historia y seguramente muchos secretos. —La taza de café bailaba ligeramente en su mano regordeta mientras daba buena cuenta de las pastas que primorosamente descansaban en un pequeño plato—. Fijaos por ejemplo que esta parroquia fue una fortificación defensiva, de ahí las cadenas y los gruesos muros. Los ataques eran constantes y en el año 1222 sufrió un devastador incendio. Fue reconstruida en el año 1231 bajo el reinado de Sancho VII el Fuerte. Ahora la ves majestuosa y rica en ornamentación y estilos, pero la vida en esa época era todo menos cómoda y sencilla. Hasta la segunda mitad del siglo XVIII, con la llegada de la Ilustración, no fue que, gracias al virrey conde de Ricla, hombre ilustrado, se dotó a la ciudad de saneamiento, pavimento y traída de aguas. Estamos hablando de la vuelta de la esquina. Pero antes, durante siglos, aquí solo había luchas, hambre, enfermedades y poco más. Vivimos una época gloriosa en comparación con otros tiempos y todavía nos quejamos. Deberíamos repasar más nuestra historia. A la gente de hoy le falta perspectiva, y encima con las nuevas tecnologías se piensa que estudiar es una pérdida de tiempo si tienes el mundo en tus manos con un simple teléfono o con un ordenador. Pero estudiar la historia y el pensamiento no es acumular datos, es educar la mente y dar

sentido a por qué hacemos semejantes cosas y volvemos a errar una y otra vez cuando simplemente con mirar atrás ya sabes las consecuencias de actos pasados y cómo dichas consecuencias podrían repetirse. La historia nos explica cómo y por qué hemos llegado hasta aquí. Las luchas, las conquistas, las pérdidas, el dolor, el hambre y el odio están en demasiadas páginas de ella como para no tenerlos en cuenta y tratar por lo menos de que no se repitan. Somos el resultado de nuestros actos. Ya sé que hay imponderables con los que no podemos luchar, como catástrofes o enfermedades. Tenemos un lamentable y triste ejemplo reciente. Pero, si analizamos, nada de ello es comparable con el dolor que causa la mano del hombre. Y aquí llegamos al pensamiento. Lo importante que es pensar, deducir, preguntar, escuchar y analizar para saber por qué no hemos avanzado más en algunos aspectos como especie. Pero vosotros decidle a un chaval hoy en día que deje los videojuegos y las redes para ponerse a pensar. Te pueden soltar una carcajada y tacharte de vejestorio inútil. Bueno, hijos, estas cosas se me pasan constantemente por la cabeza y a veces, cuando celebro la misa, suelto alguna semillita para ver si enraíza en las mentes. Digo yo que algo quedará. Y ahora, si queréis, podemos seguir buscando en medio del polvo. Ya repuse fuerzas con este tentempié. Estas pastas me gustan un montón, aunque no debería comer más de una. La carne es débil.

Don Julián se reía de sus chanzas mientras se dirigía con pasos ágiles al almacén.

—Vamos a ver, estábamos en este archivo de una familia Iturralde. Vamos a ver desde cuándo hay documentación y si a finales del XVIII hay algún acontecimiento que tenga relación con la niña que buscamos. Esto son repartos de herencias, ventas, matrimonios. Todo parece anterior a los años que buscamos. Dios mío, dónde estarán los descendientes de toda esta gente. Me parece estar hablando con fantasmas. No parece que en esta familia encontremos lo que buscáis.

Al cabo de un rato, que pareció eterno y desesperanzador, don Julián sacó otro archivo que parecía contener documentos de allende

los mares.

—Mirad aquí. —De repente don Julián reparó en la fecha de un documento que coincidía con la de la búsqueda—. Agosto del año 1774, que es el año en el que según me contáis emigra Asier, el hijo del caserío de Uxoa. Vamos a ver qué hay dentro.

Don Julián se detuvo mientras sus manos sujetaban la página en la que al parecer se descifraría parte el secreto de los Iturralde. Le temblaba el pulso y no quería que Ágara entrara en estado de *shock*, algo que parecía inevitable.

—Aquí creo que hay algo de lo que estabas buscando, niña. Efectivamente hay una adopción. —La frente del párroco se había perlado de sudor, cuya causa podría deberse al descubrimiento o a las pastas del tentempié.

Uxoa, nacida el día 8 de agosto de 1774, de madre agote con nombre Ainara, es adoptada en pleno consentimiento de la progenitora por la familia Iturralde. Desde ese momento y entrega en el día 10 del mismo mes, la niña pasará a llamarse por petición de la madre Uxoa y llevará el apellido Iturralde. Quedando a cargo y al cuidado de dicha familia, velando esta parroquia por el buen proceder de dichos padres adoptivos en cuanto a su manutención, cuidados y educación cristiana. Así queda acreditado y adjunto la firma que me corresponde como párroco de San Nicolás, parroquia a la que pertenece la familia por tradición y hacienda. Dios proteja a esta criatura de por vida y dé a sus padres adoptivos salud suficiente para su cuidado y custodia.

Al pie del documento figuraba la firma del párroco de San Nicolás en dicha fecha.

—Ágara, aquí tienes por fin un testimonio de lo que pasó con la que tendría que haber sido la heredera de Uxoa.

Ágara contempló el documento como hipnotizada. Solo leerlo o tocarlo le hizo entrar en un estado de ansiedad y bloqueo, del que las lágrimas no le permitían salir. Por fin tenía claro que el caserío no le pertenecía por derecho y que quién sabe cómo habría llegado a manos de sus antepasados. Solo era cuestión, pensaba, de buscar a los descendientes y devolver la herencia a sus legítimos dueños por

mucho que le doliese perderla. Aún no salía de su conmoción cuando don Julián les llamó la atención sobre otro documento posterior, con fecha de 1776.

—Mirad, aquí hay otro documento importante y que puede aclarar tus dudas y tranquilizar tu conciencia, Ágara. Es un documento de venta. En él figura la *Venta del caserío de Uxoa y todas sus tierras, almacenes, ganado y prados por parte del legítimo heredero, don Asier García Elizalde, oriundo de Baztán y con domicilio en Miraflores, en la ciudad de Lima, Perú, a don Javier Iturralde, oriundo de Navarra y con domicilio en la calle Mayor, por la cantidad simbólica de dos escudos de oro, con la única condición de que pase como herencia y dominio a su hija Uxoa Iturralde. Así hago constar en documento legalizado en la ciudad de Lima en octubre del año de gracia de 1776. Y, para que así conste, estampo mi firma dando a este documento la autenticidad necesaria*.

De pronto, un silencio se instaló entre los cuatro. El destartalado pabellón cobró una dimensión nueva como depositario de esos preciados tesoros. La búsqueda había por fin terminado. Todo estaba claro y diáfano como el agua del río que bañaba las tierras de Uxoa. No más complejos de culpa ni más búsquedas a ciegas. Por fin la calma inundaría el corazón de Ágara, que se sentía incapaz de articular palabra de la emoción y tranquilidad súbitamente conquistadas. Uxoa era y siempre fue suyo, su casa, su herencia.

—Creo que está todo aclarado, tu familia es la legitima heredera de Uxoa y tú como descendiente directa de los padres adoptivos, y por consecuencia de la heredad, tienes todo el derecho a disfrutarla sin remordimientos ni dudas al respecto.

—Padre, el peregrino que pasó por el caserío el año pasado se apellidaba García Elizalde, no pasaba por casualidad, quería ver la propiedad de sus antepasados, que moralmente, en parte, también le pertenece. No sabemos qué pasó con Uxoa, si finalmente llegó a vivir en ese casona alguna vez o esta simplemente fue pasando de padres a hijos hasta llegar a mi madre en la mitad del siglo XX. Es increíble. Por qué lo vendería, solo quería que su hija lo heredara. Él supo que Ainara había tenido una niña, tal vez ella se lo contó, tal

vez siguieron en contacto y escribiéndose. No sabemos qué fue de la madre, cómo pudo sobrevivir a la pérdida del hombre que amaba y sobre todo a la separación de su hija. Qué pasó en esos años desde que Asier viaja a Perú hasta que aparece este documento de venta. Es tan extraño… Y qué fue de la familia de Asier, por qué ya no heredan la propiedad…

—Los finales del siglo XVIII fueron muy convulsos y dramáticos para los baztaneses. La ejecución del rey de Francia Luis XVI desencadenó un cambio de relaciones con nuestro país vecino. La llamada Convención entre 1793 y 1795 supuso una excusa para que los franceses entraran en nuestras tierras atravesando los Pirineos, por el apoyo que el rey Carlos III de España y VII de Navarra habría prestado al rey francés. El ejército vecino entra en Navarra y toda la cordillera Cantábrica con el fin de adueñarse de la comarca vasco-francesa hasta San Sebastián. Las aldeas y poblaciones fueron arrasadas, las casas incendiadas y las epidemias que los soldados franceses traían diezmaron la población. Finalmente, se llegó a un acuerdo con la devolución de las tierras ocupadas, pero el mal ya estaba hecho. No es de extrañar que Uxoa sufriese los estragos de dicha guerra y sus habitantes fueran víctimas de enfermedades que en esa época no tenían tratamiento. De lo contrario, Asier no se habría desprendido de la propiedad. Tuvo que haber una razón importante para esa venta dos años después y seguramente no sería por rencillas familiares, algo que no es del estilo del valle. Así que no le des más vueltas. Sí sería bueno que, ahora que ya tienes la certeza de que tu peregrino no pasó casualmente por Uxoa, intentes localizarlo para ver si él tiene esta información y algo más sobre sus antepasados que nosotros no tenemos forma de saber. Creo por lo poco que te conozco que no vas a descansar hasta que ates todos los cabos de esta historia. Y te entiendo, es bueno llegar al fondo de las cosas, no conformarte con la superficie, quien sabe vive dos veces.

—Padre, creo que hoy es un día importante en mi vida, para mí y para todos los que me antecedieron, cuidando de un legado lleno de dolor e injusticia, pero también de amor y esperanza. Uxoa fue al fin

la heredera de su padre y Ainara, si pudo vivir más años, habrá visto en la distancia, entre los árboles, crecer a su hija y tomar posesión de esa casa, que a ella le negó dignidad y derecho, pero que finalmente, venciendo los prejuicios y tiranías de una sociedad cruel, habría llegado a manos de quien más la merecía.

»No sé cómo agradecerle su tiempo, su paciencia y su sabiduría. Personas como usted hacen más habitable este mundo, padre Julián. Espero que algún día se anime a hacernos una visita, sobre todo si quiere conocer el resto de la historia porque yo no pienso parar hasta completarla.

—Ya lo veo. Por supuesto que me acercaré cualquier tarde a haceros una visita si Joseba tiene a bien llevarme. Yo no conduzco, salvo a las almas que quieren que las guíe con mi escaso conocimiento sobre el ser humano y con toda la humildad. Una cosa más, Ágara, creo que este documento no podría estar en mejores manos que las tuyas. Nadie lo ha reclamado jamás y tú eres la legítima dueña de ese caserío y por tanto de esta transacción centenaria. Así que aquí lo tienes. Cuídalo y disfrútalo. Y ya os dejo, que es mi hora de comer y luego se me amontona el trabajo. Id con Dios. *Agur*, y ya sabéis dónde tenéis vuestra casa, hoy por hoy el Señor y yo la tenemos a medias.

Después de dejar la parroquia, se despidieron de Joseba agradeciéndole el favor de contactarlos con el párroco de San Nicolás. La ayuda desinteresada de ese amigo estaba siendo vital para ir avanzando en el difícil y delicado camino desde Asier García Elizalde hasta Ágara y su familia materna. Se habían quedado prendados de la parroquia, por lo que decidieron volver a visitarla en un acto inconsciente de agradecimiento por albergar en su vientre lo que llevaban buscando tanto tiempo. La luz filtrada por los vitrales disolvía los colores creando una atmósfera mágica, allí se habrían refugiado los padres de Uxoa para agradecer a Dios la suerte de tener, por fin, la hija tan deseada.

En ese momento se celebraba una misa con los cirios encendidos y un impactante silencio envolvía a los no muchos feligreses que participaban en ella, era como si el tiempo se hubiese detenido siglos atrás. No había diferencia en la necesidad de apoyo espiritual

entre aquellos y estos creyentes. Curiosamente en el lateral, unas planchas de madera en el suelo, con números en su parte superior, te hacían suponer la existencia de personas destacadas que tal vez fueron enterradas en lugar sagrado, quizás algún Iturralde permanecía cobijado bajo esas maderas, quién sabe si la niña Uxoa también. Ágara se arrodilló humildemente y lloró en silencio. El lugar despertó en ella la necesidad de una comunión con el tiempo y las vivencias del pasado que de tan diversas maneras habían anidado ahí, entre esos muros, testigos de uniones, pérdidas y secretos que ahora, por su extraña necesidad de conocerlos, habían por fin salido a la luz. El olor de los cirios y la solemnidad del momento ayudaron a calmar y purificar el desasosiego que Ágara había sentido crecer en su corazón desde su primer reencuentro con Uxoa.

Lima

enero de 1776

Mi querida Ainara: El tiempo sigue pasando tan aprisa y aún no he podido reunir la cantidad necesaria para tu pasaje con destino a esta tierra de bendiciones que es el Nuevo Mundo. Los días sin ti se me hacen tristes y difíciles. Ya va para dos años que dejé nuestra tierra, nuestros prados y montes y, por imposición de un ingrato destino, a ti, el ser que más quiero. Tú iluminas mis noches más oscuras tan solo con tu recuerdo y tu imagen, aún viva en mi corazón y en mi memoria. No sabes cómo sufro al saberte sola y aislada, separada de nuestra hija y alejada de nuestro amor. Cómo los hombres podemos ser el peor castigo para el hombre. Hubiese sido tan fácil nuestra vida juntos, viendo crecer a nuestra pequeña, rodeada de cariño y bienestar. Disfrutar de Uxoa y de su generosa hacienda, solamente con que mi padre hubiese aceptado nuestra unión, bendiciéndola y haciendo oídos sordos a los prejuicios de aldeanos ajenos a la inmensidad de un mundo como es el que tenemos a nuestro alcance.

Aquí también hay normas sociales y religiosas, pero la gente se mezcla y forma familias sin que nadie los juzgue o margine. Aquí todos somos forasteros y a duras penas y a base de mucho esfuerzo conseguimos el derecho a disfrutar la riqueza de estas tierras que pertenecieron a sus habitantes antes que a nosotros. Hay abusos y maltrato sobre todo al indígena y la población de

color traída de África por esclavistas. Pero también hay autoridades tanto civiles como religiosas que intentan evitar estos comportamientos en una gran medida. El ciudadano de estas tierras tiene los mismos derechos que aquellos que habitan en la península sin importar su raza u origen. Todo es tan distinto a las rígidas normas de nuestro amado valle. Trabajo duro y rezo siempre que tengo ocasión para que Aquel que nos escucha y protege me dé los medios para reunirme contigo lo antes posible. Ainara, lucharé por ti y por nuestra pequeña Uxoa hasta que me fallen las fuerzas, pero ten por seguro que a ti jamás te fallaré.

Te quiero con todo mi corazón, no desesperes, amor mío, pronto estaremos juntos de nuevo.

Tuyo siempre,
Asier

Baztán

2021

De vuelta al caserío el tiempo se hizo largo. El silencio dejaba escuchar los pensamientos y el verdor de los prados, iluminados sutilmente por un cielo al que alguien había retirado las cortinas, se derramaba suavemente, rodeando los cristales del todoterreno como en un intento de amortiguar los sentimientos que los nuevos descubrimientos habían despertado en el corazón de Ágara. De pronto discurría por su mente la visión de una pequeña niña, envuelta en mantillas y trasladada en su inocencia de un amor desgarrado a otro hecho de sueños. Alguien soñaba con una hija sin haberla tenido, sin poder tenerla, pero presuponiendo el derecho a una entrega involuntaria, forzada contra natura, por razones espurias. ¿Qué se puede sentir al recibir algo tan hermoso sin querer saber cómo y por qué llega a tus brazos? Es difícil de contemplar la imagen de unos padres felices, admirando a esa hija que les aparece como un regalo, aunque mancillado por la herida que deja sin cerrar en una mujer que habría dado la vida por ella, aunque ellos quizá lo ignoren. Esa es la historia que se repite desde que el hombre es hombre. El desequilibrio entre los privilegiados y los no tanto, entre los que sienten el derecho a la felicidad, loable y válido, frente a la infelicidad de otros a los que el destino arrancó la posibilidad de disfrutarla. Esa preciosa niña rodeada de mimos, bienestar, miradas y cuidados acaba de entrar sin saberlo aún en el mundo de los

elegidos. Crecerá hermosa, sana, adornada por las mejores sedas y sintiendo las miradas de envidia y deseo de los demás a su paso.

Tendrá con suerte unos buenos padres, tanto han rogado a Dios poder tenerla entre sus brazos, a pesar del vientre seco de la madre que ahora la arrulla día y noche. Y mientras, en algún lugar del valle, una mujer acaba de dar a luz, aunque no podrá acunar a su hija. Destinada al olvido, al rechazo y a la desmemoria, porque si la memoria se acuerda, el dolor se hace tan inhumano que ningún corazón está hecho para soportarlo. Llorará en silencio, tratando de recordar esa pequeña gota de espejo que solo ha podido contemplar unos segundos y sentir rabia por el peso de una maldición absurda y de autores anónimos que un día levantaron la calumnia contra un pueblo hecho de seres humanos, como ellos, de miradas como las suyas y de manos trabajando la tierra de igual manera que quienes sembraron su camino de piedras y zarzas por generaciones. Así es como el hombre se convierte en lobo para el hombre. Así los pensamientos de Ágara flotaban en el aire sin salir de su refugio.

—Es terrible e inhumano descubrir lo que finalmente ha confirmado mis temores. Uxoa es la legítima dueña de mi caserío, y por tanto mi madre desciende de la única y auténtica heredera. No hay nada turbio en ello. Soy la legítima dueña de mi casa y mis tierras. Pero aun así tengo la sensación de que hay algo que no cierra el círculo. Qué fue de Asier y de Ainara, ellos también tienen derecho sobre Uxoa. Jamás habrían abandonado la heredad si hubieran podido vivir juntos y criar a su hija sin condenas y exilios. Necesito comunicarme con Jaime García Elizalde, no sé cómo, pero necesito saber si todo está bien en su familia, si realmente fue un trato honesto y también quiero saber la historia de Asier si es que él la conoce. Debió ser terrible perder de golpe a la mujer que amaba y a su hija. Supongo que encontraría consuelo en otra esposa, pero me cuesta creer que olvidase a Ainara y su amor por ella. En el pueblo de agotes nadie sabe nada o nadie quiere saber. Ha pasado tanto tiempo…

—Tranquila, intentaremos contactar con Jaime, en el siglo XXI no es tan difícil encontrar a una persona al otro lado del mundo y

menos con ese apellido. Si quieres, mañana nos ocupamos de ello. Si no te importa, ahora que ya tienes respuesta a la parte crucial de la historia, me gustaría que nos relajáramos un rato, tal vez podemos hacer un alto en nuestro restaurante favorito y brindar con un *txakoli* fresco frente a unas suaves y deliciosas alubias de la tierra. ¿Cómo lo ves?

—Siempre tienes la habilidad de desdramatizar las cosas y disfrutar de lo que tienes al alcance de la mano, eres un bálsamo para mi mente masoquista y mi corazón maltrecho. Seguramente por eso te amo tanto.

Íñigo y Ágara se unieron en un beso que a punto estuvo de llevarlos a la cuneta. Por suerte el camino estaba tranquilo, al igual que los prados y el cielo, libre ya de los nubarrones que tanto habían oscurecido el día y los ánimos de los dos. A partir de ahora y con la seguridad de poder disfrutar de Uxoa por pleno derecho, las cosas que aún quedaban por resolver estarían desprovistas del complejo de culpa que había atenazado a Ágara en los últimos tiempos. El caserío estaba en manos de su auténtica dueña y nada podría, en un futuro, ensombrecer esa relación de amor entre ella y la casa, ese vínculo indisoluble creado a través de tiempo y generaciones.

Al día siguiente, Íñigo decidió ponerse manos a la obra, necesitaba dar fin a la historia y ofrecer a Ágara las respuestas que aún necesitaba. Prácticamente pasó toda la mañana en la biblioteca intentando encontrar en Internet alguna pista de la familia García Elizalde en Lima. En las redes el resultado fue nulo, seguramente pertenecían a una familia importante que se protegía del intrusismo de tanta gente anónima para quien Internet es un vertedero o una oportunidad de penetrar en la vida de otros por algún motivo desconocido. Al final de la mañana decidió ponerse en contacto con la embajada española en Lima. Suponía que no sería el primer caso de búsqueda de antepasados relacionada con la fuerte emigración española hacia el Dorado. Él mismo era un claro ejemplo, solo que en su caso el destino había sido la ciudad del Río de la Plata, ese río casi mar que baña y arrulla a su paso la ciudad de Buenos Aires.

Optó por mandar un *mail* al correo que figuraba en la página web. La embajada se sitúa en el barrio residencial de San Isidro. También

había varios teléfonos a los que poder dirigirse en caso de no obtener respuesta por ese medio. La página web era algo rígida y aparentemente en ninguna parte había algo sobre búsquedas o localizaciones de españoles en Perú. Finalmente, en el apartado de Consejería de Trabajo, Migraciones y Seguridad Social, había un correo que Íñigo utilizó para una primera y nada prometedora toma de contacto. Si no obtenía ningún resultado, la opción era una llamada directa al teléfono de la embajada, o tal vez al consulado, que seguramente tendría menos carga de peticiones, y que también se encontraba en San Isidro, aunque en otro edificio distinto.

Las averiguaciones de Íñigo fueron más complejas de lo que él suponía, la web de la embajada no ofrecía ninguna información sobre parientes tan lejanos en el tiempo. Íñigo se sentía impotente ante tamaña burocracia. Finalmente, optó por comunicarse con el consulado por vía telefónica. El cónsul era un buen tipo que escuchó pacientemente el relato de Íñigo, y al ver que no había ningún interés material y sí la necesidad de restañar heridas de otro tiempo, acercando a los herederos y parientes de una de las más destacadas familias del valle, a los pocos días le envió un correo dándole la dirección de una familia de apellido García Elizalde que constaba en los registros y era oriunda de España. No veía conveniente dar más datos por respeto a la privacidad de dicha familia, muy asentada y querida en Lima. Esperaba con esa información ser útil a Ágara, la única descendiente y heredera en apariencia, y que a su vez se pudiera poner en contacto con sus lejanos parientes.

Baztán

caserío uxoa. 15 de marzo de 2022

Estimado señor García Elizalde:

Tal vez le sorprenda esta carta y pido disculpas de antemano por esta intromisión en su intimidad, pero pronto entenderá por qué la necesidad de comunicarme con usted. Mi nombre es Íñigo Zubiri, soy también descendientes de emigrantes del valle de Baztán, pero en este caso oriundo de Argentina. Vivo en el valle por motivos de una herencia que mi madre no quería recibir en persona. Usted conoce Uxoa, el caserío en el que buscó refugio un día de tormenta en dicha tierra. Ágara, la persona que le dio cobijo, es mi novia y ambos vivimos en él. Desde su vuelta a Uxoa por motivos personales no ha parado de buscar información sobre la casa y su historia. Creo que ya le comentó algo en los días que estuvieron compartiendo. Por fin hemos conseguido descubrir la historia de Asier García Elizalde, su antepasado y el de ella, porque a estas alturas ya debe usted deducir que Ágara desciende de la misma rama que sus antepasados emigrados a Lima a finales del siglo XVIII.

La historia de Asier y Ainara, la mujer agote que fue el amor de su vida, así como el nacimiento de una niña, Uxoa, dada en adopción a la familia Iturralde de Pamplona, nos ha conmovido profundamente. Hasta ese momento, Ágara siempre tuvo la sensación de ser una intrusa, disfrutando de una herencia que no

le pertenecía y que había llegado a sus manos quién sabe de qué extraña manera. Por fin tenemos en nuestro poder documentos encontrados en la parroquia de San Nicolás, de Pamplona, que acreditan que la venta de la casa y las tierras fueron llevadas a cabo entre su antepasado y el señor Iturralde, de forma lícita a cambio de que la pequeña heredase lo que por ley y por amor le pertenecía. Esa niña se convierte en la auténtica dueña de Uxoa y de ella desciende Ágara. El motivo de esta carta es saber si usted tiene alguna documentación o conserva algunas cartas que puedan poner luz sobre la historia de Asier y Ainara. Qué fue de ambos y cómo se desarrolló en los años posteriores la vida para Asier y su descendencia. Sobre todo en relación a Ainara, de la que no hay rastro alguno, salvo lo que suponemos fue una dolorosa renuncia como madre, según consta en los informes que obran en poder de la abadía de Arizcun. Sé que le estoy pidiendo algo casi imposible, pero solo busco la paz de espíritu de mi novia en esta nueva vida que hemos iniciado juntos y que soñaría sin nubes en el cielo. ¡Qué no haríamos por amor! Si lo que le pido está en su mano, se lo agradeceré eternamente y, si no es posible, le pido disculpas por el atrevimiento.

Estoy seguro de que para Ágara sería un placer recibir su visita en algún momento, como auténtica familia, a la casa madre de sus antepasados comunes.

Sin otro particular y agradeciendo de nuevo su tiempo, le envío un cordial saludo.

Íñigo Zubiri

Baztán

agosto de 1776

Mi amado Asier: El valle se ha convertido en un infierno, las distintas epidemias que afectan al ganado, como la peste, están haciendo estragos también en la población. Hoy soy portadora de tristes noticias. Tengo que comunicarte que tanto tu querida hermana como tu madre han caído víctimas del contagio al ingerir carne en mal estado. Sé que no tuvieron mucha caridad cristiana con nosotros, pero me imagino cuánto dolor ha de causarte saber que ya nunca más volverás a abrazarlas. Sé lo unidos que estabais, amor mío, y siento causarte dolor. No sé qué será de tu hacienda, supongo que esperará a tu vuelta para recuperar el brillo que antes la caracterizaba. Ya no queda nadie de los tuyos tras la pérdida de tu padre hace un año, de la que ya te di noticias en cartas anteriores. Ni tan siquiera podrás enterrar a tu madre y hermana como desearías, cristianamente, junto a él. A veces pareciera que un castigo divino cayó sobre Uxoa después de la injusticia que cometieron con nosotros, pero la vida aquí es dura y tú ya sabes que no creo en los castigos divinos que tanto atemorizan a nuestra gente.

Recuerdo haber visto a tu querida hermana en la iglesia, junto a ti, era tan bonita y tenía tanta vida por descubrir… Ojalá hubiéramos podido ser amigas y compartir la crianza de Uxoa. Pero esas son imágenes que se me pasan por la cabeza, en mi soledad, de lo que

podía haber sido y no fue. Yo, como puedes imaginar, no tengo valor para acercarme al caserío y dejar unas flores en tu nombre. Nadie en el vecindario lo consentiría.

Todo está tan confuso aquí, que no he conseguido tener noticias de nuestra pequeña. Los franceses hacen constantemente incursiones en nuestras tierras y me temo que en cualquier momento ocuparán vuestro caserío tan solitario y cercano a la frontera. Mi tristeza y desesperación van en aumento cada día. Ya no tengo fuerzas para seguir luchando y la vida sin ti y nuestra hija, que ya ha cumplido dos años, no tiene ningún sentido para mí. A veces pienso en esconderme en nuestro maravilloso refugio y esperar a que suceda un milagro y esta pesadilla termine. También encuentro una solución que no te gustaría, acostarme en nuestro lecho de amor y contemplar el cielo y las estrellas después de beber un dulce y adormecedor caldo preparado por mí, con mis hierbas mágicas, y tal vez así, en otra vida, poder acercarme a tus sueños.

Mi querido Asier, a mí sí empiezan a flaquearme las fuerzas, estás tan lejos y las cartas tardan tanto tiempo en llegar, que a veces pienso si entre una y otra te habrá pasado algo o tal vez no hayas recibido las mías y empieces a olvidarme. Me consuela saber que estás bien y tu tío te cuida y protege. Debe ser una tierra fascinante en la que mis conocimientos sobre hierbas y medicinas seguramente estarán arraigados en la cultura popular, por lo que nadie me tacharía de bruja, como aquí. Trabaja duro pero cuídate, tienes muchas cosas por vivir y tal vez olvidarme te ayudaría a sobrellevar mejor tu carga. Yo por mi parte te tendré presente hasta el último aliento de vida que me quede, sea cual fuere mi destino. Nunca lo olvides, te he amado hasta el final de mis días.

Tuya siempre,
Ainara

Baztán

2022

Los días siguientes fueron una montaña rusa de sentimientos para Ágara. Por un lado, comprobar que el caserío pertenecía de buena ley a su familia la tranquilizaba, pero no podía quitarse de la cabeza la historia de amor entre Ainara y Asier. Qué habría sido de ellos… Uxoa era su más lejana pariente y además la iniciadora del árbol familiar que terminaba en ella en el presente. ¿Habría sido feliz en su hogar de adopción? ¿Habría en algún momento conocido a sus auténticos padres? ¿Pudo por fin Ainara tener alguna vez a su hija entre sus brazos? ¿Cómo habría conseguido sobrevivir, la joven madre, a la soledad, el repudio y ambas pérdidas, sin saber nada de su amado, tan lejos, al otro lado del océano? Estas preguntas y muchas más anidaban en la cabeza de Ágara sin darle tregua ni permitirle disfrutar plenamente de las certezas ya descubiertas. La trágica muerte de Ramón y la necesidad de dar con los culpables aún aumentaban su desasosiego despertando en ella momentos de rabia e impotencia. Tendría que intentar despejar todas esas inquietudes, si es que quería vivir con Íñigo en paz y armonía en medio de su paraíso.

Todos esos pensamientos se vieron interrumpidos ante las grandes lluvias que durante días y días anegaron el valle. El río se desbordó a su paso por el pueblo y el agua entraba sin piedad por los portales y ventanas. El caserío estaba en un llano, aunque elevado por tres

escalones. Tanto las tierras como el cobertizo estaban en medio de un mar brillante del que a duras penas el todoterreno podía salir. Ágara e Íñigo subieron al coche para ver qué pasaba en el pueblo y ayudar en lo que fuera necesario.

Lo primero que le vino a la cabeza fue el caserío de Itziar, si estaría inundado y si necesitarían algo. El recorrido estaba lleno de dificultad, por momentos la carretera se llenaba con balsas de agua acumulada. Solo la fortaleza del vehículo permitía sortear por los caminos las torrenteras que las corrientes desde la montaña creaban constantemente.

Por fin llegaron al caserío, con muchas dificultades pudieron acceder al portón. El agua entraba por la puerta, menos elevada que en Uxoa. Itziar y Leire salieron a recibirlas achicando agua del zaguán, que ya tenía casi medio metro en su interior.

—Esto es terrible, chicos —les comentó Itziar compungida—. Hemos tenido que sacar a los animales del establo y subirlos al monte. *Amona* está asustada y eso que ella nunca pierde la calma, y fijaos cómo están los muebles del zaguán, se va a echar todo a perder, y no digamos los sembrados. No sabemos qué va a ser de la cosecha. Esto es una catástrofe. Hacía mucho que no teníamos estas lluvias, pero cuando dicen de venir son tremendas. No os preocupéis por nosotros, será mejor que ayudéis en el pueblo, debe estar todo inundado. De todas formas, gracias por venir.

Al llegar al pueblo vieron cómo las calles eran raudales de agua llevándose a su paso todo lo que encontraban. Con el todoterreno ayudaron a desalojar las casas que estaban lindando con el río.

El pueblo era un mar. Las tiendas estaban inundadas y muchos enseres nadaban en la corriente. Los vecinos y los bomberos, así como la policía foral, intentaban evacuar al mayor número de gente posible de las casas cercanas al río. Era un espectáculo dramático, pero todo el mundo se implicaba para ayudar de todas las formas posibles. Ágara e Íñigo se pusieron a las órdenes de quienes dirigían el operativo y con el todoterreno rescataron a personas dependientes llevándolas a la parte alta, o a la casa de salud si era necesario, alguna madre asustada con su bebé en brazos y alguna abuela que se negaba a dejar su casa y su vida, y a la que casi

había que sacar en brazos. Los vecinos trabajaban sin descanso, en tiendas y bajos que estaban siendo arrasados por la riada.

—Esta es la cara no tan amable de la naturaleza —reflexionó Ágara—. Hace mucho tiempo este era el caudal natural del río que seguramente se fue sembrando en sus ricas orillas de edificaciones. Me imagino cuántas veces el Baztán ha defendido su espacio, inocentemente, sin saber los daños que estaba causando. El hombre busca su supervivencia a costa de perder la vida en ese intento y así será eternamente. Por suerte las casas están mejor construidas y son muy sólidas, pero las crecidas no tienen en cuenta nuestras necesidades como especie y el río reclama su trono con fuerza salvaje. Él es la vida y tal vez tendríamos que aprender a respetar su reino.

—Supongo que la vida en un entorno tan poderoso no debió de ser fácil en otros tiempos… Pero lo que más me impresiona es comprobar en vivo el auténtico significado de la palabra solidaridad. —Íñigo estaba deslumbrado por el comportamiento de los vecinos—. Hasta qué punto sigue arraigada en esta tierra y cómo sus habitantes entienden el sentido de comunidad. Lo que es bueno para unos es bueno para todos. Nadie está solo y eso es una lección increíble que estas gentes siguen dando a través de los siglos. Aún me duele más saber que Asier y Ainara tuvieran que abandonar esta tierra tan generosa a veces y tan dura otras con quienes no aceptan los códigos de conducta con los que, de alguna manera, intentan protegerse. Por suerte todo ha cambiado en muchos aspectos, pero la cara más bella de esta comunidad aún puede encontrarse entre sus gentes.

Los trabajos de limpieza llevaron varios días. A partir de que la lluvia dio tregua y dejó de anegar el valle había mucho por hacer para que las casas recuperaran su habitabilidad y los comercios valoraran sus daños, que en parte cubrirían los seguros. También había un fondo previsto para casos de catástrofes, como la riada. Los ancianos tenían que hacer memoria para recordar la última vez que el Baztán había reclamado su sitio, pero si había una característica en los baztaneses era la previsión para que cualquier eventualidad no los pillara de improviso.

El campo volvió a dar su cara amable con el verdor de los prados, los animales pastando tranquilamente y las aves revoloteando sin miedo. Todo volvía a ser una sinfonía perfecta, de tal forma la naturaleza se reordena en su evolución constante.

Una mañana, Miguelcho, el vecino del caserío más próximo, y amigo de su padre, se presentó para hablar con Ágara. Era realmente temprano, pero los caseros madrugan y piensan que el mundo se despierta con ellos. Ágara estaba preparando el desayuno mientras Íñigo terminaba de ducharse, cada día alternaban las labores y así ambos disfrutaban de la diversidad.

—*Egunon*, Ágara, cómo andas, ya veo que Uxoa ha encontrado a la mejor casera posible. Qué bonito está todo, no hay quien reconozca la casa y no sabes cómo me alegro. Era una pena ver morir de tristeza y abandono un caserío tan antiguo.

—*Egunon*, Miguelcho, pasa, por favor, y tómate un café calentito que te vendrá bien con tanta humedad que hay después de las lluvias. Tú también lo has cuidado y has hecho lo que has podido y no sabes cómo te lo agradezco. Sé que mi padre te quería como a un auténtico amigo y así lo has demostrado durante estos años en que a mí y a mi hermana se nos hacía cuesta arriba pisar esta tierra sin mis padres.

—No, Ágara, lo he hecho a gusto y con cariño y aquí me tienes para lo que necesites, aunque sé que ya tienes ayuda y estás en buenas manos. Íñigo parece un buen chaval y tus padres estarían felices al ver que ya no estás sola. Cualquier día celebramos otra boda en la ermita de Santiago como la que se celebró en el 1605. Sería una alegría para todo el barrio. —Miguelcho reía con picardía —. Pero, bueno, a lo que vamos, venía a decirte que si me dejas tus prados para pastar mis ponis como hacen las ovejas. Tienes la hierba muy alta y esas madres con sus crías se lo comen todo. Digo si a ti no te importa, son mansas y ya verás qué bonitas. Es que yo ya no tengo hierba en mis prados para tanto animal, ya sabes que son mi vida y no me quiero desprender de ellos. Tú me dices, en confianza.

—Por favor, Miguel, pues claro que sí, además me encantan los caballitos típicos de estas tierras y me dará una alegría enorme

despertarme por la mañana rodeada de ellos. Tráelos cuando quieras.

»¡¡Ah!!, y lo de la ermita, yo no soy muy de misas, pero algo podemos hacer algún día. Tendré que convencer a Íñigo. De momento es pronto y estamos bien así, pero quién sabe si más adelante… Lo dicho, tráelos cuando quieras y ahora vamos a tomarnos un buen café calentito con la leche de tus vacas.

Íñigo se unió a Ágara para disfrutar de un buen desayuno antes de irse a la biblioteca. Todo iba transformándose lentamente. Su vida, su paisaje. Ahora entendía el enamoramiento que su novia sentía por Uxoa. Esos prados al amanecer enmarcados por los bosques y, más allá, montañas meciéndose en ondulares diversos de tonalidades y formas. Qué lejos se iba quedando todo lo demás. Buenos Aires en medio de la bruma del río y el recuerdo, con sus tangos autocomplacientes en su llorar constante. Su familia cada vez más menguada, y sus días de niño extraño y querido, sin reservas, siempre con ese castellano porteño de su madre en sus oídos y esas imágenes aprendidas de tanto repetirlas en su mirada de mezcladas tierras. Tan lejos ya su caserío de Irurita.

Sentía la lejanía de su inesperado e insólito viaje al Tíbet, incluso la sensación de casi perder la vida en esa aventura se hacía ya tan distante… Todo pasaba por su memoria como en lentos y distorsionados fotogramas. La memoria también pone su parte. Es cómplice activa en la vida de todos. Puede transformar incluso la verdad en mentira con el paso del tiempo y poner en marcha su creatividad ante la necesidad emocional de creer que algo fue de otra manera, tal vez como nos gustaría que hubiera sido o como menos daño nos habría hecho. La memoria es una mano amiga que a veces se pone de nuestro lado y a veces nos traiciona y nos juega a la contra, haciéndonos creer que fuimos lo que no fuimos, o que un acontecimiento traumático quizás no lo fue tanto. La memoria tiene la gran capacidad de aceptar, en la distancia, por necesidad o consuelo, hechos inaceptables o comportamientos que ahora no soportarían un filtro. También a veces juega pintando colores

hermosos en el lienzo que, ya sin posibilidad de restauración, componemos de nuestras pasadas vidas. La memoria somos nosotros mismos y nuestra necesidad de supervivencia tamizada por una veladura de niebla, que apenas podemos distinguir en la superficie.

Por eso Íñigo no quería borrar esa mañana tan real de su retina, ese brillante, húmedo y luminoso paisaje que se llama felicidad. Posiblemente el momento de su vida en el que por fin parecía que todo tenía sentido, incluso él mismo, perdido tantas veces. Amaba a esa criatura compleja y llena de preguntas y sentimientos y pensaba en la enorme suerte que tuvo cuando el destino le abrió la puerta a abandonar su mundo al otro lado del océano y dejarse atrapar por la aventura de un lugar lejano, desconocido, y una vida abocada a la soledad y la nostalgia, pero, suponía, sorprendentemente enriquecedora. Ser valientes a veces nos premia con esos regalos como recompensa, solo por el hecho de creer en uno mismo, dejándose guiar por el instinto, libres de miedo.

—Hmmmm, esta cuajada está increíble. Podíamos aprender a hacerla nosotros mismos, con la leche de las ovejas de nuestro vecino y comprando el cuajo, no creo que sea tan difícil, digo yo.

—No, si te vas a convertir en un auténtico casero. —Ágara se reía de las ocurrencias de su novio, que le encantaban—. A propósito de ovejas, ha venido Miguelcho para pedirme el favor de que le permita meter en nuestros prados las mamás ponis con sus crías. Dice que algunas ya están preñadas otra vez y que necesitan mucha hierba. Le he dicho que me encantaría despertarme rodeada de caballitos, son preciosos y muy tranquilos. Así que cualquier día por la mañana nos siembran y adornan el prado. Esta vida me encanta, soy tan feliz aquí como nunca pensé en llegar a serlo, supongo que tú también tienes algo que ver en eso. —Se acercó a Íñigo para rodearle con sus brazos y besar y alborotar su pelo rizado—. Por cierto, me ha hecho un comentario muy gracioso con ese acento suyo tan cerrado y con media sonrisa pícara. Me dice: «Bueno, y a ver cuándo volvemos a celebrar una boda en la ermita de Santiago que tenéis ahí arriba. No estaría mal volver a vestirla como supongo estaría en 1605 con la primera boda que se dice se celebró en Uxoa. Está de

dulce porque el año pasado entre todos la rehabilitamos y tiene su santo y sus bancos y todo». ¿Cómo te quedas? Me ha hecho tanta gracia y era tan tierno, que no he querido quitarle la ilusión de golpe diciéndole lo lejos que estamos de casarnos. Así que le he dicho que bueno, que ya haríamos algo más adelante, y se ha ido tan feliz.

—Cariño, ya sabes cómo son los baztaneses, tradicionales y muy religiosos. En el fondo son unos románticos, aunque se comporten a veces con esa parquedad tan suya. Su mundo es este y no conciben otra forma de vida, aunque son muy respetuosos con la vida de los demás y nadie censura ni atosiga a nadie. Mira, tú y yo llevamos juntos ya más de un año y nadie nos ha mirado de mala amanera. Pero entiende que para ellos la familia es muy importante, es su seguridad y garantía de futuro para que no se pierdan las tierras, y algo sagrado que hay que bendecir. No te lo volverá a decir, ya verás, y nosotros estamos muy bien como estamos, ¿no? Así que a trabajar, que hoy tengo cosas importantes que hacer, ya te contaré…

—Me dejas con la miel en los labios con tus misteriosos quehaceres, ya me dirás. Yo voy a preparar un viaje maravilloso que me han pedido cerca de tu tierra, nada menos que a la Patagonia. Tengo ganas de conocer esa parte del mundo y sería una buena excusa para luego acercarnos a Buenos Aires y conocer a tu familia, ¿cómo lo ves?

Íñigo no pudo resistir la tentación de cogerla en brazos y empezar a dar vueltas con ella.

—Te amo, te amo, te amo y mil veces te amo.

—Bueno, no solo lo hago por conocer a tu familia, me gusta visitar los sitios que estoy ofreciendo y armar el viaje con conocimiento de causa después de haber pisado y diseñado la mejor ruta. Así que ya sabes, a viajar otra vez dentro de poco.

Íñigo volvió a casa feliz por la tarde, no solo ante la perspectiva del viaje a su tierra natal, sino porque sus pesquisas estaban dando por fin sus frutos. No quería adelantar nada a Ágara, pero había recibido noticias de Lima, vía *mail*, de Jaime García Elizalde, y

esperaba en breve poder entregar a su novia el desenlace que había quedado inconcluso y con pocas esperanzas de terminar.

Los días transcurrían apaciblemente en esa nueva vida en la que se habían instalado. La primavera iba dando paso al verano y el calor ahondaba la sensación de humedad en el valle. Era un clima delicioso en el que los días cálidos o templados alternaban con noches frescas, en las que incluso algunas veces apetecía encender la chimenea para secar algo el ambiente. Las hortensias explotaban en los arriates llenando el paisaje de violetas, azules y fucsias. Los balcones de los caseríos rebosaban de begonias y una especie aérea de gitanilla muy típica de la zona. Dalias y gladiolos sembraban las entradas de las casas. Era increíble la proliferación de flores en todos los pueblos, que mezclaban su riqueza cromática con los árboles que tanto gustaban a Ágara, albizias en forma de grandes sombrillas y árboles de Júpiter de troncos suaves y blanquecinos. La naturaleza explotaba en riberas y huertos tratando tal vez de hacerse perdonar los daños tras las crecidas que tanto estrago habían producido. Pero ella es así, noble, auténtica, imprevisible para el ser humano que no se para a estudiar su discurso, pero lógica y explicable para su devenir de los tiempos. Ágara e Íñigo seguían en sus rutinas diarias preparando su viaje a la Patagonia en otoño, lejos del invierno y previo al verano del cono sur que se desarrolla de forma inversa a nuestras estaciones. Sería un viaje excitante, descubrir nuevos e insólitos territorios. Poder acercarse a Buenos Aires, el corazón de la tierra de Íñigo, su familia, su infancia, sus recuerdos. Recorrer sus calles compartiendo sus historias y vivencias, adentrarse en el alma porteña, su música y su rica gastronomía de la mano de la persona amada. Sería una experiencia inolvidable para ambos. Había pocos rincones de sus almas que no hubieran explorado uno del otro, era una relación sincera y libre, pero compartir amando es algo tan mágico que te convierte en cómplice de por vida.

Aún no había tenido noticias de Fernando sobre en qué punto estaba la investigación, tras recibir toda la información acerca de los culpables de la muerte de Ramón, y sobre todo quién había sido el cabecilla que había ordenado un acto tan cruel. Era algo que despertaba en ella emociones de rabia y dolor que ni siquiera la

felicidad de los días que estaba compartiendo con Íñigo conseguía amainar.

—Buenos días, mi niña. —Fernando, al otro lado del móvil, iluminó la cara de Ágara una tarde en la que había decidido dar un gran paseo por el monte aprovechando la bajada del sol. Era una buena manera de acallar sus demonios y recuperar la paz y armonía que solo la naturaleza es capaz de impregnar en los corazones angustiados e inquietos—. ¿Cómo estás?, siento no haber ido aún a visitaros, pero este mes de agosto me lo voy a liberar de todo, creo que lo necesito, y no veo mejor idea que subirme con vosotros al caserío buscando refugio de las altas temperaturas de Madrid y disfrutando del verdor y, sobre todo, de vuestra compañía. Hace muchos años que quiero conocer la casa madre y me encantará ver cómo la has convertido en un auténtico hogar, estoy seguro.

—Buenas tardes, Fernando, qué alegría oírte. Te juro que llevo días pensando en ti. Estaba inquieta al no tener noticias sobre el accidente de mi padre y ya me empezaban a invadir mis demonios. Por supuesto, será fantástico tenerte con nosotros. Íñigo y yo decidimos vivir juntos al poco tiempo de volver del Tíbet, y el caserío, con los muebles de Madrid, está precioso, es como si el espíritu de mis padres y Ainoa estuviese aquí, con nosotros, uniéndonos otra vez a través de los objetos y espacios comunes. Uxoa lo ha agradecido y ha acogido cada objeto como suyo, es como si siempre hubiesen estado allí. Puedes venir cuando quieras, solo nos avisas un par de días antes, y prepárate para disfrutar del verano baztanés, no creo que haya otro lugar más maravilloso en esa época del año.

—Pues allí me tendréis seguramente en la primera quincena, estoy deseando salir de la capital. ¿Cómo llevas tus pesquisas sobre Uxoa?, ¿conseguisteis averiguar algo más con la información que te di? No era mucho, pero a veces tirando del hilo se puede llegar a la madeja.

—Sobre Uxoa y su larga y triste historia hemos descubierto cosas importantes, aunque aún nos falta la parte crucial, que no sé si

descubriremos algún día. El desenlace, qué pasó con Asier y Ainara. El caserío fue vendido en buena ley por el heredero a los padres adoptivos de la niña, a condición de que ella fuese la futura dueña. En ese sentido, todo en orden. Por lo menos los documentos de propiedad y de adopción de la pequeña ya están en mis manos. El párroco de San Nicolás, don Julián, fue muy amable e incluso decidió que no había nadie con más derecho que yo para conservarlos. Lo último que nos queda por intentar es localizar a la familia en Lima y está siendo bastante complicado. Ahora dime si por fin tienes noticias del Ministerio del Interior o del consulado de España en Pekín. Sigo teniendo una rabia contenida que no me da descanso, Fernando, me parece tan injusto y sobre todo tan terrible lo que le pasó a mi padre, que me costaría mucho encontrar la paz si no sé que por lo menos se está intentando buscar a los culpables.

—Tengo buenas noticias para ti, Ágara. Los archivos tenían tal cantidad de información que en el Ministerio del Interior no daban crédito a que una trama así se les hubiese escapado de las manos a todos los centros de inteligencia en Occidente. Pensar que tal vez el sufrimiento de estos dos últimos años podría haberse evitado simplemente con un golpe de suerte y la mirada más atenta. Al parecer han localizado a los sicarios que perpetraron el accidente, son delincuentes de poca monta que se encargan de trabajos sucios a cambio de dinero, y el Gobierno, así como las autoridades comunitarias, están dispuestos a pagarles la información necesaria hasta llegar a la cabeza que ordenó la desaparición de tu padre y con ello, según ellos creían, las pruebas evidentes del plan de exterminio que querían llevar a cabo. Lo que sí te puedo decir es que en contra de lo que hubiésemos pensado, el Gobierno chino está colaborando activamente. No quieren que una facción radical dentro del aparato enturbie y contamine la imagen de progreso y aperturismo que quieren dar al mundo. Piensa que en caso de que la pandemia fuese el objetivo, tampoco ellos se han librado de miles de fallecidos. Creo que no tardarán en descubrir a los cabecillas, si es que aún están en el Gobierno y no han desaparecido del mapa, algo frecuente en estos países en los que las purgas son rápidas y sin miramientos.

—Gracias, Fernando, no sabes cómo me alivia el alma pensar que la muerte de papá no quedará impune y, sobre todo, haber indirectamente servido de aviso para que en el futuro y con ojos más exigentes se puedan impedir estos actos que han alterado la vida de tantas familias y pueblos. Espero que algún día nos podamos, como especie, recuperar de tanto sufrimiento. Menos mal que la capacidad de regeneración del ser humano es increíble. Tenemos una autogénesis física y mental que nos ayuda a seguir viviendo, sanar las heridas y volver a soñar y disfrutar de las pequeñas cosas de la vida. Mil gracias, Fernando, ya me mantienes al día y aquí te esperamos con los brazos abiertos. *Agur*, bueno, adiós. —Ágara soltó una carcajada que llegó al corazón del viejo abogado como una corriente de agua fresca. Esa niña estaba hecha de la pasta de su querido y recordado amigo—. Es que ya me estoy volviendo baztanesa perdida.

—Tranquila, Ágara, no entiendo euskera pero hasta ahí llego. *Agur*, y recuerdos a Íñigo.

Esa mañana el sonido de los cencerros la sacó de su sueño. Le encantaba su tintineo lejano cada vez que los animales meneaban la cabeza para beber o pastar hierba, pero esta vez el repicar sonaba casi en sus oídos. Ágara saltó de la cama como movida por un resorte mientras Íñigo, que no entendía nada, empezaba a desperezarse. Su novia descorrió las cortinas suavemente, abrió la cristalera y liberó de contraventanas el balcón hasta quedarse hipnotizada con el espectáculo que tenía ante sus ojos… El prado estaba sembrado de ponis madres con sus crías que las seguían mansamente. Sus colores perla, marrón, blanco y rojizo sobre el fondo verde de la hierba era de una diversidad cromática y belleza difíciles de imaginar. El sol, aún con los ojos entrecerrados por el sueño, apenas iluminaba sus crines largas y ondulantes. Las pequeñas crías eran casi del tamaño de los mastines de montaña, y caminaban pegadas a sus madres, rozando sus jóvenes pieles contra ellas y mamando intermitentemente. A veces se tumbaban perezosas en la hierba mientras sus peludas colas se movían

perezosas, seguramente espantando las moscas que siempre rodean a los animales. Al fondo, las montañas se iban también despertando, vestidas con unos anillos de bruma en sus bases. Círculos perfectos como los aros de un fumador de nubes que los hubiese depositado arteramente sobre sus cimas hasta hacerlos descender suavemente sobre la ladera. A Ágara se le saltaban las lágrimas de la emoción y dio gracias al universo por ese regalo de vida que la rodeaba de amor y naturaleza. Las mamás ponis estaban desperdigadas por los prados como si una mano invisible, hecha seguramente de polvo de estrellas, las hubiese depositado allí dulcemente durante la noche. Sintió una sensación parecida al despertar de las noches de Reyes de su infancia, en las que parecía que cualquier milagro era posible siempre que naciese de la imaginación de un niño. Bastaba con escribir una inocente y a veces ilegible carta.

—Íñigo, por favor, levántate y mira esto, no te lo puedes perder. Es lo más hermoso que he visto nunca. Estamos rodeados, rodeados de vida y de belleza, creo que no me podré mover de aquí hasta que me recupere de la impresión. Ya casi ha amanecido y las dos luces van a desaparecer de un momento a otro, así que no seas perezoso, que te vas a arrepentir si no vienes.

Íñigo se restregaba los ojos e intentaba entender qué estaba pasando, pero las exclamaciones eran tan teatrales que no tuvo más remedio que levantarse y acercarse a la barandilla.

De pronto su mente entró en otro sitio cuando, junto a su novia, contempló el prodigio que los rodeaba.

—Dios mío, cariño, esto es una maravilla. Ha tenido que traerlos Miguelcho muy temprano. Estos caseros madrugan una barbaridad, creo que son ellos los que ponen la hierba. —Ágara se reía de sus ocurrencias—. Seguramente quería que al despertarnos pudiéramos disfrutar de este espectáculo. Son preciosas, Ágara, con sus potrillos, y algunas ya tienen una buena barriga. Madre mía, qué bonito tiene que ser estar así, tan tranquilas pastando junto a sus crías, protegiéndolas, amamantándolas y viéndolas crecer seguras. Así se sentirán las nuestras cuando nos decidamos a ser papás. Yo, viendo este panorama, me apuntó ya, me muero de ganas.

Ágara miraba a Íñigo sorprendida mientras sus palabras atravesaban su piel impactándola profundamente. No quería decir nada, pero estaba experimentando la misma sensación. Se limitó a besarlo y a rodear su cuello en un yugo hecho del material del que se hacen los deseos.

Lima

5 de julio de 2022

Estimado señor Zubiri:

Al recibo de su mail *he revivido en mí todas las imágenes que durante el Camino de Santiago, que pude completar hasta Finisterre, impregnaron mi alma y mi retina. Creo que a estas alturas es inútil negar la evidencia de que su novia, esa maravillosa criatura de extraño nombre, y yo somos parientes lejanos y descendientes de un mismo tronco. También es ya palmaria la realidad de que mi paso por Uxoa no se debió al azar y sí a la necesidad de comprobar en qué estado se encontraba la heredad que tanto suponía para mis padres y todos mis antepasados. En aquel momento no me pareció oportuno desvelar mi propósito a la legítima dueña del caserío, no quería despertar suspicacias ni que ella tuviese la más mínima sospecha de que yo era un pariente resentido cuyo único fin era recuperar la hacienda perdida. Para mí fue muy satisfactorio comprobar que la casa estaba en pie, cuidada y querida. Realmente ese era el único deseo mío y de mi familia. Por supuesto descubrí y aclaré muchos puntos de la historia, y sobre todo entendí la nostalgia que la pérdida de ese increíble enclave del planeta producía en los que la habían sufrido, por muy atrás en el tiempo que ello hubiera acontecido.*

De vuelta a Lima me dispuse a buscar en los archivos familiares toda la información que pudiese servir para poner luz en la vida de los descendientes de Uxoa emigrados a Perú, la tierra de acogida que tanto amor y bienestar había procurado a los expulsados de aquel paraíso. He recopilado todo lo que de alguna manera puede aclarar qué pasó tras la llegada de Asier a Lima y cómo transcurrieron los acontecimientos. Creo que, entre las cartas y documentos cuidadosamente guardados, su novia podrá entender que no siempre el destino es irrevocable y previsible y que los caminos son a veces sorprendentes, dando giros de guion que jamás pudiesen imaginarse. Yo tengo copias de cada uno de los documentos aquí enviados. Espero servir de ayuda y también para que la descendiente directa de Uxoa pueda disfrutar en paz de esa tierra que por derecho le pertenece y que yo no tengo duda jamás podrá estar en mejores manos. Ahora me despido de usted con la firme promesa de una próxima visita como pariente y amigo. Me encantará compartir Uxoa con ustedes y esta vez no será para pasar de largo, sino para disfrutar de largas veladas al calor de la chimenea y una buena y necesaria conversación.

Un saludo afectuoso,
Jaime García Elizalde

P. D.: Por favor, dé mis más cordiales saludos a Ágara y recuérdele que las tormentas también sirven para que la vida se regenere y en la escampada siembre nuevas esperanzas, ella lo entenderá.

El cartero siempre llama dos veces…

Joxe, el cartero, solía dejar la correspondencia en el buzón que Ágara había instalado al inicio del camino, pero el paquete era demasiado grueso y no quería doblarlo, no fuera a contener algo importante. Había llamado la mañana anterior, pero no había encontrado a nadie en Uxoa, así que ese día decidió intentarlo por segunda vez. En esta ocasión Ágara salió a recibirle y le invitó a tomar un café caliente, eran las diez de la mañana y el sol aún no dejaba sus rayos en el valle con la fuerza del mediodía.

—*Egunon*, Joxe; qué mañana tan fresquita para estar en verano. ¿Qué te trae por aquí?

—*Egunon*, Ágara; es que ayer intenté dejaros este paquete, pero no estabais y he vuelto hoy por si es algo importante, viene de Lima, Perú, y como tú estás siempre con lo de las rutas y los viajes, pues eso, que me quedaba más tranquilo si te lo traía.

—Mil gracias, Joxe, no sé qué puede ser porque no estoy preparando ningún viaje a ese país, pero te agradezco que hayas vuelto. ¿No quieres tomar un poco de chorizo y un chiquito? O mejor un café con leche caliente, así entras en calor y se hace la mañana más llevadera.

—No, no, *eskerrik asko*, si es que hoy no me toca este barrio y tengo mucho aún que repartir. Espero que sean buenas noticias, ya me preguntó Íñigo el otro día que si no había llegado nada de América, así que aquí lo tenéis. *Agur*.

—*Agur*, Joxe. —Ágara se quedó bastante sorprendida con el comentario del cartero.

De repente una desazón empezó a encogerle el estómago intuyendo o deseando que el paquete, envuelto con tanto cuidado que ya le quemaba en las manos, pudiese dar respuesta a alguna de las preguntas que aún giraban obsesivamente en su cabeza. Por un momento pensó en esperar a Íñigo antes de abrir su contenido. No sabía qué tipo de información podía contener, últimamente parecía que la vida podía cambiar en la fracción de un segundo ante un hecho inesperado y no estaba segura de si estaba preparada para descubrirlo en solitario. Llevaba tanto tiempo queriendo saber…, y quizás ya estuviese a punto de conseguirlo. No era momento de acobardarse ahora. En gran parte su felicidad futura dependería del grado de paz que encontrase su alma y había comprobado hasta qué punto su historia familiar se había incrustado en su vida sin intenciones de abandonarla fácilmente. Tomó el paquete y decidió abrirlo en la gran mesa de la cocina. No, este era un asunto exclusivamente suyo por mucho que hubiese sentido el apoyo y cariño de Íñigo en todo momento.

Era algo que ella tenía que descubrir en soledad, con la única compañía y complicidad de esos muros que habían sido testigos de todo, lo bueno y lo malo, durante siglos. Encendió la chimenea para sentir el calor del fuego, la protección de los troncos y ese olor a pretérito que solo una hoguera entre la leña puede desprender. Se calentó un tazón de café con leche y lentamente, para sujetar su angustia, abrió el sobre que prometía poner definitivamente fin a una larga historia.

Contempló por un instante el verdor de los prados a través de la ventana, la silueta de los bosques apretados y el deambular de los pequeños caballos junto a sus crías, tan ajenos a los complejos latidos de su corazón y del mundo. Cuánto amaba esa tierra. Hasta qué punto se había instalado en lo más profundo de ella misma. Qué desconocida y lejana le parecía su anterior vida. Y ahora estaba ahí, a solas, quién sabe si a punto de estropear un sueño o de poder seguir soñando en él el resto de su vida.

Dicen que la verdad nos hace más libres, pero algunas verdades nos dejan heridas que pueden llegar a ser peor que una cárcel y de las que resulta difícil escapar. A lo mejor la libertad es eso, conseguirlo, tener valor para seguir volando a pesar de que muchas plumas se nos hayan ido perdiendo por el camino. ¿Hubiera sido mejor olvidar el pasado y conformarse con un maravilloso presente preñado de futuros?

Ágara contempló el sobre grande y abultado y lentamente rasgó sus bordes hasta descubrir su contenido. Había cartas, muchas cartas enlazadas en pequeños paquetes con cintas de color aguamarina. Los sobres amarillentos denunciaban el paso de los años. La letra picuda y minuciosamente dibujada hablaba de respeto, distancia y manos con mucho tiempo entre sus dedos.

En primer lugar, la nota reciente de Jaime dejaba al descubierto el esfuerzo que Íñigo había hecho para encontrar a quien pensaba que podría tener la llave de la historia. Sus muestras de amor y apoyo en la búsqueda enternecieron a Ágara profundamente. Ese era su misterioso secreto de las últimas semanas. Seguramente llevado con cautela ante la posibilidad de no llegar a buen puerto en sus pesquisas. Y ahí estaba el tono educado y tranquilo de su lejano pariente, tratando de poner luz en su penumbra.

Comenzó a leer, lentamente al principio, y cada vez más atrapada por ese epistolario de dolores, pérdidas y ausencias. Las palabras de Ainara se le iban clavando en el alma. La fidelidad y amor de Asier eran una fuente de inspiración y esperanza que aún hacía más insoportable la idea de que dos seres así hubieran tenido que separarse. Asier luchaba por proteger y recuperar a la mujer de su vida, sabiéndolo casi imposible en la distancia, y Ainara perdía fuerzas por momentos. Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Ágara acompasando la congoja que la lectura iba despertando en ella.

La última carta de Ainara le dejó una gran preocupación por su tono lastimero, en el que se reflejaba inequívocamente el abandono ya por su parte de cualquier lucha posible. No era tranquilizador leer su contenido mostrando a las claras lo que un corazón desesperado,

lleno de impotencia y sin razón alguna ya para vivir, era capaz de imaginar para acabar con tanto sufrimiento.

Ágara buscó y buscó más cartas de Ainara, pero el siguiente manojo de epístolas estaba dirigido en primer lugar al señor don Javier Iturralde con un domicilio en la ciudad de Pamplona y con remite de Asier García Elizalde desde Lima.

Lima

noviembre de 1775

Mi estimado señor don Javier Iturralde:

Espero que al recibo de esta carta usted y su esposa se encuentren bien. Ante todo le pido mil disculpas por introducirme en su intimidad sin haber sido presentado. Mi nombre es Asier García Elizalde, natural del valle de Baztán. Usted no me conoce porque nunca nos hemos encontrado ni cruzado en ningún camino. Soy consciente de que mis palabras pueden sorprenderle y tal vez provocar gran conmoción en su vida, pero ambos tenemos algo, o mejor dicho alguien, muy importante que nos une: Uxoa, la hija que mi querida Ainara y yo concebimos hace ya casi de dos años. Sé que le sorprenderá que su privacidad y discreción, requisitos en la adopción, hayan sido violadas, pero no hay nada que el tesón, el amor y algunos buenos amigos no puedan conseguir. Tuve acceso a su dirección y nombre no sin dificultad, pero quiero que entienda que su búsqueda era para mí un deber no solo por amor, sino por responsabilidad y conciencia.

Ainara no cedió voluntariamente la adopción de nuestra hija, sino bajo amenazas de miseria, hambre y abandono para ella y la criatura. Cuando yo tuve, con gran pesar, que abandonar mi caserío, ya la niña crecía en sus entrañas, aunque ella decidió silenciarlo para no frenar mi viaje a estas tierras. De haberlo sabido jamás las habría abandonado y nuestra hija no habría sido

dada en adopción. Habría luchado contra toda adversidad por mantenernos unidos a los tres. Lamentablemente, no sucedieron así las cosas y ahora, y perdone mi atrevimiento, el motivo de esta carta es suplicarle que nos permita de nuevo a Ainara y a mí recuperar a nuestra hija. Las últimas noticias que tengo de su madre están teñidas de desesperación y tristeza y tengo miedo de que ese estado la lleve a cometer una locura. Se lo pido como buen cristiano y con la justicia y legitimidad que ser el verdadero padre de Uxoa me otorga. Sé que lo que le pido y suplico no es una decisión fácil, pero apelo a su bonhomía y sentido del deber ante el derecho que me asiste.

Sin otro particular y esperando ansioso su respuesta, me despido deseando salud y bienestar para usted y los suyos de por vida.

Asier García Elizalde

Pamplona

enero de 1776

Estimado don Asier García Elizalde:

Ante todo tengo que confesarle que su carta me ha dejado una enorme huella. Comprendo su dolor ante la idea de perder a una hija de cuyo nacimiento no tuvo noticia y más aún sabiendo que nunca fue el deseo de su madre abandonarla. Nos aseguraron mil veces, a mi querida esposa y a mí, lo contrario.

De haber conocido la verdad jamás habríamos contribuido a tamaña injusticia. También nos dieron la seguridad de mantener en el más estricto anonimato el nombre de la familia de adopción. Veo que nada era como nos prometían y no sabe cómo siento el calvario que tanto usted, en la distancia, como la madre verdadera de Uxoa, sabe Dios en qué circunstancias, están padeciendo. No soy quién para juzgar a otras personas, el amor adúltero fuera del matrimonio y entre gentes de desigual cuna no está permitido ni aceptado en nuestra sociedad, pero Dios dice amaos los unos a los otros y cuando las rígidas costumbres o la moral sin generosidad alguna se imponen a este mandato divino, las consecuencias son el dolor y la desgracia de personas buenas e inocentes.

No me cabe ninguna duda de que Ainara debe ser una criatura digna de amor, solo hay que mirar la cara de su hija y sumergirse en sus ojos de agua para saberlo. Somos una familia cristiana

como usted presupone y adoptar una criatura en esas condiciones jamás habría sido nuestro deseo, por muchas ganas de ser padres que ambos tengamos. Mi mujer ha sufrido varios intentos fallidos que la han mantenido débil de salud y exangüe de ánimo a punto de casi perder la vida.

La llegada de Uxoa consiguió devolverle la salud y las ganas de vivir porque eso es exactamente lo que hace, vivir por y para esa niña. Uxoa crece sana y fuerte, llena de felicidad, atenciones y mimos. Es tan bonita que cuando sonríe su piel se hace de porcelana y el cielo enciende sus luces. Piénselo, amigo mío, separar a mi querida esposa de Uxoa sería matarla definitivamente. Uxoa emprendería con su madre un viaje largo y peligroso y en estos momentos, más que nunca, es cuando la generosidad de un padre, anteponiendo el bien de un hijo al propio deseo y egoísmo, debe prevalecer. No puedo, estimado Asier, quitarle la vida a quien se la está dando a esa criatura llena de amor cada día. No me lo perdonaría nunca y bien que entiendo su situación desesperada. Le ofrezco a cambio mi ayuda en lo que necesite e incluso le prometo solemnemente que tanto mi esposa como yo nos encargaremos de encontrar a Ainara para que pueda vivir de una manera digna y nunca le falte de nada. Pero es todo lo que puedo hacer con respecto a su legítima y noble petición.

Espero sus noticias y, sin otro particular, me despido pidiendo a Dios por la salud de su alma y la de su querida Ainara.

Javier Iturralde

Lima

octubre de 1776

Estimado don Javier Iturralde:

He de reconocer que su respuesta a mi demanda me sumió en una profunda desolación. Con el paso del tiempo he comprendido sus palabras y le agradezco de antemano su nobleza y sinceridad a la hora de responder a una petición que, a pesar de mis deseos, imaginaba de antemano infructuosa.

Creo que usted acierta cuando habla de anteponer el amor a los hijos a nuestro egoísmo. Siento que la salud de su esposa haya estado en peligro y no tengo fuerza moral para pedirle que la separe de Uxoa, algo que podría acarrearle una recaída tal vez irreversible. En mi dolor, tengo al menos el consuelo de saber que mi hija querida está en una buena familia, protegida y cuidada. Qué más puede desear un padre para un hijo ante la imposibilidad de hacerse cargo él mismo, como le hubiese gustado si las cosas hubiesen sido de otra manera. El valle tiene sus reglas, a veces muy crueles, incluso inhumanas, y Ainara y yo fuimos víctimas de ellas. Amigo mío, sobre Uxoa, creo que está donde debe estar y no seré yo quien insista en hacer aún más difícil su vida.

Solo me queda extenderle una última petición si está en su mano hacerlo. Mis padres y hermana fallecieron por diversas circunstancias, por lo que mi caserío y mis prados solo tienen un heredero en mi persona. En este sobre, van las escrituras de mis

propiedades y una orden de venta a su favor por una cantidad como puede ver puramente simbólica. La herencia habría sido de nuestra hija y ella será, finalmente, la depositaria de ella. Es un precioso caserío, aunque no sé en qué condiciones se encontrará tras los expolios franceses, y conlleva buenos prados con abundante agua.

Es todo lo que tengo y solo le rogaría que a cambio usted pudiera hacer lo que esté en su mano para que Ainara viaje y pueda al fin reunirse conmigo. Temo por su vida, si no pongo remedio a tiempo. Solamente tendría que acompañarla a Cádiz, ciudad en la que mi tío Manuel se haría cargo de ella hasta su embarque por mar rumbo al puerto del Dorado, en Lima, donde yo la recibiría ansioso y con los brazos abiertos. Es lo único que me queda en este mundo y lo único que justifica mi duro trabajo en estas tierras para hacer fortuna y darle la vida que se merece. Mi gratitud será eterna y Uxoa estará orgullosa de usted, si algún día conoce la verdad de su historia. En caso de que así fuera, dígale por favor que nunca fue abandonada y que fue engendrada del amor de dos seres que esperan seguir amándose el resto de su vida si Dios y el destino así lo deciden. Gracias de antemano.

Espero ansioso sus noticias y tenga por seguro que siempre tendrá un amigo en este lado del mundo en caso de que algún día su esposa, usted y Uxoa quisieran visitarnos. Le envío todas mis bendiciones.

Asier García Elizalde

Lima

enero de 1777

Mi querida y adorada Ainara, por fin buenas noticias para los dos. Después de muchas gestiones, conseguí encontrar el paradero de nuestra hija. He podido mantener correspondencia con don Javier Iturralde, padre adoptivo de Uxoa.

Es un buen hombre y, ante mi petición de recuperar a Uxoa, sus argumentos en sentido contrario han resultado irrefutables. Nuestra hija está en las mejores manos y su madre adoptiva vive por y para ella, sin la que le podría faltar el aliento. Sé que tanto tú como yo teníamos la esperanza de poder reunirnos con ella algún día, pero es tan pequeña aún que creo tampoco sería prudente, y sí un acto de egoísmo por nuestra parte, sacarla de su entorno para iniciar una largo y difícil viaje como el que yo he realizado y ahora te pido que emprendas. He cedido a los padres adoptivos de Uxoa mi heredad a cambio de que nuestra hija sea la única heredera y don Javier te facilite el viaje que te traiga definitivamente a mi lado, protegiéndote y financiando el pasaje.

Ya está todo listo para ello. Te acompañarán hasta Cádiz y el tío Manuel está gustoso de atenderte hasta que embarques rumbo a Lima. Me parece un sueño, Ainara, no desfallezcas, piensa en todo lo que aún nos queda por vivir juntos y en que sin ti la vida para mí carece de sentido. No sabes lo impaciente que estoy ante tu llegada. Será un milagro después de estos años de tristeza y

soledad recuperar la vida a tu lado. Ya puedo imaginarte bajando del barco hacia mis brazos. Tengo tanto que enseñarte, tantas cosas que decirte, tantas caricias y besos que darte… Ven pronto, Ainara, vida mía. Velaré noche y día tu llegada y no apartaré mis ojos del mar hasta ver aparecer la bendición de tu cara. Perú te devolverá el tiempo perdido, es una tierra rica y generosa como debiera ser nuestro precioso valle. Aquí veremos crecer a nuestros hijos felices, respetados y libres, Ainara.

Tuyo siempre,
Asier

Baztán

2022

Era la última carta de Asier que Ágara había leído bañada en lágrimas. Fuera, una cálida y mansa lluvia empezaba a bañar los campos mientras el sol, que se negaba a abandonar el valle del todo, se filtraba a través de ella. Ágara dejó casi sin darse cuenta la carta en la mesa de la cocina, a esas alturas inundada de papeles y sobres ya en absoluto desorden. Se levantó y salió corriendo por el portón, corrió a los prados mientras sus lágrimas se mezclaban con la lluvia. El árbol de Uxoa, tan profundamente amamantado por la rica y fértil tierra de la ribera del Baztán, había desplegado sus alas a ambos lados del océano. Ella y Jaime, hijos de un mismo tronco, que seguiría expandiendo sus ramas en años venideros gracias a esa lluvia y a muchas lágrimas que nunca se rindieron. De sus entrañas salió un grito de amor y llanto, como una liberación, igual que el río libera su fuerza desbordando sus orillas en un homenaje a la vida.

Ágara era el río y gritaba y reía en mitad de la lluvia. UXOAAAAAA…, y su grito de lágrimas y viento volaba y se extendía por el valle, por sus prados y montes, como un manto de plata.

Pamplona

1777

La niña apenas tenía tres años, su cara reflejaba la sorpresa de ver ante sí a una desconocida, pero con unos ojos de agua en los que los suyos podían bañarse sin miedo. Sus bracitos arropaban con ternura una muñeca de trapo con sus vestidos a juego. Era la hermanita que no había tenido y su compañera de aventuras y risas. Ainara apenas podía contener sus lágrimas emocionadas al contemplar esa criatura que se miraba en ella como en un espejo. Habían ido a buscarla días antes. Al principio el miedo y la incertidumbre habían atenazado a la familia. Era demasiado hermoso para ser real. Por fin la promesa de encuentro con Asier, su gran amor, parecía cumplirse. Aparentaban personas de buena condición y la miraban embelesados ante el tremendo parecido con la niña, que feliz y protegida permanecía en su casa de Pamplona. Ainara solo tenía un anhelo, además de reunirse por fin con Asier, no importaban los peligros del largo camino. Esa familia prometía protegerla y si Asier así lo creía ella no dudaría ni un instante. Solo les suplicaba cumplir un deseo que anidaba en su corazón desde aquel día de agosto de 1740 cuando sintió partirse en dos al serle arrancada de los brazos su pequeña. Necesitaba verla, abrazarla por un segundo, verla feliz y darle la promesa de amor de por vida. No importaba la distancia, siempre se llevaría su imagen y el calor de sus brazos al otro lado del mundo.

El matrimonio Iturralde sintió tal compasión por esa preciosa y dulce criatura que no pudo negarse a hacer realidad su deseo antes de abandonar sus queridos valles.

Ainara observaba a Uxoa como si de una aparición se tratase. Era exactamente como ella la había imaginado en mil sueños, rubia, alegre y, tal como podía comprobar por su sonrisa, feliz.

—Uxoa, tú no me conoces, pero hay alguien que te quiere mucho y me ha pedido que te dé un abrazo en su nombre, ¿me dejarías hacerlo para poder decirle que he estado con la niña más bonita y dulce del mundo?

—Señora, no sé quién es usted, pero me parece haberla visto antes. Si mis padres me dejan, puede darme un abrazo, pero sin hacerle daño a mi muñeca, ¿sabe? Ella es muy delicada.

—No te preocupes, no le haremos daño, ahora déjame que te abrace.

El matrimonio Iturralde contemplaba la escena con la emoción contenida de quien se sabe testigo de un inmenso acto de amor.

Ainara y Uxoa se fundieron en un abrazo que quedaría para siempre en el corazón de ambas. El cuerpecito tierno y cálido de la niña encontró acomodo en los brazos de Ainara como si nunca se hubiese separado de ellos. Eran un mismo ser, un mismo olor, unos mismos ojos como lagos de lluvia, y Ainara dejó escapar sus lágrimas antes de separarse y romper ese hechizo que se negaba a deshacerse.

—No llore, señora, que se va a poner fea, eso me dicen a mí cuando lloro. Aunque usted sigue siendo bonita. Llévele a esa persona mi abrazo y cuando quiera abrazarme otra vez puede venir a verme. Ahora me voy porque mi muñeca tiene que irse a la cama. Buenas tardes, ¿cómo te llamas?

—Ainara, mi tesoro, te he traído este manojo de lavanda para que lo pongas en tu armario, verás lo bien que huele.

—Muchas gracias, Ainara, puedes volver otro día si quieres.

Ainara no sabía cómo agradecer al matrimonio todo lo que estaban haciendo por ella. No solo le estaban facilitando el camino hacia la libertad y otra forma de vida al lado de Asier, sino que le habían permitido llevarse el recuerdo más hermoso y en el que se

refugiaría de por vida, el calor de sus pequeños brazos alrededor de su cuello. Uxoa, su preciosa niña, la había abrazado, tan bonita, tal y como la había imaginado mil veces y, como había podido comprobar, derramaba felicidad y amor. Abandonó Pamplona con lágrimas en los ojos y una dulce sonrisa. Estaba en paz y tenía la mirada de Uxoa en la suya, y toda la vida por delante.

Uxoa

1793

—Padre, me encanta este caserío, qué pena que esté tan abandonado, y además lleva mi nombre, qué casualidad, dime que por eso lo has comprado, ¿verdad que sí?

Uxoa estaba emocionada y sorprendida, su padre le había prometido una sorpresa, pero jamás se le pasó por la imaginación que la sorpresa sería ese precioso caserío en medio de un inmenso valle, aunque en un penoso estado de conservación.

—No, hija, no lo he comprado, este caserío es tuyo, te pertenece desde hace mucho tiempo.

—¿Por qué, padre? No te entiendo; *ama* y tú nunca me habíais hablado de algo así, ni me habíais traído para conocerlo. ¿Es por eso por lo que yo me llamo Uxoa? ¿Es por esta casa, *aita*?

—Sí, hija, por eso tú te llamas así, es una historia muy larga, amor mío. Ahora lo que tenemos que hacer es devolverle su belleza, restaurarlo, hacerlo habitable para que vuelva a cobijar de nuevo una familia, que será la tuya. La vida a menudo no es como nos gustaría por razones que cuesta comprender. Por suerte, en ocasiones, las historias terminan mejor que empiezan. Algún día, cuando seas madre y hayas experimentado el calor de estas paredes, te contaré algo para que tú a su vez se lo cuentes a tus hijos. Pero ahora es un poco pronto. Anda, dile adiós a tu caserío,

prométele que lo cuidarás como él a ti y volvamos a casa, tu madre nos está esperando.

Baztán

dos meses después

—Buenos días, Íñigo, *egunon*. ¿No te parece que hace un día precioso? —Ágara sonreía feliz y un brillo de cristal se desprendía de su mirada—. Quería saber si tenías algo sobre Macedonia, me gustaría hacer un circuito dedicado a Alejandro Magno por todo el Helesponto, incluyendo Alejandría.

—Sí, creo que hay algo sobre la antigua Grecia —Íñigo miraba sorprendido a su novia porque el día no era especialmente luminoso — y su situación actual desde el punto de vista político y geográfico. Busca en el tercer pasillo sobre la mitad y, si no lo encuentras, lo busco en el ordenador.

Ágara estaba radiante esa mañana, llevaba más de dos años en el valle y su ánimo se había transformado por completo. Volver a recuperar la agencia de viajes telemáticamente había sido un acierto. Buscar rutas por el mundo, tener todo al alcance de la mano gracias a Internet y poder seguir abriendo cada mañana las ventanas del caserío para dar los buenos días a esa maravilla que la rodeaba era un privilegio. Su vida había dado un vuelco, por fin sabía cuál era el secreto de Uxoa y había conseguido cerrar el círculo gracias a Íñigo y a Jaime. La larga historia de tantas generaciones y tantas vidas alteradas se había vuelto pequeña al saber la verdad y al tener la certeza de que la casa había seguido siempre en las mismas manos y por tanto ella era por derecho y sangre la legítima

heredera. Una vez más el valle había salvaguardado su espíritu y la hacienda permanecía inalterable en manos familiares y cercanas. Le parecía estar viviendo un sueño del que esta vez no quería despertar, y haría todo lo posible para seguir soñando.

—Gracias, cariño, me llevo estos dos. Por cierto, se me había olvidado decirte que estoy embarazada. ¡¡Ah!! Y que se llamará Uxoa Pokara, «una paloma en el lago».

—Espera… ¿Qué? ¿Cuándo?… ¿Cómo? —Las preguntas eran bastante absurdas, pero es que Íñigo estaba en estado de *shock*.

—Tranquilo, que todo está bien, ni yo misma me lo creo, pero está visto que la mezcla de sangre navarra y criolla hace milagros. Estoy tan feliz que creo que voy a explotar y no por el volumen, como ves no se me nota mucho.

—Espera, Ágara, tenemos que hablar, cómo me puedes soltar una noticia así de golpe, sin avisar. ¿De cuánto tiempo estás? Habrá que hacer algo, preparar algo, no sé, tendré que avisar a mis tías, no se van a creer que las voy a hacer tías abuelas, precisamente yo. Porque supongo que yo soy el padre, ¿no? Qué tonterías digo, perdona, es que estoy desbordado, no sé qué decir…

—No digas nada y no te preocupes, seguiremos con nuestra maravillosa vida juntos, solo que ahora tendremos que ocuparnos de una más. Si quieres hacer algo útil por la mamá, busca rutas y viajes interesantes y únicos para la agencia, nos van a hacer falta. ¿Sabes lo que más feliz me hace? Que esta vez nadie tendrá que coger un barco hacia lo desconocido y Uxoa, ¿ya te he dicho que es una niña?, no será dada en adopción. Tendrá dos casas preciosas y unos padres estupendos. Y ahora te dejo porque tengo una videoconferencia a la una. Por cierto, por supuesto que el padre eres tú, o tal vez sea el *basajaun*. Ja, ja.

—Pero, Ágara, cómo te puedes ir así como si tal cosa, ¿cuándo hablamos de todo esto? ¿Luego en casa?

—Sí, por supuesto, esta noche seguimos planificando nuestro futuro. Creo que la noticia se merece una buena cena de celebración, voy a echar la casa por la ventana, así que prepárate para una larga velada, te quiero, futuro padre. *Agur*.

Ágara le dio un beso improvisado y se fue tan contenta.

El futuro papá se quedó lleno de sentimientos y contradicciones y pensando en esa mujer extraordinaria que le estaba cambiando la vida. Era evidente que pertenecía a otro planeta, que por suerte era el mismo que el suyo.

Ermita de Santiago

y colorín colorado...

La pequeña ermita era un ascua de luz, el camino desde Uxoa que cruzaba el regato se había adornado con grandes antorchas para guiar a los vecinos. Hacía mucho que esa pequeña y modesta capilla no brillaba con tanta fuerza. Por las ventanas la claridad de los cirios se expandía inundando los prados circundantes. Dos grandes macetas con hortensias enmarcaban la entrada. Los bancos estaban a rebosar y el resto de los vecinos que no tenían cabida aguardaban atentos junto a la puerta para no perderse nada de la insólita ceremonia. El altar tan solo estaba adornado por centros de flores que desprendían su aroma sobre los rostros ya de por sí alegres y emocionados. Al final del pasillo, en dos sencillas sillas de castaño y asiento en terciopelo burdeos, Ágara e Íñigo aguardaban tranquilos a que don Julián, el párroco de San Nicolás, hiciese acto de presencia y dijera lo que le viniese a bien para dar la bienvenida a los novios y vecinos. Al fondo, la humilde imagen de Santiago compartía, como un amigo más, la solemnidad de ese encuentro de amistad y promesas que estaba a punto de celebrarse en su casi olvidada capilla. ¡Tanto tiempo había pasado desde que alguien hubiese llenado de sentimientos y luz el pequeño espacio!

La emoción de los vecinos aún caldeaba más el ambiente, sabiéndose todos testigos de lo que allí acaecía: un gran acto de amor, por Ágara e Íñigo, por los vecinos que a través del tiempo

habían seguido cuidando y protegiendo la magia de un lugar único, sin olvidar el agradecimiento merecido a un universo lo suficientemente generoso como para permitir que las historias puedan a veces contar con un final feliz, contra todo pronóstico.

Ágara vestía un sencillo traje de lino en color crudo y su pelo suelto se adornaba con flores silvestres. En las manos, un manojo de hierbas y espigas contrastaba con el puro y suave color del vestido. Íñigo llevaba una sencilla camisa de lino como el que confeccionaba el traje de Ágara y un pantalón verde oliva de piel, típico de los gauchos en las haciendas argentinas. A poca distancia, en medio de los sonidos del valle, un *txistu* dejaba oír su melodioso lamento, inundando a través de las ventanas la capilla y entrelazando los sentimientos de todos los que, allí presentes, amaban ese sonido como el ulular del viento y el cantar de los pájaros.

El día era cálido, aunque con esa bruma de mañana tan típica que luego cede su espacio a un sol limpio durante el resto de la jornada. Las perfectas y mágicas telarañas sobre la hierba y cercados se dejaban ver dibujadas por las pequeñas gotas perladas de rocío que las descubrían a los ojos humanos. Ágara se había acostumbrado a ellas y sentía en su interior que eran un símbolo de buena suerte y equilibrio. Los vecinos vestían sus mejores galas, y las pequeñas joyas, normalmente guardadas por generaciones, adornaban las caras y cuellos de esas mujeres discretas y fuertes que formaban la comunidad baztanesa.

En un discreto segundo plano, Jaime García Elizalde contemplaba la escena con la emoción de alguien que es consciente de todo lo que esa unión significaba. Era su misma sangre la que corría por las venas de Ágara, la que alimentaría la criatura que crecía en su vientre y la que garantizaría que siguiese fluyendo como ya había hecho a través de los siglos. Una antigua sangre que se mezclaría con los ríos y prados de esa hermosa y fecunda tierra, la tierra de sus antepasados, su tierra.

Don Julián hizo su entrada solemne y sonriente, con sus regordetas manos entrelazadas. Se sentía feliz de formar parte esa mañana de una sencilla pero profunda ceremonia.

Tomó posición justo delante de la imagen de Santiago para dirigirse a los presentes y, con una tierna sonrisa, miró a la feliz pareja y comenzó a desgranar unas palabras, despacio y con su peculiar acento navarro:

—Queridos vecinos y amigos aquí presentes, queridos Ágara e Íñigo. No sabéis lo honrado que me siento al formar parte de este día tan importante para el valle. Soy un humilde siervo de Dios con el que unas veces me llevo mejor que otras. Por eso, lo que hoy os digo es más a título personal que en representación suya.

»Estimados baztaneses, a menudo esta vida no nos gusta. Nos puede llegar a parecer cruel, difícil y, en bastantes ocasiones, injusta. El camino a Ítaca es largo y tortuoso, pero a ese recorrido lo llamo yo vivir. Sé todo el dolor que han cobijado estos valles y caseríos, eran otros tiempos. Ojalá nos sirva para aprender de nuestros errores y para trazar un futuro mejor para nuestros hijos. Pero también me emociona y sigue asombrando la capacidad del bien para abrirse paso en medio de la oscuridad, como esa luz, que cuando amanece cada día, consigue rasgar las sombras, sembrar la esperanza y ayudarnos a creer de nuevo en nosotros mismos, a pesar de la duda y la confusión.

»Hoy estamos aquí para recuperar una historia que debió tener un mejor final, pero a la que el tiempo ha conseguido resarcir gracias a la búsqueda incansable de la verdad, a la pasión por despejar los rincones ocultos y olvidados entre unas piedras y al respeto por los que estuvieron y vivieron antes, que Ágara e Íñigo han demostrado durante los últimos años. El relato ya está completo al fin, y parte de ese dolor lejano se ha convertido en bálsamo y alegría gracias a una historia de amor que nunca renunció a seguir siéndolo.

»Hoy otra historia de amor convierte a nuestra pareja en parte importante del engranaje de estas tierras, siempre con el río como testigo directo, abrazándolas y dándoles vida. Nunca Uxoa había estado tan bonita y brillado tanto desde hace mucho tiempo, ya iba siendo hora. Así que es para mí un honor y un privilegio bendecir a esta pareja y la criatura que nacerá en poco tiempo, y que esta vez podrá disfrutar del abrazo de una madre y el amor de un padre, sin límites ni amenazas. Por fin Uxoa, el caserío, ha recuperado a su

auténtica familia y pronto se dejará querer y enredar por la niña y heredera que llevará su nombre. Esto es todo lo que un pobre párroco puede aportar a un relato que ya tuvo bastantes intermediarios. Y como lo bueno, si breve, dos veces bueno, no hay más que hablar, daremos las gracias a Santiago por acogernos en su casa, con la promesa de no tenerle tan olvidado. Id todos en paz y vamos a disfrutar del ágape que nuestros novios han preparado para celebrar este gran día, que siempre está bien darle gusto a la carne cuando ya el alma está llena, alegre y sosegada.

El camino serpenteaba entre hilos de agua y helechos. Las mamás ponis pacían junto a sus crías mientras el sol se iba abriendo paso y, muy cerca, el *txistu* dejaba oír su sonido de cristal con la aquiescencia del *basajaun* y las lamias que, uniéndose a la fiesta, no permitirían que ningún nubarrón oscuro, salvo los que a menudo bañaban el valle, pudiese, a partir de ese día, ensombrecer el futuro de Uxoa.

Puerto de Santa María, 30 de mayo de 2024